Digitized by Google

Ateneo Barcelonés
BIBLIOTECA

N.º 324534

Arm.

Est.

Digitized by Google

A LA SOMBRA DEL CIPRES.

CUENTOS Y FANTASÍAS

POR

D. TOMAS AGUILÓ.

PALMA.
IMPRENTA DE D. FELIPE GUASP, IMPRESOR REAL.
1863.

Digitized by Google

R 314534

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Digitized by Google

Dos palabras al lector.

Años hace, bien que no muchos, que el título de este libro, recordando otros de su mismo género, hubiera podido servirle de recomendacion; pero siendo en el dia algun tanto pasado de moda no fuera de estrañar que se le tachase de anticuado. Para disculpa de esta falta, de todas maneras venial y perdonable, basta advertir que de las narraciones fantásticas ó novelescas recogidas en este volúmen no todas son de reciente fecha, y que se presentarian como sueltas y desatadas sin este lazo comun que les dá cierta unidad á pesar de su recíproca independencia. Tampoco era para desdeñada una frase tan sencilla y breve cuando por sí sola indica el colorido general que en ellas domina. Quizás algunos, so pretesto de haber caido en desuso la literatura lúgubre y som-

Digitized by Google

bría, prefirieran matices mas halagüeños, y algo ménos de ahinco en dispertar ciertas ideas que no suelen buscarse en libros de mero solaz y esparcimiento. Conocido empero el orígen y las circunstancias en que salieron á luz no pocos de esos relatos, queda justificada la severidad que se les achaque. Publicábanse en dias que la sociedad y la Iglesia consagran de mancomun á la memoria de los finados, y ocupando el puesto de un artículo religioso, no debian olvidar ni la ocasion en que nacian, ni el objeto que reemplazaban. Así es que en ellos campean mas la imaginacion y el sentimiento que la inventiva de complicados sucesos ó la perspicacia de un observador sagaz y minucioso; despunta mas la tendencia moral que el filosófico análisis de las pasiones ó el dramático desenvolvimiento de los caractéres. Si á tan escasas dotes pude marcarlas con un sello propio, si pude realzar el atractivo de las formas con cierta originalidad en el fondo, cuestion es esta en que no debo entrometerme á juez, que lo seria incompetente. A su arbitrio fallarán mis lectores, y unos quizás me tilden por no haber seguido paso á paso las huellas de escritores eminentes, y otros quizás tengan por digno de estima el no verme afiliado á determinada escuela. Puede que haya sido imitador sin saberlo; pero de seguro nó por haberlo pretendido. Marchando á solas por mi camino evito el sonrojo de quedarme muy atrás en el ageno.

Digitized by Google

I.

NUÑEZ EL MALO.

Algunos de mis lectores recordarán todavía la antigua puerta del muelle, y el poyo elevado en que solian sentarse los dependientes del resguardo; pocos empero tendrán presente la adusta fisonomía de uno de ellos, cuyo ceño é inmovilidad merecian llamar la atencion de los transeuntes. ¡Es tan corto el número de los observadores, al par que tan crecido el de los curiosos! Los introductores de víveres no podian olvidarle; mirábanle de reojo cuando ejercia las funciones de su empleo, respondian á sus preguntas balbuceando un monosílabo, y maldecian en sus adentros la nimia escrupulosidad del registro. Desdichado del que se arriesgara á pasar un género prohibido: toda la plata del Potosí no fuera suficiente para fabricar un candado con que cerrar aquella boca, y su acusacion hubiera sido ménos terrible que su mirada. Maravillábanse despues

Digitized by Google

viéndole sentarse de nuevo en la estremidad del poyo, arrojar con notorio desden el puntiagudo hierro como si le sacaran entónces de la fragua, arrebujarse en un raido capoton, cruzar los brazos, hundir entre ellos su cabeza y volver á su estado normal de meditacion y aburrimiento. Sin duda aquel hombre padecia mucho. Enrique Nuñez (tal era su nombre) habia terminado su carrera militar decorado un hombro con una charretera de seda, y estropeado un brazo por una bala de plomo. Inútil para el trabajo se avergonzó de recurrir á la caridad del público, y aceptó aquella profesion para sostener una vida que le interesaba mas que la suya. Los primeros acontecimientos de su vida nada importan á mis lectores, ni debo detenerme en referir por qué accidentes habia parado á nuestra isla. Estrangero en ella tenia una hija de diez y ocho años que era toda su familia, todo su amor, todo su mundo; pero Enriqueta dividia los afectos de su corazon entre su padre y el mozo de una afamada droguería. Enrique lo ignoraba, siendo así que perder la mitad de aquel corazon equivalia á doblar todas las pesadumbres del suyo. Una noche que debia ir de ronda, tuvo que retirarse á su casa ántes de la hora acostumbrada á causa de un improviso dolor que le taladraba las sienes. Estaba aquella situada en la esquina de un callejon, y cuando iba á enfilarle retrocedió. Habia divisado un bulto bajo el ventanillo que caia encima de la puerta de su casa, y escondióse tras el ángulo de la pared quedando tan inmoble y petrificado como el guardacanton que frisaba con sus rodillas. ¿Qué es lo que habia oido? Enriqueta conversaba con un mozo que le dirigia mil protestas de una pasion entrañable; deciale que tenia abierta una tienda propia de droguero; pronunciaba terribles juramentos, y los acompañaba de una promesa... la de amarla toda su vida, pero darla su mano en público... no se atrevia. ¡La profesion de su padre! Y este padre lo oia, y callaba, y bebia un sorbo de veneno en cada frase que salia de aquellos labios: todo el dolor de su cabeza habia

Digitized by Google

pasado á su corazon y se habia centuplicado. La mañana siguiente habló con su hija, y pocos dias despues á las cuatro de la madrugada salian de la parroquia tres personas. Nuñez y el sacristan habian sido los únicos testigos de un contrato sacramental.

Tres años habian transcurrido y Enrique, desamparado de su hija, apénas conocia á su yerno. El pundonoroso inválido sufria con resignacion este sonrojo perpétuo, porque en el silencio de sus penas estribaba la felicidad de su querida Enriqueta. Duro sacrificio el de alejarse de un objeto, porque se le ama: incomprehensible cuando este amor, léjos de ser un crímen, es un afecto santificado por la naturaleza. Así nada tiene de estraño que la aspereza de su carácter arreciase de dia en dia, ya por los achaques de la edad, ya por la estrañeza de su posicion, ya por el fastidio de su aislamiento, y que fruto de esta aspereza fuese una rigidez estrema en cumplir los deberes de su ministerio.

Un dia la voz imperiosa de un guarda hizo detener en la puerta del muelle un carro cargado al parecer de cables y velámen.

—Qué traes ahí, dijo Enrique al conductor.

—Pues no lo vé V.? Están desartillando el javeque San Antonio para recomponerlo, y llevamos á almacenar estas jarcias.

—Jarcias no mas? debo averiguarlo.

Inmutóse el carretero, pero al momento recobró la serenidad y dijo: Mire V. que vamos á embarazar el público con ese bagage. Si no se fia de mis palabras, venga uno de ustedes conmigo. El almacen está á cuatro pasos de la Lonja, y mala peste me coja si se encuentra una brizna de esparto que no sea de ley.

—Tiene razon, saltó otro de los guardas comprehendiendo rápidamente la intencion del carretero. Aguija, muchacho, vamos al almacen y verémos si eres hombre de honor.

Digitized by Google

—Entónces os acompaño, añadió Enrique.

—Si fuese al infierno!... profirió entre dientes el carretero al tiempo que sacudia un recio latigazo á la caballería, como por muestra de los que hiciera llover de buena gana sobre las espaldas del inflexible guarda.

Sin hablarse palabra los tres seguian el carro que traqueteaba horriblemente por el desigual empedrado de tortuosa y poco habitada calle. Obra de trescientos pasos habrian andado cuando el carretero y el otro dependiente rezagados adrede se encontraron enfrente de una taberna, donde en amigable compañía varios marineros y soldados interrumpian con sendos tragos su alegre conversacion. Aquel que era ladino cogió la ocasion de la melena, arrimó sus labios á los oidos del guarda, hizo colar misteriosamente entre sus dedos una cosa que relucia, y dejóle clavado delante del portal, cambiando en un momento sus deseos de seguir al carro con otros mas eficaces de echar un traguito.

—Hey! gritó á Enrique, ven acá hombre, no seas bobo. Es menester remojar el gaznate para tener bien despabilados los ojos.

Pero él proseguia su camino sin volver siquiera la cabeza.

—Testarudo! murmuró el guarda. Mas fácil seria á un niño de teta romper ese chuzo, que á todos los santos del cielo doblegar su alma de hierro colado.

Y entróse en la taberna.

El conductor llegóse á Enrique temblando y díjole.

—Conque, no va V. á refrescar?

—No bebo.

—Oh! sí.... vaya V.... media onza.... una si quiere.

—Ni ciento.

—Es V. muy cruel.

—Cumplo con mi deber.

—V. va á perder una familia.... á perderla enteramente.

—Yo no. La ley.

Digitized by Google

Esta firmeza de carácter desconcertó al carretero; pero su presencia de ánimo le sugirió un recurso para salvar su caballo del peligro que corria. Al llegar al puesto á que se dirigian, aprovechando un ligero descuido de Enrique, desenganchóle rápidamente, montó en él y largóse á todo escape. El impasible guarda púsose á desenvolver un rollo de cuerdas, y á un tiempo aparecieron el droguero en el umbral del almacen, y un cajoncito sepultado entre los cables.

—Por amor del cielo! esclamó éste.

—Qué es eso? preguntó Enrique.

—Salitre. Respondió el otro con voz apenas perceptible.

—Salitre! y estrangero?...

—Entrémoslo aquí... nadie nos ve.

—Entrarlo yo? Yo debo denunciarlo.

—Denunciarlo!... perderme!... Vos? Vos que sois...

—Soy dependiente del resguardo.

—¿No sabeis...?

—Sé mi obligacion.

—Enrique! gritó el droguero con el acento de rabiosa amargura y golpeando el suelo con furia desesperada.

Enriqueta apareció en el mismo instante. Un niño colgaba de su pezon materno, y un chico de dos años la tenia asida por las faldas de su vestido. Ella comprehendió con una mirada la situacion de su esposo y esclamó: Padre mio! Padre mio!

—Oh! quiere asesinarnos.

—Sí, yo os asesino, esclamó tristemente Enrique, yo clavo un puñal en vuestros pechos. Yo!... Yo que diera mi sangre toda por salvaros, y no debo daros mi silencio que bastaria. No tener mas amor que el de una hija, sacrificarlo todo por ella, y verse obligado despues á ser el instrumento de su ruina! Oh! Comprended si es posible mi horrorosa situacion. Hijos mios, yo padezco mas que vosotros.

Y volviéndose despues á su yerno, díjole: ¿son tuyos esos cajones?

Digitized by Google

—Si, únicamente mios.

—Pues debes venir preso.

—Preso! esclamó con un grito de dolor Enriqueta, echándose á los piés de su padre y abrazándole tiernamente las rodillas; los niños se pusieron á llorar como si comprendiesen su futura desgracia, y los suspiros de Enrique no faltaban para completar aquel concierto de afliccion. Gruesas lágrimas corrian por sus tostadas mejillas: eran las primeras que se habian desprendido de sus ojos.

—Preso yo? maldito seais de Dios y de los hombres.

Y esto diciendo entróse repentinamente el droguero, y atrancando tras sí la puerta fué á descolgarse por una ventana que salia á otra calle, y desapareció.

El tribunal de rentas se apoderó de los géneros de comiso: el droguero huyó á la América olvidándose de que era padre y esposo: Enriqueta perdió sucesivamente el sostén de su marido, los recursos de su fortuna, las fuerzas de su salud y las caricias de un hijo. Abismada en tantos infortunios solo le quedaba un padre y un hospicio. Ella escogió lo último. Enrique abandonado de todo el mundo, mirado con horror de cuantos le conocian por causa de los desastres de su familia, nunca conversaba con sus compañeros, ni se distraia de su continua meditacion. Aislado en la estremidad del poyo, arrebujado en su capote, hundida la cabeza entre sus brazos tal vez se preguntaba á sí mismo: ¿soy un mónstruo, ó soy un héroe? Y no sabia qué responderse.

Uno de sus compañeros tuvo un dia la ocurrencia de referirse á él con el nombre de *Nuñez el malo*, y este mote no se le cayó, y aunque no por largo tiempo, le acompañó hasta el sepulcro.

Digitized by Google

II.

TÁNTALO.

. . . . . .

. . . . . .

Este amor vírgen, que por espacio de tres años habia dormido, como un niño inocente, en la cuna de mi corazon, cambió en un momento. Mi pasion purisima, digna del pecho de un ángel, se habia desceñido su auréola celestial. El atractivo del deleite inspiraba mis acentos, encendia mis suspiros, y asestaba mis miradas. Mi virtud estaba agonizando. Toda la pureza de mi antiguo afecto se habia desvanecido, y quedaba el amor material, como una densa humareda al desaparecer la llama alumbradora de una antorcha. Un vértigo espantoso se apoderó de mi cabeza, que ardia entónces como la sangre de mi corazon. Y ella?... Pobre flor en medio del desierto, cómo no doblegar tu airoso tallo al encendido soplo del huracan! Confusos entreveo aque-

Digitized by Google

Nos instantes de embriaguez que remedan un cielo y pertenecen al infierno. Recuerdo no muy distintamente unas manos blanquísimas estrechadas contra mi pecho, unos labios de finísimo coral pegados á los mios, como dos claveles que juntan sus copas encarnadas al impulso de un ligero vientecillo; un hermoso cuello rodeado con mis brazos; y... un cañon de pistola asestado á mi corazon. Sus latidos se sucedian rápidamente: eran los últimos. Su padre nos habia sorprendido y esclamó: Me has quitado el honor, voy á matarte. Yo le repliqué. Me quitas la vida, yo te perdono!... y no oi el tiro.

Ignoro si los despojos de mi carne, por entre las rendijas del sepulcro, pasaron de su obscuro seno á regiones desconocidas, ó si eran fantásticas las formas corpóreas en que me ví de nuevo envuelto. Parecióme atravesar un desierto árido y sombrío. El movimiento de unas alas que me precedian arrojaba de trecho en trecho vivísimas chispas, que brillando un momento para indicar mi ruta, se perdian despues en aquella completa obscuridad. Ningun obstáculo se interponia á mi camino. Mis piés no daban un tropiezo, ni sentian la dureza del sitio en que se afirmaban. El mas ligero airecillo no hirió mi rostro, ni el rumor mas leve penetraba en mis oidos. Bajo mis plantas no habia una flor que perfumase aquel ambiente muerto, ni una zarza que se enredase con mis vestidos. En vano procuraba escuchar: ni se oia el canto de un ave, ni el chasquido de una rama mecida por el viento; una hoja de álamo hubiera permanecido allí tan inmoble como una roca sepultada en las entrañas de la tierra. Sin duda habia caminado larguisimo espacio, y la estremada soltura de mis miembros no habia disminuido un punto. Respiraba tan suavemente como si dormido en un barquichuelo hubiese seguido la reposada corriente de magestuoso rio. De repente mi cuerpo dió un golpe contra un pelado risco, á manera de la barquilla que dirigida por inesperto niño choca en las gradas del puerto.

Era aquella roca un mojon del imperio de Satanás. Mi

Digitized by Google

ángel era el misterioso guia que me habia conducido hasta allí para separarse de mí eternamente. Un suspiro suyo me estremeció. Estábase vuelto de espaldas y no podia mirarme á la cara porque yo era réprobo. ¡Réprobo! Una sola ráfaga de culpa bastó para marchitar, despojar, destruir, una corona adquirida con tantos años de resistencia á la debilidad humana. Yo era réprobo ¡despues de haber sido tan desgraciado! La aldabada que en mi delirio creí dar á las puertas de la felicidad, fué á las puertas del infierno; y se abrieron. Yo era réprobo. ¡Dios justiciero! Cuántos malvados pasean la tierra despues de diez mil crímenes, y mi primer desliz ha de arrebatarme á una, vida y salvacion? Un dia mas, y me hubiera arrepentido. Arrepentido? Oh! La criaste tan hermosa! tan seductora! Habia tanto fuego en mi corazon! La habia amado yo tanto! Dios terrible, piedad! Perdona algo á quien pudo perdonar á su asesino. Déjamela ver al través de las sombras de la noche eterna, déjamela amar en la mansion misma del ódio, y el infierno perderá la mitad de sus tormentos.

Mi ángel bueno desapareció despues de abandonarme á un emisario de Satanás, á manera de un alcaide partidario de un rey vencido, que entrega las llaves de la fortaleza al afortunado usurpador. La marca de condenacion echó una llamarada funesta en medio de mi frente abatida, como un rayo que serpea entre los pliegues de negrísima nube. Y sin embargo el infierno no era completo para mí. En sus orillas no se me habia despojado enteramente de la esperanza, ni del amor. El objeto de mi cariño en la tierra iba á serlo en los abismos. Víla venir para acompañarme en aquella soledad sin límites: para ser mi sol en el lugar de las tinieblas; para ser mi ídolo allí donde no reina Dios. ¿Murió tambien á manos de su inflexible padre por haberme amado en demasía? No lo sé.

La roca donde yo de pié habia oido el terrible fallo estaba empotrada en un vastísimo arenal, en que ni una sola yerba, ni una pintada concha, ni los restos carcomidos

Digitized by Google

de un marisco alteraban la uniformidad de color y superficie. Un lago de verdinegras aguas se estendia á lo léjos sin que liviana brisa dibujase en ellas la arruga mas ligera. Una luz melancólica, parecida al moribundo crepúsculo de una tarde lluviosa del otoño, iluminaba aquel cuadro imponente y desconsolador. Un manto de pegajosa niebla rodeaba aquel mundo misterioso, como la mortaja de un difunto. Una curva interminable era la valla que dividia las aguas de la parduzca arena. Ni unas ni otra la habian roto jamas. El ojo mas lince no hubiera encontrado una altura en que descansar. Aquel horizonte siempre igual mostraba con evidencia que pertenecia al mundo de la eternidad.

Una barca solitaria recibió á los dos seres de carne, y al espíritu rebelde que sin tocar el timon la dirigia. Deslizábase por aquel piélago sin vida, como una estrella apagada cruzando su órbita vacía. No tenia velas ni remos, y ni una burbujita de espuma señalaba su rápida carrera. Oh! cómo deseaba entónces dirigir mil preguntas á mi desdichada compañera! y la tenia á mi lado, y no podia hablarla. El ceño de aquel nuevo Caronte nos convencia de que el mas leve murmullo no debia alterar la monotonía de aquella terrífica escena. Nuestro silencio parecido al de aquellas aguas, al de aquellas playas, al de aquella atmósfera, era un suplicio aterrador.

Llegamos por fin. Satanás nos admitió en su reino, pero sus dientes rechinaron horriblemente cuando supo que sus nuevos vasallos podian amarse mútuamente. Amar en la mansion del ódio mas encarnizado! Amar donde el aborrecimiento es mútuo como los tormentos! Amar donde todos son los verdugos, y las víctimas de cada uno! Amar allí donde se aborrece cordialmente á Dios, y se le aborreciera aun en el acto mismo de romper las cadenas, apagar las llamas, y abrir las puertas del abismo! Oh! esto era una escepcion asombrosa. Satanás no podia presenciarlo; pero el permiso obtenido del cielo era irrevocable. Una vasta soledad debia aislarnos para siempre. Los ahullidos

Digitized by Google

de los precitos resonaban á lo léjos como el ruido prolongado de un terremoto, y este ruido no debia cesar jamas. Nuestros ojos sentian una picazon inconcebible con aquella luz enfermiza, y esta luz hija de la sombra nunca habia de sufrir la menor variacion. Un vapor hediondo se alzaba hasta nuestras cabezas y debia permanecer sin disiparse nunca. La cálida atmósfera que nos circuia semejaba el vaho de una bestia disforme, y nunca debia soplar el céfiro que la refrescase. Pero en cambio estábamos juntos, nos amábamos, y nuestra vehemente pasion debia ser, como el infierno, inmutable y eterna. Esta situacion casi me hacia dudar si nuestra suerte era deplorable.

Mas, ay de mí! Cómo era posible que en el infierno existiese un amor puro? Si mi primer y único delito no hubiese cambiado la naturaleza de aquella purísima llama, el lugar de la maldicion de Dios la hubiera maleado, como el aire de una ciudad apestada inficiona al viagero que se detiene en ella. Ay de mí! Yo no la amaba ya como en los años de mi ardorosa juventud, en que un suspiro, una mirada tierna, me hubieran colmado de una felicidad indefinible. Yo la amaba como en los postreros momentos de mi vida, en que el crímen habia sofocado la inocencia, el idealismo, la sublimidad de mi amor. Ya no la adoraba como un jóven en sus primeras ilusiones: la amaba como un viejo embrutecido en la maldad. Oh! y podia ser otro el amor del infierno que el amor de un lupanar? La amaba con estraordinaria violencia, y no me era suficiente hablarla á solas, tenerla á mi lado, clavar mis ojos en su rostro divino, aspirar su aliento, y absorver sus miradas. Ella habia marchitado ya su corona de vírgen, y su amor tampoco era el de una vírgen. Quise llegar á mis labios aquellas manos blanquisimas, hermosas aun allí dónde el ángel se cubriera de horrible fealdad. Mas, ay de mí! Retrocedí espantado y rugiendo de dolor. Al tocarse nuestras manos se inflamaron repentinamente como si una corriente de electricidad infernal hubiese pasado del uno al otro. Queria abra-

Digitized by Google

zarla, y su cuerpo volvíase ardiente como si fuese de metal enrojecido. Oh! sin duda le causaba atroces tormentos, y yo tambien los padecia. Cada vez que renovaba mis tentativas alzábase horriblemente magestuosa la llama que nos separaba. Entónces oí unas horrísonas carcajadas que mugian entre la tempestad de blasfemias y maldiciones. Satanás habia adivinado que este era el suplicio á que estábamos condenados. Un fuego nos impelia, otro fuego nos rechazaba, y entrambos fuegos insoportables, inestinguibles, eternos. Por qué no nos devoraba de una vez? Por qué no devoraba alménos su hermosura? Ella conservaba la frescura de su tez, el hechizo de su talle, la mágia de su acento, todos los resortes de la seduccion. Me fascinaba como una serpiente, y esta fascinacion era inevitable. Aun cuando sus torneados brazos quemaban como una antorcha de resina, incitaban al deleite, y este incentivo habia de ser sempiterno, sempiternos mis deseos, sempiterna la imposibilidad de satisfacerlos. Oh! esto era horrible, horribilísimo. Cien infiernos á la vez no equivaldrian á esta mezcla de fuego y voluptuosidad. Oh Dios terrible y justiciero!

Esta esclamacion, y un vuelco convulsivo dispertáronme de repente, y me encontré bañado en sudor, todo azorado, los músculos contraidos, el corazon latiendo con rapidez y un vehementisimo dolor en mi cabeza efecto de tan horrorosa pesadilla.

Digitized by Google

III.

EL VALLE DE LOS SAUCES.

FRAGMENTO DE NOVELA PASTORIL.

La fama del próximo casamiento de Fileno con la sin par Teolinda habia atraido muchedumbre de pastores estrangeros al valle de los sauces que resonaba continuamente con alegres tañidos y amorosas canciones. El nombre de la pastora, retrato vivo de un ángel, y cifra de toda la hermosura creada, era el tema de los vérsos que se cantaban, y el de su querido el objeto de las lisonjas que le dirigian. Él entretanto sumergido en sus placenteras ilusiones, pisando casi el umbral de su ventura, caminaba á lentos pasos como para saborear á solas el último sorbo de la esperanza, licor esquisito que el cielo derrama para embriagar á los mortales; así es que sin apercibirse de ello vióse metido en el enmarañado bosque donde tenia su cabaña el mago Orfenio, y un terror vago é indefinible le sobrecogió de tal suerte que echó á correr para salir de aquel desagradable

Digitized by Google

recinto, mejor guardado con el nombre de su dueño que con doble seto de entretejidos zarzales. Traspuesto ya el sol, la amortiguada luz del crepúsculo no hendia el espeso ramage que á manera de toldo cubria las encrucijadas y vericuetos del bosque, cuando entre las sombras vió levantarse un bulto negro que le amedrentó, cual si se viera en campo raso acometido de hambriento lobo, y ni tuviese un arma ni un ñudoso baston para defenderse. ¿A dónde corres desalentado? le dijo el mago. El tiempo se precipita como un neblí sobre la garza, y la necia remonta su vuelo para encontrarle mas pronto. Antes de llegar al florido vergel en que soñabas has de atravesar una selva desierta, erizada, espantosa, ¿y corres para entrar en ella? Pastor, yo puedo convertir en un ramo de agenjos tu guirnalda de flores: no te apresures á ceñirla, porque al tocar tus cabellos se marchitará. Sin duda se te ha trascordado el dia que con Leriano y Simplicio cazabais en la falda de aquel monte y visteis descarriada una cervatilla mia; ellos no se atrevieron á herirla, y tú la tiraste una flecha sin pensar que podia retroceder hasta tu corazon. Sin duda se te han trascordado algunas de tus tiernas pláticas con la zagala mas bella que alumbran los rayos del sol, y yo quiero volvértelas á la memoria. ¿No recuerdas que Teolinda te dijo que yo la amaba? No recuerdas lo que me respondió? Que yo era viejo y áspero como la corteza de una encina, que yo era negro como las alas de la noche y feo al par de un sátiro; y vosotros reiais desatentados, sin pensar que el eco repetia vuestra risa en las concavidades de mi gruta, sin pensar que yo tambien debia reir alguna vez. Oh! vosotros creeis que vuestro dia se acerca... el mio ha llegado.

Estas palabras helaron de espanto el corazon de Fileno y destruyeron de un golpe todas sus ilusiones, así como un furioso pedrisco arranca en pocos momentos las yemas todas de un almendro florecido. Como la ovejuela que el zagal quiere encerrar en su aprisco, dejábase llevar Fileno

Digitized by Google

del mago, que asiéndole por el brazo le conducia á su gruta. Hallábase esta en medio del bosque, espinosos matorrales formando una bóveda sombría ocultaban su boca aterradora como la de una sima cuya profundidad no ha podido sondarse, aislado descollaba ante ella un altísimo cipres como un centinela gigantesco, y á sus piés corria por entre brezos y carrascas un bramador torrente que no muy léjos vomitaba sus aguas en un barranco. En sus cristales hizo el mago reflejar la siniestra luz de un monton de hojarasca encendida, y con voz imperiosa ordenó al pastor que mirase en ellos. Una lozana rosa parecia desplegar debajo de aquel velo transparente sus hojas de riquísimo carmin, un insecto dañino se acerca con traidora precaucion, roe su tallo y la reduce á polvo en un momento. El pastor, que arrebatado de su hermosura por secreto impulso habia sumergido su brazo para cogerla, sacó un puñado de cieno. Atroces desventuras anunciaba aquella misteriosa vision, y fueron comprendidas; mas no paró aquí su desdicha. Una estraordinaria sed le abrasaba las fauces y bebiendo de aquella agua, que estaba encantada sin saberlo, se imposibilitó de trasladar al labio la relacion de suceso tan horrible, y aun de indicar con sus ojos y semblante las acerbas congojas que desgarraban su corazon.

En tanto el valle de los sauces resuena con la acostumbrada alegría: el susurro de apacible risa retozando con las plateadas hojas de los álamos, de olorosos sándalos y frescos alisos: el murmullo de un cristalino riachuelo que hacía reverberar en su tersa superficie la temblorosa luz de las estrellas, como si arrastrase en su curso millares de lentejuelas: el son de las esquilas; los tiernos balidos de los corderillos jugueteando al lado de sus madres esparramadas por la vasta dehesa; el concierto de los rabeles y zampoñas que no ahogaban los trinos de la flautilla de Leriano, émula de los ruiseñores; todo esto inunda de armonía aquel deleitoso valle, y acompaña perfectamente las amorosas pláticas de una tropa de gallardos pastores y

Digitized by Google

lindisimas zagalas que sentada en el florido cesped, á la redonda de un tilo corpulento coronado de festones, aguarda la venida de Fileno, para celebrar con vistosas danzas la envidiada dicha de los futuros esposos. Allí se encontraban Leriano y Simplicio al lado de Albanisa y Florela, Galafron que habia desquijarrado un oso, Lausso el desdeñado de Arsía, Belisarda que le miraba con ojos tiernos, Siralvo y Filida, Galatea la de las doradas trenzas, Cardenio que apacentaba el rebaño mas numeroso, y Olimpio el corredor mas ligero de aquellas cercanías. Hermosa Teolinda con sus quince abriles, sus ruborosas mejillas, su ensortijada cabellera, sus ojos respirando el fuego de un amor puro, y su pecho la candidez de una alma inocente sobresalia entre sus compañeras, como su querido se aventajaba á los demas pastores. La azulada bóveda de los cielos estendiéndose, cual inmenso cenador cubierto de una enredadera de jazmines, mostraba por flores sus luceros, y brillando en medio de ellos la luna, tan esplendorosa como si intentara hacer olvidar la ausencia del dia, representaba en el cielo una imágen de la belleza de Teolinda en la tierra.

No tardó Fileno en llegar si bien eran sus pasos mas mesurados de lo que en tal ocasion convenia; ella abrió luego sus nevados brazos para recibirle y con voz halagüeña y gentil donaire, esclamó: Otras veces el deseo ponia alas á tus piés cuando á verme venias, mas hoy no te has fatigado en correr porque tenias seguro el premio.—Premio....! repitió él.—¿Qué, no estás contento de tu fortuna?—Fortuna...! Oh! yo no la esperaba, añadió con un acento involuntario que espresaba la satisfaccion del alma en vez de acerba ironia.—¿Y quién sino tú pudo merecerla?—Merecerla...? No, yo no merecia que el cielo me ofreciese esta copa de felicidad.... Esforzábase á continuar, para quebrarla en mis labios, pero sus dientes se cerraron y no pudo articular la última frase.—Querido Fileno qué deliciosa va á ser la vida mia!—Vida mia!—El pecho del pastor

Digitized by Google

semejaba ser de piedra hueca, y repetia con el mismo acento de ternura unas palabras que en él amargamente se hundian. Llegáronsele en esto sus amigos y dábanle el parabien de tanta dicha, muy léjos de recelar que sus felicitaciones fuesen como aquellas armas traidoras que abren mortales heridas sin sacar una gota de sangre del corazon.

Horrible fuera ver el de Fileno en aquel trance: en su pecho estaba impresa una imágen de muerte cubierta empero con un cendal de oro y seda. La maravillosa virtud del ponzoñoso brebage concentraba su inmenso dolor en el fondo de su alma, y no dejaba reflejar siquiera una huella en su fisonomía. Su rostro no era entónces mas que una mascarilla que le sofocaba, pero estaba pintada en ella una espresion de inefable regocijo: semejaba un condenado revestido de una nube de gloria. Horrible fuera oirle cuando no podia pronunciar sino palabras dulces y melodiosas, al mismo tiempo que estallaban las fibras de su corazon y una corriente de hiel circulaba por sus venas. Empujado por un maligno genio á la voluptuosa danza, estrechaba la suave mano en que cifraba sus mas risueñas esperanzas, y la idea de aquellos torneados dedos convertidos en áridos huesos y de aquel flexible talle en descarnado esqueleto anidaba como una ave carnicera en su fantasía. Poco despues al pié del tilo descansaban entrambos: Teolinda mas jovial que nunca se abandonaba sin reserva á las dulces emociones de su alegría, con infantil sonrisa atravesaba una region de luz, creia en el porvenir, soñaba en la vida, en una vida tan hermosa cuanto podian embellecerla los prestigios de la esperanza, las auroras del amor y los delirios de la juventud. Estasiado la contemplaba Fileno porque nunca le habia parecido tan discreta, tan candorosa, tan hechicera. En aquel momento recordaba el triste todas sus ilusiones que como falsos amigos venian á escarnecerle en su último adios. Miéntras tanto deslizándose por entre la yerba, se acercaba cautelosamente un escorpion á los piés de la pastora, y una á una veíanse marchitas todas las flores que tocaba. Divi-

Digitized by Google

sóle Fileno estremecido, probó á levantarse para aplastarle y estaba inmóvil como el tronco en que se habia sentado, quiso gritar y estaba mudo como las flores que se marchitaban; su cabeza entónces cayó sobre el cuello de su adorada y ella creia que sus lágrimas eran de ternura. De repente callaron los pastoriles instrumentos, los que bailaban cesaron despavoridos, y algunas voces esclamaron llenas de terror: *¡el mago!* al mismo tiempo dió Teolinda un grito agudisimo.... Alzó los ojos Fileno y vió á lo léjos escurrirse una sombra, un cadáver entre sus brazos y un insecto venenoso á sus piés.

Digitized by Google

IV.

EL VALLE DE LOS CIPRESES.

La serenidad y hermosura de la tarde me habian convidado á dar un largo paseo por las afueras de la ciudad, y bien que no recuerde precisamente cuáles eran los diversos pensamientos que á solas iba rumiando, sé que encerraban algo de triste y sombrío análogo al estado de mi corazon. Siempre me ha parecido que al declinar las tardes de otoño conducen á la melancolía. Con el codo apoyado en la rodilla y la cabeza en la palma de la mano descansaba un rato sentado en una piedra del camino, y en esa actitud meditabunda poco ó nada tendrian de risueñas las ideas que me asaltaron. Esparramábase á mi izquierda el caserío que lleva el nombre de pequeña villa, á mi derecha escondia su tortuoso cauce el torrente que lame los muros de Palma, enfrente de mí levantaba las ásperas crestas de sus fragosas ondulaciones la sierra poblada de espesos pinares sobre la cual asomaba su limbo superior el astro del dia.

Digitized by Google

Aquella postrer mirada, aquella despedida del sol me hizo una impresion semejante á la que produce el improviso *adios* de apuesta doncella en el ánimo del mancebo que al pié de los balcones deseaba prolongar su plática amorosa.

Quizas me hubiera distraido de mis tristezas una magnífica puesta de sol, pero no hubo aquella tarde nubes doradas por los últimos reflejos, ni ráfagas de carmin y violeta cambiando por momentos sus abrillantados matices. Una ligera neblina se habia estendido por todo el cielo, y sobre esta cenicienta gasa destacábanse á lo léjos las desnudas ramas de los almendros, formando caprichosos dibujos, parecidos á los que aparecen puliendo una con otra dos tersas superficies de alabastro humedecido. La soledad y el silencio empezaron á serme desagradables, y los pensamientos mismos con quienes voluntariamente me habia entretenido volviéronse como aquellos huéspedes que agasajados al principio acaban por convertirse en carga molesta é importuna. Traté de regresar ántes que me sobrecogiera la noche; pero, quién podrá esplicarme lo que entónces me aconteció? Cómo es posible que siéndome tan conocido el camino llegase á perderme en un estraño laberinto?

Ni sé cómo fué ni me atreveria á señalar el punto en que empezé á desviarme; pero tengo muy presente en la memoria la estrañeza que me causó el verme internado en un angosto y solitario valle. En vano era preguntarme: de qué podia depender que nunca hubiese yo descubierto, que nunca á mis oidos hubiese llegado la mas leve indicacion de aquel sorprendente y exótico paisage? Era un capricho del arte, ó una aberracion de la naturaleza lo que efectuaba allí un cambio de escena tan completo? Por qué en vez de la grata sensacion que producen los sitios aun mas agrestes y sombríos, el encanto de la novedad cedia el puesto á una especie de terror indefinible? Aquel era un largo valle flanqueado de dos altas colinas, coronadas en su cumbre y cubiertas en sus faldas de infinito número de árboles todos de una misma especie. Y estos árboles eran

Digitized by Google

cipreses, que bien los conocí por el fúnebre colorido de su ramage, por su tétrica inmovilidad y su fuerte aroma. Estendíanse en torno mio en simétricas y prolongadas calles como los almendros de aquellas cercanías, ó veíanse mas allá revueltos y apiñados como las encinas de espeso bosque. Ni selváticos arbustos, ni menudo césped cubrian la aridez de aquel terreno, y sobre los troncos de los cipreses, desnudos como los piés de un esqueleto, levantábanse sus copas sombrías como las pirámides de un mausoleo. Y yo en tanto con el estupor en el alma y el azoramiento en los ojos, luchando con una sensacion que se acercaba al miedo, y que en vez de acelerar entorpecia mis plantas, avanzaba por entre aquellos centinelas de la muerte, y seguia un camino semejante á los que en otros tiempos conducian á la mansion de austeros cenobitas.

De pronto vi que me precedia una niña como de tres años, que tiraba de un cochecito de carton atado con un bramante, que correteaba á trechos y á trechos se paraba, que se entretenia en coger del suelo y arrojar al aire piedrecitas. Aquel talle robusto al par que agraciado, aquellos bracitos que se movian con encantadora ligereza, aquel vestidito color de rosa, aquel sombrerito de paja... Oh Dios mio! Dios mio!—Niña, niña, esclamé con un grito desatentado, sin ser dueño de contener los rápidos latidos de mi corazon, y ella volvió hácia mí su lindo rostro, clavó en mí sus ojos azules, y echó de nuevo á correr y brincar, á tirar piedrezuelas y flores. Una de estas recogí y la besé: era una flor de amarillenta corola, flor sin lustre ni aroma de la que recuerdo haber visto espesas matas en un cementerio abandonado. «Aguárdame, niñita, aguárdame, irémos juntos á tu madre. Oh sola felicidad mia! Y yo que soñé haberte perdido para siempre! Y yo que pensaba que Dios habia descargado sobre mí el mas terrible de sus castigos! Ay, cuántas lágrimas han vertido mis ojos! Cuántas cayeron ocultas en torno de mi corazon! Aguárdame, hija mia, que he de darte un tierno y regalado beso.» No

Digitized by Google

han sido tus caricias el mas íntimo y suave goce que en este mundo he disfrutado? Qué oro bastaria para comprarlas? Qué glorias ni placeres para hacer con ellas un trueque? Oh loca imaginacion mia que se las figuraba ya tristemente fenecidas! Párate un momento, hija mia, un momento no mas. La alegría de encontrarte me oprime el pecho como una fatiga inmensa. No corras tanto. Vamos, niña, no seas caprichosa: te compraré dulces, todos los dulces que quieras.» Y así diciendo esforzábame en apretar el paso y no podia. Parecíame entónces aquel valle interminable, y anhelaba el momento de salir á una llanura despejada con la misma ansiedad que en noche borrascosa desea el marinero que despunten los primeros albores de la mañana.

Mas y mas descolorida se iba volviendo la pálida luz que penetraba en aquel fúnebre recinto, de manera que en el cuerpo de mi niña apénas distinguia ya la esbeltez de sus contornos; pero su gracioso acento heria de vez en cuando mis oidos, resonando en ellos como la mas pura y deliciosa melodía. Parábase á trechos, decíame sonriéndose: Papá! Papá! y cuando yo creia tenerla á mi alcance escapábase como una sombra de entre mis brazos y seguia corriendo, corriendo con infantil travesura. «Niña! así corresponde á mi ternura? Mira que me destrozas el corazon cual si fuera uno de tus juguetes. Por qué haces hoy lo que nunca habias hecho? Detente, amor mio, tesoro mio que voy á llorar lágrimas de sangre si no consigo abrazarte. Yo no sé dónde estoy, dónde me encuentro; pero te veo, te oigo, á ti, mi única delicia, mi única esperanza en los cansados dias que me restan por vivir. No, no huyas de mí que te quiero tanto. Ah! que en tus pocos años no te es dado comprehender ni la vehemencia de mi cariño, ni la intensidad de mi amargura! Señor! qué crímen he cometido para que me inflijais este horrible tormento? Confieso que no os he agradecido como debia una dicha que era sobrado grande para merecerla yo.» Y con estas esclamaciones interrumpidas por sollozos y por las angustias de una respi-

Digitized by Google

racion desigual y fatigosa, seguia las huellas de la encantadora niña confiando ciegamente en que habia de alcanzarla.

Y la alcancé; pero, dónde? en un parage igualmente desconocido que no podia distinguir bien por la obscuridad que me rodeaba. La alcancé porque ya no corria sino que estaba tendida de espaldas en el duro suelo con sus manecitas cruzadas sobre el pecho, y sus párpados cerrados cual si estuviese tranquilamente dormida. Ay de mí! su vestidito color de rosa se habia trocado en un manto azul, en una túnica de muselina blanca como las alas de una paloma, y su sombrerito de paja en una corona de plateada filigrana. Y yo la miraba, la miraba sumergido en profundo abatimiento, al favor de la ténue claridad que despedian algunas estrellas. De rodillas á sus piés la miraba con doloroso ahinco, y hubiera querido pasar siglos en aquella estraña situacion de consuelo y amargura. Pero el cuerpo de mi niña se iba desvaneciendo poco á poco, á semejanza de las nubes que cambian de aspecto y lentamente se evaporan. Y todo estaba ya á punto de desaparecer cuando resonó en mis oidos un canto de una dulzura indefinible, una música de un ritmo estraño que no podria compararlo á ningun género conocido. Era una cosa parecida á los trinos del misterioso pajarito que por espacio de trescientos años suspendió los oidos y el alma de aquel monje del desierto. Era un coro de innumerables voces en que sin confusion ni ruido se oia: *Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal,* y entre esas voces que me tenian como arrobado distinguia yo perfectamente la de mi niña. Pero este himno incesante se iba perdiendo, perdiendo como si se hundiera en el seno de la tierra, como el canto de una procesion de vírgenes que se aleja por los corredores de su monasterio. Oh mi Pilarcita! Oh angel del cielo!

Un rayo de luna bajó despues á iluminar aquel sitio en que continuaba yo de rodillas, y la piedra labrada que tenia enfrente me indicó ser el lugar en que un dia reposarán mis ateridos huesos.

Digitized by Google

V.

APRENSIONES Y CASUALIDADES.

Tres veces el astro de la noche ocultara del todo su prestado resplandor á los habitantes de la tierra: tres veces apareciera de nuevo como una pincelada amarilla echada por distraccion en la tela azul del inmenso espacio: tres veces, como ejemplo de la inconstancia humana, repitiera la periódica variacion de sus fases; y ni la alteracion mas leve habia padecido todavía en su luminoso disco la hermosa *luna de miel* de dos jóvenes esposos, quienes, al contemplarla en su plenitud seductora, ni temian lejano, ni creian posible el menor decrecimiento. Unidos por el amor, de amor vivian, retirados en una solitaria quinta, cual si tuvieran escrúpulo de lastimar los ojos de la envidia con el espectáculo de su felicidad y de su recíproca ternura. Nada ménos dramático que sus conversaciones: semejantes á la poesía hebráica, en ellas alternaban las palabras, pero re-

Digitized by Google

petianse las ideas, como si cualquiera de ellos fuese un eco mental de su interlocutor. Juntos siempre los dos, ora estuviesen entretenidos en casa, ora cultivasen un pequeño cercado, que llevaba el título inmerecido de jardin, ó ya saliesen á dar largos paseos por los frondosos alrededores, pudiera decirse de cualquiera de ellos, que era la sombra de su consorte.

Apesar de todo esto por dos ó tres veces habia ya sucedido que el esposo partiera solo hácia la ciudad, sin dar esplicaciones satisfactorias de los motivos que allá le conducian. Achacábalo de una manera vaga á negocios de importancia, lo que era abrir un campo inmenso á congeturas y recelos; parecia empero que el tierno abrazo de despedida encerraba la mágica virtud de impedir que brotasen tan malas yerbas en el corazon de la recien casada, inesperto y sencillo como el de una vírgen. Así la separacion material de algunas horas, breve paréntesis de su felicidad, no producia en ella mas desazon que la de una ligera impaciencia, deseando que el dia acelerase su carrera, á fin de gozar en el siguiente el nuevo abrazo con que solemnizaba siempre su regreso el cariñoso marido.

Hacia mas de veinte años que el padre de este habia comprado la retirada quinta, en que la dichosa pareja vivia alimentándose aun del pan de la boda, como los antiguos dioses de néctar y ambrosía. La ambicion y el gusto de ser propietario le habian costado un pleito, y tuvo que pasár á Madrid para sostenerlo. Hallábase cierto dia en uno de los cafés de la corte, cuando entrando un caballero y dirigiéndose hácia él, esclamó: Señor de Ribalta!, y al mismo tiempo que nuestro novel propietario se inclinaba para saludarle, otro personage, sentado á la mesa contigua, tendia la mano al recien venido.

—Con qué tambien V. es Ribalta? díjole nuestro hombre, tratando de cubrir con una benévola sonrisa la confusion que le acarreó su precipitada cortesía.

—Eugenio Ribalta y Soler, para servir á V.

Digitized by Google

—Y Eugenio tambien? Qué diantre! V. es un tocayo superlativo. Tres veces homónimo de mi chiquillo.

—Ah! con qué tiene V. un chiquillo? Pues señor, no puedo decir yo otro tanto. Parece que á mi muger no le ha valido el ser tocaya de la madre de Samuel. Y cuando uno empieza á tener los cabellos grises... pero en fin, que le harémos? Ya que la suerte me ha favorecido, dándome noticias de esta segunda ó tercera edicion de mi fe de bautismo, no puedo ménos de ofrecerme á la disposicion de V. Agente de negocios: calle de...

—Providencia divina! Si he venido aquí para un pleito!

De esta forma entablaron relaciones amistosas los dos Eugenios Ribalta. Nuestro litigante, mas feliz que Teseo, habia encontrado á la vez un Piritoo, un hilo de oro para salir del laberinto curial, y casi diriamos una Ariadna en la tocaya de la madre de Samuel. Pero en Dios y en conciencia que no pasó de mero tertuliano, y al regresar á su patria, con un fallo definitivo que le aseguraba el tranquilo posesorio de la finca disputada, merced á su derecho y á los buenos oficios de su sagaz consejero, conservó siempre buenos recuerdos de aquella familia, y algunas cartas de tarde en tarde echadas al correo, parecian marcar las olimpíadas de su casual y dichoso conocimiento. Ignorábalo completamente el hijo, á quien pudiéramos llamar Eugenio tercero, así es que no cuidó de participar al agente de negocios la defuncion de su padre, ocurrida dos años ántes de verificar su matrimonio.

La quinta que habitaban Eugenio y su apasionada compañera está situada en la falda de una de esas desiguales y escabrosas montañas, que estendiéndose al occidente de nuestra isla, se elevan como un triple valladar opuesto á las olas que vienen del continente español. Una mula con su correspondiente aparejo estaba arrendada á un anillo de hierro puesto á la puerta esterior: Eugenio con botines de cuero, sombrero de palma y una delgada vara de acebuche en la mano la desataba tranquilamente.

Digitized by Google

—Y no te parece que hoy partes demasiado tarde para ir á la ciudad?

—En verdad que ese diablo de hortelano me ha enredado mas tiempo del que convenia; pero con poco mas de tres horas estaré allá si Dios quiere.

—Dentro de poco se habrá puesto el sol, y tú no estás acostumbrado á viajar de noche.

—Eso no le hace. Piensas que he de tener miedo?

—Si aguardases á mañana?

—Mira Adelita, estamos á catorce de octubre, pasado mañana son tus dias, y es preciso, de toda precision, que ántes haya dado vado á esos negocios que traigo entre manos.

—Estos negocios... repitió lentamente Adela.

—Vaya, adios, adios. Pero sabes, Adelita, que siento un dolor en mi mejilla izquierda.

—Y eso?

—Es que está quejosa de tí porque no me has dado mas que un beso en la derecha.

—Ah! dijo Adela, y se abalanzaba á cumplir el deseo de su esposo; mas de repente se encendió su rostro, brotaron lágrimas de sus ojos, retrocedió un paso, volvió las espaldas, y echó á correr y á ocultarse por la puerta de la quinta. Eugenio sorprendido queria seguirla, pero creyendo que no era aquello mas que una esplosion de nímios temores y efímero sentimiento, y viendo ademas que se hacia muy tarde, montó en la mula y tomó el camino hácia la ciudad.

Aun no habia andado trescientos pasos cuando se detuvo en un altillo desde el cual se descubrian las ventanas de la quinta. Solia aquí volverse y agitar su pañuelo respondiendo á iguales demostraciones de parte de su Adela; pero esta vez las ventanas no presentaban mas que su negro vacío. Tentaciones tuvo de desandar su camino, pero al fin se decidió á continuarlo. Si estará llorando? decia entre sí. Habrá niñería! Pero, por qué llora?

Por qué! Difícilmente lo hubiera adivinado. Adela confia-

Digitized by Google

da por naturaleza no podia abrigar recelos contra su esposo: segura de la ingenuidad de sus palabras no comprendia los pretestos: ardiente en sus afectos no sospechaba la tibieza. Creia á todos los corazones elevados á la misma temperatura. A lo ménos al de su Eugenio le creia tan igual al suyo en sentimientos como en pulsaciones. El matrimonio, así como habia santificado, habia tambien embellecído las ilusiones del amor, ¿y podia soñar siquiera que la constancia les concediese tan solo un plazo menor de tres meses? Pero aquellos negocios de los cuales se le callaba el orígen y los pormenores... aquellas escursiones cuyos resultados ignoraba... ¿seria acaso que en este secreto tan obstinadamente guardado se envolviese un misterio de iniquidad? Seria que otra muger...? Esta idea la habia asaltado de improviso: habia penetrado en su mente rápida y mortal como el cuchillo de un asesino que acomete por la espalda. Adela se avergonzó de haberla concebido, pero su sonrojo no mitigaba ni el dolor ni el frio horrible de aquella súbita puñalada. Huyó de su esposo, como hubiera querido huir de sí misma para libertarse del fatal espectro que involuntariamente habia evocado.

Entretanto el sol seguia en su majestuoso descenso: parecia que iba á sentarse en la pelada cima de Galatzó, á guisa de viagero cansado que gusta de dar la última ojeada al pais que abandona. Sus rayos tibios como los de la luna no molestaban con su calor ni con su claridad deslumbradora: las sombras se estendian á los piés de los árboles como si quisieran huir del abrigo de sus copas, y los vientos parecia que estaban aprisionados en sus cavernas. Eugenio atravesaba un frondoso valle, silvando maquinalmente una cancion favorita; en su cabeza empero se revolvian diversos pensamientos, y para darlos á conocer al lector es preciso valernos de monólogos, echando á perder la mayor parte del efecto que hubieran producido si se pudiesen traducir con toda su rapidez y vehemencia, su falta de hilacion y su vaguedad misteriosa.

Digitized by Google

«Yo no sé por qué razon ha de llorar hoy, cuando siempre la he dejado tan risueña y tan contenta. A bien que se verificará lo del Evangelio: Y vuestra tristeza se convertirá en gozo.

Qué magnífico efecto harán aquellas preciosas amatistas sobre su cuello tan blanco..... tan blanco!

Adelita es un copo de nieve... con un corazon de oro y un alma de ángel. Es mucho lo que me quiere. Somos recíprocamente ídolo y sacerdote.

Y dicen que en la tierra no se puede encontrar la felicidad? Los escritores ascéticos como que hayan padecido siempre de hipocondria. Exageran mucho. Si los viciosos no pueden ser felices, tanto peor para ellos. Para ser buenos no es menester desollarse á disciplinazos.

Oh! Dios mio, que pródigo de bondades habeis sido para conmigo! Cuánto mereceis que yo os ame!

Los sabios se han calentado la cabeza buscando el sitio del paraiso terrenal; yo que soy un lego en la materia les diria: Ahí, detras de esas montañas.

Si no es el paraiso de Adan, es el mio. Es un Eden algo escabroso, pero es un Eden.

Qué me falta á mí para ser completamente feliz? Nada. Tengo el corazon lleno hasta los bordes como una copa de vino generoso.

Pero un golpe dado por inadvertencia puede romper el cristal, y derramarse el licor en medio del banquete! Ah! sí, algo me falta: la seguridad y la duracion de la dicha que poseo.

Si estuviese seguro de vivir veinte años de la vida que ahora disfruto... Esto seria una eternidad de gloria. Una eternidad?... Un relámpago. Veinte años pasarian como han pasado esos tres meses.

Muy corta es la vida del hombre. ¿Qué le costaba á Dios hacerla durar tres ó cuatro siglos? Si me diesen á escoger, y me preguntasen ¿quiéres ser Alejandro Magno, ó Virgilio, ó Napoleon, ó Rothschild! yo contestaria: Matusalen..... pero

Digitized by Google

Adela habria de vivir tanto como yo. Sin esta condicion.... Qué, sin esta condicion...?

Ay, Dios mio, quién de los dos morirá primero? Si es ella, qué horrible soledad! y si me sobrevive, me llorará mucho? Me llorará como estaba llorando ahora? Mas, por qué habrá prorumpido en llanto? Á qué viene ese lloro tan intempestivo? Será que su corazon le anuncie algun pesar, que presienta algun infortunio?

Y qué habrá de verdad en esto de presentimientos? Cómo pueden los filósofos esplicarlo? Ni la inteligencia de un suceso impensado, ni la prevision de uno posible bastan para formular un sistema. Y por qué el corazon ha de anunciar solamente las desgracias? Por qué ha de ser solamente un ave de mal agüero?

Supongámos que ha de darme un accidente cualquiera: ¿Cómo puede impresionar el alma de Adela un hecho todavía no existente? Cómo es posible que el efecto preceda á la causa? Verdad es que Dios nos ha rodeado de tantos misterios tangibles, sin duda para que creamos en otros que están mas fuera de nuestro alcance...

He dicho: supongamos. Y quién sabe si en realidad ha de sucederme una desgracia? Lo cierto es que Adela llora, que llora hoy y no habia llorado otras veces. Si esto es un presentimiento, ¿cuál debe ser la desgracia que ha de ocurrirme? Si no lo es... de seguro que estoy tan triste como si lo fuese.»

Al volver un recodo de la fragosa cuesta que á manera de banda terciada sube un escarpado cerro para continuarse descendiendo en la vertiente opuesta, dos ó tres cuervos pasaron volando por cima de la cabeza de Eugenio. Su graznido desagradable á los oidos, produjo en su pecho una impresion mal definible, pero de fijo nada halagüeña.

«En verdad, seguia diciendo, ó por mejor decir pensando, en verdad que razon tenia aquel religioso, aplicando á los pecadores el nombre de cuervos. *Crás, crás.* Siempre mañana.

Mas, por qué los pecadores solos? No vivimos todos

Digitized by Google

con esta idea fija? No somos todos una especie de cuervos? Yo tambien digo: *crás*. Yo tambien cuento con un placer dulcísimo para el dia de mañana.

Pero si es un cuervo el que me anuncia este dia, ¿qué puedo esperar de bueno? Mensageros de malas nuevas, por qué no las traeis siquiera bien espresadas?

En todos tiempos se ha creido en agüeros. Quién debió de inventar esta creencia? Seria posible que un pueblo tan culto como el griego, que uno tan inteligente como el romano, se dejáse engañar por media docena de impostores? Los apóstoles de la civilizacion declamarán cuanto quieran; pero ¿son capaces de esplicar todos los arcanos de la naturaleza? Si el llanto de Adela fuese un presentimiento...? Si el graznido de los cuervos fuese un agüero...?

Un agüero? Y de qué? *Crás, crás*. Este chillido me hiela el corazon.»

En esto habia subido ya el áspero repecho: hallábase en la parte superior de la montaña y apeóse de la mula para bajarla con ménos riesgo ó con mayor descanso. El largo y profundo valle que descubria estaba todo cubierto de sombra, el ramaje de los pinos en las vertientes laterales era ya de un verdinegro muy subido: las copas de los olivos que alfombraban la hondonada, inmóviles y uniformes producian un melancólico aspecto; solamente á lo léjos, allá en las últimas crestas de enfrente veianse algunas manchas iluminadas de una manera pálida y sin brillo. Una ancha nube asomándose por la derecha cubria un buen pedazo de cielo: en su parte mas densa presentaba un color de ceniza mojada, sus bordes unos eran blanquecinos y otros débilmente amoratados. Algunas nubecillas, como girones desprendidos de aquel manto, flotaban indecisas por el resto del hemisferio. Eugenio á fin de acortar un poco su camino, en vez de seguir la empedrada cuesta, tomó una vereda mal abierta sobre rocas y entre espesos matorrales. Mas ántes de emprenderla volvióse para mirar el sol, y precisamente en aquel instante desaparecia su disco.

Digitized by Google

«Oh! cuán triste ha de ser para un moribundo que conserva sus sentidos ver la puesta del sol, y pensar interiormente, para mí no se levantará mañana! Y para cuántos, seguia pensando, no saldrá el sol mañana sin que estén moribundos hoy? Oh mañana! esfinge de la cual todos se creen Edipos, y de la cual todos vienen á quedar devorados!»

La aspereza del terreno, que bajando siempre forma altos y desiguales escalones de puntiagudos riscos, ó presenta la superficie inclinada y lisa de anchas rocas, le obligaba mas bien á dar saltos que á sostener un paso igual y acompasado. Otras veces no habia hecho el menor alto en la incomodidad del camino, bien que no lo pasara nunca en hora tan avanzada del dia. La semi-oscuridad y el aspecto salvaje de la naturaleza, el silencio del desierto y la molestia física sobreviniendo á las ideas tristes que se habian infiltrado en su pensamiento, despertaron en él una especie de irritacion nerviosa.

«Vaya una diversion, ir trompicando por esas piedras! Y la noche que se me viene encima! Pues bueno seria que me perdiese por estos andurriales sin oir otra cosa que *crás*, *crás* por toda palabra de consuelo!

Y Adelita? yo no debia dejarla hoy. Me he mostrado duro, indiferente con ella. He sido un bárbaro. Maldito el hortelano que me ha entretenido con su charla sempiterna: maldito sea el diamantista que hace quince dias podia tener listo mi encargo. No sé qué daria por verme ya en la ciudad.»

Y luego como para disipar su mal humor buscó un pensamiento cualquiera, y se entretuvo en desenvolver y anatomizar, por decirlo así, la primera idea que le habia ocurrido.

«Y si ahora yo resbalase... pensó. Una cosa tan fácil! Si ahora cayese y me rompiese una pierna? La mula se escaparia, y yo aquí, solo, herido, desamparado. ¿Quién es el valiente que en tal situacion no llorase? Muchos blasfemarian sin duda; pero de seguro que empaparian de lágrimas

Digitized by Google

sus blasfemias. Bien puede uno decir: llueve males, ó Júpiter! cuando está rodeado de admiradores; pero solo, enteramente solo, en medio del desierto, esto ya es otra cosa. Yo probaria á levantarme y no podria: tendria que ir arrastrando y á cada paso las puntas del hueso roto me entrarian en la carne, y en una hora no andaria quince varas. No, lo mejor seria acurrucarme aquí, y esperar á que mañana oyese mis gritos algun pasajero. Qué noche tan larga! tan horrorosamente larga! Qué frio tan intenso padeceria! De seguro que entónces daria toda mi hacienda por las dos zaleas del aparejo, una para acostarme y la otra para cubrirme. Pero nó, no la diera. Preferiria un martirio tan atroz á dejar pobre á mi Adelita. Y yo me estaria aquí abandonado de todo el mundo, y mis amigos de la ciudad en el teatro, y los mozos de labranza junto á la llama del hogar, y ella durmiendo sobre mullidos colchones. Y si mañana me encontrasen transido de frio, helado, muerto, ella se desmayaria, me lloraria un mes, dos meses, tres meses; pero tambien el lloro cansa, y al fin vendria el consuelo, y quizás con el tiempo otro amor..... ¡Oh dichas de este mundo, cuán falaces, cuán pequeñas, cuán efímeras sois!»

Esta situacion horrorosa se apoderó de su fantasía. Habia querido jugar con esta idea como con un lobezno, y de repente se sintió mordido. Frecuentes escalofrios recorrian sus miembros, erizábanse los cabellos, y las piernas le flaqueaban. Montó otra vez en su cabalgadura, pero asimismo se veia andar á gatas, rozando el pecho sobre las piedras, arañándose el rostro con los abrojos de los zarzales, desollándose las manos, y dando un grito agudisimo á cada movimiento de la pierna herida. En valde trataba de ahuyentar estas imágenes: ellas volvian con la importunidad de las moscas, con la tenacidad de las abispas, con la ferocidad de las arañas. Y la luz del crepúsculo mas y mas palidecia, y el camino se prolongaba, y la mula andaba lentamente, y Eugenio no osaba arrearla por miedo de caerse.

Lindan con el camino dos ó tres trozos de pared derrui-

Digitized by Google

da, restos de una pobre casa desde mucho tiempo abandonada: una porcion de olivos plantados á hileras se estiende á su alrededor, la *Riera* circuye la falda del montecillo, y fuese por casualidad ó por alguna causa desconocida, la mula se detuvo enfrente de sus ruinas. Eugenio la aguijaba con suavidad y recelo, tiraba de la rienda, y ella cabeceaba y no obedecia. Despertáronse entónces en la memoria del pobre jóven recuerdos de tradiciones y consejas en que nunca habia parado la atencion. Trasgos y duendes hervian en su imaginacion, de antemano tan cruelmente sobreescitada: ruido de cadenas sonaba en sus oidos, fantasmas vestidos de blanco se deslizaban ante sus ojos, los árboles se habian convertido en procesion de frailes, y el rumor de las aguas en responsos de difuntos. Eugenio sudaba á mares y tiritaba de frio.

Mas adelante encontró dos niños que venian hácia él cargados de sendos haces de leña. Respiró Eugenio, pues iba á disfrutar un minuto de humana compañía en medio de aquella soledad para él tan espantosa. Hubiera dado de buena gana su bolsillo entero al que de ellos hubiese consentido en subir á las ancas y acompañarle hasta la ciudad. Y eran niños de seis á siete años. Para saborear aquella especie de ligerisimo consuelo se detuvo á preguntarles.

—A dónde vais, niñitos?

—A casa, con esta leña.

—Está muy léjos?

—Cerca de media hora.

—Y no teneis miedo de la oscuridad de la noche?

—No señor.

—Felices vosotros, dijo entre sí. De quién sois hijos?

—No tenemos mas que madre que está ciega.

—Y de qué vivís?

—Mendigamos por estos contornos.

—Pobres niños! esclamó interiormente. Decidme, qué pájaro es el que ahora ha cantado?

—No lo habemos oido.

Digitized by Google

—No habeis oido un pájaro que cantaba?

—No señor.

—Un pájaro que hacia así. Y se puso á remedar una especie de melancólico y prolongado silvo que poco ántes habia oido.

—Esto es una lechuza.

—Una lechuza, y no la habiais oido vosotros?

—No señor.

—Entónces habrá cantado solamente para mí. Y la vieja Margarita me dijo que habia oido una lechuza la víspera de la muerte de mi padre. Oh Vírgen santisima! Oh Madre de los Dolores! Oh Adela! tu presentimiento era cierto. *Crás.*

Redobláronse entónces los sacudimientos nerviosos del infeliz mancebo: castañeteaban sus dientes, la calentura abrasaba sus venas, y un frio intenso congelaba sus estremidades. Su corazon repetia aceleradamente las pulsaciones, como un reloj desconcertado, y la imaginacion despótica reinaba sobre las demas facultades del alma. El desgraciado ya creia de todo corazon en presentimientos, en agüeros, en fantasmas. La lechuza era para él un mensagero de la muerte: y para él, solamente para él habia resonado su fatídico acento. Eugenio invocaba á los santos, rezaba en alta voz, pero su memoria trastornaba y confundia las oraciones mas usuales, las preces que habia repetido cotidianamente desde su infancia.

La noche habia cerrado completamente. Ni una estrella brillaba en el firmamento. La sombra vespertina, cundiendo como una mancha inmensa, habia encapotado el cielo todo; y la ciudad parecia haberse alejado diez leguas. Si el pintor griego pudo marcar los diversos grados del dolor en las fisonomías de los concurrentes al sacrificio de Ifigenia, tuvo que cubrir con un velo el rostro de su desdichado padre. El arte se confesó impotente para rivalizar así con la naturaleza. Así tambien aquí nos damos por vencidos confesándonos incapaces de trasladar al papel la prolongada

Digitized by Google

agonía, la tortura moral del pobre Eugenio, desde que dejó súbitamente á los niños hasta que penetró en la ciudad, hasta que estuvo en su casa.

Recibióle su nodriza, la vieja Margarita, quien parando los ojos en su palidez y desencajadas facciones prorumpió: Señor, qué teneis? Qué novedad ha ocurrido?

—Nada. Estoy bueno. Ve á buscar al padre Ignacio, dile que venga. Quiero confesarme.

—Pero, estais enfermo? qué ha sucedido? Y Adelita?

—Obedece. Pero nó, ve ántes á casa del diamantista y dile que te entregue aquello. Pronto, pronto.

—Voy. Encima del bufete encontraréis una carta del correo.

—Carta para mí? no es posible. Yo no conozco á nadie fuera de la isla: yo no tengo correspondencias.

Y al entrar en su gabinete vió una carta cuyo sobre decia: A D. Eugenio Ribalta, y volviéndola para abrirla reparó que estaba cerrada con oblea negra. Dióle el corazon un vuelco. De dónde, de dónde es esta carta? Y miraba y remiraba el sello del correo, y no descubria mas que una ligera mancha aceitosa con unas pequeñas motas rojizas. Abrióla con el afan del que prefiere la certidumbre de una desgracia al martirio de la zozobra, y desdoblando un papel que contenia, lo primero que hirió su vista fué una calavera sobre dos huesos cruzados. Otro aviso del cielo! esclamó. Temblábale el pulso, y haciendo un esfuerzo, leyó casi deletreando: «La esposa y demas parientes de D. Eugenio Ribalta y Solér (Q. E. P. D.) suplican á V. que se sirva asistir á las exequias que han de celebrarse por su alma, en la iglesia de Santa Cruz...» Y no pudo proseguir. Sus ojos inmóviles se clavaron en las mayúsculas que trazaban su nombre. Eugenio Ribalta y Solér. Y lo leia y releia, y la exaltacion de su fantasía y la fiebre que le devoraba se exacerbaron de un modo horrible. No pudiendo tenerse en pié cayó desfallecido sobre la cama. Este soy yo, decia. Yo mismo... Y yo he muerto. Dónde estoy ahora? Adela! ven

Digitized by Google

aquí. Dame tu mano, pónla sobre mi corazon... Tu collar de amatistas, con sus pendientes y brazalete... Todo igual, todo bonito! Oh qué sorpresa! Sí..., para el dia de tu santo. No, no quiero morir. Adela, dame un beso... Un beso mas. Cómo me duele todo el cuerpo! Qué ardor siento en la frente! Eugenio Ribalta y Solér. Nó: no soy yo. Yo me llamo... me llamo... Y pasábase la mano por la frente de una manera convulsiva.

En esto llegó la anciana y le dijo: Señor, aquí le traigo la cajita.

Estas palabras fueron una especie de calmante, pero activo é instantáneo: las ideas confusas que atravesaban la mente de Eugenio se esclarecieron un poco, la calentura perdió de su intensidad, las tinieblas abrieron paso á una ráfaga de luz efímera y amortecida.

—Dame, dame, mañana es santa Adela; no sabe nada. He de sorprenderla... Oh!!! negras! negras! De luto..! viuda!

Efectivamente al destapar la cajita habia descubierto un collar y unos pendientes de azabache. Apretábalos el enfermo convulsivamente y repetia... Amatistas negras... negras como el cuervo. *Crás, crás.* Y Adela es ciega, y viuda, y busca leña... Y el sol? Dónde está el sol?

—Señor! Qué es esto! Dios mio! esclamaba llorando la anciana Margarita. Eugenio! Eugenio mio!

—He muerto, me he roto una pierna, tengo sangre... arre mula. Dame un beso, otro, sino, no te daré el collar... Amatistas finas, finas... no, tu eres viuda... He muerto... iglesia de Santa Cruz...

Un hombre entró con una cosa en la mano, y dijo á la anciana.

—Mirad, buena muger, que os habeis equivocado: habeis tomado una cajita por otra.

—Y esto ha muerto á mi pobre Eugenio: corred por Dios en busca de un médico: corred.

Y la anciana mesándose los cabellos lloraba inclinada sobre el pecho del enfermo, quien cogiéndola por el cuello

Digitized by Google

proseguia: *Cráis cráis.* No es verdad que me quieres mucho? Por eso te regalo el collar. Arre mula. Y no estás en la ventana? y lloras? Lloras porque eres viuda y te casarás con otro. Fuera de aquí esta lechuza. Decid que salga el sol. Yo quiero el sol. Sino no te daré el collar ni un abrazo, ni piedras negras... Yo tengo dos hijos muy hermosos, muy rubios, y vienen en las ancas... arre mula... y ya no buscan leña... pero tendrán collares finos... pero tú... tú eres viuda... Adela, Adela un beso...

Así continuaba en su delirio repitiendo palabras incoherentes, pero siempre alusivas á los pormenores de su fatal jornada, á su tierna y acendrada pasion, á los azares que podian considerarse como agüeros de su muerte. Llegó el médico, le examinó largo rato con ademan meditabundo, luego arqueó las cejas, y volviendo el rostro con voz reposada y monótona esclamó:

Congestion cerebral fulminante. Que llamen corriendo la santa Uncion. Dentro de ocho minutos habrá muerto.

Digitized by Google

VI.

DESASTRE DE FELANITX.

31 DE MARZO DE 1844.

I.

Una catástrofe horrorosa ha tenido lugar en el pueblo de Felanitx: no la anunciamos á nuestros lectores, porque ninguno de ellos la ignora; no pedimos sus lágrimas, porque todos han llorado de lástima y de espanto: apuntamos solamente una fecha mas en el calendario de las grandes calamidades. Solemnizamos una nueva fiesta de dolor, indicamos una amarga fuente de lúgubres y aterradoras inspiraciones.

II.

Como un hijo indócil y presuntuoso que abandona la casa paterna en los primeros dias de su juventud, que orgulloso de sus fuerzas rompe los lazos de familia, quiere vivir por sí mismo y olvida las tradiciones de sus antepasa-

Digitized by Google

dos; nuestro siglo pugna para emanciparse, para sacudir tambien la tutela de los siglos anteriores, y quebrar la cadena misteriosa que el tiempo va forjando lentamente. Pero los poetas que viven de recuerdos cantando antiguas glorias, ó lamentando pasados infortunios, se esfuerzan en soldar los eslabones entreabiertos, y derraman sobre el corazon de sus contemporáneos parte del júbilo ó de la afliccion de las generaciones ya difuntas. ¿Podriais permanecer insensibles á la relacion de los estragos que causó un dia el arroyo, por cuyas orillas os paseais ahora indiferentes? Podriais leer con ojos enjutos la triste descripcion de aquellas inundaciones espantosas, que arrastrando las puertas de la ciudad, desmantelando sus muros y bramando por sus calles, derruyeron centenares de edificios, y arrebataron en una sola noche millares de víctimas que reposaban descuidadas en brazos de un sueño voluptuoso ó tranquilo? No resonarian en vuestros oidos los gritos de tantas viudas desoladas, de tantos huérfanos infelices, de tantos que vieron sepultarse en aquella tumba improvisada el báculo de su ancianidad ó las flores de sus cariños y esperanzas? No os consternaria el recuerdo de aquella general consternacion? Así tambien se acongojarán, y se estremecerán, y llorarán las generaciones venideras, cuando se les diga que de un viejo cementerio salió de improviso la muerte, y en un momento diezmó la poblacion de Felanitx. Faltarán los testigos de este desastre, y no quien le llore; las lágrimas que arrancará todavía sobrevivirán á sus lamentables resultados.

III.

Celebrábase una funcion piadosa: el pueblo y el clero reunidos en devota procesion recordaban el camino que anduvo Jesucristo desde el pretorio de Pilatos hasta la cima del Calvario: un canto unísono, pausado y penetrante dominaba el sordo rumor de los pasos y el movimiento de la multitud, que se abria en dos filas para ver la procesion, ó la seguia lenta y compungida: un sacerdote de vida ejemplar,

Digitized by Google

de costumbres puras y corazon ingénuo, descalzo hasta las rodillas, vestido de oscura túnica, coronado de espinas y llevando una cruz acuestas, figuraba al Hijo del hombre enmedio de dos ladrones, y seguido de aquellas turbas de pueblo, y de mugeres que plañian y lamentaban su acerbo suplicio. Las nuevas autoridades presidiendo este acto religioso inauguraban esta vez su dignidad: y la voz de un orador cristiano, enérgica por la situacion y elocuente por su sencillez, resonaba en señalados trechos para esplicar uno por uno los acontecimientos de aquel doloroso camino, y arrancar de sus oyentes lágrimas de compasion y de penitencia. Era aquello la anual representacion de un *misterio* cuyo desenlace es la muerte del Redentor, y la muerte sorprendió á los actores y espectadores casi al principiarse la jornada: sufrieron lo que iban á meditar.

IV.

En aquel momento recordaban á la santisima Vírgen, cuando salia al encuentro á su divino Hijo en la calle de la Amargura; en aquel momento los dolores de la Madre á vista de los padecimientos del Hijo, la inmensa afliccion del Hijo á vista de las angustias de la Madre, ocupaban la atencion de todo el pueblo; en aquel momento, cuántos hijos presenciaron la rápida agonía de sus madres! cuántas madres abrazaron los mutilados cadáveres de sus hijos!

V.

Osaréis preguntar á Dios por qué descarga la vara de su justicia sobre un pueblo, cuando este levanta su corazon y sus ojos al cielo, cuando á lo ménos por un momento se despoja del hábito de pecador y viste el sayal de penitente, cuando sus labios no tienen mas voz que el clamor incesante de misericordia? Osaréisle preguntar por qué, á vista de tales sentimientos, no suspende los efectos generales de las leyes físicas que estableciera para la conservacion del mundo material? Osaréisle preguntar dónde está su providencia? Por

Digitized by Google

qué no envió un ángel que sostuviese milagrosamente el ruinoso paredon, ó espantase visiblemente la multitud, que incauta se agolpaba sobre él, apresurando así su caida y el desmoronamiento instantáneo del terraplen? Y si un dia aglomerada en el mismo sitio se abandonase la poblacion á las seductoras impresiones del placer, bañase de voluptuoso aroma las imágenes de su mente y los deseos de su corazon, aflojase la rienda á pervertidos impulsos, y confiando en la vida, descuidada, imprevisora, gravitase sobre aquel engañoso pavimento, ¿debia tambien Dios enviar un ángel para sostenerlo? Seria ménos horrible la muerte por no estar precedida del pensamiento de la eternidad? Seria ménos lastimoso el espectáculo de tantos cadáveres vestidos de baile y coronados de flores?—Probablemente hubieran sido ménos las víctimas.—Probablemente hubieran sido mas desgraciadas. Oh! no dudeis de la misericordia de Dios, ni del poder maravilloso de la contricion.

VI.

Como la ola, que viniendo hinchada embiste las rocas de la orilla, y las cubre con su manto de espuma, desplomóse un monte de tierra, y cubrió á los infelices que estaban debajo; rodaron las piedras, y quebrantaron los huesos de los vivientes; rodó la menuda arena, y sepultaba ya sus cadáveres. ¿Quién contará los alaridos de aquel momento fatal? El que contara las piedrezuelas desprendidas de su antiguo sitio. Conmovióse la tierra, y como de un inmenso surtidor brotó la consternacion y el espanto; raudales de consternacion corrian rápidamente hácia las villas y pueblos circunvecinos, y de las villas y pueblos circunvecinos vinieron rápidamente raudales de conmiseracion y asombro.

VII.

¿Será verdad que el jóven sacerdote, que para contemplar mas vivamente la pasion de Cristo, caminara tantas veces cargado de una cruz y ceñido de una corona de espinas,

Digitized by Google

comportó en su muerte uno de los cruelísimos tormentos que sufriera el divino Redentor? Será verdad que una piedra desprendida torciese una espina de hierro de su corona, y se la hincase en el cerebro, barrenando el cráneo y atormentándole horriblemente ántes de exhalar su espíritu? Será verdad que los ecos de su agonía se oyéron por entre los resquicios de los escombros? Ah! ciertamente no habia creido consumar la obra del Calvario. Discípulo fervoroso del Crucificado morirá, no estendido, sino agoviado bajo la cruz de su maestro. Tambien él habia cumplido treinta y tres años! Cómo le llorarán los pobres de Felanitx de quienes era consolador y amigo! Cómo le echará ménos esa nueva y simultánea generacion de huérfanos desvalidos y menesterosos nacida entre los horrores de una calamidad inesperada!

VIII.

Una idea atroz espeluzna mis cabellos y envenena el manantial de mis pensamientos: mis nervios se crispan, y siento helarse la sangre de mis venas. Me figuro como el declive de un collado erial en que asoman miembros palpitantes, á guisa de esparcidas matas de menuda yerba: tal vez la cabeza de un tronco ya estrujado, tal vez la mano de un cuerpo hundido que respira aun; ¿y quién sabe si en aquellos momentos de trastorno mental, de acciones instintivas, de confusion imprescindible, la azada que desenterraba un cadáver no sepultaba mas de un viviente, la premura con que se acudia al socorro de un deudo no hacia perecer un amigo, la planta que volaba á los gritos de una víctima querida no magullaba y pisoteaba una víctima desamparada? Cómo prescribir la paciencia á los torturados moribundos, y el órden á sus impacientes libertadores!

IX.

Hijos, madres y esposas, que buscando el objeto de vuestro cariño, revolveis los cadáveres hacinados en insepultos montones, ¿cómo podréis distinguirlos, estando frac-

Digitized by Google

turados sus talles, y aplastadas y ensangrentadas sus fisonomías? No espereis conocer al mancebo por sus juveniles formas, ni á la linda jóven por la hermosura de su semblante. ¿De qué servirán vuestras investigaciones? Estos cadáveres no pueden hablar ya á vuestros ojos, como tampoco pueden hablar á vuestros oidos. En valde os afanais para regarlos con vuestro llanto, para darles el abrazo de eterna despedida, para decirles el adios postrimero: en ellos está borrada y desfigurada la imágen que conservais ilesa en el corazon.— Buscamos solamente algun indicio en sus vestidos para conocer á los que amamos.

X.

¿Por qué se desplomó en tan crítico momento el murallon que tantos años permaneciera desvencijado y ruinoso? Porque el nuevo peso que encima se le acumulaba era superior á la resistencia de su base. Esta reflexion dejará satisfechas las dudas del filósofo de corazon árido y miras limitadas: pero ¿creeis que ese fatalismo glacial, esa resignacion infecunda al imperio de una causa ciega, pueda enjugar una lágrima sola de cuantas ha hecho verter catástrofe tan espantosa? En las causas secundarias se puede buscar la razon física de ese desastre, mas para encontrar su consuelo es necesario remontarse hasta la causa primordial, la causa de todas las causas. Los que tengan el pecho encallecido, y no hayan probado una gota de ese cáliz de amargura, podrán prescindir, si así les place, de los inescrutables designios de la Providencia; pero á los que han visto rotos de un golpe sus mas dulces vínculos de parentesco, á los que han perdido de repente las hermosas ilusiones de su risueño porvenir, á los que arrastran un cuerpo horriblemente contuso, mutilado, no les espliqueis las leyes del equilibrio; habladles sí, de los inapeables juicios, de los caminos secretos, y de la voluntad augusta del supremo Legislador del mundo.

Digitized by Google

XI.

Hermoso niñito de rubios cabellos que no has visto siete primaveras todavía, ¿adónde llevas de la mano á tus dos hermanitos que gimiendo te acompañan?—Al cementerio.—¿Y qué habeis de hacer allí?—Buscarémos á nuestro padre y á nuestra madre que fueron al sermon y no han vuelto á casa.—Mirad que es tarde ya, y van á cerrar sus puertas.—Nosotros quedarémos dentro hasta encontrarlos.—Hijos mios, ya no teneis otro padre mas que Dios.

XII.

¿Qué teneis, pobre anciano, que así retorceis vuestros brazos, y clavais en el cielo esa mirada penetrante como vuestro dolor? Qué teneis?—Ayer tenia una esposa y dos hijos, hoy nada tengo.—Y vos, buena anciana, que ni llorais á gritos, ni mesais vuestros cabellos, que solo indicais vuestra angustia en sordos gemidos y en la palidez de vuestro semblante parecido al de todos los habitantes de ese pueblo, ¿por ventura no teneis que lamentar alguna desgracia en vuestra familia?—No tengo mas que una hija.—¿Y está sana y salva?—Tiene solamente un muslo roto.—Un muslo roto! y la buena muger no se atreve á lamentarse. La participacion del quebranto universal ahogaba los quejidos de las aflicciones individuales.

XIII.

¡Ay de vosotras, esposas desgraciadas, las que en aquellos dias de angustia sentiais un dulce peso en vuestras entrañas, y aguardabais la sonrisa de un nuevo hijo para dar tregua á vuestras lágrimas! El terror y el susto han emponzoñado el jugo alimenticio de los que debian consolaros con su esperado nacimiento. Jóvenes tiernas, que saboreais aun las risueñas emociones del festin de vuestro desposorio, cuán caras van á seros las primicias de la maternidad! Sentiréis agudisimos dolores, y vuestro parto no será

Digitized by Google

alumbramiento. El fruto de vuestro seno pasará de un sepulcro viviente á un sepulcro inanimado, como sus mayores han sido trasegados de una tumba imprevista á la tumba de su eterno reposo.

XIV.

Si considerais este fracaso como acontecimiento fortuito en el cual no haya tenido parte alguna la Providencia, careceis de fe. Si lo considerais como castigo directo y esclusivamente merecido, no teneis caridad. Cualquiera de estos dos sentimientos está falseado si está solo. Si acusais á Dios, sois blasfemos; si acusais á las víctimas, sois impíos. ¿Creeis que el pueblo de Felánitx fuese reo de mayores delitos que los que inficionan á los otros pueblos? Yo os digo que nó. *¿Pensais que estos Galileos, cuya sangre se ha mezclado con la de sus sacrificios, fuesen mas pecadores que sus conciudadanos, porque tanto han padecido? Yo os digo que nó. ¿Pensais que aquellos diez y ocho sobre quienes se desplomó la torre de Siloe, fuesen mas deudores á la justicia divina que los otros habitantes de Jerusalen? Yo os digo que nó.*

VII.

LA TRAPA DE ANDRAITX.

I.

Al sumergirse en las aguas del Mediterráneo baña el sol con sus moribundos resplandores las miserables ruinas de este pequeño cenobio, donde en tiempos no muy remotos se ocultaban á las miradas del mundo actos heróicos de virtud entre las prácticas austeras del más rígido ascetismo. Situado al abrigo de una elevada sierra en la costa occidental de nuestra isla, permanecia envuelto en la sombra durante los primeros albores de la mañana, por lo que pudiera decirse que cotidianamente asistia á la muerte y nunca al nacimiento del dia. Y es que para familiarizarse con las ideas del trance postrero buscaban allí un asilo hombres de fe ardiente y de corazon sencillo, ora fuese para resguardar su inocencia, ora fuese para acreditar su arrepentimiento. Peregrinos que ni un momento olvidaban el término de su

Digitized by Google

viage no temian escoger el mas escabroso con tal que fuese el mas seguro camino.

Los que hayan visitado esa Tebaida en miniatura no habrán olvidado fácilmente la impresion que debió de causarles la soledad y aspereza de un desierto que tanta armonía guarda con la soledad y aspereza de la vida que llevaban sus silenciosos moradores. Bástales que trace el lapiz de un artista algunos rasgos en el album de un curioso viagero, ó que indique la pluma los principales lineamientos de tan grandiosa imágen, para que se reproduzca en su memoria, como en un espejo, el aspecto imponente de aquella ruda naturaleza, y se renueven las gratas emociones que sintieron al contemplarla. Para los demas mejor que una descripcion minuciosa seria invitarles á pasar algunas horas en aquel sitio donde sorprende lo salvage, anonada lo grandioso y deleita lo pintoresco. Mejor que admirar ese cuadro seria considerarse figurando en él siquiera por breves momentos. Frialdad de corazon y aridez de fantasía se necesitan para permanecer insensible, tendiendo los ojos desde la cumbre de la empinada sierra sobre la inmensa alfombra que tejen las copas de millares y millares de pinos que cuentan su vida por siglos, vagando por entre los espesos matorrales de sus escarpadas vertientes, ó contemplando desde el formidable peñasco, que sirve de pedestal al derruido edificio, las olas que á sus piés se estrellan con acompasado y monótono rugido. Y ¿cómo no sentir una viva impresion al ver los restos de aquel huertecillo incrustado en una vasta red de breñales y espinos, testimonio sobreviviente de la frugalidad mas estremada, de la abstinencia mas rigurosa? ¿Cómo aspirar la fragancia de sus plantas silvestres sin percibir como un rastro del suave olor que exhalaban las virtudes que allí florecieron? Ocúltanse en la maleza las flores que allí brotan y mueren sin ser vistas mas que del supremo Criador, asemejándose á las santas emociones de la vida contemplativa: clávanse los ojos en el mar, desierto que confina con otro desierto, como seguia allí la soledad del sepulcro á la sole-

Digitized by Google

dad de la existencia: en el cielo, término de las esperanzas del hombre: en el polvo y las ruinas, imágen de la muerte que tan presente se hallaba á todas horas en la imaginacion de aquellos piadosos anacoretas. Removiendo estas ideas no seria empresa por demas dificultosa hacer interesante el bosquejo de aquel sitio, ya que no dispertase el deseo de visitarlo, como lo hicieron algunos jóvenes del continente.

Hace ya algunos años que hallándome en Barcelona entré en una tienda de sederías, cuyo dueño era para mí, si algo ménos que amigo, algo mas que mero conocido. Aunque hombre de negocios tenia cierta aficion á la literatura, y me demostraba un cariño digno cuando ménos de mi agradecimiento. De cosas indiferentes estábamos hablando cuando apareció en el umbral de la tienda un grupo compuesto de una señorita, hermosa como un ángel, dos ó tres niñas que el aire de familia acreditaba de hermanas suyas, y una señora á quien llevaba del brazo un jóven á todas luces acreedor al título de bello y arrogante mozo. No puede decirse que esta pareja presentase á los ojos un contraste repugnante, pero se esperimentaba al verla una sensacion parecida al efecto de una disonancia mal colocada. Estaba tan léjos ella de la Vénus de Médicis como cerca el otro del Apolo de Belvedere. Saludóle el tendero con el nombre de Federico, á lo que este contestó: Venimos aquí para hacer algunas compras. Quiero que estas niñas honren la memoria de su pobre papá celebrando el dia de su santo, y ya sabe V. amigo mío, que las mugeres para la celebracion de una fiesta nada ven mejor que el estreno de un vestido. Este es el bello ideal del sexo femenino.—Pues yo tendré en servirlas muchisimo gusto, y confio en mi buena estrella que he de adivinar el suyo, replicó el otro, y volviéndose á mí añadió: V. dispense que por esta vez he de usurpar el oficio á mis mancebos.—Es verdad que ningun motivo tenia para quedarme; pero no sé qué vaga curiosidad me retuvo hasta que, despues de revolver una multitud de géneros, dar y pedir reciprocamente pareceres, sostener é impugnar califica-

Digitized by Google

ciones, escogieron los compradores unos cuantos artículos, y se retiraron dejando sobre el mostrador mayor número de onzas. El júbilo de aquellas chicas resplandecia en su rostro; pero no era ménos visible la satisfaccion interior del jóven que parecia haberlo ocasionado. Era un cuadro de felicidad doméstica que á ningun pintor se le hubiera ocurrido.

—Amigo mio, dije al tendero, hoy no podrá esclamar V. como Tito *diem perdidi*. Con galanes de esa estofa no suelen hacerse malos negocios. Si todo el mundo fuese tan liberal como este caballero la fortuna de V. seria eminentemente progresista.

—Me basta moderada como mis ideas políticas.

—Pues se me figura que no todos los moderados han de ser de la opinion de V. Pero volviendo á mi asunto, no ha dejado de chocarme un poco que la cualidad de futuro autorice á llevar de presente el bolsillo.

—Futuro, de qué?

—Ese D. Federico, que si se llamara Alfonso pudiéramos apellidarle *el de la mano horadada*, no es el novio de la jóvencita?

—Novio de su hijastra!

—Cómo! aquella respetable matrona es su muger? A mí se me figuraba que era la suegra *in pectore*.

—Su muger en haz y en paz de la santa madre Iglesia.

—Y hace mucho tiempo?

—Cosa de dos años.

—Diablo de hombre, tenia los ojos en el colodrillo? Yo no diré que la tal señora sea una harpía: para rostro de suegra el suyo es pasadero; mas en la época que V. dice la niña debia de ser ya bastante espigadita, y me parece cosa harto dura apechugar con la madre saltándole á los ojos el palmito de la hija.

—No cabe duda; pero hay hechos que parecen fenómenos inesplicables y sin embargo tienen su razon de ser en alguna de las combinaciones que ofrecen la variedad de los acon-

Digitized by Google

tecimientos y la multiplicidad de los resortes del corazon humano.

—No se eche V. á volar por esas nubes. Con toda esa filosofía trascendental qué es lo que V. quiere decirme? ¿Que estaba perdidamente enamorado?

—Quizás no tanto como ahora.

—Pues, señora esfinge, si se empeña V. en que he de ser yo su Edipo, medrados estamos. Aclárame V. el enigma.

—Es muy sencillo. Federico era un jóven atolondrado con sus puntas de libertino, pero no un mal corazon. Por fortuna le cogió un buen cuarto de hora, y reconociendo sobre su conciencia una sarta no maleja de acciones nada canonizables quiso poner término á sus mocedades con una buena accion.

—Con qué es una buena accion casarse con una señora de *cierta* edad y de hermosura no muy *cierta?*

—Segun y conforme.

—Ah! ya comprendo.

—No, no comprende V. No forme V. juicios temerarios.

—Pues si no es esto será que ella tendria un buen patrimonio, y en este caso la moral de aquella accion perteneceria á la escuela utilitaria.

—Rica ella? se equivoca V. Lo fué durante su primer matrimonio; pero cuando se vió solicitada para contraer el segundo sus riquezas se habian ya desecho como la sal en el agua. De infortunio en infortunio se habia visto obligada á bajar escalones desde una regular opulencia hasta los confines de la miseria. Si no moraba en el seno de esta, bien se podia decir que vivia en sus alrededores. Ella es de la montaña, como lo era tambien su primer marido, un tal D. Lorenzo Capdevila, á quien no cuadraba mal este apellido por ser la persona principal, la mas acaudalada é influyente de su pueblo. Poseia bienes territoriales de alguna consideracion, y se decia que no lo eran ménos las cantidades en metálico que apilaba en sus gavetas. Hombre de costumbres pacíficas y de récia complexion vivia contento con su muger

Digitized by Google

y sus niñas, su escopeta y sus perros, sus trojes y sus mozos de labranza. El encarnizamiento de la guerra civil vino á dar al traste con esa tranquilidad, que pudiera dar pié á un idilio de la vida campestre. Empezó á susurrarse que las onzas de oro, que se suponian dormidas en las gavetas como gusanos de seda en los capullos, despertaban para tomar el aire y pasaban á manos del Pretendiente. Calumnia ó no, las notorias simpatías de D. Lorenzo á la causa carlista eran un mal medio para desvanecer esta especie que hizo de sus adversarios políticos enemigos enconados. De nada le valió el haber obedecido hasta entónces de bueno ó mal grado, las órdenes del gobierno existente, ni el haberse abstenido de apoyar sus opiniones con hechos ostensibles. Quizás no habia pecado mas que de palabra; pero teniase ya á la mano el pretesto, y las mas ruines pasiones se desbordaron con toda la violencia que engendran los odios de partido. Se le tuvo preso, se le formó causa, y aunque no resultaron probados los actos de rebeldía que se le imputaban, ni la opinion pública cesó de acusarle, ni él de dar pié y fundamento á sus malévolos rumores. Así las cosas, cuando mas ufano estaba con las esperanzas de una recoleccion abundante, amaneció un dia en que le noticiaron que tropas de la Reina habian incendiado sus mieses y talado sus olivares. La destruccion era completa, y aparecia con bastantes visos de agresion directa y premeditada. D. Lorenzo perdió entónces los estribos, y ántes de que las tropas fuesen á pernoctar en su pueblo se escapó abandonando á su muger y á sus niñas. No pasaron dos semanas y ya le teniamos dominando las gargantas y vericuetos de la montaña al frente de una partida carlista levantada á sus espensas. Batíase como un desesperado, porque hacia la guerra por venganza, y el instinto de la pasion suplia su falta de conocimientos militares. La atrocidad y la valentía se confundian en sus hazañas, hasta que saliendo herido de una refriega murió miserablemente despeñado. Por un rasgo peculiar de su carácter sacaba de su propio bolsillo las pagas de sus soldados, y re-

Digitized by Google

mitia escrupulosamente al cuartel general todo el fruto de su pillage. Así no es de admirar que en poco ménos de un año consumiese todos sus caudales y el producto de varias fincas, mal vendidas unas y empeñadas otras para sostener su vengativa empresa. Confiscadas las demas sirvieron para indemnizacion de los perjuicios ocasionados, de modo que terminada la guerra civil, la viuda Capdevila y sus niñas, sin hacienda y sin hogar, eran objeto de compasion para los mismos pobres que poco ántes las habian mirado con ojos de envidia.

—Y ese D. Federico habrá sido tambien algun cabecilla que por simpatía á la causa carlista...

—Hombre, no diga Vd. disparates. Este es Federico Miravalls. No ha leido V. nunca este nombre en los periódicos?

—Me parece que sí, y como que tenga una idea de que ha sido siempre liberal y de los calientes.

—Caliente, no diré que continúe siéndolo; pero sí súbdito leal y decidido partidario de Isabel II.

—Pues señor, conciérteme V. esas medidas. Él isabelino, y ella que no podrá ménos de tener sus ribetes de carlista...

—No busque Vd. opiniones políticas en mugeres consagradas esclusivamente á la felicidad de su marido y á la educacion de sus hijos. Para ellas las paredes de su casa son los términos de su jurisdiccion, las fronteras de un mundo desconocido.

—Pero, vamos al grano y dejémonos de acertijos. Cuál fué el orígen, la causa eficiente, la razon misteriosa de tan singular y estraño matrimonio?

—Un viage de recreo que Federico hizo á Mallorca con su amigo Romualdo Belsolell. ¿No conocia V. á Romualdito?

—El poeta dramático? De vista no, pero he leido su único drama que levantó tal tempestad de aplausos en el coliseo y otra no ménos deshecha de truenos y relámpagos en la prensa periodística. La crítica pudiera haber sido mas indulgente, y los aplausos debian ser mas justificados.

—Y qué le parece á V. de su talento?

Digitized by Google

—Para mí tiene mas imaginacion que discernimiento. Carece de sólidos estudios como la mayor parte de los que borrajean estrofas y mas estrofas. Su musa le sopla á ráfagas como el viento. Es desigual con frecuencia, incorrecto siempre, estrambótico á veces; pero se conoce á la legua que participa de un temperamento vivamente impresionable, y de un corazon susceptible de grande entusiasmo.

—Y V. no sabe en qué ha parado este jóven?

—Nada sé.

—Pues en este caso es preciso que todo se lo cuente á V. por menudo.

II.

Con los datos y precedentes que me subministró mi larga conversacion con el tendero puedo ofrecer á mis lectores, no las dramáticas peripecias de una complicada historia, sino las inesperadas consecuencias de un hecho estravagante, que parecia limitado á la efímera condicion de broma carnavalesca. Mi historia apénas tiene nudo, todo consiste en su desenlace, que de seguro se tachara de imposible si de antemano se hubiese imaginado. Los que recuerden el famoso *Neo Deus intersit* alegarán tal vez que infrinjo las prescripciones literarias; pero ni es tan absoluto el axioma del sabio preceptista que él mismo no autorice ciertas escepciones, ni la poética cristiana debe atenerse en todo y por todo á la poética de los gentiles. Existe una lógica superior á la lógica puramente humana, que ni deja de tener algunos comprobantes en la esperiencia, ni puede ser atacada sin temeridad por la vana filosofía.

Federico Miravalls poseia una fortuna considerable. Tendria á duras penas unos veinte años cuando nuestras discordias intestinas le dieron lugar á distinguirse por su valor y por su entusiasmo. Alistado en la milicia nacional sus compañeros le contaron desde luego entre sus mas bravos oficiales. Sabia enardecerlos con la palabra y mas aun con

Digitized by Google

el ejemplo. Movilizado se aficionó á las bruscas sensaciones de una vida llena de peligros, y como su ambicion le aguijoneaba y sus ardientes opiniones le favorecian, no paró hasta verse gefe de una columna volante que era el terror de las bandas carlistas. En una de sus correrías por las montañas de Cataluña hizo noche en una alquería, cuyo dueño, le dijeron, pasaba fuertes sumas de dinero á D. Cárlos: la cena habia sido opípara, los vinos generosos y abundantes, las lenguas carecian de frenillo, y escitado por sus camaradas y subalternos, en un rapto de ferocidad que él achacaba tal vez á patriotismo, dió órden que se pegase fuego á las mieses y se cortáse una infinidad de piés de olivo que cubrian aquella vasta llanura. Remedo lastimoso fué del supuesto banquete de Alejandro en Persépolis, y por ventura no faltaba quien representase el papel de la impúdica Tais; pero Federico acostumbrado á escenas de desolacion y de sangre apénas hizo alto en aquel suceso. Considerábalo cuando mas como una de las necesidades de la guerra, y ni siquiera se propuso inquirir el nombre del propietario á quien con tanta ligereza habia arruinado. Hacia la guerra *en amateur* y se comprende que no fuese de las mas benignas. Hecha la paz se encontró como un pez fuera del agua, y disgustado del servicio militar trató de distraerse con otro género de campañas. La elegancia de sus modales, la bizarría de su porte, el gracejo de su conversacion, y sobre todo la varonil belleza de su figura le proporcionaban bastante número de victorias.

Compañero suyo de aventuras y orgías era el poeta Belsolell, cursante de medicina, cuya aversion á los estudios sérios defraudaba las esperanzas que hicieran concebir sus mas que medianos talentos; y sin embargo no carecia de noble ambicion, ni miraba con horror cierta clase de libros. Yacian los de testo arrinconados en su gabinete de estudio y llorando su soledad, como estrangeros en aquella Babilonia de versos, dramas y novelas: porque la poesía era el tema favorito de Romualdo, que devoraba con afan calentu-

Digitized by Google

riento, fuesen sublimes ó detestables, cuantas producciones de la escuela romántica venian á caer en sus manos. Hombrear con sus autores era su bello ideal, y estaba tan seguro de alcanzarlo como si fuera este el horóscopo de su nacimiento. Llevado de su natural propension escribió un drama que fué muy bien representado y estrepitosamente aplaudido: pero, sea el público un juez tan respetable como se quiera, su infalibilidad es muy problemática, y los fallos de la prensa vinieron á turbar las glorias de Romualdo, y á derramar zumo de agenjos en su copa de ambrosía. No se desanimó por esto ni cejó de su propósito: siguió publicando versos en los periódicos, hasta que su crecido número, y los rasgos que brillaban por acá y acullá esparcidos, le conquistaron el renombre de poeta. Y en efecto, á vueltas de sus escentricidades y chocarrerías, daba á conocer que era hombre de originalidad en sus concepciones, y de grande fuerza y energía en sus sentimientos. Pertenecia por supuesto á la escuela byroniana; pero, imitador en esto, no solo tomaba á lord Byron por modelo en el arte sino tambien en las costumbres. Creia ó aparentaba creer que el sello del genio se revelaba con el insaciable anhelo de placeres y galanteos, el escepticismo de la creencia, el cinismo del lenguaje, y en las vehementes emociones de una conducta desarreglada. Tomado se le hubiera por un volteriano completo, si de vez en cuando no se descolgara con algunas elegías de un sabor místico tan pronunciado que podian equivocarse con las fervientes jaculatorias de un pecador arrepentido. Y en esto habia mas candidez que hipocresía. Aparte de su carácter versátil y de su manía imitativa, la viveza de su imaginacion no le permitia andar, le obligaba á correr siempre, fuese cualquiera que fuese el camino de antemano escogido.

Con estos dos solia juntarse un caballero valenciano que en el primer año de matrimonio abandonó á su esposa por seguir á una actriz contratada en el teatro de Barcelona. Su loca pasion le tenia completamente ciego, y ni la publi-

Digitized by Google

cidad del escándalo, ni la triste situacion de la pobre señora, relegada á la casa paterna, bastaron á romper los lazos que le tenian miserablemente cautivo. Las lágrimas que debian ablandar sus entrañas sirvieron solo para mas endurecerlas. Separarse un momento de su ídolo era para él un sacrificio harto penoso, y solo á fuerza de vivas instancias y de importunos ruegos pudieron comprometerle sus dos amigos á que les acompañase por quince dias en un viage que tenian proyectado á la isla de Mallorca.

Ejecutáronlo efectivamente, y despues de haber invertido algunos dias en la capital, trataron de recorrer los principales pueblos de la isla. Por demas estaria el señalar aquí su itinerario: basta decir que Andraitx fué el último punto de sus placenteras escursiones. Durmieron en la poblacion, y la mañana siguiente se propusieron visitar las ruinas de la Trapa. Con una acémila cargada de abundantes y esquisitas provisiones se dirigieron allá riendo y bromeando como colegiales en dia de asueto. Eran jóvenes dispuestos para cualquier travesura de muchachos. Llegaron, almorzaron, treparon por aquellos andurriales, hasta que cansados descendieron y fueron á guarecerse de los rayos del sol á la sombra de los pinos. Enfrente de ellos se veian las ruinas del eremítico edificio: Federico estaba sentado en una roca, el valenciano tendido en el césped, y Romualdo de pié, con una voz que remedaba la de un sochantre, empezó á declamar exageradamente:

Oh montes de Nitria y Egipto poblados
De santos varones al mundo ya muertos,
Do estando los cuerpos caidos y yertos
Los ánimos arden...

—Oye tú, sol hermoso, le interrumpió el valenciano, no te nos vengas con esos plagios que son harto conocidos. Si no tienes ocurrencias mas originales, bien puedes romper tu lira y hacer escabeche de tus laureles.

—Sí que las tengo, saltó inmediatamente el poeta.

—Véamoslas, respondió el otro.

Digitized by Google

—Pues, *dum Romæ fueris romano vivito more.*

—Otra te pego. Eso es mas antiguo que un par de huevos estrellados. Lo original seria ponernos á buscar la glándula pineal del que inventó ese refrancito.

—No está el busilis en el refran, sino en la nueva aplicacion que se me ha ocurrido. Estamos en la Trapa, vivamos á lo trapense.

—Me gusta la idea. Buscarémos algunas yerbezuelas á falta de legumbres para que no anden *del todo los cuerpos caidos y yertos.* Pero, y nuestras provisiones quién se las come?

—Y nuestros vinos quién se los bebe? añadió Federico.

Oh corvas almas! Oh facinorosos,
Que no veis mas allá de las narices!
Coman yerba las cabras y los osos,
Coma el hombre faisanes y perdices.

Continuó Romualdo con su entonacion teatral y grotesca. No hemos de ser trapenses á lo Rancé, sino trapenses Heliogabálicos y Luculianos. Voy á hacerme el fundador de ese instituto.

En seguida con una prontitud que ponia de manifiesto la travesura de su imaginacion, empezó á dictar las reglas que debian observarse durante las tres ó cuatro horas que pensaban permanecer en aquel sitio. No hay para qué advertir que en ellas se daban la mano lo pueril y lo truhanesco. Era una cosa mas disparatada que las décimas que estuvieron en voga á fines del siglo pasado: una bufonada de mal género; pero tan estrambótica que sus oyentes se desternillaban de risa.

Romualdo concluyó diciendo: Artículo último. Durante el intérvalo consabido se permite á los hermanos desde las semínimas de la sonrisa hasta la carcajada máxima y superlativa. Se podrán hacer gestos y visajes, muecas, mohines *et alia fúrfuris ejusdem;* pero se les queda secuestrado el uso de la palabra, no podrán servirse de la humana locuela en ninguno de los idiomas conocidos y por conocer, so pena de

Digitized by Google

ser declarados reos de leso trapismo, habladores incorregibles, buenos únicamente para aprendices de peluquero ó secretarios de la academia barcelonesa.

Reíanse los otros á mas no poder, y levantándose con una seriedad altamente cómica, cruzaron las manos y doblaron todo el cuerpo bajando la cabeza, en señal de que adoptaban la idea y empezaba la broma.

Esta farsa que tuviera mucho de sacrílega si no tuviese tanto de ridícula, á los quince minutos habia ya perdido todo el encanto de su novedad. La risa iba degenerando en tedio cuando se levantó el valenciano, y despues de algunas zalemas se fué al edificio y volvió cargado de una botella y tres copas. Derramó en ellas un precioso marrasquino, y ofreciéndolas á sus compañeros con voz nasal y gangosa esclamó: *Hermanos, morir tenemos.*

La ocurrencia pareció chistosa. Era aquello un apéndice al consabido programa, una especie de posdata que suplia el descuido, y caricaturaba al mismo tiempo la aterradora fórmula que tan poco parecia prestarse á las exigencias de una parodia. Romualdo acogió ese nuevo rasgo de truhanería con el entusiasmo del poeta satírico á quien se le sugiere un consonante difícil que realza la agudeza de su concepto, y levantando su copa con grotesca majestad y prosopopeya esclamó tambien: *Comedamus et bibamus cras enim moriemur.*

Pero, qué es lo que sucedió en el pequeñísimo intérvalo de pasar aquel licor desde la copa á los labios? Qué pensamientos cruzaron por la mente, qué emociones perturbaron el sosiego del corazon de Romualdo? Vió dibujarse en su viva imaginacion el espectro de la muerte con su horrible catadura? Comprendió súbitamente que en la frase aquella se encerraba, si no la probabilidad, la posibilidad de una profecía? Le apareció con toda su tétrica grandeza una pavorosa imágen de lo que existe mas allá del sepulcro? Solo Dios lo sabe. Lo cierto es que el licor se le quedó como atragantado, y que arrojó al suelo mas de la mitad de la copa como

Digitized by Google

si hubiera sospechado que estuviese envenenado.

Muchas veces ha sucedido, aun á los mas diestros, juguetear con un acero y sin pensarlo darse una profunda herida. Romualdo estaba taciturno y pensativo, quizas por motivos mas graves que por la burlesca ley del silencio que se habia impuesto. Observábanla los otros á regañadientes, porque la broma se iba haciendo pesada á sus mismos autores, y sin embargo como puntillo de honra nadie queria ser el primero en faltar á lo convenido. Así mal que bien llevaron adelante su juego de niños hasta la hora de la comida, que anticiparon un buen rato de comun acuerdo; pero en ese intermedio, ¿cuántos pensamientos no debieron de inspirarles su forzado recogimiento, la soledad y los recuerdos de aquel sitio?

Ocasiones hay en que el hombre se halla al parecer sumergido en una ociosidad completa, y entónces cabalmente es cuando emplea su natural actividad de la manera mas digna y provechosa. Se le ve mano sobre mano, con la cabeza algo inclinada, los ojos medio cerrados, los labios entreabiertos, ora inmóvil á semejanza de un tullido, ora andando maquinalmente á guisa de un autómata, y bajo de esa aparente inercia no se distingue la accion incesante del sér inmaterial que en él predomina. Los sentidos esternos reposan, las facultades interiores trabajan. Asi bajo la áspera corteza del tronco va circulando la savia que reviste de tiernas hojas las desnudas ramas, y produce con el tiempo el sazonado fruto. Merced quizas á la quietud del cuerpo el espíritu sale de la suya, se agita, se rebulle, sacude sus alas y despliega escondido su vital energía. De este movimiento brota una luz que da calor al corazon y enrarece cuando ménos las nieblas de la inteligencia. Entónces es cnando el poeta se enseñorea de un mundo imaginario y descubre en él los séres típicos que ofrece despues al mundo real para poner de bulto la intensidad ó el acrisolamiento de los afectos humanos: entónces es cuando el artista remontándose á regiones ideales concibe la belleza en abstracto

Digitized by Google

para reproducirla concreta con el esmero de la forma: cuando el sabio busca afanoso y tropieza con la solucion de los árduos problemas que ensanchan de cada dia el vasto círculo de la ciencia: cuando el estadista examina con el microscopio de la prudencia, y pesa en las balanzas de la justicia los medios que conducen á la cultura y engrandecimiento de los pueblos. Y es por ventura escasa la suma de bienes que reporta á la sociedad ese trabajo invisible?

Pero, ha nacido el hombre únicamente para procurarse toda suerte de goces materiales haciendo servir á este objeto sus adelantos en las artes y en las ciencias? Es su mas noble privilegio el de ser sabio, poeta ó legislador? No ha venido al mundo con una mision mas importante, mas personal y privativa? No se le ha señalado un blanco mas alto adonde tener puestas de continuo sus miras? Trate enhorabuena de sondear los arcanos de la naturaleza; sea empero despues de sondeados los de su corazon y de su destino. Cuando la pupila de sus ojos, si se nos permite esta espresion, se vuelve hácia adentro, y al destello de una luz superior registra las profundidades del pecho: cuando se aplica el oido á los latidos del corazon y en el silencio de las pasiones se percibe no ya el grito sino el mas leve murmullo de la conciencia: cuando el alma fabrica, por decirlo así, un espejo inmaterial en que se está contemplando detenidamente; entónces es cuando el hombre se entrega á la mas séria, mas útil y mas trascendental de sus ocupaciones. Liviano pasatiempo son los otros al lado de ese indispensable ejercicio: frívolos ó perniciosos los estudios que de este no van precedidos. Y será que de ellos la sociedad no reporte beneficio alguno? Será que nada tenga de contagioso el vicio, nada de edificante la virtud? Será que sin el perfeccionamiento individual se espera llegar el perfeccionamiento colectivo? Los que tan mal avenidos se hallan con la vida contemplativa es porque miran con igual desden la enseñanza que de ella procede, y sus declamaciones económicas no son mas que un disfraz especioso para encubrir la deformidad de

Digitized by Google

su vergonzante materialismo.

La comida fué poco alegre y ménos su regreso al pueblo de Andraitx. En el camino promovió Romualdo una discusion religiosa: sus compañeros la rehuian, pero él volvia á la carga con obstinado empeño. Yo quiero conceder, decia, que el catolicismo tenga puntos vulnerables; pero dónde está el sistema que no los tenga? Él dice: yo soy la verdad, y no le creemos: pero, quién es el otro que posea tantos derechos para decirlo? Será mi razon que está en desacuerdo con la vuestra, ó la vuestra que contradice á la mia? Será mi razon de la mañana que dice sí, ó mi razon de la tarde que dice nó? La filosofía contestais? La discordia de los relojes de Iriarte? Yo quiero la meridiana. Dadme, dadme repetia con febril insistencia, la verdad pura, completa, incontrastable. Dadme una base sólida en que pueda reposar mi cabeza. Dudar? dudar? Se puede seguir viviendo y dudando?

La mañana siguiente regresaron á la capital, y Romualdo anduvo casi todo el dia separado de sus compañeros. Al anochecer los encontró en la fonda que se disponian para ir al teatro:

—Amigos mios, les dijo, esta noche me embarco.

—Para dónde? preguntó Federico.

—Para la Argelia.

—Y eso?

—Voy á pedir el hábito de trapense.

—Vaya una broma!

—Hablo con toda formalidad.

—Estás loco?

—Al contrario, hoy empieza mi cordura. Hermanos! hermanos mios, morir tenemos. Ayer lo deciamos de burlas, hoy os lo digo de veras.

Y dándoles un apreton de manos se entró en su cuartito para arreglar el equipage.

—Ayer trápala, hoy la trapa! Esclamó Federico con el ademan de quien se rie por fuerza. El valenciano seguia callando, y de su silencio no podia deducirse si aprobaba la

Digitized by Google

resolucion del uno ó el retruécano del otro.

Si Federico se quedó estupefacto no hay para qué decirlo. Su sorpresa fué grande; pero si cabe mayor todavía cuando la noche siguiente le dijo su compañero:

—Querido, yo tambien me embarco.

—Para la Argelia?

—Para Valencia.

—Y á qué?

—A reunirme con mi muger, á consolar sus lágrimas, á pedirle perdon de mis estravíos.

—Y Conchita?

—Enemigo! y en tan crítico momento osas pronunciar este nombre? No conoces que está continuamente resonando en mis oidos, y que cada vez me abre una herida mas profunda en el corazon! Me ves en una pendiente resbaladiza, y en vez de darme la mano para que suba, me das un empellon para que ruede al precipicio? Federico! Federico! Dios me perdone y Dios la perdone.

Y sacó un pañuelo para enjugar el raudal de lágrimas que de sus ojos salia.

III.

Llegó Federico á Barcelona solo y tan profundamente afectado que sus mayores amigos se devanaban los sesos en valde no pudiendo atinar la causa de su mudanza de costumbres. Quien le suponia enfermo, quien ciegamente enamorado: unos achacaban su retraimiento del gran mundo á pérdidas en el juego, otros á quiebras en sus intereses, y para algunos no podia salir de esos dos estremos, ó víctima de amorosos desengaños ó víctima de políticas decepciones. Pero él encerraba en su corazon el verdadero motivo, que no era tanto el vivo recuerdo de las escenas grotescas como su resultado inmediato, cual lo manifestaba la súbita resolucion de sus dos compañeros. No tenia que cumplir un deber tan imperioso como el uno, no se le exigia un sacri-

Digitized by Google

ficio tan duro como el que se habia impuesto el otro; pero el gusano roedor habia dispertado de su largo sueño, y su conciencia no dejaba de hablarle con la voz del remordimiento.

En ese estado, algo parecido al que describe san Agustin en sus Confesiones, varios negocios reclamaron su presencia en el antiguo teatro de sus hazañas militares. Cuántos recuerdos se agolparon en su memoria! Paseábase cabalmente por la plaza de uno de aquellos pueblos cuando vió á la viuda Capdevila, y á su hija mayor que salian de la iglesia. La notable hermosura de aquella niña, bien que pobremente vestida, no pudo ménos de causarle una impresion halagüeña. Su mirada la siguió por unos momentos como arrastrada por una fuerza superior, y su imaginacion empezó á dar cabida á una série de ideas mas propias de la poesia que de la vida real y positiva. ¿Qué le impedia el crearse en aquellas montañas una nueva Arcadia, y saborear tranquilos goces al lado de su bellisima pastora? No era dueño de sí mismo? No se sentia fatigado ya del bullicio? No esperimentaba en su pecho el vacío?... Bah! se dijo, una pasion mas! Mi corazon ha pasado por las vicisitudes de tantas! Tengo tan conocido el valor de estos rostros angelicales! He sido tantas veces su víctima... y su verdugo!

Pero á pesar de esto no se abstuvo de preguntar quiénes eran aquellas mugeres, y como al contestarle le contestasen largamente vino á deducir, y hasta á tener completa certidumbre de haber sido la causa próxima de su pobreza, el agente fatal de su ruina.

Arrepentirse! Mas, de qué aprovechaba á esas pobres mugeres su arrepentimiento? Resarcir los daños! Pero, tocábale á él responder de los estragos de la guerra? Desentenderse de ello! Y no fué una órden suya cruel y arbitraria la causadora de tantos desastres? Por otra parte: indemnizar á los Capdevila, no seria acercarse él mismo á su propia ruina? No seria lastimar su propia honra, confesándose en público reo de atrocidades y bárbaros incendios? En tan críti-

Digitized by Google

cos momentos su corazon le ofrecia la transaccion mas lisongera. Casarse con la niña. La sugestion era vehemente, y bajo cierto aspecto razonable. Mas, era tan jóven ella! Y luego, no habian sido sus hermanas igualmente perjudicadas? No habia perdido la madre á su esposo? Si habia nivelado á todas la desgracia, para qué establecer privilegios en la fortuna? Y ademas, ¿era cosa digna aspirar á una corona de rosas cuando se reconocia merecerla de espinas? Dónde estaria el sacrificio? Oh, qué hermosa, qué hermosa estaba entónces aquella jovencita en su exaltada fantasía! El ángel se sobreponia á la muger: su belleza no era ya puramente humana, tenia algo del casto brillo que reviste á los moradores del paraiso. Y no sería profanarla en cierto modo el hacerla objeto de las últimas emociones de un corazon gastado? Podia conciliarse la idea de la espiacion con la de hacerse dueño de tan seductores atractivos?

Revolviendo estas ideas se fué á su posada y no pegó los párpados en toda la noche. Por la mañana se avistó con el cura párroco, y encerrados en su gabinete hablaron largamente, si bien Federico guardó silencio sobre una multitud de puntos relacionados con el objeto de aquella conversacion. Las últimas palabras del buen sacerdote fueron estas: No puedo aprobar ligeramente los designios de V., pero tanto ha insistido que me atrevo á decirle: Váyase V. á Barcelona, y si pasados tres meses vuelve V. aquí con las mismas intenciones, me hallará dispuesto á prestarle mis servicios.

Muy distante se hallaba el cura de pensar en la vuelta de Federico cuando el dia mismo de espirar el plazo se le apareció este y le dijo:

—Vengo resuelto á no admitir mas dilaciones.

—Pero, por Dios y por la Virgen, considere V...

—Está todo considerado.

—Esta señora tiene treinta y cinco años.

—Y yo perdiera la partida si jugase á la treinta y una.

—Ademas, sus cualidades...

—Morales?

Digitized by Google

—Oh, no: las morales son escelentes.

—Pues me basta.

—Pero, y las físicas?

—No me importan.

—Ella no consentirá.

—V. me apadrinará uniendo sus ruegos á los mios.

—Y sus hijas?

—Serán mis hijas, y bajo este supuesto espero que en llegando su edad no ha de faltarles un partido ventajoso.

—Pero ya ve V. que la mayor... vamos, es tan guapa... y verla siempre... Por qué no se casa V. con ella?

—Casarme con esa linda criatura... Y V. me lo aconseja? Sabe V. que... pero no... no es posible. Es demasiado niña.

—Sin embargo, otras mas jóvenes...

—Le digo á V. que es imposible. Lo ha resuelto mi corazon y es como si estuviese empeñada mi palabra. Su porvenir corre por mi cuenta, y será mas bello que si participara del mio. La tengo destinada al hijo de un amigo, gran propietario de estas cercanías, que concluidos sus estudios la llevará á su pueblo donde vivirá rica, amada y tranquila.

—V. lo tiene todo previsto, hágase pues su voluntad.

—El corazon me dice que es tambien la de Dios, que me ha traido aquí para labrar la dicha de toda esta familia.

—Y V. sacrifica la suya?

—No le ha sucedido á V. algunas veces tener que velar á un enfermo hasta muy entrada la noche, y volverse á la rectoría precedido de un mozo con un hacha ó linterna encendida?

—Bastantes.

—Pues, el que le alumbraba á V. no se alumbraba tambien á sí mismo? Cree V. que se puede ser infeliz haciendo felices á nuestros hermanos? Temerlo no seria desconfiar de la Providencia divina?

—V. me pasma al mismo tiempo que me edifica. Estoy á sus órdenes, sea que V. obre así por sentimientos humanos ó por inspiracion del cielo.

Digitized by Google

Y cogiendo el baston y el sombrero se fueron ambos á la pobre casa de la viuda Capdevila, que sorprendida de la visita lo quedó cien veces mas de su objeto. No era de esperar que en medio de su asombro se le escapasen palabras de consentimiento á tan imprevista demanda; pero la resistencia no podia ser ni empeñada, ni duradera, cuando el interes mismo de las hijas obligaba á la madre á no rehusar aquel bien que se le entraba por sus puertas. Federico guardó perfectamente el secreto que podia considerarse móvil de su conducta, y luchó varonilmente con los estremecimientos de su corazon, sin que nunca ni la mas ligera frase, ni la mas furtiva mirada hiciesen traicion á sus generosas resoluciones. Estaba decidido á vencerse á sí mismo y la victoria no podia ménos de coronar sus esfuerzos.

Supérfluo es continuar. A los pocos meses se efectuó aquel estraño matrimonio con la bendicion del digno cura que habia intervenido en sus preliminares. Obligáronle los desposados á participar de un opíparo almuerzo, y concluido éste marchó toda la familia á vivir en Barcelona, donde Federico no tuvo ocasion ni motivo de arrepentirse de su noble corazonada. Teníase por mas que medianamente dichoso, y de vez en cuando esclamaba á sus solas: Pobre Romual! de mio á tus locuras y á tu ejemplo debo el seguir por el camino de la virtud rodeado de tranquilos afectos y de legítimas complacencias.

Digitized by Google

VIII.

LA CRUZ DEL OLIVO.

Era ya demasiado tarde para no llegar á deshora. Faltábanme por andar cerca de dos leguas y el sol habia traspuesto ya la cima de las montañas y llevado tras sí las caprichosas ráfagas de oro y púrpura, que así cautívan la fantasía por la brillantez de su colorido como por la instabilidad de su hermosura. Del lado de oriente la celeste bóveda iba tomando un color plomizo que por momentos se volvia mas subido y avanzaba hácia el ocaso como la sorda corriente de un rio. La noche amenazaba ser tempestuosa sobre completamente obscura. Las nubes que vagaban esparcidas juntábanse en una, como piezas soldadas por la mano de un artífice invisible. Silvaba el viento á mis espaldas, y su lejano silvido parecia salir de la garganta de una áspera sierra, crecia acercándose, y pronto los árboles bajo cuyas copas habia pasado y luego los que me rodeaban y

Digitized by Google

luego los que delante de mí tenia, aumentaban el fragor horrísono con sus crujidos y doblaban sucesivamente sus cabezas, cual turba de esclavos por entre quienes pasa corriendo la carroza de su despótico amo. Poco de risueño y agradable ofrecia la perspectiva de mi nocturna y solitaria jornada. Iba ademas montado en una mula que mas que de andadora tenia de asustadiza, y á trechos se plantaba como un poste, sin darse por entendida á las insinuaciones de una vara de acebuche. Llevaba yo algo tirantes sus riendas; pero del todo flojas las de mi imaginacion. No sé qué miedo pueril, qué terror vago me habia sobrecogido, y yo mismo le daba pábulo con mis disparatadas creaciones. Como el Menedemo de Terencio atormentábame á mí mismo aunque por diferente estilo. Convertia en gigantescas apariciones las nubes de vagos é irregulares contornos, en vámpiros y espectros el negro follage de los arbustos y matorrales, en silvos de serpientes y bramidos de fieras el intermitente rumor de los vientos. Poblaba aquellos pacíficos valles de monstruosas alimañas, estravagantes como en los libros de caballerías, simbólicas como en las visiones de los profetas, y al sentir que mis cabellos se erizaban, que un sudor frio bajaba por mis espaldas y que un rápido estremecimiento recorria todo mi cuerpo, esperimentaba una estraña complacencia, percibia un sabor agridulce en este género de sensaciones.

En un espeso olivar, y junto al sendero por donde yo pasar debia, hay un viejo olivo en cuyo tronco se vé clavada una cruz de madera. Qué triste historia me recordaba esta cruz semejante á la de una tumba en el desierto!

Apoyándose en un grosero baston y llevando colgada del brazo una esportilla de palma, una noche de las mas crudas del invierno, dirigíase á su rústico albergue un anciano, agoviado bajo la triple carga de los años, de las enfermedades y de la indigencia. Inútil ya para las pesadas labores del campo imploraba la caridad de los arrendadores que en ellas le habian ocupado, y vivia del pan de la limosna recogiéndolo.

Digitized by Google

fatigosamente de alquería en alquería. Curándolo y sabroso le volvía este pan al remojarlo en agua con sus nietecitos, al calor de las encendidas ramas que ellos recogían tambien como de limosna en los bosques y olivares convecinos. Falto de aliento, molestado por el bochorno, transido de frio acercábase al término de su lenta escursion, esperando con afan la última hora de su consolacion. Amarga mezquina, cuando un ataque epiléptico le hizo caer en medio de la calle, cubierta de lodo y de nieve, y que horror vago me dejó en el alma el dia en que cristalinos témpanos, con sus diáfanas aguas, obligaron á un cadáver congelado como el agua, como el mendigo habia muerto de frio.

—¿No es verdad que este es un género de muerte horrible? Morir así, morir como un pájaro que se recoge una nevada! Mas, ¿cuánto tiempo, y cuántas horas pudo prolongarse su agonía? dichado? Cuántos esfuerzos haria para levantarse, rucarse siquiera?

Deliciosamente trascurren las horas de un invierno en esos elegantes salones donde la profusion, riqueza, los progresos de la industria y el refinamiento de las artes acumulan todas las comodidades que pueden hacer el mas sensual epicureismo. Cubiertos los muros de mosos tapices, el suelo de mullidas alfombras, el techo de preciadas pinturas, desde la marmórea chimenea se estiende el blando calor de las resinosas astillas, y globos de labrado cristal suavizan la claridad de multiplicadas bugías. Alternan las guirnaldas de flores con las diademas de perlas, y chispean con variados reflejos la porcelana, el oro y los diamantes. Recostados languidamente en acolchados sillones saboreamos los placeres de la conversacion, las ilusiones del amor, los encantos de la sociabilidad humana en medio de una atmósfera impregnada de luz, de aromas y de plácidas armonías. Qué sucodiera entónces si, miéntras nos hallamos

en el pleno goce de la vida, á manera de la mano que apareció en el festin de Baltasar, una voz sobrenatural esclamase: Ahora, en este mismo instante, en medio de un lóbrego desierto, solo y desamparado, un hermano vuestro se está muriendo de frio!

¿Quién hubiera vaticinado semejante muerte al mendigo cuando era reciennacido? Y hay quién haya podido decir: Bienaventurados los que tienen hambre y sed, los que derraman lágrimas y padecen frio. Si quien lo dijo no era mas que un mero filósofo en verdad que es estraña y absurda su filosofía. Diógenes á lo ménos queria calentarse con los benéficos rayos del sol. Si no era mas que un hombre el que proclamaba un sistema tan contrario á los instintos de la naturaleza, razon tuvo Herodes para tratarle de mentecato. Esclamaria sin duda á la gloria de la originalidad predicando ideas no importadas del Oriente, ni discutidas en el Pórtico ó en la Academia; pero, y sus discípulos? Locos! que atribuyeron los suplicios y la muerte por el estravagante gusto de sufrir hambre y sed, verter lágrimas y tiritar de frio. Qué valor tiene la palabra de un mero hombre para santificar los padecimientos y hacer aceptable lo que á todos los hombres repugna?

Oh, gloria de la igualdad, cuando habreis dado á cada individuo un salon *confortable* en que pueda aspirar de una vez todas las seducciones de los sentidos, ¿cómo impedireis que un viajero sea acometido de un ataque epiléptico y perezca de frio abandonado en medio de un camino? Sin duda la igualdad que pregonizaba aquel á quien llamais *el primer socialista*, es una cosa mas elevada y sublime que vuestras ideas. Qué tienen que ver las ideas que se realizan en el cielo con las que se concretan á la tierra? Qué tiene que ver el vuelo del águila con las rastreras huellas de los reptiles? Si no hay otro mundo mas que este en que vivimos no se venga el doctor Pangloss á decirnos que es el mejor de los mundos posibles aquel en que uno puede morirse de frio. Alfonso el Sabio dijo que él hubiera arreglado mejor el

Digitized by Google

sistema solar y planetario. Cuando los reformadores del género humano habrán desterrado de todo el orbe el hambre y la sed, la desnudez y el frio, tambien lo habrán arreglado mejor que Dios. Pobre Creador que no previó que el hombre debia corregirle la plana y enmendar así su obra!

Nada mas humillante para la soberbia humana que la vanidad de sus decantados triunfos, y el continuo sonrojo que debieran acarrearle sus insensatas aspiraciones. Remóntase el espíritu á regiones ideales, y toma por su mayor habilidad la de cernerse en el vacío. Qué aparato de ciencia, qué trabajos de investigacion, qué tesoros de poesía no ha malgastado para elaborar sistemas que tienen tanto de falaces como de ingeniosos? Existen en la actualidad, como existian en otros tiempos, alquimistas que buscan la piedra filosofal, solo que ahora han cambiado de nombre y de procedimiento. Y no está todo el daño en la manía de buscarla, lo peor es el empeño de persuadirse y persuadir á los demas que la han encontrado. Qué de esfuerzos para trasformar en jardin de delicias lo que nuestros padres llamaban valle de lágrimas! Qué de razonamientos y seducciones para hacernos creer que es una deleitosa morada lo que decian aquellos que era un escabroso camino!

Mas de tres mil años ha que se oyera un grito de dolor capaz de conmover las entrañas mas empedernidas: *El hombre nacido de muger, viviendo breve tiempo está relleno de muchas miserias.* Representaba á la humanidad el que echado en un estercolero tan hondamente gemia. Ahora el muladar desapareciera de la escena; pero de blando y perfumado lecho, cubierto de holandas y damascos, saldria un quejido de igual intensidad y amargura.

Oh cruz consoladora para los que creen que en tus brazos espiró el Hombre-Dios! qué bien que estás en el sitio donde cayó el infeliz mendigo, recordando las miserias de la vida y las esperanzas de la inmortalidad!

Sumergido en estas reflexiones caminaba en medio de una obscuridad completa, confiado en el instinto de mi ca-

Digitized by Google

bajadura: esta se paró de improviso y no hubo medio de hacerla pasar adelante. Me vi obligado á apearme, detúvome un rato, y sin duda me senté en una piedra. Yo no estoy seguro de haberme sentado, pero es lo mas probable que así lo haria. Entónces vi á mi lado un cadáver y conocí que era el infeliz mendigo, á pesar de no haberle visto en mi vida, y de que hacia mas de treinta años que habia muerto. Conocíle entónces como si la víspera hubiésemos conversado familiarmente. Contemplaba yo su rostro pálido y demacrado, sus ojos horriblemente abiertos, sus labios que me decian palabras que yo no entendia, su vestido hecho girones, sus miembros tiesos y envarados. A su lado se veia la esportilla de palma, y un frio espantoso congulaba la médula de mis huesos. De repente se acercaron cuatro hombres de gigantesca estatura, descalzos y vestidos á manera de disciplinantes con sus negras túnicas ceñidas de un cordon y sus larguisimas caperuzas, cogieron al difunto, lo pusieron tendido en una camilla, y colocándola sobre sus hombros empezaron á andar, y yo les seguia, y seguiales tambien una turba de mugeres y niños que lloraban en silencio y se mesaban sus desgreñadas cabelleras. Bañaba el espacio una claridad enfermiza, y en lo alto del cielo se veia la luna grande como una era, pero sin brillo alguno como si fuese de cristal esmerilado. Caminábamos por una vasta llanura sin árboles ni plantas, y toda cubierta de una capa de nieve. Entónces vi que nos precedian dos largas hileras como de capuchinos con los brazos cruzados y las capuchas caladas, murmurando un canto lúgubre y monótono, canto que nunca habia oido, que hacia erizar mis cabellos, y cuyas palabras no podia comprender. Al canto de los frailes se mezclaban los ecos de trompetas y clarines, y yo percibia claras y distintas las pisadas y relinchos de los caballos; pero por ningun lado podia descubrir los escuadrones de caballeria. Subimos una colina, en su cumbre habia tres pinos secos y en ellos tres hombres ahorcados, y miéntras yo pasaba al uno se le cayeron los piés, al otro los brazos y al tercero la cabeza que-

Digitized by Google

dando su cuerpo pendiente de la cuerda, y las mugeres y los niños lanzaron un gemido espantoso. Entónces obscureció, y vi que cada fraile llevaba una vela de resplandor pálido y mortecino, apareciendo como dos hileras de luciérnagas, y entramos en una calle de cipreses, y luego por la boca de una larga, estrecha y tortuosa caverna. Apretábame la turba y sentí que me pisaban, pero eran piés descarnados y solamente de hueso. La caverna se transformó de repente en un patio inmenso, alumbrado por una lámpara sola y rodeado de nichos sepulcrales, y los que llevaban al difunto lo depositaron al pié de un crucifijo de estatura natural que en medio habia. Y todos los capuchinos se agruparon y se hincaron de rodillas, bajáronse las capuchas y en vez de cabezas descubrieron cráneos pelados y desnudos, que me miraban con sus cuencas vacías como asombrados de ver entre ellos un viviente. Entónces del costado del crucifijo brotó un chorro de sangre y todos los cráneos quedaron salpicados, y luego los frailes y el difunto y las mugeres y los niños se empequeñecieron, se empequeñecieron hasta desaparecer del todo. Los nichos que estaban abiertos se vieron de repente cerrados con sus lápidas funerarias, y yo quedé solo al pié del crucifijo. Aterrado por aquella escena arranqué un grito de lo mas profundo del corazon esclamando: Misericordia Señor!

Entónces advertí que estaba sentado en una piedra, y al reflejo de algunas estrellas que habian aparecido, distinguí la cruz clavada en el olivo, y la mula, que se habia asustado de un viejo seron echado en medio del camino, pacia tranquilamente la yerba de sus alrededores.

Digitized by Google

IX.

LA PLUMA ACUSADORA.

I.

Con mal pié entró en el mundo el año de gracia mil trescientos ochenta y cinco. Su primer dia se presentó á guisa de mensagero de fatales nuevas, sorprendiendo á la Europa meridional con un fenómeno estraordinario, que sobraba en aquellos tiempos para suponer al año nuevo preñado de lamentables catástrofes y pavorosos acaecimientos. En medio del dia el sol fué perdiendo gradualmente sus resplandores como una hoguera que ha devorado su combustible, un manto de sombra envolvió la tierra como si á deshora hubiese anochecido, y tal llegó á ser la obscuridad, que al decir de los escritores contemporáneos, apénas podian verse unos á otros los que en las calles y plazas de tan estraño caso discurrian. Eclipse tan completo no lo habia presenciado nunca la generacion aquella, y no hay que maravillarse de su consternacion y asombro cuando semejantes anomalías

Digitized by Google

de la naturaleza cogian desprevenidas á las gentes, y estaba en el comun sentir atribuirles perniciosas influencias ó mirarlas como amagos de la cólera divina.

Y en verdad que para traerlas desasosegadas y recelosas de futuras calamidades no eran necesarios prodigios y señales en el cielo; bastaba echar una ojeada á la tierra, principalmente en Italia, que es donde ocurrieron los hechos que á breve sumario reducimos. Aparte de las facciones güelfa y gibelina, arraigadas en toda la península itálica y manantial perenne de agitaciones y revueltas, fácil era de ver que mal podia subsistir la concordia entre tantos principados, repúblicas y señorios enclavados en un mismo territorio. Sangrientas colisiones tenia que producir por fuerza esa estremada reparticion de la autoridad suprema. En unas ciudades se apelaba á las armas bajo el pretesto de recobrar su libertad, en otras con el de sostener su independencia, y en no pocas, bajo [illegible] una preponderancia decisiva. Los Genoveses competidores de los Venecianos, los Pisanos desavenidos con los Florentinos, inquietos y codiciosos de ensanchar sus dominios los Carrara de Parma, los Scala de Verona, los Gonzaga de Mantua, los Este de Ferrara, de todas partes era temible que cualquier leve rencilla diese origen á serios y desastrosos conflictos. Allégüense á esto las pretensiones de la casa de Anjou al trono de Nápoles, las bandas de foragidos ingleses, bretones y tudescos que vivian sobre el pais de botin ó de rapiña, la asoladora peste que retonaba anualmente á guisa de planta venenosa, y sobre todo el aciago cisma que rasgando la túnica inconsútil de Jesucristo ofrecia pretestos á tantos escándalos y violencias, y bien se verá que suficiente motivo habia para que de cualquier lúgubre pronóstico se esperase el cumplimiento.

La señoría de Milan, que substraida á la dominacion imperial se habia convertido en uno de los estados mas poderosos y que mas sombra hacian á sus convecinos desde que en ella levantaron su altiva cabeza los Visconti, disfrutaba entonces de paz, pero de una paz cuyos frutos eran tan

Digitized by Google

amargos como los mas amargos de la guerra. Sobre ella pesaba un yugo de hierro que lastimaba todas las cervices condenadas á soportarlo. En las enmedenidas entrañas del fiero Bernabó no se abrigaba un solo sentimiento de humanidad para con sus míseros vasallos. Los tenia en mucho menos que á sus perros de caza, cuya numerosa jauría podia servirle de ejército, exigiéndoles la sangre de sus venas, el sudor de sus frentes y el honor de sus hijas para lisonjear su vanidad ó su libertinage. Merced á los triunfos de sus armas y á las maquinaciones de su astuta política habia llevado al colmo su personal engrandecimiento y conseguido largo plazo á su tiranía. Insaciable en su ambicion como en sus brutales instintos era de presumir que seguia urdiendo á la sombra negras y mas odiosas tramas, cuando ya el peso de los años y el sepulcro recien abierto para su orgullosa consorte debian hacerle pensar en la proximidad de su hora postrimera.

La de vísperas seria cuando entraba por la puerta Vercelina un lego minorita con su alforja al hombro, su ferrado báculo en la mano, muy tirada por delante la capilla, y tan inclinada al suelo su cabeza, que á ser menos vivo su paso parecieran andar buscando alguna moneda que se le hubiese caido. Por el lodo que salpicaba la fimbria del sayal franciscano podia inferirse que venia de muy lejos, pero ni en su respiracion ni en su marcha se hubiera notado el mas leve indicio de fatiga. Sucedia esto en los últimos dias de invierno, y sea que á tal hora fuese escaso el número de transeuntes ó que el bueno del fraile hábilmente los sortease á fin de no encararse con ellos, el resultado fué que sin ser conocido, ni tal vez observado, pudo llegar hasta el umbral de una casa, no de tan modesta apariencia como las tiendas y talleres de los artesanos, ni de tan grandioso aspecto como las mansiones de los nobles milaneses.

Hallábase entonces su dueño platicando familiarmente con una jóven, que hubiera tomado por hija suya si el que solo se fundara en la diferencia de las edades; pero el truncimiento

de cejas que revelaba la impaciencia del uno, y el ligero ceño que en la otra se descubria al través de su actitud respetuosa, indicaban la presencia de un matrimonio en cuya atmósfera conyugal se iban condensando pequeñas y vagas nubecillas. Envolvia aquel su elevada estatura en un bolgado ropon forrado de pieles, y aunque llevaba cubierta la cabeza dejábase entrever su prematura calvicie, la que contrastando con su poblada y ya canosa barba daba á su angulosa fisonomía un carácter ménos simpático que imponente. Sin duda lo sentia así la jóven que á su lado permanecia, en cuyo semblante un aire de tristeza, como de quien llora perdidas, precozmente sus ilusiones juveniles, empañaba algun tanto los atractivos de su belleza.

La estancia en que proseguian su animado coloquio tenia poco de alegre y ménos de suntuosa. Recibia luz por una gran ventana que caia á un patio ó corral cercado de elevadas tapias y cubierto de piedras, hortigas y maleza, sin rastros de cultivo ni siquiera de mediano aseo. Alta, espaciosa y desnuda de tapicerías y adornos, la blancura de sus paredes hacia resaltar el ennegrecido maderage de su techumbre. Una de aquellas se veia cubierta hasta la mitad de su altura por un grande armario de oloroso cedro, cuyos estantes se encorvaban bajo el peso de gruesos infolios con sus cubiertas de madera forradas de cuero y claveteadas de bronce, de numerosos pergaminos arrollados y liados con unos cordones de que pendian sellos de plomo ó de cera, de otros preparados para escribir, de legajos manuscritos, y de varios pliegos de un papel estoposo y amarillento. De la misma especie eran los objetos acumulados sobre un vasto bufete de encina, como para designar la profesion de su dueño, sin que bastase para desmentir tan vehementes indicios el ver en otro lienzo de pared colgada de sendos clavos una porcion de armas ofensivas, un yelmo, un escudo y todas las piezas de una sólida y completa armadura. En aquellos tiempos no podia prescindir de semejantes arreos ni el hombre de condicion mas pacífica y sosegada.

Digitized by Google

Sentado en un vasto sillon, cuyo gótico respaldo ornaban diversas labores y entalladuras, revolviendo los libros que encima de la mesa estaban y trasladándolos de un punto á otro, no tanto con el objeto de arreglarlos como para escusarse de fijar toda su atencion en las quejas de su consorte, que ligeramente inclinada apoyaba en lunar del sillon su blanco y torneado brazo, le decia aquel:

—En verdad que no atino la razon de la mudanza que en tí observo. De algun tiempo acá tu genial dulzura se ha convertido en sequedad y desabrimiento. Cada dia te vas pareciendo menos á tí misma.

—Es decir, señor, que me estais observando? Pues no creis mereceros tan amoroso cuidado. Sabeis hacer las cosas con tal sigilo.

—No me dirás, muger, dónde chupaste esa gota de hiel que ha podido agriar así tu condicion tan mansa y apacible! Antes eras un modelo de esposas por lo complaciente y sumisa. Motivos tenia para congratularme de mi eleccion.

—Y os felicitabais sin duda allá en lo mas recóndito de vuestro pecho. Maridos tan respetables como vos andan con mucho tiento para que su dicha doméstica no se les traslasca ni siquiera en el semblante.

—Pues qué? era cosa de irla pregonando por calles y plazas? El bien se disfruta en silencio.

—Y en silencio tambien llaman otros su desventura.

—Desdichas imaginarias requieren lágrimas ocultas.

—Y tal os parece la mia? Será que haya soñado yo aquel hundimiento espantoso que á mas de ochenta nobles personas costó la vida?

—Y á qué vienen ahora esos recuerdos? No bastan diez ó doce años para traer el consuelo cuando no sean suficientes para producir el olvido? Apostaria á que ni el mismo Conde de Virtudes se acuerda ya de su primogénito, del niño Cárlos, cuyo fastuoso entierro ocasionó el deplorable suceso que tantas víctimas hizo. Fatalidad fué grande, no lo niego, la de hundirse el puente del castillo precisamente cuando lo

Digitized by Google

atravesaba numeroso gentío. Los que acompañaban el cadáver del niño á la sepultura dijos estaban de pensar que estuviese dispuesta la hija en las aguas del foso. Perecieron tus padres, tus deudos mas cercanos; pero quedaste por eso desamparada en la tierra?

—Oh! no. Jamas he olvidado que la pobre huérfana encontró en vos un segundo padre. La amistad que al mio profesabais os indujo á reemplazarle en cuanto era posible, y mis ojos de niña, que no estaban acostumbrados á derramar lágrimas, pronto las enjugaron al blando calor de vuestro paternal afecto. Bien sabeis que no tropezasteis con una hija indócil ni desagradecida; pero ignorais que el corazon crece con los años, y que no basta al de una legítima esposa lo que sobraba tal vez para satisfacer el de una hija adoptiva.

—Es pues una acusacion la que me dirigeis? En mala causa te has empeñado que no razones hallarás ni testigos que puedan apoyar tu querella.

—Y si apelase al testimonio de vuestra conciencia?

—Seria como si llamasis para testigo contra un ciego de nacimiento. Mi conciencia nada tiene de qué arguirme. Conozco todas las obligaciones que nacen del vínculo conyugal, y quisiera ver que alguno de esos que presumen de versados en antiguos Derechos, alguno de esos que tan á su sabor los esplican y comentan, Baldo, por ejemplo. Mas qué digo, Baldo? Ni el mismo Bartolo si viviera, ni este *Corifeo de los Intérpretes*, cuya voz no he tenido la fortuna de oir, y cuyos libros son mis mas ricas delicias.

—Lo veis? Qué vale vuestra esposa al lado de vuestros libros? Y dichosa aun si ocupara el segundo puesto!

—Tiene!

—Con tan rudo acento fué proferido este grito, y de tan severa mirada fué acompañado, que la jóven siguió su ejemplo y retrocedió un paso como deslumbrada por el relámpago y aturdida con el fragor del trueno. Desapareció por un momento el encendido carmin de sus mejillas, y al tiempo de asomar una lágrima en sus ojos exclamó:

Digitized by Google

—Oh! no me mireis así. Vuestros ojos me obligan á bajar los mios, y bien pudiera arrostrar sus miradas protegida con el escudo de mi inocencia. ¿Qué exijo yo de vos mas que ser vivamente amada? No es este el mas santo, el mas legitimo derecho de una esposa?

—Nadie te lo disputa.

—Recuerdo el dia en que tomándome una mano la besasteis por vez primera, y sin mas preliminares me propusisteis que trocara mi condicion de pupila por un título mas dulce y halagüeño. Vuestras palabras me cogieron de sorpresa, y mi lengua no acertaba á pronunciar las mias. Fué mi turbacion un presagio siniestro? No lo sé; solo sé que yo mas candorosa que reflexiva no ví en aquella insinuacion una súplica sino un mandato, y lo obedecí, porque era buena hija, porque os amaba como á padre, porque esperaba amaros como á tierno esposo. Oh! mis hermosas esperanzas! adonde habeis ido?

—Adonde suelen ir todas sus hermanas, todas esas hijas de una imaginacion exaltada que no lleva por lastre la esperiencia de la vida. Te atrevieras á decir que abusé de tu situacion ó de mi autoridad para poner asechanzas á tu libre alvedrío?

—Me habiais esclavizado ya con vuestros beneficios, y no me quedaba mas libertad que la de los ingratos.

—Y te arrepientes de no haberla aprovechado.

—Prefiero el ser desdichada ahora al haber sido entónces desagradecida. Tenia para con vos una deuda inmensa, y pongo al cielo por testigo de que sentí una verdadera complacencia al ver que se me ofrecian la ocasion y los medios de satisfacerla. Pero si la voy satisfaciendo á costa de mi felicidad no soy tan insensible que pueda hacerlo sin consagrar una lágrima á mi triste destino.

—Triste en efecto porque compartes el mio.

—No deis una torcida interpretacion á mis palabras. La pobre huérfana se creyó bastante dichosa al recibir vuestra mano porque esperaba que con ella poseeria vuestro corazon;

Digitized by Google

pero vos me alargasteis la una y os quedasteis con el otro, ó si me lo disteis, me entregasteis un corazon tan frio como el de un cadáver. Esta frialdad es mi desesperacion. Oh! yo no puedo vivir así. Si no habeis de amarme aborrecedme. Resistiré tal vez á vuestro desamor, á vuestro odio; pero á vuestra glacial indiferencia..!

—Qué locas aprensiones son las tuyas! Por ventura no existe el amor sino donde se manifiesta con estravagancias y transportes juveniles? Pobres mugeres que tomais el ardor de la fiebre por el calor de la vida! Renegais del árbol á cuya sombra os acogisteis porque en otoño no está cargado de pintadas flores. Como si el abril fuera eterno! Cuando te comprometiste á devolverme en mi ancianidad los cuidados que te habia prestado en tu adolescencia, bien lo sabias, empezaban á blanquear mis cabellos,

E d' intorno al mio cor pensier gelati
Fatto avean quasi adamantino smalto,

como dijo mi escelente amigo Messer Francisco Petrarca. No parece sino que estás empapada en la lectura de sus versos y que has tomado por lo sério las exageraciones de los poetas. Tadea, no pretendas ser una Laura: conténtate con un suave y tranquilo afecto, conténtate con ser la muger hacendosa que cuida de su casa y de su marido.

—Sí, de su marido que no tiene para ella ni una sonrisa fugitiva ni una mirada cariñosa, que le escasea sus palabras y le oculta sus pensamientos, que la confina al desierto de su retrete para quedarse él á solas con sus pergaminos y mamotretos. Si tanto preferís esta compañía, por qué me elegisteis á mi para compañera?

—Tienes celos de mis libros? A fe que son rivales inofensivos.

—Rivales que impiden la comunicacion de vuestra alma con la mia, que se interponen entre dos corazones que debieran latir perfectamente unidos. Si no fuese por ellos, con quién mejor que conmigo pasariais vuestras horas de soledad y de reposo? Y en la dulce espansion de íntimos colo-

Digitized by Google

quios no hallariais un alivio depositando en mi pecho vuestros pesares?

—Los tengo yo por ventura?

—Los llevais escritos en la frente, si bien con caractéres tan obscuros que me es imposible descifrarlos. Hablad de una vez. La espina que os atraviesa el corazon, es acaso el tardío arrepentimiento de haberme prometido un amor que no podiais darme?

—Si así fuera te daria lugar ni espacio á que me hostigaras con semejantes reconvenciones?

—Pues no siendo esta, qué otra pesadumbre debeis ocultar á vuestra esposa? Si sois vos mi natural consejero, no debo ser yo vuestra natural confidente? No me habeis esperimentado bastante para confiarme vuestros secretos?

—*É d' altr' ómeri somma che da tuoi*, decia Messer Francisco. No seas por demas curiosa: déjate llevar de la corriente de la vida, y déjame á mí penetrar en sus obscuridades y misterios. No recuerdas el pavoroso eclipse con que ha principiado el año? Siendo como es presagio infalible de alguna próxima calamidad, te ha de causar estrañeza que me entregue á prolongadas lecturas y sombrías meditaciones para adivinarla? No sabes que la ciencia posee la llave de tan profundos arcanos?

—Y para alcanzarla desdeñais la llave de mi corazon.

—Y tú no comprendes la fuerza invencible, el atractivo misterioso de un don que nos eleva á la gerarquía de profetas, que nos anticipa las emociones, y que de conjetura en conjetura nos lleva hasta el punto de poder señalar, casi con el dedo, las cabezas que el cielo amenaza?

—De seguro no son la vuestra ni la mia. Son poco elevadas para blanco de sus iras.

—Tienes razon. Descuellan tan poco sobre las demas que se las puede confundir con las del vulgo. Y no, no era este el galardon que debia esperar de mis estudios y desvelos. No soy yo quien ha sepultado en la tierra su talento; pero, al gananciarlo, qué me ha producido? Razon tenia mi amigo

Digitized by Google

cuando esclamaba: *póvera e nuda vai, filosofia.*

—No os abriga ese ropon lo bastante para defenderos del frio? Qué os falta para vivir tranquilo y dichoso?

—Sí, paz! tranquilidad! Qué fácilmente hablais de estas cosas! Vosotras las mugeres no teneis mas que un camino en la llanura, una senda mas ó ménos sembrada de flores... ó de abrojos; pero nosotros debemos abrir la nuestra en un pedregoso repecho, debemos trepar hasta la cumbre. Solo allí se respira. ¿No han llegado á tu noticia las aclamaciones que tributa á Baldo su fanático auditorio? Si supieras el daño que causan á mis oidos! Pues qué, no soy yo digno de su reputacion? Mis glosas y comentarios no valen bien los suyos? Pero él vive y enseña en Perusa, y aquí en Milan, quienes son los que medran? Quiénes los que levantan con orgullo su cabeza? Los que cuidan las trabillas de Bernabó, miserables guardianes de perros que se han hecho mas temibles que los mismos *Podestá* de los pueblos. Y de qué sirve aquí el letrado inteligente, el fiel intérprete de la ley, el defensor del huérfano y del oprimido cuando las iniquidades y violencias se perpetran bajo la salvaguardia de los poderosos? Oh! no son estos los tiempos de Mateo el Grande, en que solo en esta ciudad se contaban cien insignes jurisconsultos, rodeados del brillo que por su saber les correspondia.

—Teneis ambicion?

—Es la virtud de los hombres de corazon y de talento. Los honores, las dignidades, el poder, no son el justo estipendio de la probidad y de la ciencia? Yo los deseo... porque los merezco.

Y yo no deseaba mas que amor porque merezco ser amada, estaba á punto de replicar la jóven cuando advirtió en el dintel de la puerta la figura del franciscano, desembarazado ya de su báculo y alforjas, y la presencia de aquel desconocido la obligó á salirse de la estancia, abriendo una puertecilla secreta que conducia á su alcóba por un obscuro pasadizo.

Digitized by Google

II.

Despues de cerrar tras si la puerta, adelantóse el fraile pausadamente, y llevándose la mano á la capilla, al tiempo que inclinaba la cabeza sin descubrirla, dijo:

—Bendito sea nuestro padre el santo de Asis, que me ha proporcionado la dicha de saludar á Messer Reginaldo, al gran jurisconsulto que dejará entre los milaneses un nombre tan esclarecido por su vasta sabiduría, como lo dejó el famoso Guillermo Pusterla por su rectitud y prudencia.

—Adulador estais buen religioso. Sin duda venís á mí ménos por limosna que por consejo; y en apurado trance debe de hallarse vuestro convento cuando preparais las cuestiones con exordio tan lisongero.

—Gracias á Dios han cesado las disensiones y rencillas que turbaban la quietud de nuestros claustros. Vengo de Pavía, y no he hecho mas que repetir una de las frases que oí al Príncipe Juan Galeazo.

—Tratais familiarmente al Conde de Virtudes?

—No pocas veces me ha cabido la honra de sentarme á su mesa.

—Que, segun mis noticias, se parece muy poco á la del rico Epulon.

—Es que el Príncipe se acomoda al género de vida de sus comensales, que los mas dias son pobres religiosos.

—Y apostaria á que ellos no se lo agradecen. Para no salirse de su pan nuestro de cada dia tanto les valiera convidar al Príncipe á tomar un puesto en su refectorio.

—Y esto sucede amenudo.

—Entónces debeis de agasajarle...

—Como si fuera uno de nuestros hermanos que tuviese hecho voto de pobreza.

—Opíparo banquete! Para quien apenas ha cumplido los treinta años, y siente arder en sus venas la sangre de los Visconti, no es poco mostrarse tan aficionado á vulgares gui-

Digitized by Google

sos y mal condimentadas legumbres. Se conoce que ha nacido con el paladar plebeyo, ó que tiene mucho miedo

al terzo cerchio della piova
Eterna, maladetta, fredda e greve,

y que no quiere condenarse *per la dannosa colpa della gola.*

—La templanza es una de las virtudes cardinales.

—Tambien lo es la fortaleza.

—Y pensais que Juan Galeazo se halla destituido de prendas militares?

—Pienso que este es el juicio que de él ha formado su tio Bernabó.

—De manera que le tomais tambien por un príncipe débil y apocado, continuó el fraile.

—Rodeado como está siempre de clérigos y religiosos mas bien que de capitanes y gente de guerra, acostumbrado á visitar mas las iglesias que los campamentos, dejándose ver con mas frecuencia arrodillado ante los altares que montado en un corcel de batalla, natural es suponer que mejor que una corona le sentaria una cogulla.

—Y mucho mas natural para el que desease echar mano á esa corona, y dejar á su legítimo dueño encerrado en un monasterio.

—O quizas en una jaula de madera como aconteció al pobre marques de Monferrato.

—Las vicisitudes de este mundo nos esponen á tan dolorosas situaciones. Por eso el Conde de Virtudes...

—No tiene bastante con las de Conde y aspira á las de santo, dijo interrumpiéndole el jurisconsulto.

—Es un dechado de todas. Para mí tengo que fué inspiracion de lo alto el condecorarle con ese título cuando casó por primera vez con una hija del Rey de Francia.

—Alto honor que á muy alto precio pagaron los milaneses. Pero si de virtudes quiere ser modelo, valdria mas que resplandeciese con las propias de un rey que con las de humilde cenobita. A medias habrá leido el evangelio si cree que puede contentarse con la sencillez de la paloma.

Digitized by Google

—Para no olvidarse de que es necesaria la prudencia de la serpiente basta ser Visconti, repuso el fraile.

—En efecto, la serpiente es el blason de su escudo, su símbolo nobiliario, y cuenta que algunas veces ha llegado hasta morder al águila imperial.

—Bernabó ha sido un formidable guerrero, no hay que negarlo; pero algo le habrán quebrantado ya sus muchos años y su estremada aficion á los deleites de la carne. Juan Galeazo, ya lo veis, tiene fijos sus pensamientos en el cielo.

—Bueno es pensar en el cielo, pero no seria malo que pensase un poco mas en la tierra.

—Para qué?

—Para no dejar abandonada á su ciudad de Milan.

—La gobierna su tio y suegro, cuya soberana autoridad es de todos respetuosamente acatada.

—Pero el dominio supremo corresponde por mitad al yerno y sobrino, como heredero legítimo de su padre Galeazo.

—Soy lego para entrometerme en esas cuestiones de derecho. El tio manda aquí como señor único y absoluto.

—Harto lo sabemos! esclamó el letrado.

—Pues teniendo un príncipe tan escelente...

—Cuidado, fraile con ese tonillo, que si Messer Bernabó llegara á comprender la ironía...

—Pues qué? no le honrais con el dictado de escelentísimo? Qué pudiera sucederme?

—Que mandase taladraros los labios con un hierro candente, sin que os valiera el sayal, como tampoco pudo valer á otro infeliz para que le respetasen las orejas.

—Tan cruel é inhumano os atreveis á suponerle?

—Hermano, mi cabeza está muy bien sobre mis hombros. Venis á tentarme!

—Soy por ventura Satanás disfrazado? Rociadme con agua bendita á ver si tengo miedo al hisopo. Lo que digo es que si Messer Bernabó fuera capaz de arrojarse á tan sacrílegos escesos...

—Muy metidito debeis de estar en vuestra celda. Qué bien

Digitized by Google

os vendria aquello de: *tu solus peregrinus es in Jerusalem!*

—Vos le detuvierais en su mal camino.

—Yo? Ni las fuerzas de Uberto de la Cruz, que cogia por las riendas á un caballo desbocado y le obligaba á pararse de repente.

—Vuestra elocuencia es mas poderosa. Qué de veces me lo ha dicho el Conde de Virtudes! Cuántas me ha manifestado su vivísimo deseo de teneros á su lado!

—Por qué, pues, no me llama?

—Y si fuese yo el mensagero?

—Ah! quiere que traslade mi residencia á Pavía? Quiere ponerme al frente de la universidad que fundó su padre? Yo era uno de sus amigos.

—Lo sabe el Conde, y sabe tambien que estos amigos son los mas dispuestos y leales.

—Por fin se presta el cielo á mis designios. Podré desde la cátedra enseñar al mundo el fruto de mis largas vigilias. Podré eclipsar á Baldo con mis lecciones.

—Dejad á Baldo que adiestre una turba de rapaces para esos combates mugeriles donde se aguza la lengua y queda envainado el acero. Vos no habeis de tener mas que un discípulo, y este será Juan Galeazo.

—Y qué me ordena?

—Que leais esta carta, y escribais al pié una contestacion decisiva.

Miéntras que esto decia el fraile sacó de la manga un pergamino cuyas dobleces defendia un sello, y entregándolo al jurisconsulto se puso á mirarle fijamente, como para que no se le escapase ninguna de las alteraciones que iba á producir en su fisonomía. Muy lisongeras debian de ser las primeras frases puesto que se traslucia la interior satisfaccion del que las estaba leyendo; pero, segun parece, tragado el cebo le picó el anzuelo, puesto que á las últimas líneas se le anubló el rostro y con mal seguro acento esclamó:

—Es una conspiracion!

—No digo que no lo sea, repuso el otro con tanta frial-

Digitized by Google

dad y sosiego, como si pretendiera dar mayor relieve á la turbacion y azoramiento de su interlocutor. Tened á bien continuar la lectura.

—Estais en el secreto de esta misiva? preguntó el letrado despues de pasear por ella sus ojos.

—Soy uno de los conspiradores.

—Y pretendeis que me asocie á vuestros designios?

—Respeto vuestra libertad; solo que me tomaré la de recordaros aquel sagrado testo: *qui non est mecum contra me est.*

—Me amenazais á mí que pudiera perderos?

—Hiciérais mal cuando solo trato de ganaros.

—No habeis previsto los obstáculos inmensos...

—Que escitan el deseo de allanarlos.

—Horrible destino os aguarda si sois vencidos. Lo habeis considerado?

—Magnífica recompensa os espera si triunfamos. Lo habeis leido?

—Pero el gobierno de Barnabó...

—Le llamais gobierno ó tiranía?

—Hace poco que dudabais de ella, dijo el letrado.

—Os permito que dudeis de tales dudas.

—Su trono ha echado profundas raices.

—Profundas son tambien las de una vieja encina, y la derriba el soplo de los vientos.

—Treinta años van á cumplirse desde que tiene á los milaneses sometidos á su coyunda.

—Mas impacientes se hallarán de sacudirla.

—Sin embargo las prescripciones legales...

—Se trata, como deciais, de una conspiracion, no de un pleito.

—Dejadme examinar ántes la justicia de vuestra empresa.

—Trabajo enteramente inútil cuando estamos resueltos á llevarla á cabo.

—Y de qué puedo serviros yo que no manejo el acero?

—Manejais la lengua, teneis el prestigio del talento, y podeis atraernos multitud de partidarios.

Digitized by Google

—Y si la razon no está de vuestra parte?

—Encontraréis argumentos especiosos que nos valdrán tanto como aquella.

—Y he de cohonestar que un sobrino se levante contra su tio?

—Os parece mejor que un tio conspire contra su sobrino?

—Un mancebo en la flor de su edad contra un anciano que ya tiene un pié en el sepulcro?

—Y sin embargo confia en que otros mas jóvenes han de precederle en esa lúgubre estancia. No ha llegado á vuestros oidos un rumor sordo, parecido al de una serpiente que se desliza entre la yerba? Un rumor que hace correr el frio por las venas y erizar los cabellos de espanto? No habeis oido hablar en voz baja, muy baja, de cierto padre desnaturalizado que con infernales sugestiones trataba de inducir á una hija suya á que, valiéndose del puñal ó del veneno, diese alevosa muerte á su propio marido?

—Por venganza?

—No; por codicia. Para apoderarse de los bienes y Estados de su legítimo yerno, y repartirlos entre un enjambre famélico de bastardos.

—Esto rayaria en lo sublime de la perversidad humana.

—Afortunadamente la princesa Catalina no ha consentido en ser digna hija de Bernabó, y ha preferido ser digna esposa de Juan Galeazo. Pero existiendo la mano creeis que ha de faltar el instrumento?

—Quizás no existan semejantes propósitos mas que en alguna imaginacion hostigada por los recelos. El temor hace ver estrañas visiones.

—Me tomais á mí por un fabricante de imposturas?

—No he dicho que ese temor carezca de todo fundamento. Es posible que sea verdad lo que habeis referido; pero tambien es posible que sean calumniosas imputaciones, rumores esparcidos adrede para facilitar el camino, y preparar la justificacion de posteriores acontecimientos.

—El éxito es quien los justifica, y nosotros lo esperamos dichoso.

Digitized by Google

—Cortemos esta conversacion que es sumamente peligrosa, dijo el letrado que se hallaba pisando espinas, aguijoneado de una parte por la ambicion, y de otra refrenado por el miedo. Tomaré mis precauciones, y dentro de pocas semanas estaré en Pavia.

—Molestia que podeis ahorraros, replicó el fraile con esa estudiada calma que no le habia abandonado ni un momento. Lo que diriais de palabra al Conde de Virtudes decidselo por escrito.

—Por escrito! Seria el colmo de la imprudencia.

—Eso segun el punto de vista desde donde se mira. Desde el nuestro es una garantía que la prudencia exige.

—Y no veis que yo no escribiria dos letras aun cuando me entregase al Conde en cuerpo y alma.

—Y aun no le bastaria así. Es preciso que os entregueis atado de piés y manos.

—Y partidarios busca el Conde empezando por mostrarse con ellos tan suspicaz y receloso?

—Será que en vuestra edad madura no conozcais todavía á los hombres? De qué os sirve revolver páginas manuscritas si no habeis aprendido á leer en ese libro misterioso que se llama corazon humano? Tantos alardes de sagacidad para penetrar en la mente de antiguos legisladores y jurisconsultos, de quienes no existe ya ni siquiera el polvo de sus huesos, y tanta dificultad en comprender las exigencias de la situacion en que vuestra buena ó mala fortuna os ha colocado! Habeis andado mucho para retroceder, y sin embargo os dejo espedito el camino; mas no conteis con ser nuestro compañero el dia de la victoria no habiendo querido serlo en el dia del peligro.

—Escribir! Es así como se lleva adelante una conspiracion? Esponerme á que Bernabó se asegure de mi participacion en esa trama, leyendo mi nombre, viendo mi letra!

—Y la verá sin duda, si haceis traicion á Juan Galeazo. Estais todavía en la creencia de que al Conde de Virtudes no le falta mas que la cogulla para ser un monge?

Digitized by Google

—Ah! no. Ya veo que tiene mas de raposa que de paloma.

—Y la raposa triunfará del jaball. El Conde no conspira á la buena de Dios, no urde una tela tan peligrosa sin tener bien atados todos los hilos, no se arriesga á tontas y á locas esponiéndose á que un momento de vacilacion, de flojedad ó de arrepentimiento, derrumbe la máquina de sus proyectos con tanta sagacidad y perseverancia construida. En nuestro campo no habrá ningun Judas, os lo aseguro, porque si lo hubiere el mismo se habrá fabricado el cordel que ha de estrangularle. Y bien librado saldrá si la horca es todo su castigo.

—Pero me creeis á mí tan ligero, tan imbécil, tan ciegamente confiado que, aun cuando escribiese, pusiera documentos de tal importancia en manos de un desconocido? Quién sois vos?

En vez de la sencilla y categórica respuesta que tal pregunta exigia, dirigióse el fraile al lienzo de pared en que se veian colgadas algunas armas y las diversas piezas de una completa armadura. No comprendiendo la razon de este brusco movimiento, levantóse tambien Messer Reginaldo, y alargando precipitadamente el brazo desenvainó una daga con la cual se puso en actitud de defensa. Sonriéndose quizás interiormente el bueno del fraile avanzó sin despegar sus labios, despojóse de sus hábitos religiosos, y despues de endosarse una cota de malla y ceñirse una larga espada, se encasquetó el yelmo con la facilidad y soltura de quien estaba acostumbrado á llevarlo. Alzando luego la visera, y tomando una postura que tenia algo de teatral y afectada, se plantó delante del atónito jurisconsulto que mirándole ahincadamente buscaba en su memoria los recuerdos de aquella fisonomía.

—Giácomo! Del Verme! esclamó al cabo de un rato, y cayéndosele el arma de la mano rodeó con sus brazos el cuello del ex-fraile, de improviso transformado en uno de los más bravos capitanes de aquella época. Cuanto tiempo hace que no te habia visto! Dime...

Digitized by Google

—Escribir es lo que ahora importa.

—Contigo hasta las puertas del infierno.

—Y mas allá si es preciso.

Visos de semejanza con los que engañaron al cuervo de la fábula, tenian los elogios hábilmente esparcidos en la carta de propio puño con que el Conde de Virtudes lisongeaba la vanidad al paso que estimulaba la ambicion del jurisconsulto. Para quien tan satisfecho estaba de sus talentos, y tan quejoso de la obscuridad que los envolvia, tentacion y no floja habian de ser el humo del incienso y la perspectiva de una brillante recompensa. Sin descorrer del todo el artificioso velo que desde largo tiempo encubria los secretos de su corazon, esplicábase de tal manera el Conde que no se necesitaban ojos de lince para columbrarlos. Con frases ambigüas, con reticencias calculadas daba pié á las mas atrevidas interpretaciones. Manifestábase condolido de las insoportables vejaciones que sufrian sus queridos milaneses, y esperaba de ellos que corresponderian á su entrañable afecto. En sus manos estaba que para ellos luciesen mejores dias, puesto que él no vacilaba en sacrificarles el sosiego de una vida entregada al ejercicio de las prácticas religiosas. Escrúpulos de conciencia, que no sed de temporales grandezas, le hostigaban con el recuerdo del abandono en que yacian sus legítimos derechos: ¿le era lícito continuar así, cubriendo su desidia con el manto del respeto que debia á su poderoso suegro? Decorábase este con el título de Vicario Imperial, por haberle hecho merced el César Cárlos IV al ceñirse la corona de hierro; pero el mismo título habia conferido á su padre Galeazo. Tocaba á su tio el dominio de la parte oriental de Milan; pero poco á poco lo habia estendido hasta arrebatarle la parte que mira al occidente. ¿Seríale mas meritorio sufrir con resignacion este despojo, ó bien estaba obligado en conciencia á reclamar lo que segun derecho le correspondia? Estas dudas las sometia al claro discernimiento del legista, y estrechábale á que le declarase esplícitamente, si en el caso de inevitables conflictos tendria en

Digitized by Google

él un ausiliar activo ademas de un consejero ilustrado. Sobre este punto parecia aborrecer de muerte los efugios, vaguedades y circunloquios de que era su carta no despreciable modelo.

De buenas á primeras comprendió Messer Reginaldo que la ostentosa piedad, y la fama del mugeril apocamiento de Juan Galeazo, no eran mas que un hábil estratagema para ocultar pérfidas maquinaciones y adormecer la suspicacia de su tio. Poco tardó en comprender que á fuerza de trabajos subterráneos se hallaba sordamente minada la prepotencia del terrible anciano, y que nada tendria de asombroso que el dia ménos pensado amaneciera derrocada. Se le brindaba á tomar parte en el riesgo de esta empresa, y se le seducia con halagüeñas esperanzas de recoger frutos mas ópimos que los que habian sido el blanco de sus miras ambiciosas. Hasta entónces sus deseos se habian limitado á brillar en las universidades de Italia, á compartir la celebridad de Bartolomé *de Vulpis* de Padua, á sobreponerse á la reputacion de Baldo de Perusa, y ahora se le dejaba entrever la posibilidad de ocupar uno de los mas elevados puestos en la direccion y gobierno de un Estado poderoso. Pero, y si se rompia un solo hilo de la trama urdida? Si se escapaba un átomo solo de aquella confeccion venenosa? Él no era hombre de tanta serenidad y arrojo que no sintiese flaquear sus piernas al contemplarse á la orilla del precipicio. Para transigir con su conciencia hallábase pasablemente dispuesto; pero con Bernabó, cómo se transigia? No bastaba llegar á serle sospechoso para que le mandase quemar como á herege? La sola vista del sayal franciscano bastaba para traerle á la memoria el trágico fin de dos infelices minoritas que osaron invocar los fueros de la humanidad y de la justicia. Bien podia Bernabó competir con Dante Alighieri, siendo como era capaz de hacer ejecutar en cuerpos vivientes los suplicios que imaginara el gran poeta en la region de los finados. No era pues lealtad sino miedo, un miedo sobradamente justificado, lo que habia hecho vacilar á Messer Reginaldo. Tenialo de enfrascarse en

Digitized by Google

situaciones no ménos peligrosas que las estupendas y fantásticas aventuras con que entónces empezaban á solazar el ánimo de sus lectores los primeros libros de caballerías.

Harto dura en efecto era la condicion de suscribir un documento que tan abiertamente le comprometia. Poner en él una letra sola equivalia á firmar su nombre en una lista de conjurados. Mas cuando vió que el brazo, sino el alma, de la conspiracion era su antiguo conocido Giácomo del Verme, cesaron cómo por encanto sus temores y perplegidades. Tenia fe en la estrella de su amigo, y dióle en el corazon que de seguro llegaria á buen puerto la nave que tan diestro piloto dirigia. Podian mas en su espíritu los presentimientos que las reflexiones, y para robustecer su confianza cabalmente pasó como un relámpago por su memoria el recuerdo del eclipse cuya significacion misteriosa no habia aun desentrañado. Y cual otra podia ser mas que el *Mane, Thecel, Phares* escrito por la mano de Dios en los muros del empíreo, contra el impío Balthasar que se burlara tantas veces de la justicia del cielo y de los anatemas de la Iglesia? Con tal seguridad contaba ya con el triunfo como si estuviese oyendo el repique de las campanas, y el estrépito de los atabales y clarines. Llena su memoria de citas del laureado poeta, y confundiendo, como harto á menudo sucede, los intereses de la patria con sus personales intereses, volvió á la mesa recitando á media voz

Dunque ora é'l tempo da ritrarre il collo
Dal giogo antico, e da squarciare il velo
Ch'é stato avvolto intorno agli occhi nostri.

Sentado ya tomó la pluma, y con toda la sagacidad y pulso que tal negocio requeria, en el pergamino mismo del Conde le escribió una larga contestacion en que, á vueltas de lisonjeras frases y hábiles rodeos, le espresaba su gratitud, y le ofrecia sus servicios para coadyuvar á los santos fines de tan cristiana empresa. Del Verme entretanto vuelto á su disfraz y sentado en un taburete no le perdia un punto de vista, aunque echada la capilla hasta los ojos parecia ocuparse en la

Digitized by Google

lectura de un libro que sacó de la manga. Cualquier estraño hubiera dicho que le absorbia alguna meditacion piadosa.

Y no pecaba de nimiamente precavido con aquel disimulo, puesto que despues de un largo espacio de no interrumpido silencio, abrióse de improviso la puerta principal y entró casi saltando de gozo la esposa del letrado, seguida de un jóven cuyos años no escederian de mucho á los veinte, y cuyos arreos militares daban no poco realce á su natural gallardía.

—No creia que fuesen tan eficaces mis pobres oraciones, esclamaba aquella dirigiéndose á su marido; pero reparando en el fraile moderó su acento, y continuó: No sabia que estuvieseis acompañado; aunque á decir verdad tampoco me pesa de tener testigos de las albricias que vengo á pediros.

Ni el menor movimiento de atencion ó de sorpresa distrajo al legista de la tarea que estaba á punto de concluir, hasta que escrita la última letra levantó la cabeza y dijo:

—Qué es esto?

—Una nueva tan agradable como inesperada, respondió su esposa. El Vicario Imperial no ha querido que la república siguiese privada por mas tiempo del caudal de vuestros conocimientos. Estais elegido *Podestá* de los mercaderes, y mañana mismo pasareis á la casa de la Pretoria á recibir la vara de esa magistratura.

—Y á prestar el juramento de fidelidad y homenage, añadió el gallardo mensagero.

Quedóse el letrado profundamente pensativo. Hallábase de golpe en una de las encrucijadas de la vida teniendo que escojer entre dos opuestos caminos, que prometian ambos conducirle á florido vergel, y podian ambos á dos llevarle á fatal despeñadero. Se le ofrecia una realidad que podia ser efímera, se le tentaba con una esperanza que podia ser engañosa. Verdad es que habia ya sucumbido á la tentacion; mas todavía se hallaba á tiempo de arrepentirse. En aquel momento estaba en su mano la suerte del Milanesado: de una palabra, de un gesto, de un acto de su voluntad

Digitized by Google

dependia el consolidar por largo tiempo el trono de Bernabó, y grangearse las mas vivas demostraciones de su gratitud, si es que en tal pecho cupiese el agradecimiento.

Y esto era lo que tenia el fingido religioso, cuya situacion no era por cierto mas apetecible que la del jurisconsulto. Pendientes de un hilo quebradizo se hallaban entónces su vida, y algo mas que su vida, el éxito de una arriesgada empresa, que era la piedra angular del edificio de inmarcesibles glorias que en su mente habia levantado. Por la voz habia conocido al mensagero, de cuya decision y bravura no le era posible abrigar la mas leve duda. Era Ugolino Porro, íntimo amigo de los hijos de Bernabó, y cercano deudo de la hermosa Dominica, ó Domnina, que en ilegítimos lazos tenia aprisionado el corazon del lúbrico anciano. Mancebo de recios puños tenia ademas de su parte la ventaja del campo y de las armas. Tampoco era para menospreciada la atlética estatura del letrado, y mucho ménos la presencia de aquella muger que podia á gritos reclamar socorro en el caso de una lucha desesperada. Todo lo calculó en un momento Del Verme, y sin embargo, ni sus ojos pestañearon, ni sus mejillas palidecieron, ni una gota de su sangre corrió con mas precipitacion por sus venas: continuó al parecer absorvido en su lectura como si le fuera del todo indiferente la resolucion que iba á tomar el jurisconsulto. No hizo mas que pasar el libro á su mano izquierda, y con toda disimulacion y cautela introducir su derecha por una abertura de la túnica, con el objeto sin duda de coger alguna cosa que no estaria muy en consonancia con el hábito religioso. Conociendo empero que la prudencia debia sobreponerse al denuedo, y cuanto urgia salir de aquella posicion tan crítica como embarazosa, se levantó y con afectado encogimiento:

—Messer Reginaldo, le dijo, es hora de retirarme al convento. Si me hicieseis la merced de entregarme vuestra contestacion á la consulta que el padre guardian os ha dirigido.

Compararse pudiera la súbita conmocion que esperimentaron los nervios del jurista al oir la voz del sedo religio-

Digitized by Google

so, con la de asustadiza doncella á quien sorprendia el tiro de una bombarda, máquina entónces de invencion reciente. Recobrada empero la seriedad y reposo de su grave aspecto cogió el pergamino, y despues de ponerlo bajo la salvaguardia de un sello, dijo al que estaba en ademan de recibirlo:

—Si no mienten mis conjeturas sois tan juicioso moralista como teólogo consumado, y tendria en mucha estima que me ilustrarais con vuestros consejos. Vuestro prelado me consulta en materias de derecho, y bien puedo consultaros á vos en materias de conciencia.

—Padeceis de escrúpulos?

—No es enfermedad á que me sienta muy propenso, y sin embargo persígueme ahora una duda que me trae algun tanto inquieto y perturbado. ¿Cuáles son mis merecimientos para que el magnífico Vicario Imperial me confiera tan elevado puesto? Cuáles mis luces para desempeñar con acierto tan espinoso cargo? Sentarse en un tribunal no es lo mismo que sentarse en una cátedra. La ciencia abstracta que se aprende en los libros es incompleta sin la esperiencia que da el trato y comercio de los hombres. Y yo, vos lo sabeis, vivo tan metido en mi soledad, tan apartado del bullicio del mundo! Qué os parece? Puedo en conciencia valerme de la confianza que en mí se deposita? Puedo aceptar la honra que se me ofrece?

Este arranque de falsa humildad le atrajo una mirada burlona y despreciativa de parte del mensagero, y otra de vago recelo y profunda estrañeza de parte de su esposa.

—No solamente podeis sino que debeis aceptarla. No lleveis sobrado léjos la modestia, que podria haceros sospechoso de ingratitud y falta de respeto. Quién os ha hecho juez de vuestra propia idoneidad? Habeis leido vuestro horóscopo para saber que no estais destinado á ser con el tiempo la antorcha, el oráculo, el vicégerente de la autoridad suprema? Tengo como un presentimiento de que en breve sereis, despues del muy magnífico y escelente príncipe el Vicario Imperial, la persona mas respetable de ese vasto señorío. Es-

Digitized by Google

tad de buen ánimo, subid al puesto que se os ha señalado; pero cuidad de que en su altura no se os vaya la cabeza. Recordad que existe un poder invisible apercibido á levantar á los humildes y derrocar á los soberbios. Vuestra especial magistratura va á poneros en relacion inmediata con una infinidad de gentes: vais á ser el dispensador de la justicia, el árbitro que dirima las contiendas que se susciten entre mercaderes y artesanos, vais á conquistar un poderoso influjo entre los que tejiendo el lino ó la seda, labrando la piedra ó el acero, cincelando el oro ó la plata acumulan para el Estado gloria, prosperidad y opulencia. Dispertad en sus corazones generosos sentimientos, para que no antepongan los bienes que disfrutan á su propia salvacion. En fin servid bien á la patria, que Messer Bernabó no os hará esperar mucho la recompensa, y no olvideis nunca las obligaciones que en este dia habeis contraido.

—Decid al Vicario Imperial que disponga de mí como de su vasallo mas respetuoso, y que pasaré á manifestarle mi gratitud y mi obediencia, dijo el letrado dirigiéndose al mensagero, quien tomó la puerta despues de haber saludado cortesmente, y lo propio hizo Del Verme recogido que hubo el precioso pergamino.

El asentimiento del jurista á los ambiciosos proyectos de Juan Galeazo se hallaba ya recargado con las tintas mas negras de traicion y alevosía. Solo ya con su consorte esclamó esta:

—Sois un enigma para mí, y á fe que el fraile no es ménos misterioso. No comprendo como encajan tan bien sus aficiones de soldado con sus estudios de teología.

—De soldado? Porqué lo dices? prorumpió el legista, disimulando cuanto pudo su turbacion y azoramiento.

—Pues quién sino él se ha entretenido en descolgar esas armas que ni siquiéra ha sabido volver á su puesto?

—Le conoces por ventura?

—No sé que nunca le hubiese visto, y para mí tenia mas traza de lego que de predicador tan elocuente.

Digitized by Google

—El caso que me ha propuesto es algo intrincado y necesita largas meditaciones. Tráeme el segundo volúmen de Bartolo y déjame un rato á solas.

—Siempre lo mismo! murmuró la esposa ofendida de aquella sequedad y desabrimiento, y fuera ya de la estancia añadió: Plegue al cielo que despues de haberla anhelado en valde no llegue á serme odiosa vuestra compañía!

III.

Y por qué esta esclamacion de la hermosa jóven, cual si despues de echar una mirada de tristeza á su pasado levantase una temblorosa mirada á su porvenir? Qué presagios de borrasca descubria en su horizonte? Qué nubecilla, parecida á la del profeta, ocultaba en su pequeñez amagos de tempestuoso aguacero? Para quien ni tenia, ni codiciaba mas vida que la del corazon, ¿cuál era el motivo de temer que se agitara de improviso la soñolienta atmósfera que lo circuia? Qué influjo habian de ejercer en ella ni los futuros honores, ni las prolijas ocupaciones de su marido? Seria esto mas inaccesible en el tribunal de lo que en su gabinete de estudio lo habia sido? Arrugaria mas su entrecejo la ambicion satisfecha que la ambicion comprimida? De dónde, pues, procedian los recelos de Tadea, para manifestarse temerosa de que sus domésticos pesares adquiriesen mayores y mas graves proporciones?

Durante el corto espacio de tiempo en que el gallardo mensagero de Bernabó estuvo aguardando la contestacion del jurisperito, por tres distintas veces se habia sorprendido á sí misma clavando en el mancebo una mirada sobradamente complacida. Efecto de la casualidad pudo ser la primera, y achacarse la segunda á curiosidad quizás escesiva; mas para disculpar la tercera necesitaba ya Tadea engañarse á sí misma. Como púdica y fiel consorte inclinó los ojos al suelo, y advirtió que estaba resistiendo al impulso de levantarlos de nuevo. No le asustó como debiera su peligro, pero

Digitized by Google

comprendió que era una amenaza dirigida á su pecho la varonil belleza de Ugolino.

No se habia engañado: á solas en su retrete se veia de continuo perseguida por esta imágen, que apartada de los ojos se dejaba ver con el pensamiento, y en vez de resistirse al importuno asedio tratábala con cierto agasajo cual si fuese una amiga que viniera á visitarla. Pareciale entónces su soledad ménos tediosa, sus horas ménos lentas, ménos digno de lástima su abandono. Sin propósito deliberado entreteníase en viajar por el pais de las ilusiones, y esforzábase en atenuar su culpa, las veces que volviendo en sí la reconocia. Confiada en que su virtud podia hacer frente á las más rudas tentaciones, sentia á veces una especie de gusto en presenciar la naciente lucha de su corazon y de su conciencia. Peligroso era tal espectáculo; pero se creia resguardada por un muro de bronce, y ni por asomos dudaba de alcanzar cuando quisiese una victoria definitiva. Así iba germinando la fatal semilla, caida en un terreno preparado por falta de cultivo: y así tambien iba tomando creces en el pecho de Tadea un sentimiento de repulsion á su marido. Empezaba á calificar de pueril exigencia el vehemente afan con que habia codiciado su afecto, empezaba á desazonarse por haber cedido á los arranques del agradecimiento, empezaba á tenerse por muy desgraciada exagerando las quiméricas proporciones de una felicidad imposible.

Desgraciadamente á Messer Reginaldo le traian de sobra ocupado sus funciones de juez, y sus manejos de conspirador, para acudir al socorro de la inexperta jóven, que paso á paso avanzaba por una senda cuyo funesto declive no advertia. Mas adusto, mas ensimismado que nunca, no habia cambiado de carácter cambiando su género de vida. No pasaba ya largas horas en su gabinete, á solas con sus libros, sino con personas desconocidas, que cerraban cuidadosamente la puerta, salia de noche sin saberse á donde iba, recibia cartas que leidas arrojaba al fuego, y escribia otras que se llevaban mensageros de estraña catadura. A la natural pers-

Digitized by Google

picacia de Tadea no podia sustraerse una actividad tan desusada, y que hacia mas sospechosa el aumento de reserva, y las preguntas que la curiosidad puso en su boca solo obtuvieron respuestas enigmáticas cuando no desabridas. Este despego exacerbaba su pasion al mismo tiempo que la ponia recelosa, y vislumbrando la existencia de un grave arcano sin poder adivinar su naturaleza, de conjetura en conjetura se le fijó en el pensamiento que la visita de aquel misterioso fraile entraba por algo en la mudanza de su marido.

En esto llegaron los postreros dias de abril, corazon de la primavera, que transforma en vasto jardin los campos cisalpinos, y como si el cielo se hubiese arrepentido de engalanarlos con tanto lujo de flores y hermosura, una tempestad asoladora descargó su furia sobre Milan y sus cercanías. Por entre sus elevadas torres, y lamiendo sus techados, se retorcia el rayo, á guisa de culebra por entre los tallos de la yerba, y un trueno incesante rugió desde el principio hasta el fin de la tormenta. Sosegados ya los vientos, disipadas las nubes y resplandeciente otra vez el sol, discurria Messer Reginaldo acerca de tan violenta perturbacion atmosférica atribuyendo sus estragos á la conjuncion de tres planetas, fenómeno que se verificaba en aquellos dias, y que segun él no podia ménos de ejercer un pernicioso influjo en las regiones sublunares. Para inquirir su profético significado acudia á las reglas y combinaciones de la astrología judiciaria cuando un mensage inesperado le obligó á dirigirse al palacio del Vicario Imperial.

Hallóle, si no profundamente conmovido, con cierto aire al ménos de inquietud y zozobra que bastó al jurisconsulto para dominar la que en su pecho habia producido aquel desusado llamamiento. El tigre no enseñaba ni sus garras ni sus dientes, y se le acercó dando á la cautela cuanto cercenaba al miedo. En su ancha y rugosa frente, vivaces ojos, nariz aguileña, delgados labios, bipartida y canosa barba, en su largo y enjuto rostro, encuadrado en un capuchon aforrado de martas cebellinas, dejábase traslucir como una lige-

Digitized by Google

risima sombra que templaba la dureza de su fisonomía. No era solamente el peso de trece lustros el que entónces parecia haber quebrantado la ferocidad y arrogancia del que en ningun tiempo habia encontrado, ni en la tierra ni el cielo, quien impusiera un freno á sus indómitas pasiones. Aquel era todavía Bernabó; mas no ya del todo parecido al que un dia llamó al arzobispo Roberto, y á presencia de sus áulicos y guerreros le trató como si fuese el mas abyecto de sus vasallos. «Arrodíllate ahí, bribon, le dijo: No sabes, menguado, que yo soy el Papa, y el Emperador, y el señor absoluto en todas mis tierras? No sabes que ni el Emperador, ni Dios mismo, puede hacer en mis tierras sino lo que á mí se me antoja, ó lo que yo permito que haga?» Ménos soberbio ahora, y poseido de un terror supersticioso se encaró con el letrado y le dijo:

—No trateis de engañarme que podria saliros muy cara la treta. Todavía tengo el poder en mis manos: todavía se halla en pié la casa de los Visconti. Quiénes son, decidmelo, quiénes son los que aspiran á derrocarla?

—Y por donde quereis que me hayan llegado noticias de pretension tan descabellada?

—Pues qué? la ciencia es un nombre vano? Revolveis libros, estudiais las virtudes de las plantas, examinais el curso de los astros, y os quedais tan á obscuras como el vulgo de las gentes! De qué sirve enteraros de lo que sucedió ayer si ni siquiera podeis adivinar lo que ocurrirá mañana?

—La ciencia hace brotar la luz en medio de las tinieblas; pero necesita premisas para deducir consecuencias. Presentadme datos en que fundar siquiera mis conjeturas.

—Tengo enemigos.

—Sois el príncipe mas poderoso de Italia, y quisierais no ser temido ni ser envidiado?

—Intentan alzar la cabeza.

—Mal avenidos están con ella. Antes de levantarla al nivel de la vuestra tropezarán con algo que la derribe de sus hombros.

Digitized by Google

—Maquinan á la sombra.

—Juego de niños en que se entretienen tal vez el despecho y la impotencia. Dejad estos cuidados al verdugo.

—Y si me armasen un lazo?

—Serian cogidos en él. Juzgais mal á vuestros enemigos: tienen ménos corazon, y mas prudencia.

—Oh mi trono de Milan! Lo defenderé hasta con mis dientes.

—Y sobra con ellos. Vuestro nombre es un muro de bronce que lo rodea. Vuestro antecesor y tio empuñó el acero con su diestra diciendo que con él defenderia la cruz arzobispal que tenia asida con su mano izquierda. Vos, señor, no necesitais tanto. Una mirada vuestra basta para ahuyentar á vuestros enemigos, para infundirles el temor *che'l sangue vago per le vene agghiaccia*, como dice el Petrarca.

—Si yo supiera quienes son! esclamó el Vicario Imperial apretando los puños.

—Serán por ventura los genoveses? No los temais hasta que traigan en hombros sus naves para escalar con ellas los muros de Milan. Los venecianos? Seria de ver un combate entre esas anguilas salidas de sus pantanos y la serpiente de los Visconti. Temeis al Pontífice romano? Harto tiene en que pensar con las pretensiones del antipapa de Aviñon y las proposiciones de Messer Bartolino de Piacencia. Acaso puedan inspiraros algun recelo esos pequeños príncipes cuya jurisdiccion se estiende á unas cuantas aranzadas de tierra? Los mas son vuestros amigos y confederados, y los teneis ligados con los vínculos de la sangre. Si no fueseis el mas poderoso por la estension de vuestros dominios lo seriais por la multitud de vuestras alianzas.

—Y Juan Galeazo?

—Ah! sí. Este pretende arrebataros...

—Lo sabeis?

—Perdonad. No es el trono de Milan á lo que aspira. Como buen arquero asesta sus tiros á un blanco mas elevado. Lo que pretende arrebataros es la silla que os corresponde en el cielo.

Digitized by Google

La terrible mirada de Bernabó nada hizo perder de su aplomo al taimado jurisconsulto.

—Ya sabeis, prosiguió este, que ese Wiclef, ese novador ingles, ha salido ahora con la patraña de que cada hombre tiene dos almas: pues á mí se me figura que el Conde de Virtudes ha dado en la manía de que él tiene tres almas, y se empeña en salvar las tres á toda costa.

Sonrióse Bernabó de la ocurrencia, y esto era lo que su interlocutor deseaba.

—Pero, es posible que la sangre de los Visconti haya degenerado tanto en sus venas? Si yo tuviera sus treinta años!

—No rezariais, ni ayunariais tanto como él. No os encerrariais en vuestro palacio como un galápago en su concha, pasando el tiempo en oir misas y repartir limosnas, en escuchar lamentaciones de frailes y trazar fábricas de nuevos monasterios.

—Tambien he construido yo templos para Dios, y hospicios para los pobres.

—Monumentos insignes en que leerán la gloria de vuestro nombre las generaciones venideras.

—Si ántes no los incendia el rayo. Ignorais todavía el funesto agüero? En medio de la tempestad ardieron las mas ricas techumbres de mi palacio.

—Y esto os aflige? Las reconstruireis doblando su esplendor y magnificencia.

—No es eso todo. Los escudos de mármol en que estaban esculpidos mis blasones se han desprendido de los muros y han venido al suelo, y ¿quién sabe si para ser reemplazados por la odiosa torre de la faccion vencida? La serpiente de los Visconti está hecha pedazos.

—De veras? esclamó el legista, haciendo un supremo esfuerzo para reprimir y ocultar su alegría. Aquella noticia valia para él mucho mas que la de haber triunfado completamente las armas de Juan Galeazo. Pero acudiendo á los recursos de su fecunda imaginacion, y tomando un semblante reflexivo añadió: Y de esto qué inferís?

Digitized by Google

—Que una catástrofe invisible se cierne sobre mi cabeza. Si yo viera de qué lado asoma esa nube preñada de tempestades? Por los huesos de San Ambrosio! que á pesar del cielo ó del infierno todavía me siento con bastantes brios para conjurarla.

—Estais en un error, y permitidme que os lo diga. Lo que os tiene en zozobra es simplemente un aviso del cielo. Sentireis que os hable con toda franqueza?

—He puesto mi confianza en vos, y seriais el mas perverso de los hombres si os prevaleciérais de ella para engañarme. El mas perverso... y el mas arrojado.

—Sois el príncipe mas afortunado de Italia. Quién como vos ha podido permanecer sentado en un trono por espacio de treinta años? Habeis tenido á raya el poder de los Pontífices y el de los Césares: habeis esterminado á vuestros enemigos rebeldes y burlado á vuestros adversarios astutos: de esperto capitan os acreditan inmarcesibles laureles, de príncipe magnífico perdurables monumentos: vuestra inflexible justicia la atestiguan dolorosos ejemplares, vuestra sagacidad política numerosas alianzas; pero sois padre demasiado cariñoso para comprender la abnegacion que la cualidad de monarca os imponia. No habeis fijado una profunda mirada en el porvenir. Si no hubieseis tenido mas que un hijo!

—Oh! mi Ambrosio! mi malogrado Ambrosio!

—Este ú otro. Ignorais la grande idea que acariciaba aquel varon esclarecido, Messer Francisco Petrarca? Sueño dorado de su imaginacion! Volver la Italia á su poder antiguo. Y cómo? Transformando en un solo y grueso tronco ni porcion de varas mas ó ménos delgadas, que pueden compararse á las que rodeaban la segur de los lictores romanos. Si viviese aun el glorioso anciano que me honraba con su amistad, paréceme que os hubiera dicho: *Di mia speranza ho in te la maggior parte*. Y vos? Vos entregais Cremona y Lodi á Ludovico, Brescia á Mastino, Parma á Cárlos, Bérgamo á Rodolfo. Son vuestros hijos, sí; pero en vez de esforzaros por reunir lo que está separado, separais lo que

estaba ya unido. No comprendéis todavía el aviso del cielo? Vos sois quien hace pedazos la serpiente de los Visconti.

—Yo? Tal vez... pero ¿porqué me ha dicho Medicina que me guardase de las nonas de mayo?

—Esto ha dicho? Simplicidad como ella! Ah! ah! ah!

—Y os atreveis á reiros?

—Pues no he de reirme? No es donosa ocurrencia la del buen astrólogo? Habrá leido en algun cartapacio de historia que Espurina dijo á César que se guardase de los idus de marzo, y cata ahí que sin encomendarse á Dios ni al diablo os ha encajado que os guardaseis de las nonas de mayo.

—Y el arúspice tenia razon.

—Y cómo no habia de tenerla si estaria en el secreto, ó cuando ménos tendria barruntos de la conjuracion de los senadores? Pero vuestro Medicina ¿en qué se funda para asustaros con su risible parodia?

—Es que precisamente en estos dias ha de acercarse mi sobrino á los muros de Milan.

—Y vos le saldreis al encuentro, y le dareis un estrecho abrazo como á querido pariente, y él os besará la mano como á señor... y suegro.

—Pero vendrá rodeado de sus tropas.

—Ya sabeis que es algo medroso y que no sale nunca sin una pequeña escolta, como si temiera á cada paso tropezar con una cuadrilla de malandrines. Su ejército traerá cilicios en vez de lorigas, y cogullas por capacetes. No temais, no, que venga con *gente di ferro e di valor armata* como dice Messer Francisco.

—Pues yo, sí. Saldré con mis bravos guerreros, le envolveré en un círculo de hierro, le abrazaré... para ahogarle entre mis brazos.

—Le teneis miedo?

—A él? no. A mi estrella que se oscurece, al siniestro vaticinio.

—Reflexionad. Si la caida de la serpiente fuese augurio de la vuestra, ¿cómo pudiera ser Juan Galeazo el dichoso mor-

Digitized by Google

tal predestinado á suplantaros? No es tambien Visconti? No trae la misma simbólica figura en su escudo? O bien aquel casual destrozo nada significa, ó bien nada teneis que temer por ese lado.

—Razonais como un filósofo y no sé qué replicaros; pero... ni aun así me fio de su flojedad, ni de su santimonia.

—No deis un escándalo: no dejeis traslucir las flaquezas de vuestro corazon. Dirán que habeis envejecido. No está el mal en aspirar á ciertos fines, sino en la torpeza de los medios escogidos. La prudencia es una virtud muy escelente, y mas para los príncipes. Vuestro sobrino viene á vos, salidle al encuentro, presentaos inerme, mostraos risueño, confiado, afectuoso. Le dejais proseguir su piadosa romería, y... entretanto...

—Entretanto?

—Como entónces Pavía estará desguarnecida... y vuestro yerno es tambien vuestro aliado... podeis enviar algunos de vuestros soldados á defenderla de asechanzas imprevistas.

—Ah! Seguiré vuestros consejos.

—Seguidlos, y mandad levantar una horca.

—Para Juan Galeazo?

—Para Medicina, que os aturde con sus necias profecías.

—Para vos, si no son tan necias como estais suponiendo.

Restregábase las manos de contento al verse Messer Reginaldo en su gabinete, y tan satisfecho estaba de sí mismo que mas no lo estuviera arrollando en pública controversia al famoso Baldo, su constante pesadilla. Contemplaba los horrores del peligro de que se habia salvado, y creia en los milagros de su talento y destreza. Y en verdad que no era pequeño triunfo el de haber vendado los ojos, y empujado suavemente á Bernabó hasta la orilla del precipicio; pero tampoco podia gozar de él á todo su sabor, sin esperimentar de vez en cuando la especie de cansancio moral que traen en pos de sí los violentos recursos de una desesperada energía. Asaltaban su memoria recuerdos de no lejanos tiempos, y por muy corto que fuese el que faltaba para dar término

Digitized by Google

á su ansiedad y zozobra, compraba entónces muy caras las futuras espansiones de su ambicion satisfecha. «Si naufragase el buque tan cerca del puerto! se decia. Si existiese entre nosotros un Julian Pusterla que por miedo ó felonia vendiera á sus cómplices con imprudentes revelaciones! Ser abrasado á fuego lento, atenaceado, descuartizado vivo, todo seria poco para aplacar la rabia del tigre sobre cuyos lomos he pasado impunemente la mano. Dormido he jugado con él; pero, y si despierta?» Pareciale entónces ver la sombra de Beltramolo Amici, condenado á ejercer el oficio de verdugo y entregado despues al terrible ejecutor de la justicia humana, y sentia que se le erizaban los cabellos al pensar en su muerte de réprobo, y en su cadáver abandonado en la horca para pasto de las aves de rapiña. En medio de esas tétricas reflexiones confortábale el recuerdo de Giácomo Bussolario, que de simple fraile habia ascendido hasta los primeros puestos de la república por su elocuencia de predicador, y se mecia en la esperanza de que á él no le tocaria ménos por su elocuencia de jurisconsulto.

Instigada por una mugeril curiosidad de cada dia mas punzante, se decidió Tadea á rastrear la causa misteriosa de la conducta de su marido, y miéntras que este conferenciaba en secreto con uno de los principales conspiradores, fué á situarse detrás de la puertecilla que abria camino á su alcoba. Habia entrado en el pasadizo de puntillas, retenia su aliento como el nadador que sumerge su cabeza entre las aguas, y escuchaba con tal afan como si toda su alma estuviese concentrada en sus oidos. Pero en voz tan queda sostenian aquellos su diálogo que apenas pudo recoger mas que algunas frases truncadas y palabras sueltas. Estas sin embargo le bastaron para colegir que la mañana del dia siguiente estallaria un alboroto en las afueras de la puerta Vercelina, que no habria efusion de sangre, y que se habia resuelto asesinar á Ugolino Porro, habiendo ya quienes estaban pagados para meterse entre el gentio, cogerle de improviso y clavarle un puñal por las espaldas. Este plan na-

Digitized by Google

da tenia de estraño, como quiera que para allanar obstáculos nunca ha sido sobrado meticulosa la conciencia de los conspiradores. El valor personal, el arrojo caballeresco y la adhesion de Ugolino á Bernabó eran dotes de todo el mundo conocidas: y aunque no bastaban para impedir el triunfo, podian provocar una resistencia que lo hiciera sangriento.

Ni mas cruel sorpresa, ni mas dolorosa herida hubiera recibido Tadea oyendo ser ella misma la víctima destinada al bárbaro sacrificio. Forzada á reprimirse y ahogar los gritos que pugnaban por salir de sus entrañas, rugia con el gemido de su corazon, y en él se revolvian las mas negras pasiones como viboreznos en su nido. Tentaciones le dieron de presentarse á Bernabó y referirle cuanto habia descubierto; mas, ¿qué era lo que efectivamente sabia? Con qué pruebas habia de confirmar sus incompletas revelaciones? No podia hacer mas que acusar al hombre, á quien aborrecia ya de muerte, pero que al fin de todo le estaba unido con un vínculo sagrado. Queria y no podia olvidar que él era quién la habia acogido en su niñez, le daba pan y abrigo, la honraba con su nombre, y nunca le habia inferido ninguno de aquellos agravios que humillan la dignidad de la esposa, y la hieren en lo mas vivo de su afecto. Sangre, torturas, suplicios, horrores inmensos brotarian de una sola palabra suya... y por otra parte ¿sabia ella si precipitaria la catástrofe en vez de precaverla?

De qué podian servirle entónces el llanto y la desesperacion? Resuelta á poner en obra la idea que le habia ocurrido, salió de su escondite, y cubierto el rostro con un velo se echó á recorrer las calles y plazas de Milan en busca de Ugolino. Descubrióle al fin en un corro de amigos, y retirándose á la parte opuesta le hizo seña de que se acercara. Como era de presumir el mancebo acudió al reclamo lisongeándose de aumentar el número de sus amorosos trofeos.

—Es á mí á quien llamais, hermosa dama? le dijo saludándola con cierta mezcla de familiaridad y de respeto.

Tadea inclinó ligeramente la cabeza.

Digitized by Google

—He dicho hermosa, y estoy seguro de que no me engaño, porque la gentileza del talle no puede ser ya de mejor agüero para la hermosura del rostro.

El cansancio material, la agitacion de su pecho, la vehemencia de sus afectos tenian á la desdichada jóven como fuera de sí misma. Comprendia todo lo delicado y peligroso de aquella situacion, y esperimentaba en ella una complacencia que condenaba y no reprimia. A la vista del objeto amado sentia avivarse la llama de una pasion en mal hora nacida, y temerosa de sus brios, no acertaba á despegar los lábios. En valde buscaba en su memoria las frases preparadas durante su largo camino: sucediale entónces lo que en otra ocasion aconteciera al famoso Petrarca, en quién tal sorpresa produjo la imponente magestad del Senado veneciano que olvidó completamente la oracion que traia estudiada.

—Ademas, esta mano de nieve... añadió el mancebo cogiéndola de improviso y besándola con marcial galantería.

El corazon de Tadea redobló el compas de sus violentos latidos, y retirando suavemente la mano:

—No... balbuceó. No soy yo... es una amiga mia.

El temblor de su voz desmentia sus palabras, y la dulzura de su acento obraba en el espíritu del jóven como una suave y arrebatadora melodía.

—Basta que sea amiga vuestra para encontrarme dispuesto á servirla. Qué me quiere?

—Desea... desearía hablaros largamente.

—Soy todo oidos.

—Ahora no. No es posible... su marido...

—Tenemos marido en campaña? Tanto mejor.

—Si mañana...

—A qué hora?

—No puedo señalar la hora. Ya veis... su marido...

—Mañana he de acompañar al Vicario Imperial cuando salga á recibir á su sobrino.

—Este es precisamente el tiempo en que ella podrá disponer de sí misma.

Digitized by Google

—Pues no importa, me dispensaré fácilmente de aquel servicio. Soy soldado, y no palaciego.

—Y preferireis á un bullicioso espectáculo una tierna plática á solas con quién...

—Me ama?

—Vos sois quien lo ha dicho. Pero... reparad que... yo... Oh Dios mio! Mi corazon quiere lanzarse fuera del pecho.

—No temais, ángel bello, porque vos sois, no el paraninfo de mis dichas, sino la felicidad misma que se entra por mis puertas sin haberla yo merecido. Si supierais cuán suaves son las delicias de que se siente inundado mi corazon!

—Callad, oh! callad. Decidme. Ah! yo no puedo pediros todavía amor bastante; pero ¿tendreis á lo ménos la paciencia de aguardarme desde las primeras horas de mañana hasta que haya promediado la tarde?

—La tendré.

—Lo jurais?

—Sobre esta mano, dijo, besándosela otra vez con mas entusiasmo que la primera. Y dónde he de aguardaros?

—En la iglesia de S. Juan, junto al sepulcro de la princesa Beatriz.

—Cuánto tardará en amanecer el dia de mañana! Pero qué? Os vais sin haber iluminado mis ojos con el sol de vuestro divino rostro? No he de permitirlo.

—Oh! no. Dejadme partir. Habeis triunfado de mi corazon, dejad algunas horas mas á la timidez y al recato. No habeis probado nunca los encantos de una pasion misteriosa? Dejadme partir, y... no me sigais. Es la única condicion que os impongo, el único sacrificio que os demando.

—Sabeis que es muy duro?

—Será mas agradecido. Hasta mañana.

Quedóse el jóven tejiendo una fantástica tela de conjeturas, de amorosos proyectos y de risueñas ilusiones, miéntras que Tadea dirigiéndose con rápido pié al conyugal domicilio se decia: Si el cielo me hubiese permitido amarla? Pero, á lo ménos le habré salvado.

Digitized by Google

IV.

Dos dias, ó mejor, dos noches faltaban solamente para las nonas de mayo, y nada tiene de estraño que el jurista, imbuido en las ideas de aquellos tiempos, interpretase en favor de su causa las vagas predicciones del astrólogo Medicina. El pavoroso eclipse, la conjuncion de los tres planetas, los estragos de la tempestad, el destrozo de la marmórea serpiente no debian esplicarse en su concepto sino como una série prodigiosa de amenazas de las cuales se acercaba el inevitable cumplimiento. Bajo tales auspicios iba á realizarse el plan premeditado en las tinieblas que la traicion aparecia como protegida por el cielo, y la ambicion desenfrenada como mero instrumento de la justicia divina. «Volveré á Milan, habia dicho Mateo el Grande en su destierro, cuando los pecados de Guido de la Torre sean mayores que los mios;» y tantos y tales eran los de Bernabó que harto hubieran rebosado por grande que fuese la medida.

Pero si en vez de conformarnos con el sencillo relato de antiguas crónicas inventásemos á nuestro sabor los acontecimientos, falta y no leve seria presentar al Vicario Imperial con frente serena y pecho libre de supersticiosos temores. Ni entónces ni ahora suelen eximirse de ellos los que mas blasonan de impávidos y descreidos. Tenia ademas sobrados ejemplos á la vista para ignorar que los mas estrechos vínculos de parentesco no eran obstáculo suficiente para que sordas maquinaciones preparasen el camino á tragedias horrorosas. Para aplacar su rabiosa sed la ambicion no temia enjugarse la boca con la sangre del fraticidio; y si lo dudara Bernabó preguntárselo podia á su conciencia. Así pues tiene mas de verdadera que de verosímil la ciega imprevision, la estúpida confianza, la seguridad incomprehensible con que el viejo lobo fué por sus pasos contados á meter el pié en el lazo que le habian tendido.

Al norte de Milan, y en los últimos confines de su terri-

Digitized by Google

torio conlindante con el pais helvético, existia en el pueblo de Varese un santuario dedicado á Nuestra Señora del Monte, y la devocion que se profesaba á su milagrosa imágen, salvando los estrechos límites de aquella comarca, se habia estendido á remotos puntos y le atraia de todas partes numerosos peregrinos. Bajo la salvaguardia de un mentido ascetismo habia principiado Juan Galeazo la obra de su ambicion, y con apariencias del mismo género trató de coronar el edificio. Tan pronto como pudo contar con suficientes ausiliares para no arriesgar demasiado el éxito de sus pretensiones, hizo correr la voz de que se habia obligado con solemne voto á emprender una peregrinacion y visitar á Nuestra Señora del Monte. Con ese pretesto escribió á su tio, anunciándole que se disponia al cumplimiento de su promesa, y pidiéndole al mismo tiempo una entrevista en las afueras de Milan, sin otro objeto que el de atestiguarle su cariño, y estrechar mas y mas con las efusiones de un íntimo coloquio los lazos de su doble parentesco. Deseaba ardientemente aprovechar una ocasion que tan á mano le venia, y escusábase de entrar en la ciudad por no cuadrar á su religioso intento el bullicio de los regocijos populares ni el regalo de espléndidos festines.

Puestos ambos de acuerdo, hechos los preparativos ostensibles y dadas sus instrucciones secretas, salió Juan Galeazo de Pavía rodeado de frailes y de peregrinos, y seguido de numeroso acompañamiento, el cual, escepto algunos centenares de lanzas, consistia en una abigarrada muchedumbre que disimulaba con su aparente desórden lo que podia tener de belicoso en su aspecto. A retaguardia marchaban algunas compañías, y otras se estendian por los flancos á la deshilada, prontas para acudir al menor llamamiento. El grueso de este ejército, disfrazado de pacífica y piadosa caravana, pernoctó en Binasco, y la mañana siguiente, que era la del 6 de mayo, dió vista á los muros de Milan. En él se habian incorporado Ludovico y Rodolfo, que por órden de su padre Bernabó se adelantaron á dar la bienvenida á su

Digitized by Google

primo, y con tan vivas demostraciones de afecto fueron acogidos, y de tales agasajos se vieron rodeados, que ni el mas leve indicio tuvieron para caer en la sospecha de que estuviesen, como realmente estaban, vigilados y prisioneros.

Al frente de una comitiva mas ordenada y fastuosa, entre los Decuriones de la ciudad y los dignatarios de su corte, salia entretanto por la puerta Vercelina el engañado Bernabó, cabalgando en una mula ricamente enjaezada, con unas pocas guardias por escolta, y seguido de una infinidad de milaneses que esperaban solazarse como espectadores de la anunciada entrevista. Y ciertamente para un pueblo sometido al mas despótico yugo no podia carecer de atractivos aquella grandiosa escena, que en medio de una vasta y floreciente campiña, bajo el límpido cielo de Italia, é iluminada por un sol de primavera, iba á interrumpir por breves horas el régimen casi claustral de su monótona existencia. Mas, como gracias á Messer Reginaldo no eran pocos los que tenian previsto el desenlace del drama, bien se deja presumir que al mezclarse estos con la gente menuda irian preparados á todo evento. Cerca del sitio donde existia el hospital de S. Ambrosio encontráronse tio y sobrino, y sin apearse cambiaron un abrazo con todas las apariencias de sincero. Besáronse tambien en la boca segun costumbre de la época, y así para ser completa la traicion no le faltó ni el beso de Judas. Como el toque de un clarin que da la señal del combate, resonó de improviso, un grito en aleman proferido por Juan Galeazo, y en un abrir y cerrar de ojos sus lanzas de antemano prevenidas circuyeron á Bernabó, y precipitándose sobre él Giacomo del Verme le arrancó el cetro, Oton Mandello le cogió las riendas de la mula, y Guillermo Bevilacqua le cortó el tahali de que pendia su acero. Sorprendido, atónito, aterrado: así vendes á tu familia? así tratas al padre de tu esposa? esclamaba el triste anciano; pero sofocó luego su angustioso gemido un sordo murmullo que instantáneamente se convirtió en estrepitoso clamoreo. Oyéronse millares de voces que gritaban: «Viva el Conde de Virtudes,» vié-

Digitized by Google

ronse relucir millares de aceros desenvainados, y miéntras corrian en todas direcciones los niños y mugeres á quienes asustaba aquel tumulto, corrian tambien y se desbandaban los guerreros y parciales de Bernabó, intimidados por la sorpresa y convencidos de que seria de todo punto ineficaz la tentativa de una desesperada resistencia.

Ansioso de que llegara este crítico momento el *Podestá* de los mercaderes, vestido con el trage propio de su magistratura, permanecia asomado á una de las ventanas de su casa, bajo de la cual transitaba gran copia de gentes, y otra no menor se mantenia estacionada como si aguardase el regreso de la comitiva. Largo le parecia el tiempo como si lo midiera por el crecido número de sus latidos, que rápidos eran y violentos á despecho de la tranquilidad que ostentaba su fisonomía. De pronto oyó la seña convenida, y desplegando inmediatamente la bandera de Milan, la bandera blanca con la cruz roja y la imágen de S. Ambrosio sobrepuesta, prorrumpió en tal grito que hizo converger en un solo punto las miradas del esparramado gentío. «Milaneses! esclamó, bendecid á Dios y á vuestro patrono el santo arzobispo, ya está reducido á polvo el yugo de hierro que pesaba sobre nuestras cervices: el brazo del Escelso ha obrado grandes maravillas. Milaneses! rebosen de júbilo vuestros corazones, porque el Señor ha suscitado un nuevo Moisés que ha venido á humillar la soberbia de Faraon, y á redimiros de su esclavitud y tiranía. El invicto, el santo, el magnánimo Conde de Virtudes os devuelve la libertad de que estabais inicuamente despojados.» Cien y cien gritos de ¡Viva el Conde! interrumpieron al jurisconsulto, como si fuesen otros tantos ecos de las aclamaciones que seguian resonando en las afueras de la ciudad, y en breve se comunicó de un punto al otro el entusiasmo de las masas populares que esplayaban sus comprimidos sentimientos en vítores é imprecaciones. A semejanza de un mar alborotado ensordecia los aires con su formidable clamoreo. En vano trataba de dominarlo el jurista volviendo á tomar el hilo de su calorosa

Digitized by Google

arenga; su vehemente declamacion no hacia mas que añadir pábulo al incendio, y cada vez que aludia á los actos mas execrables de la dominacion caida, cada vez que precedido de los epitetos mas injuriosos recordaba el nombre de Bernabó, ó mentaba sus crueldades y su avaricia, forzábanle al silencio desaforadas voces de «Abajo el tirano! fuera gabelas! mueran los impuestos!» Y cierto que á sus oidos no dejaba de ser armoniosa tan discordante gritería.

En esto apareció en la estremidad de la calle un bizarro ginete que, seguido de algunas lanzas, venia á galope del campamento, y abriéndose paso por entre la apiñada muchedumbre descabalgó á la puerta, subió arriba, y estrechando la mano del jurisperito se la sacudia fuertemente como para espresar así la satisfaccion de que se hallaba poseido.

—Nuestro es el triunfo, esclamó, y triunfo tanto mas lisongero cuanto que ni una gota de sangre nos ha costado. El tirano está en nuestro poder, y en breve lo estará tambien el castillo. Este será la antecámara de su sepulcro.

—Y sus tropas, sus partidarios, sus favoritos?

—Le han abandonado en la desgracia. Ni uno siquiera se ha atrevido á levantar el dedo para defenderle. Contad las lanzas de que disponeis y no los corazones que hayais sabido atraeros! Algunos huyen despavoridos como ciervos que oyen la bocina de los cazadores...

—Y los otros?

—Se apresuran á besar la mano al Conde, y á dirigirle protestas de adhesion y lealtad á todo trance.

—Victoria tan fácil é incruenta como que tenga un poco de insulsa, observó el letrado. Pero, y el pueblo?

—Veleidoso como siempre y amigo de cambios y novedades: bien que esta vez tenia razon de serlo; mas vos aconsejaréis al Príncipe para que le gobierne de modo que pierda su aficion, y que esta sea la postrera de sus mudanzas.

—Cuanto agradezco el haberme invitado á tomar una parte activa en esta empresa! Tambien puedo yo decir á ese pueblo que soy uno de sus libertadores.

Digitized by Google

Ni el pavonado arnés, ni el reluciente casco sombreado de soberbia garzota, ni la misma espresion de júbilo que iluminaba las facciones del guerrero impidieron que Tadea las reconociese al momento. Una sola mirada le bastó para despertar el recuerdo de aquella fisonomía. «Héte aquí al misterioso fraile, se dijo á sí misma. Tengo ya la clave del enigma. Este ha sido sin duda el ángel malo, el tentador de mi esposo, que le ha inducido á tomar parte en odiosas maquinaciones, y á comprar las sonrisas de la fortuna á precio de engaños y villanías.» Pero poco se detuvo en estas ideas porque otras eran las que traian ocupado su espíritu, y teniendo como tenia el corazon aprisionado no sobraba espacio ni libertad á su pensamiento. Habíanle sorprendido los sucesos de aquella mañana, y hubiéralos presenciado con desdeñosa indiferencia á no estar enlazada con ellos la suerte del gallardo mancebo, cuya precaria situacion le interesaba mas vivamente que la desastrosa caida de Bernabó y el improvisado triunfo de Juan Galeazo. Al oir los rugidos de ira y de venganza que se mezclaban á las festivas aclamaciones de la vocinglera muchedumbre, comprendió que no habia hecho lo suficiente en alejar á Ugolino del sitio donde hubiera sido víctima de infame alevosía. Dábase ya por alcanzado el principal objeto de la conspiracion; pero todavía eran para temidas las consecuencias que podian nacer del promovido alboroto. En aquellos momentos de pública efervescencia ni era fácil, ni se creyó político tener del todo á raya las pasiones populares, y nada tenia de imposible que se desmandasen con tanta mayor furia cuanto mas duro habia sido el freno que hasta entónces las comprimiera. A título de inevitable desahogo iban á tolerarse espansiones nada inocentes: las primeras ráfagas de libertad que respiran los pueblos casi siempre tienen mas de huracan que de plácida brisa. Desbordábase ya la muchedumbre por calles y plazas en tumultuoso desórden, y con gritos y vociferaciones se dirigia al palacio de Bernabó y á los de sus hijos para entrarlos á saco. ¿Quién podia asegurar que despues de

Digitized by Google

estos no se veria asaltado el domicilio de sus parciales y favoritos? A las escenas de pillage sucederian probablemente escenas de sangre, y Ugolino privaba demasiado con Bernabó para salir indemne de las manos de un pueblo que se embriagaria con el olor y la vista de la sangre derramada. Era pues indispensable hacerle abandonar la ciudad en aquel mismo instante, y Tadea, valiéndose de la libertad que disfrutaba, salió á hurtadillas de su casa, y se dirigió al templo de San Juan con este designio rápidamente concebido.

Y qué estaba haciendo allí el apuesto mancebo? De seguro no rezaba. Entreteníase en inventar unos campos eliseos por donde su imaginacion corria desbocada: continuaba haciendo lo que desde la tarde anterior habia hecho; esforzábase en adivinar lo que pronto esperaba saber. Preguntábase á sí mismo: cómo? dónde? por qué medios habria inspirado aquella pasion misteriosa? Quién podia ser la dama que subyugada imploraba su afecto? Seria ó no hermosa? Seria ó no constante? Qué debia hacer él para allanar los obstáculos que entre los dos se interponian? A dónde le conduciria este compromiso tan fácilmente aceptado? Por su parte se hallaba resuelto á no volver pié atrás hasta dar cima y remate á su novelesca aventura. El atractivo del deleite le hacia tomar á pechos la prosecucion de aquella empresa, y el puntillo de la vanidad le inducia á mirarla como caso de honra, y á desafiar toda suerte de peligros. Así pasó las primeras horas de la mañana; pero sucedianse otras horas, lentas, prolijas, interminables, y ya la impaciencia echaba un jarro de agua fria á sus ardientes ilusiones. Sentíase como fatigado de sus mismos pensamientos, y no encontraba distraccion alguna en medio de la soledad y del silencio que tan diferentes ideas debieran sugerirle. Desierto estaba ya de fieles el templo, y todavía no llegaba allí el rumor de los graves sucesos que ocurrian. Prolongábase el plazo de espera y á la par con el aumentábanse en el pecho del jóven la irritacion y el desasosiego. Casi ya descorazonado maldecia interiormente los motivos de aquella tardanza, y empezaban á despuntar las dudas y vacilacio-

Digitized by Google

nes, cuando oyó rumor de pasos y vió que se le acercaba una muger de edad mas que madura.

—Sois vos, le dijo la persona á quién me envian?

—Como no hay otra en toda la iglesia...

—Vuestra hermana me ha dicho...

—Mi hermana? Conque tengo... Estais segura, buena muger?

—No es una señora jóven y muy hermosa?

—Ah! esclamó el mancebo, cuya imaginacion hirieron vivamente aquellos dos adjetivos.

—Y eso que parecia estar muy afligida.

—De veras?

—Estábame yo á la puerta de mi casa hilando un poco, que no los años escusan á los pobres de trabajar lo que puedan, porque el pan de cada dia...

—Y bien, qué ha sucedido?

—Héla visto que venia mirando al rededor como si buscase alguien á quien hablar, y acercándose á mí me ha puesto esos dos ambrosines de oro en la mano...

—Rica tambien? pensó Ugolino. Será de elevada gerarquía.

—Y me ha dicho: entrad en la iglesia de San Juan y vereis á un caballero que es mi hermano, decidle que por todo lo que hay de mas sagrado en el cielo se venga inmediatamente, que no pierda un minuto, que le estaré aguardando fuera de la puerta Romana camino de Lodi.

—Pues no deja de ser original esta cita á campo raso, siguió pensado Ugolino; pero no importa. Adelante.

Adelante, repitió en alta voz, y echó á andar con tanta prisa que la vieja ni siquiera trató de seguirle. Preocupado como iba no puso la menor atencion en los estraños rumores que se percibian ya por aquellos barrios, ni en los corrillos de vecinos, ni en los que pasaban por su lado teniendo mas que de transeuntes el aire de fugitivos.

Colocándose Tadea en un parage donde no pudiera ser notada, y cubriéndose ademas el rostro con un pañuelo, así para ocultar sus facciones como para recoger las gruesas lágrimas que en él caian, no pudo ó no quiso resistir al

Digitized by Google

deseo de verle por última vez siquiera fuese de léjos. Apenas le descubrieron sus ojos vaciló su cuerpo conmovido por violenta sacudida, y tuvo que apoyarse en la pared para no dar en el suelo. Mordia el blanco lienzo como si estuviera sufriendo una operacion dolorosa. «Con qué ardor, se decia, acude á mi llamamiento! Y yo le estoy engañando! Cómo me hubiera amado! Cómo hubiera correspondido á mi vehemente afecto! Y se va, se va para siempre, y se lleva mi corazon como si lo arrancara de mi pecho! Adios mi felicidad. Malhaya el dia en que... Dios mio! no me tomeis en cuenta el estravío de mis ideas. Es sobrado terrible esta lucha para mis débiles fuerzas. Dadme, dadme fortaleza para consumar mi sacrificio.»

Llegado al punto que se le habia designado paróse Ugolino y empezó á registrar cuanto espacio con la vista abarcaba. Nada descubria: adelantábase algunos centenares de pasos que luego desandaba, volvíase á todos los vientos y no sabia donde arrimarse á tomar lengua para salir de su apuro, cuando se le aproximó un hombre de plebeya traza que llevaba del diestro un caballo de no mas noble figura.

—Buscais, le dijo, á vuestra hermana?

—Dale con mi hermana. Precisamente.

—Pues á escape y no pareis hasta Lodi.

—Me gusta la ocurrencia! Y ella? dónde está?

—Os ha tomado la delantera.

—Pero... y ese caballo?

—Es vuestro, que buenos florines me han dado por él.

—Mejores suelo montarlos, dijo al poner el pié en el estribo, y continuó para sí. Por el alma de mi abuela que es deliciosa la aventura. Empiezo á ver claro. El otro cónyuge habrá olido el pastel, y ella pone piés en polvorosa. Mejor que mejor. Vaya con sus timideces! Ello tendrá todas las apariencias de un rapto; pero, por vida del demonio! que si hay alguno soy yo el robado.

Digitized by Google

V.

Cuentas galanas suelen ser las que echan los caudillos de una conspiracion miéntras madura el plan de que pende el logro de sus esperanzas. Y cierto que si con ellas no se entretuviesen, harto dura seria la vida de los que arrostran la contingencia de ser descubiertos por sus enemigos ó vendidos por sus mismos partidarios. Velan de noche y sueñan de dia: toman por seguro lo que no pasa de probable: creénse dueños de la palanca de Arquímedes no poseyendo mas que una barra cualquiera, y si alguna vez son bastante poderosos, como Eolo, para desencadenar á los vientos no lo son luego para reducirlos enfrenados á su desierta y antigua caverna.

No así le aconteció á Juan Galeazo: el éxito de su empresa dejóse atras los cálculos mas fundados de la prevision y los vaticinios mas lisongeros de la esperanza. Puede decirse que fué el hijo mimado de la fortuna: todo cedia á las exigencias de su voluntad, todo se acomodaba á la medida de su gusto, como si él fuese el árbitro de los corazones ó impusiera su ley á la corriente de los sucesos. A la prision de Bernabó siguió inmediatamente la del castillo que iba á servirle de cárcel interina. Esa vasta y magnífica fortaleza, defensa y padastro de la ciudad, cuya construccion habia empezado Galeazo II, sometiéndose á la voz de su hijo no hacia mas que volver á la obediencia del legítimo dueño, por estar situada en la parte occidental que á su jurisdiccion correspondia. En ella entró por la puerta que miraba al campo, y saliendo por la opuesta penetró en la ciudad, montado en brioso corcel, en medio de lucida cabalgata, y precedido y flanqueado y seguido de entusiasta muchedumbre, que tanto mas dulcemente halagaba su pecho cuanto mas rudamente atronaba sus oidos. Al grato arrullo de los *vivas* que le adulaban, al fragoroso rugido de los *mueras* que á sus contrarios se dirigian, disfrutaba Juan Galeazo las deli-

Digitized by Google

cias de una ovacion completa. El pueblo le declaró único y absoluto señor de Milan, y el concejo de los Decuriones, los magnates, los altos funcionarios confirmaron con su voto las aclamaciones del pueblo. La mañana siguiente se le entregaron las llaves del castillo de S. Nazario, fabricado por Bernabó, y las del fuerte que defendia la puerta Romana, donde el viejo encerraba el fruto de su rapacidad y el inmenso bótin arrebatado á sus míseros vasallos. Y por cierto que al Conde de Virtudes no dejaria de darle el corazon un salto de alegría al verse repentino dueño de un tesoro que igual no lo poseian los reyes mas opulentos. Preciosas alhajas, ricos muebles, seis carros de plata labrada, y ademas un millon y setecientos mil florines en oro acuñado. Las guerras que mas adelante sostuvo para engrandecer sus estados hacen ver que algo faltaba todavía á su ambicion; pero motivo habia entónces de estar satisfecha del todo su codicia.

Siguiendo el ejemplo de Milan se apresuraron á rendirle homenage las demas ciudades y poblaciones que por derecho hereditario pertenecian á Bernabó, y los fuertes en que ondeaba aun su ya vencida bandera apenas se atrevieron á leves asomos de resistencia. Servia al vencedor de poderosa hueste la simple noticia de su triunfo repentino, y medrosa la serpiente del viejo Visconti huia de otra serpiente, salida de su mismo nidal, pero mas astuta si ménos ponzoñosa. No fué menester que Giacomo del Verme desenvainara su acero para dar cima á la empresa; mas para darle un colorido ménos repugnante fué preciso acudir á la pluma de Messer Reginaldo. Repartíanse entre los dos la intimidad y privanza de Juan Galeazo: aquel era su brazo derecho, este su ninfa Egeria. Interesaba á todos consolidar su obra, cimiento de ulteriores designios, y se trató de impedir que fuese mirada como un éxito dichoso del fraude y de la violencia. No queria el intruso aparecer como tal á los ojos de los demas príncipes de Italia, á quienes el acrecentamiento de su poder hacia ya demasiada sombra, y el jurisperito se encargó de redactar un Manifiesto, en que le vino como rodada la oca-

Digitized by Google

sion de pavonearse luciendo la copia de su erudicion y la sutileza de su ingenio. No cuadraban allí las citas del Petrarca; pero sí los testos bíblicos y las glosas del derecho, civil y canónico. Obscureciendo unos hechos y tergiversando otros, sacando recursos así de la invencion como del silencio, procuró revestir la usurpacion de un aparente barniz de justicia. Presentóla como indispensable á la seguridad y reposo de los Estados circunvecinos, para los cuales eran una perpétua amenaza la política insidiosa y la ambicion insaciable de Bernabó, sobre cuya cabeza el cielo mismo con evidentes señales habia fulminado sus anatemas. Rasgos horribles y sombras negrísimas no le faltaron para trazar el bosquejo de sus desafueros é impiedades; pero sobre todo en lo que mas insistió fué en aseverar que la agresion procedia de su parte, y que el Conde de Virtudes, modelo de todas y blanco de pérfidas asechanzas, se habia visto obligado á rechazar la fuerza con la fuerza y valerse del sagrado derecho de legítima defensa. Tal vez consiguió con esto deslumbrar á los contemporáneos, mas no engañar á la posteridad arrojando ese mentís á la historia.

Habiéndose ejercitado tanto en el arte de disimular bien debia conocer Juan Galeazo el arte de reinar; pero asimismo prestaba dócil oido á los consejos de Messer Reginaldo, y esta deferencia halagaba mas al jurista que si estuvieran pendientes de su voz algunos millares de alumnos. Su asiento se elevaba mas que la cátedra de Baldo, como quiera que si este esplicaba el derecho en Perusa, él prescribia su observancia á todo el Milanesado. Su ambicion estaba ya satisfecha: el brillo de los honores era á la vez recompensa de sus servicios y lauro de sus talentos, y la complacencia que por ello esperimentaba reblandecia, por decirlo así, la sequedad de su corazon y desarrugaba el ceño de su calva frente. Habian cesado para él las agitaciones del peligro y las angustias de la incertidumbre: mostrábase mas espansivo, ó siquiera ménos taciturno, con su esposa; pero sin advertir que esta no le importunaba ya exigiéndole un cariño mas afectuoso.

Digitized by Google

Seria que ella hubiese al fin comprendido que las plácidas sonrisas, las vehementes emociones, las tiernas solicitudes eran impropias del carácter y de los años de su consorte? Seria que fatigada de cernerse en el espacio plegase las alas su inquieta fantasía? Otras eran las causas de su resignacion ó de su indiferencia. El ardor de su corazon habia encontrado por su desdicha otro respiradero. Seguia amando á Ugolino, y la imágen que ocupaba de lleno su memoria tenia postrado su alvedrío. En vano se sonrojaba de su flaqueza y luchaba para ocultársela á sí misma: sus pensamientos le hacian traicion, y ya que no empleaba toda su energía en ahuyentarlos, empleábala al ménos en que su semblante no dejara traslucirlos. A la revelacion de su secreto hubiera preferido la muerte. Del tiempo y de la ausencia esperaba que apagarian del todo las ascuas que en su pecho ardian, y entretanto creia atenuar su culpa haciendo por cubrirlas de ceniza. Así el fuego de la pasion ilegítima se conservaba á manera de rescoldo, tan dispuesto á consumirse lentamente como á levantar nuevas llamaradas al soplo de una ráfaga de viento.

Aguijando su caballo dirigíase el impertérrito mancebo á Lodi, y cuanto mas avanzaba en el camino tanto mas crecia la estrañeza de no tropezar con vestigio alguno de la misteriosa dama que suponia fugitiva. Nada le daba márgen á presumirse objeto de pesada burla ó de maliciosa asechanza, y en el laberinto de sus diversas conjeturas prevaleció la de que habria tomado algun rodeo á fin de sustraerse mas fácilmente á las pesquisas. Por mas que alargase el plazo á su febril impaciencia no podia ménos de aplaudir esta precaucion, y entusiasmábase con la idea de ser el ídolo de una muger de tanta sagacidad y energía. Las dificultades y riesgos de aquella aventura la embellecian á los ojos de su imaginacion, y sin pararse á discurrir cuáles serian sus consecuencias dábase el parabien de su arrojo en haberla acometido. El hervor juvenil de la sangre hacia el oficio de un amor ciego y desatentado. Mas ántes de llegar al término de

Digitized by Google

su improvisado viage, advirtió la necesidad de que recobrara fuerzas el caballo, y como ya estuviese á punto de cerrar la noche determinó pasarla en una hostería.

Rindióle la fatiga y durmió mas largo tiempo del que se habia propuesto. Mostrábase ya coronado de refulgente aureola el disco solar, y al asomarse á una ventana vió Ugolino parados á la puerta dos hombres con trazas de campesinos seguido cada uno de un par de hermosos perros de caza.

—De dónde, bueno Panigarola? dijo á uno el posadero.

—De Milan, respondieron los dos á un tiempo.

—Y se os habrá mandado cuidar y mantener esos perros á vuestras espensas? Cuidado que en la próxima revista no los presenteis ni mas gordos ni mas flacos, porque el diablo me lleve si sé de dónde habriais de sacar el dinero para pagar la multa.

—Ya no hay multas, repuso Panigarola.

—Toma! Pues si no son del magnífico Vicario Imperial, quién es el amo de estos hermosos animales?

—Yo, contestaron á la vez los dos pasageros dándose con la palma de la mano golpecitos en el pecho.

—Vuestros? Creia que entrábais aquí á echar un trago, pero veo que no lo necesitais para roncar como unos bienaventurados. Si os vendiesen á vosotros, á vuestras mugeres y á vuestros hijos no se allegaria lo suficiente para comprarlos. Ademas...

—Pues el precio no ha sido gran cosa. Son de balde. Los hemos cazado á ellos como ellos cazan los venados.

—Pues dígote, Luquino, que si deseas morir en alto puesto buena maña te das para alcanzarlo, replicó el posadero. Tu pescuezo me huele á cáñamo, y por lo mismo hazte allá con tus perros que en estas cosas ni entro ni salgo.

—Comprendo tu poca aficion á cazar perros, otra cosa seria si fuesen gatos, porque guisándolos de cierta manera...

—Quieres, Luquino, un vasito del añejo?

—Un vasito? Un frasco entero y que no sea bautizado. Y cuenta que hoy bebemos y no pagamos.

Digitized by Google

—Pues de qué santo es la fiesta?

—De San Juan Galeazo. El es el único señor de Milan, él es nuestro soberano.

—Y Messer Bernabó?

—Le han arrastrado, le han desollado vivo, le han descuartizado, qué sé yo? A la hora esta debe de saber por esperiencia propia de qué manera tuestan los demonios el alma de un condenado.

—Si no es esto. Si todavia no está mas que preso en el castillo, añadió reconviniéndole Panigarola.

—Tanto monta. El caso es que ya no verémos tantos cuerpos de cristiano colgados como racimos, que los milaneses no tendrán que dar manutencion y alojamiento á galgos y sabuesos como si fueran otros tantos soldados, y que hasta los destripaterrones podrémos regalarnos con una pierna de jabalí el dia que nos suene el bolsillo.

—Y los bandos que pena de la vida lo prohibian? preguntó como atontado el posadero.

—Ya no hay bandos, ni horcas, ni verdugos, ni perros, ni guardianes, ni cosa que lo valga. El pueblo respira, y el Conde de Virtudes manda.

—Pero señor! qué ha sucedido?

—Y quién es capaz de adivinarlo? Deciase que el Conde de Virtudes iba á tocar de paso en Milan yendo á no se qué romería, y todo el mundo estaba de jolgorio. Repicaban las campanas, sonaban cajas y clarines, y luego, sin decir: éntrome acá que llueve, sus tropas se han colado en la ciudad como si cayeran de las nubes. Se ha dado una tremenda batalla, y...

—Nada de batallas, hombre, yo presenciaba la entrevista, repuso Panigarola.

—Entónces cómo se esplica..? Lo cierto es que el suegro cayó en el garlito, y que los suyos decian, piés para que os quiero? El pueblo estaba alborotado, y gritaba por las calles *vivas* y *mueras* que parecia un dia de juicio. Los que tenian perros á su cargo deshacíanse de tales huéspedes á trancazos

Digitized by Google

y desahogaban su tirria en los pobres animalitos, como si tuvieran ellos la culpa de ser insolventes, ó fuera suyo el edicto que obligaba al público á mantenerlos. Varapalo por aquí, latigazo por allá, les molian las costillas de lo lindo, y así es que por compasion nos hemos apoderado de esos dos pares, como de bienes mostrencos, que al fin y al cabo de algo podrán servirnos.

En esto se les reunió otro viandante, que montado en una mula venia de la banda opuesta, y miéntras se apeaba díjole el posadero:

—Vas á Milan? Sabes lo que hay allí de nuevo?

—Para noticias frescas bastan las de Lodi.

—Qué ocurre? esclamaron los otros tres, como un coro de voces unísonas pero desafinadas.

—Que la autoridad de Messer Bernabó anda por el suelo, que el pueblo se ha sublevado, que los satélites del tirano han huido; y ricos y pobres, y grandes y pequeños, todos gritan: Viva Juan Galeazo.

No hay para que decir que el errante caballero no habia perdido ni una silaba de esta conversacion al parecer tan inconnexa con el motivo que allí le habia conducido. Ella le daba la clave del enigma. No podia ya dudar de la repentina catástrofe en que iba envuelta su fortuna. No podia ya dudar que se habian burlado de él como de un niño á quien engañan con vanas promesas. Bien claramente lo veia. El gobierno de que era firme sostén habia caido al impulso de tenebrosos manejos, y él era juguete de los mismos conspiradores. Entónces le parecia estravagante su conducta, y se avergonzaba de su credulidad, y maldecia á la astuta sirena que así habia logrado seducirle. Y cuán vivos eran sus deseos de conocerla! Antes hubiera dado la mitad de su sangre para acariciarla, y ahora la daria para clavar en ella su acero. Tan léjos estaba de pensar que hubiese quién arriesgara su reputacion y su tranquilidad para salvarle de inminente peligro! Lo que coligió de su estraña aventura fué que sus taimados enemigos se habrian valido de aquel y de

Digitized by Google

semejantes ardides para alejar de Bernabó á sus campeones mas valientes y decididos. A esto solo atribuia el éxito de su temeraria empresa, y mordiase los puños de rabia al verse víctima de su felonía. Pero comprendió que entónces se hallaba pendiente de un cabello su vida, y que mas bien que el acero debia ayudarle el disimulo, y tan luego como pudo tomó un bocado, montó á caballo y salió fuera del territorio milanes por sendas y travesías.

No hay que seguirle en su largo itinerario, ni que referir las vicisitudes de su trabajosa odisea. Jóven, activo, determinado, queria dar pruebas de una lealtad mas heróica que prudente, y confundia tal vez la sed de la venganza con las aspiraciones de la justicia. Pero su virtud era la fortaleza. Juzgaba mal la situacion del nuevo gobierno: creíala puramente obra de una conspiracion y de una sorpresa, y deducía que con idénticos medios lograria derribarla. No advertia que era él mismo Bernabó quien sembrara á manos llenas los vientos cuya tempestad habia hundido su trono. Habia dominado por el terror, y semejante imperio no se restablece. Juan Galeazo no era ya el príncipe apocado, indeciso y devoto: habia enviado los frailes á sus conventos y reducido á corto guarismo el de sus ayunos y oraciones. El palacio de Milan le habia hecho olvidar al santuario de Varese. Por mas que astuto y altanero y de una ambicion desapoderada, sabia atraerse á los magnates y congraciarse con los pueblos. Suprimió gabelas, minoró los impuestos, estableció franquicias, respetó los privilegios de las ciudades, y de tal suerte disminuyó sus tributos, que era como vulgar proverbio el decir que las habia sacado del infierno para entrarlas en el paraiso. Tenia ademas el prestigio de la novedad, y aun no se habian cansado los versátiles, ni se daban por deshauciados los descontentos.

Muchos años habia sabido pasar el Conde de Virtudes diciéndose como la zorra: *están verdes;* pero Ugolino, mas impetuoso que reflexivo, solo atendia á la voz de sus afectos, y dejábase llevar de su carácter arrojado y caballeresco.

Digitized by Google

En la balanza de su juicio la pasion habia arrojado un peso formidable, la paciencia le parecia virtud de cenobitas, y el peligro entrañaba para él mas que repulsiones atractivos.

El legítimo tálamo y los escandalosos amores de Bernabó le habian hecho cabeza de una familia harto crecida: su prole podia competir por lo numerosa con la de un Soldan de Oriente. De sus hijas, unas ceñian coronas ducales en Italia y en Alemania, otras compartian el lecho nupcial con hijos de reyes. Su querida Verde estaba casada con Juan Hawkwood, ingles de nacimiento, é Isabel con el conde Lucio Lando, ambos á dos candillos independientes de algunos millares de hombres, gente allegadiza y hez de las naciones, á quienes mejor que la de soldados sentaba la denominacion de foragidos. A los jefes de estas *compañías*, terror del suelo que invadian, les designa la historia con el nombre de *condottieri*, y bien que fuera su oficio vivir de la guerra y poner á sueldo su espada, casi siempre que vendian duradera fidelidad engañaban á sus compradores.

Con los ausilios que naturalmente debia esperar de tales alianzas contaba Ugolino: ellas habian acreditado de sagaz y profunda la política de Bernabó, quien para efectuarlas, para presentar á sus hijas con una pompa de reinas, para dotarlas con asombradora largueza, habia devorado la substancia de los pueblos y saqueado horriblemente á sus pobres milaneses. Así creia haber estendido su poderosa influencia, y tener afianzada la estabilidad de su engrandecimiento; mas el triste desamparo que subsiguió á su instantánea caida casi da á sospechar que el que gobierna los cielos sabe algo mas que los mejores diplomáticos del mundo. Contaba ademas Ugolino con los hijos de Bernabó que habian podido escaparse, mozos turbulentos y arriscados, y á quienes no faltaria un buen séquito de compañeros de armas y de libertinage. Contaba con los restos de la faccion de los *Turrianos*, suponiéndolos dispuestos á tomar parte en cualquier empresa que tendiera á debilitar á sus adversarios, con los que medraban á la sombra del régimen caido, con

Digitized by Google

los descontentos del nuevo, con los que respiran á gusto en medio de los trastornos y revueltas, y con los que careciendo de voluntad propia son como buques sin timon que obedecen á todo viento que empuja la vela. Contaba principalmente con una súbita irrupcion de las formidables lanzas de Hawkwood que no solo era yerno de Bernabó sino tambien de su favorita, la hermosa Domnina.

Revolviendo en su fantasia estos elementos, capaces de levantar una tempestad deshecha á tener la suerte de concitarlos, corriendo de un punto á otro, y recibiendo mas promesas que seguridades, trazó Ugolino su plan, resuelto á herir por los mismos filos, á vengar la sorpresa con otra sorpresa, y restablecer á Bernabó en su perdido trono. Creyó que era lo primero sacarle de las uñas de su enemigo, y y para esto se valió de un recurso que no deja de ser ingenioso tal como lo refiere S. Antonino de Florencia.

Trasladado al castillo de Trezzo, que él mismo habia edificado á la orilla derecha del Adda, pasaba el viejo Bernabó sus tristes dias, guardado por un triple recinto de muros y una triple guarnicion de carceleros y soldados. Ni motivo ni espacio le faltaban para meditar sobre la instabilidad de las grandezas humanas, al verse abandonado de todos menos de su amiga Domnina Porro, que le acompañaba en aquella soledad con una abnegacion digna de un afecto mas puro. Con ella logró entablar secretas inteligencias el jóven Porro, y entre los dos urdieron la trama en que fundaban el éxito de su arriesgada empresa.

Unos quince dias faltaban para las fiestas de Navidad, y Bernabó envió á decir á su yerno que deseaba disponerse á celebrarlas como cristiano acercándose al tribunal de la Penitencia, y al mismo tiempo le designaba para ministro del sacramento á un oscuro minorita, que por casualidad se le asemejaba en estatura y fisonomía. No fué el sobrino bastante avisado para hacer hincapié en esta circunstancia, y accedió á una demanda á que racionalmente no podia negarse. Recibida la órden el anciano fraile dirigióse desde su convento

Digitized by Google

de Milan al castillo de Trezzo, y allí se retiró con el preso fuera de la vista de los que le custodiaban. Entró Domnina, y valiéndose de lágrimas y de promesas, parte con la persuacion, parte con la fuerza, consiguieron despojar de sus hábitos al religioso. Vistióselos Bernabó, y calzadas las sandálias, muy tirada por delante la capilla y puestas las manos dentro de las mangas, con paso grave y saludando humildemente con la cabeza, atravesó la primer puerta. Con igual fortuna eludió el peligro de la segunda. Respiraba su oprimido pecho, declinaba ya la luz del crepúsculo vespertino, y á pocos pasos de allí se le guardaba oculto un caballo que en velocidad se dejaba atras al viento. Libertad, vida, corona, las estaba casi tocando ya con la mano; todo dependia de atravesar felizmente la tercer puerta; mas en ella fué conocido. Echaronsele encima sus guardianes, y le volvieron á su cárcel con el abatimiento en el corazon, al ver así desvanecida la fantástica espiral que levantara el humo de sus postrimeras esperanzas.

No fué mas dichoso Ugolino. Al mismo tiempo que esto sucedia, puesto á la cabeza de un centenar de valientes atacaba una fortaleza aislada distante algunas leguas de Milan, en donde esperaba recibir á Bernabó, y dar el grito que habia de sublevar las poblaciones convecinas. Estaba en la creencia de que Hawkwood y Lucio Lando se le acercaban á marchas forzadas. Mas todo fué engaño: la resistencia del fuerte fué mucho mas obstinada y vigorosa de lo que él habia supuesto, sus soldados retrocedieron y se dispersaron, y él, despues de haberse batido como un leon, y de haber buscado con desesperada avidez la muerte, herido y desangrado cayó en poder de sus enemigos.

Ménos satisfaccion produjo á Juan Galeazo el aborto de esas tentativas que recelos le infundió la osadía de haberlas imaginado. Pensó atinadamente que prolongándose el cautiverio de Bernabó podia aparecer como una espiacion de sus iniquidades, y podia empezar á convertirse en lástima el odio que se le habia tenido. A todo trance quiso verse libre de

Digitized by Google

cuidados, y olvidó que era su yerno y su sobrino para acordarse de que era hijo de Galeazo II que no habia pecado de blando ni escrupuloso. Así se dió maña para propinarle un veneno en un plato de legumbres á que era en estremo aficionado. Veneno tan activo que á poco de haberlo probado Bernabó, entró allí Messer Reginaldo, enviado por el Príncipe, y le vió sentado á la misma mesa, el rostro desencajado, los ojos vueltos en blanco, la boca echando espuma, y clamando con una ansiedad horrible: *Miserere mei.....* Agua! que me abraso las entrañas!.. Agua! *cor contritum et humiliatum Deus non despicies.*

Para que su muerte fuese bien conocida y divulgada, hizo Juan Galeazo trasportar su cadáver desde el castillo de Trezzo á Milan, donde se le hicieron suntuosas exequias como si hubiera fallecido conservando el dominio de sus Estados. El cadáver empero no empuñaba cetro, ni al darle sepultura en la iglesia de S. Juan se decoró su monumento con florido y mentiroso epitafio. Verdad es que en la inscripcion funeraria del sepulcro de la princesa Beatriz, á cuyo lado debia reposar, siéndole mas fiel despues de la muerte de lo que en vida lo habia sido, se leia:

Bárnabas armipotens Vicecomes gloria Regum.

Gloria Regum! se decia de él, y no hay que estrañarlo puesto que de ella se decia *Laurea virtutum.* Ni para los muertos faltan nunca aduladores á precio convenido! Ella habia sido su ángel de tinieblas, ella le habia inducido á crímenes, violencias y estorsiones, y sin embargo allí estaba el mármol perpetuando la adulacion con todas las flores de la retórica y las elegancias del verso latino. Allí estaba la poesía desmintiendo cínicamente á la historia, y profiriendo elogios dignos de una Blanca de Francia ó de una Berenguela de Castilla.

VI.

Récio golpe magulló el corazon de Tadea al verse sorprendida con la nueva de la frustrada intentona. Sobrehu-

Digitized by Google

manos esfuerzos habia hecho para ahogar los transportes de su dolor cuando se le venia al pensamiento que el jóven Ugolino, léjos y completamente olvidado de ella, se entregaba sin duda al hechizo de amorosos devaneos. Y esta idea de su presunta infidelidad no le bastaba aun para arrancar de cuajo la ponzoñosa yerba que en su pecho habia brotado. Mayor empero fué su pesadumbre al saber que el temerario mancebo se habia entrado resueltamente en una senda tan erizada de abrojos, y que al primer paso los dejaba teñidos con su sangre. Entónces echaba ménos la humillacion del olvido y la punzante congoja de los celos. Porque ya no le cabia duda, le veia perdido, y perdido sin remedio alguno. Habia podido salvarle de los riesgos de un puñal alevoso; mas, de dónde sacar fuerzas para libertarle de un cadalso seguro? Terrible era su situacion: estrechada por un dolor acerbo, y sin que se le ofreciera el mas leve resquicio para buscar una sombra de consuelo. En qué pecho amigo pudiera desahogar el suyo sin hacerlo depositario de su culpable flaqueza? Buscaria alivio postrándose á los piés de un Crucifijo cuando sentia algo de criminal en su amargura, y sus gemidos no eran los de un alma arrepentida? Y cómo llorar copiosamente en la soledad sin que el rastro de sus lágrimas vendiera su secreto?

La necesidad misma de conservar ocultos sus sentimientos hizo que aumentaran de quilates su sagacidad de muger y su varonil energía. Afectando la mayor indiferencia adquiria á título de curiosa las noticias que le eran de sumo interes á título de amante, y así consiguió, como quién dice, no perder de vista á su desgraciado Ugolino.

Restablecido este de sus heridas y llevado al primer interrogatorio se presentó á sus jueces con tan serena frente y mirada tan altiva que bien claro se vió que nada alcanzarian de él ni los amaños de la astucia ni los rigores de la fuerza. El sombrío aspecto de cuanto le rodeaba era un conjunto de accesorios que encajaban mal en un cuadro donde la principal figura no ofrecia la menor apariencia de reo.

Digitized by Google

No tocaba á Ugolino romper el silencio, y sin embargo irguiendo la cabeza y encarándose con los jueces:

—Figuraos, les dijo, que soy mudo de nacimiento, porque lo que es mi lengua no ha de venderme como me ha vendido mi fortuna. He jugado mi cabeza, y la he perdido. Sé que pertenece ya al verdugo, y la miro como una cosa que me tiene prestada por algunos dias.

—Jóven incauto y sin esperiencia del mundo, le dijo uno de los jueces con melifluo acento, bien veo que te han engañado otros mas ladinos y perversos. La vindicta pública reclama á los que te han seducido...

—Venís á preguntarme por mis cómplices, y ¿creeisme tan ruin y bajo que si tuviera cien mil denunciaria siquiera á uno? El cómplice de mi mano derecha ha sido mi izquierda. Sabeis ya todo cuanto podeis saber de este negocio.

—Pero mira que el tormento...

—Quebrantará mis huesos como el mazo los tallos del cáñamo seco. Y bien; si le resisto, que si resistiré, os quedaréis confusos y corridos, y si en él sucumbo devolveré mas pronto mi cabeza á quien me la ha ganado. Quizás buscaba un trono y he dado con un cadalso: los dos tienen algo de parecido en la altura.

Informado Juan Galeazo de la resolucion y entereza del jóven no quiso que se le sujetara á la cuestion de tormento por no hacer uso de una crueldad, muy comun en los trámites judiciarios de aquella época, pero de la cual no iba á sacar entónces provecho alguno. Escitaria la compasion popular sobre el gallardo mancebo, y bastábale su muerte para escarmiento de revoltosos. Por otra parte no deseaba mucho profundizar las investigaciones de aquel suceso, temeroso de tropezar con algun descubrimiento que le produjera sérios embarazos. Hallábase bien convencido de la firmeza de los cimientos en que estribaba su poder, y veia á sus enemigos bastante humillados para que osaran perturbar otra vez su tranquilo sueño con locas tentativas. Tal vez no hubiera estado muy léjos de su ánimo dispensar su clemen-

Digitized by Google

cia al acusado; pero no habia quién la implorase, y dejó la decision de su futura suerte al arbitrio de Messer Reginaldo.

Una tarde en que la atmósfera lluviosa, y la macilenta luz que por ella atravesaba sus ténues hilos, tenian algo de propicio para dar un giro melancólico á los pensamientos, hallábase el jurista leyendo en un rollo de pergamino donde en sus juveniles años habia transcrito *Los Triumfos* del Petrarca. Releia el de la Muerte, y al llegar á cierto pasage depuso el pergamino sobre la mesa diciéndose á sí mismo. «Tiene razon el poeta. *Digno de lástima es quién pone su esperanza en las cosas mortales; pero ¿quién no la pone?* Y en efecto, los que mas blasonamos de nuestra razon, los que tan alto hablamos de esa llama divina, somos los primeros en cerrar los ojos á sus resplandores. Predicamos á los demas que los bienes del mundo seducen y dejamos seducirnos á sabiendas, y cuando nos vemos con las manos vacías querémos llamarnos á engaño. Pues qué? No lo habia dicho el mismo poeta en otro lugar?

Dubbia speme davanti e breve gioja,
Penitenza e dolor dopo le spalle.

Qué grandiosa imágen la de presentar un campo inmenso cubierto de difuntos! y luego este vehemente apóstrofe.

O ciechi, il tanto affaticar che giova?
Tutti tornate alla gran madre antica,
E 'l nome vostro appena si ritrova.

Gran madre antica. Profunda é ingeniosa paráfrasis para decir la tierra. Y qué diré de esa triste verdad que desvanece las quiméricas esperanzas de un renombre duradero? Ah! Juan Galeazo tendrá su historiador, Del Verme quien celebre sus bélicas hazañas, y yo?... Tal vez no haya ni un simple cronista que de mi nombre se acuerde!»

Aquí le cortó el hilo de sus reflecciones el rechinido de la puerta principal, por donde entraba su esposa con ligero pié y sereno rostro.

—Venia á preguntaros, le dijo ésta, si no hay inconve-

Digitized by Google

niente en decírmelo, en qué estado se halla la causa del jóven que hizo la calaverada de atacar el fuerte?

—Está escrita su sentencia, y solo falta para que se ejecute ponerle al pié mi firma.

—Y es? preguntó Tadea con mortal ansiedad, y sin que sus recios latidos movieran una sola fibra de su semblante.

—La que merecen los autores de asonadas y motines.

—Qué quereis decir?

—Que para los delitos de traicion y rebeldía la pena es harto conocida.

—Oh! no. Vos no juzgais tan duramente un arrebato juvenil, un momento de alucinacion, un rapto de embriaguez... ó de locura.

—De blandas calificaciones te vales. Pues te parece culpa venial el conato de encender la guerra civil, y renovar tal vez nuestras antiguas discordias? el atacar un castillo á mano armada? el ser quizas el gefe de una conspiracion que no se ha descubierto, pero que de seguro ha existido?

—Si de conspiraciones hablais, recordad...

—Qué triunfó la nuestra? Y bien: á sernos contrario el viento de la fortuna me hubieran condenado á muerte como yo condeno á Ugolino.

—La muerte! No, no es posible. Bástele el desengaño recibido. Quizas soñaba en honores y riquezas, bástele el ver disipadas las ilusiones de su loca fantasía. ¿Serán blando castigo la humillacion de la derrota, los sufrimientos de las heridas, las amarguras del destierro, las...?

—Pero, qué estraña compasion te inspira ese jóven? De dónde tanto interes?

—Le conozco por ventura? Le he visto una vez aquí, en esa misma estancia, el dia en que vuestro amigo Del Verme vino á visitaros disfrazado de minorita.

—Pues entónces...

—Me estará vedado condolerme de su infortunio? No le he tratado, no me conoce, no es mi deudo; pero es mi prójimo. Y este solo título, ¿no me da derecho para implorar

Digitized by Google

por él vuestra clemencia, para convertirme en abogado suyo imparcial y desinteresado?

—Y en qué razones legales apoyarias tu defensa?

—En todas, en todas las que hubierais alegado vos, si hubiese por desdicha fracasado vuestra empresa.

—Las circunstancias no son las mismas.

—Teneis dos pesos y dos medidas? Despojais á las acciones humanas de sus cualidades intrínsecas para apreciarlas únicamente segun sus resultados esteriores? El bien y el mal serán accidentes arbitrarios de unos hechos iguales en su esencia? Depende el valor moral de los caprichos de la suerte? Entregaréis á la fortuna ciega la balanza de la justicia?

—Muger, no te remontes á esas filosofías.

—Teneis razon. Soy muger y no debo apelar sino á vuestros sentimientos. Pero vos sois hombre y no podeis tener las entrañas de piedra: sois cristiano y debe de causaros horror el derramamiento de sangre humana. Mirad que ese jóven se halla en lo mas florido de sus años, mirad que tiene una madre, una hermana, una esposa tal vez. Cuánta amargura podeis ahorrar á sus pechos! Cuántas lágrimas á sus ojos! Yo en su nombre os hablo, en su nombre me arrojaré á vuestras plantas.

—Yo no soy mas que un simple mandatario del Príncipe.

—Perdonad, y el Príncipe ratificará vuestro perdon.

—No puedo, no debo.

—Decid no quiero. Si me amais, si me habeis amado alguna vez, no hubierais sufrido horriblemente, no se os hubiera destrozado el corazon, al ver que implorando misericordia para vos, me rechazase el juez tan ásperamente como vos me rechazais ahora?

—Tadea, no hay aspereza en mí; pero soy impasible como la ley. La ley no tiene entrañas, la ley no tiene oidos, la ley no tiene lágrimas, y la ley le condena.

—No sé si hay leyes que le condenen; pero sé que hay una ley que os prohibe á vos el condenarle.

—Y dónde está esa ley que se ha sustraido á mis investi-

Digitized by Google

gaciones? repuso el letrado con un ligero acento de ironía.

—Aquí está, miradla, leed. Díjole Tadea poniéndole delante un pequeño libro que traia consigo, y señalándole con el dedo estendido la página abierta.

—Qué es esto?

—Los santos evangelios.

—Ah! el capítulo de la muger adúltera, dijo el letrado fijando en el libro su vista.

Su última palabra penetró como la acerada punta de un dardo en el corazon de Tadea, á quien humillaba el ver que no podia hacer alarde de una inocencia completa. Ella se erigia en juez, y sentíase acusada por el eco de su conciencia que le repetia la palabra de su marido; pero consiguió dominar su emocion, y evitar que la vergüenza enrojeciera sus pálidas mejillas.

—Le arrojareis, vos, la piedra, vos, reo del mismo delito?

—Si fuí delincuente, ahora soy juez. La culpa mia no borra la agena. Sobre los santos evangelios he jurado administrar justicia.

—Sobre los santos evangelios jurasteis fidelidad y homenage á Bernabó.

—Tadea! me llamas perjuro?

—Hablais de justicia, yo pido misericordia.

—No es posible, no debo acceder á tus ruegos, que mas bien que de la compasion escitada provienen ya de tu amor propio ofendido. El brazo de Ugolino es demasiado débil para subvertir un Estado pero basta para turbar el público sosiego. Hombre muerto no hace la guerra.

—Todos morirémos, repuso á media voz Tadea. Pero viendo que el letrado cogia un pergamino con su izquierda, y con la derecha sacaba ya del tintero la pluma esclamó con un terrible grito: Deteneos, deteneos.

—Qué mas tienes que añadir? replicó el jurisperito volviendo con disgusto la cabeza.

—Esta pluma... esta pluma... no es la misma con qué escribisteis á Juan Galeazo el dia que vino Del Verme?

Digitized by Google

—Y bien?

—Y con esta pluma firmariais una sentencia de muerte, vos conspirador dichoso, contra un conspirador desdichado? Ella será un testigo contra vos en el tribunal divino.

—Aprensiones tuyas, dijo el letrado, y firmó.

—Ah! Qué habeis hecho? Y podreis ver esta pluma sin que el remordimiento despedace vuestro corazon?

—Pues así no la veré mas, respondió el jurista. Y levantándose arrojó la pluma en el corralon lleno de escombros y malezas á que caia la ventana de su gabinete de estudio.

Volvióse Tadea á su retrete, no ya disgustada como muger que ve desatendidos sus ruegos, sino como vuelve á su cubil la tigre irritada á quien aguijonean sus feroces instintos. No mas lágrimas se deslizaron de sus ojos; pero gota á gota caian en incesante lluvia sobre su corazon. Poco despues salió de su casa y recorrió algunas calles de Milan.

El dia siguiente al entrar Messer Reginaldo en su gabinete se encontró con la pluma puesta en el tintero. Algo mas que estrañeza le causó su simple vista, y cogiéndola con una especie de arrebato, la hizo añicos y los arrojó por la ventana. Llamó á todos sus sirvientes y les preguntó: quién habia subido la pluma? y todos le contestaron, que ni eran ellos ni habian visto á nadie que bajase al corral. La misma pregunta iba á dirigir á su esposa; pero le detuvo un sentimiento vago y confuso, que no hubiera podido definir si era rubor ó miedo. Mas tarde vinieron á decirle que Ugolino habia sido decapitado aquella noche en su calabozo. Esta noticia no debia sorprenderle, y sin embargo le hirió como si fuera inesperada. El horror de la sangre vertida le produjo una sensacion desagradable como si tuviese las manos teñidas con ella. El valor, la juventud, la gallardía de Ugolino despertaron en su pecho como un sentimiento de lástima, y por su fantasía vagaban como unas sombras de duda acerca de si él habria pasado la raya de justiciero. Todo aquel dia estuvo displicente y mal humorado.

Grande fué su sorpresa cuando la mañana siguiente vió

Digitized by Google

otra vez la pluma en el tintero. Retrocedió algunos pasos ántes de llegar á la mesa, y cruzándose de brazos pensó, y se aseguró de haberla hecho trizas el dia anterior. Asaltóle el recuerdo de la serpiente destrozada por el rayo, y pensó que aquella misteriosa pluma podia ser tambien un aviso del cielo. Ugolino habia comparecido ya delante del tribunal del Juez supremo, y ¿seria que él estuviese ya citado para comparecer tambien dentro de breve plazo? Parecióle entónces que la sangre del infeliz mancebo tenia una voz semejante á la de Abel, y aunque le constaba que era culpado, mirábase á sí mismo y tampoco se veia inocente. Él habia tomado parte en insidiosas tramas contra la autoridad legalmente constituida, él habia violado la santidad del juramento, él cuando ménos habia dado su tácita aprobacion al envenenamiento de Bernabó, cuyas mercedes habia pagado con traiciones y felonías. Aleve! ingrato! ambicioso! le gritaba su conciencia, y á tales voces no sabia como desmentirlas. Temblaban sus piernas, y acercándose á la mesa cogió la pluma como si fuese un objeto nauseabundo, y mirándola apenas, volvió á destrozarla y á echar sus restos por la ventana. No tuvo ánimo de permanecer mas tiempo en aquella estancia, y cerrando la puerta secreta y la principal se guardó las llaves en el bolsillo.

Pero vanas fueron sus precauciones. El siguiente dia y el otro y el otro y el otro le sucedió lo mismo. Cada mañana le aparecia, descollando sobre los objetos que cubrian su mesa, aquella pluma con su mismo color y sus mismas formas, y cada mañana la cogia como si fuese un hierro candente, y sin atreverse casi á poner en ella los ojos, la rompia y trinchaba y reducia á menudísimas partes, ya entre los deliquios de un glacial espanto, ya con los furores de una cólera desesperada. Era aquello el mudo testimonio de su conciencia que de tan estraña manera se habia transfigurado. En aquellos pocos dias el aspecto de Messer Reginaldo llegó á parecerse al de un cadáver: decia sentirse indispuesto y realmente estaba enfermo: tenia accesos de calentura, y de

Digitized by Google

tal suerte se le habia fijado la pluma en la imaginacion que amenudo le parecia estarla viendo con sus ojos.

Profundo era su abatimiento, y sin embargo al declinar la tarde, despues de una larga y penosa lucha consigo mismo, se resolvió á dar una prueba de energía. Dijo á su esposa que un asunto de grave importancia le obligaba á pasar la noche escribiendo, y encerrado en su gabinete despejó la mesa no dejando en ella mas que un candelero. Abrigado el cuerpo, sentado en su sillon, erguida la cabeza y abiertos de par en par los ojos, se prometia pasar toda la noche en vela para ver de qué manera le acometia aquella vision espantosa. Así en medio de un triste silencio estuvo algunas horas á solas; pero á solas con su imaginacion que hacia el oficio de verdugo. Llamaron despues á la puerta principal, y entró su esposa con una bandeja en las manos.

—Paréceme que os convendria tomar algun alimento.

—Tienes razon, Tadea: los que vivimos en medio del torbellino de los negocios públicos no podemos prescindir de los cuidados de una leal y afectuosa consorte. Qué me traes?

—Vedlo aquí, respondió Tadea, alargándole un plato de legumbres sabrosamente condimentadas.

—Frisoles! Apártate. Quiéres envenenarme? Quita eso de ahí. Prefiero morir de hambre.

—Pero, señor, qué decís? Yo envenenaros! Y esta imputacion ha podido mereceros vuestra esposa?

—Aparta, aparta ese plato.

—Pero, no os gustaban tanto? Si dudais de mí los voy á comer á vuestra vista, y tragó rápidamente un par de cucharadas.

—Oh! no, no. Tú no sabes... No ves cómo se erizan mis cabellos de espanto? Aparta eso. No quiero mas que un bocado de pan y una copa de vino.

Y despues de esta sencilla refaccion volvióse á quedar solo el jurisconsulto. Sentíase al principio con mas ánimo; pero luego le entró una pesadez que se le hizo irresistible. Empezó á cabecear, luchó con el sueño, y por fin se durmió

Digitized by Google

completamente. Aquel sueño empero estuvo muy léjos de ser tranquilo.

Encontrábase en un paraje desconocido, en una vasta llanura cubierta de lisas y anchas breñas, como losas sepulcrales de un cementerio de gigantes. Por entre sus junturas asomaban escasos y raquíticos arbustos, que tendian sus ramas desnudas como los brazos de una tropa de mèndigos estenuados por el hambre. Ni una mancha verde se descubria en toda aquella comarca, ni un pedazo de azul esmalte aparecia en la bóveda del cielo. Era este de una blancura cenicienta, y de él se desprendia una luz enfermiza. Aves de negro plumaje empezaron á cruzarlo con pausado vuelo, salian bandadas de levante y de poniente, salian otras del norte y del mediodia. Volaban con lentitud, sin órden ni concierto, pero sin embarazarse mútuamente. El hemisferio parecia jaspeado de blanco y negro: y como de garzas y palomos en quienes clavan las uñas sus mortales enemigos, empezaron á caer plumas que se balanceaban en el aire á guisa de copos de nieve. Pero las que caian sobre el jurista como que tuviesen aceradas puntas, y se le hincaban en las carnes como si fuesen arrojadas por el arco de vigoroso ballestero. Breñales y arbustos desaparecieron sumergidos por la estraña lluvia, y el triste, horriblemente asaeteado, queria andar y no podia, intentaba huir y se veia atollado en aquel mar de plumas. De repente cambió la escena: vióse en un camino llano y solitario con los piés desnudos, la toga destrozada y llevando un saco al hombro. Teníale agoviado y jadeante el peso de aquella carga para él desconocida, entró en una venta y pusiéronle un plato de frisoles sobre una mesita. Atragantóse con el primer bocado, parecióle que se ahogaba, volvió la vista y tropezó con la del ventero que le miraba de hito en hito y se reia á carcajadas. Y el ventero, con su rústico traje y su tosca fisonomía, era el mismo Bernabó. Entónces fué á recoger su saco, y de él salió rodando la cabeza de Ugolino con los ojos abiertos y chorreando sangre por el cuello segado. Para darle sepultura fatigábase

Digitized by Google

el jurista abriendo un hoyo en el corral de su casa, y á su lado vió el cadáver de Bernabó, que con las manos cruzadas y sin despegar sus labios repetia el versículo *cor contritum et humiliatum,* y él quiso acompañarle en sus preces, y se puso de rodillas, y luego se sintió rodeado por unos brazos de hierro. El robusto atleta que así le estrujaba y quebrantaba sus huesos era el tronco sin cabeza de Ugolino. Aterrado el jurisperito forcejeaba en vano para desasirse, queria gritar, y su antagonista le metia en la garganta una pluma que él tambien tenia agarrada á fin de impedirlo.

Con las agitaciones convulsivas de esta desesperada lucha, la víctima infeliz, mas bien que del sueño de los remordimientos de su conciencia, dió con la frente sobre la mesa y sus manos cogieron maquinalmente un objeto. Despertó, y vió que tenia en sus manos la pluma, la fatal pluma que tan encarnizadamente le perseguia. No hay ponderaciones con que dar una idea de su terror y amilanamiento; y sin embargo, á despecho del temblor de todos sus miembros, se entretuvo en quemar la pluma á la llama del candelero. Su pestífero olor le pareció mas insoportable que el de cualquiera otra substancia de la tierra, le pareció un hedor propio del infierno. Abrió la ventana, y la frescura del aire y la suave claridad de la luna como que proporcionasen un poco de alivio á su pecho. Fija su vista en la altura: «No está allí mi asiento, se decia. Tengo mi sentencia escrita. Mi ingratitud! mi perfidia! mi perjurio! y yo, yo le condené á muerte! Soy un asesino. Qué hago aquí? *Lo star mi strugge, e 'l fugir non m' aita.* Pero, por qué no? Quién ha dudado jamas de la piedad del cielo? Son como las del hombre las entrañas de la Misericordia divina?» Entró despues en la alcoba de Tadea y viéndola al parecer profundamente dormida cruzó los brazos y esclamó: Solo tranquila duerme la inocencia. Oh loca ambicion mia, á qué horrible castigo me has conducido!

Y al amanecer, apenas ella se hubo levantado, le dijo: Esposa mia, debo participarte una resolucion muy grave. He

Digitized by Google

sido un gran pecador, pero me siento arrepentido. Dios me llama á sí. Los sagrados vínculos que á tí me unen me privan de mi libertad; pero si la tuviese hoy mismo cubriria mi cuerpo con el sayal de los franciscanos.

—Y qué razon...?

—Oh! por piedad no me hagas dolorosas preguntas.

—Señor, si Dios os llama he de oponerme yo á su llamamiento? Hágase vuestra voluntad.

—No te dejaré desamparada. Todos mis bienes son tuyos.

—Soy la pobre huérfana á quien vos acogisteis.

—Oh Tadea! mi buena Tadea, qué feliz hubiera sido viviendo solo para tí!

Sus ojos rebentaron en lágrimas, el dolor añudó su garganta, y sin poder pronunciar mas palabras depositó un ósculo tiernísimo en la frente de su esposa. Nunca le habia parecido tan dulcemente atractiva su hermosura. Tadea se sintió casi conmovida; pero estaba despojada ya del candor de la inocencia, y sus labios permanecieron mudos y su pecho duro é impasible.

Aquel mismo dia Messer Reginaldo entró en un convento, y Tadea sin ser vista de nadie arrojó en un pozo, atado con unas llaves, un mazo de plumas de escribir diciendo: Crueles han sido mis angustias; pero las suyas tampoco han sido ligeras. Me he vengado; pero, ay! mi corazon está muerto, para siempre muerto!

Digitized by Google

X.

UNA AGALLA DE CIPRÉS.

Dale que dale! Malditas sean las campanas, y el primero que fundió bronce para construirlas.

—Buen badajo hubiera hecho en la famosa de Huesca el bárbaro de cuya mollera salió tal engendro.

—Dichosa Stambul! quién pudiera enviarte un cargamento de nuestros campanarios en cambio de una remesa de tus serrallos!

—Con sus odaliscas y todo.

—Esto se da por sobreentendido, Alfredo. Brava especulacion fuera si nos llegasen vacíos.

—Dale! Pues señor, esta noche no hay que esperar interrupcion, ni tréguas, ni intermitencia, ni pausa, ni.....

—Música mas deliciosa! Ni el gong de los chinos. Apuesto mis orejas á que las de Midas serian incapaces de resistirla.

—Ello es que no existe mal alguno que no lleve entreve-

Digitized by Google

rado algun bien de mas ó ménos cuantía. En la actualidad podiéramos esclamar: Bienaventurados los sordos!

—(Porque ellos no oirán majaderías,) dijo para sus adentros uno que fuera del corro estaba oyendo la conversacion.

—Lo que es hoy por hoy tomaria con las dos manos una sordera, como si dijéramos, provisional ó interina.

—Y aunque fuese dando dinero encima, añadió Alfredo.

—Por mi parte me contentaria de poder cerrar mis oidos con siete candados.

—Pues hay mas que atiborrarlos de algodon, ó tapiarlos con cera como los compañeros de Ulises?

—Si tanto pudo en ellos el riesgo de las sirenas, qué no haria la realidad de ese atroz campaneo?

—Estoy por las sirenas: vengan estas, y abajo las campanas.

Merced á estos y otros insípidos chistes, con visos y pretensiones de epigramáticos, mataban el tiempo tres ó cuatro mozalvetes sentados alrededor de una mesita, cubierta de tazas vacías y frascos de diversos licores, miéntras el melancólico tañido de todas las campanas, como un coro de estentóreas voces, hacia un simultáneo llamamiento á la piedad de los fieles escitándoles á rogar por las almas de sus antepasados. Sucedia esto la víspera del dia de difuntos; razon por la cual tan escasamente concurrido se hallaba aquel café, que fuera de los jóvenes indicados no habia en el salon mas que un caballero algo maduro ocupando la mesa inmediata. Parroquiano indefectible, abonado á prueba de vientos y de lluvias, de truenos y de relámpagos, cotidiano como el pan, y callado como un turco, era tan puntual en sus horas de entrar y salir del café, que habiéndolo observado uno de los concurrentes dijo: Este hombre es un reloj.—De arena, añadió Alfredo, y desde entónces con este mote solian designarle. Porque si bien los rasgos de su noble al par que severa fisonomía eran suficiente aguijon de la curiosidad, poca cosa acerca de él se habia averiguado. La inventiva de los ociosos acumulaba suposiciones que al fin y

Digitized by Google

al cabo venian á tierra como faltas de solidez y fundamento. Lo único que se sabia era que todas las mañanas acudia á la misma iglesia, todas las tardes al mismo solitario paseo, y al cerrar de la noche se le veia un rato en el café, donde sentado en el mismo puesto, pedia la misma taza y copa, y entre sorbo y sorbo fumaba un rico habano, sin trabar relaciones con nadie ni mezclarse en conversacion alguna. Inferíase de aquí que era un hombre escéntrico y uraño con sus puntas de insociable, exacto como un instrumento de matemáticas, y metódico como un tratado de filosofía. Por lo demas la gallardía de su persona, la viveza y espresion de su mirada, y los marcados lineamientos de sus facciones, singularmente provistas de una belleza varonil, daban claro á entender que en sus mocedades estuvo dotado de pasiones vivísimas, sostenidas por el vigor de su carácter, por los atractivos de su figura, y por la fogosidad y energía de su temperamento.

Sentado con cierta negligencia en el ángulo mas retirado del café, y medio envuelto en la azulada gasa que tejian las sucesivas espirales del humo de su cigarro, no perdia sílaba de la conversacion que los jóvenes, sin recatarse de él, continuaban á sus anchuras.

—Sabeis, esclamó uno, que si ahora tuviese á mano un clerizonte, con una sencilla pregunta iba á meterle en calzas prietas? De qué diablos puede aprovechar á los muertos el romper de este modo la cabeza á los vivos?

—Y sabe V. ya, de qué puede aprovechar á los vivos cuanto les traiga á la memoria el recuerdo de los muertos?

Esta brusca interpelacion con que el desconocido, sin preámbulo alguno, se entrometia en el coloquio, cosa tan agena de sus costumbres y de la cual ningun otro ejemplo se conocia, causó tal estrañeza en aquellos jóvenes, que se quedaron como cortados y mirándose unos á otros, sin saber con qué términos ni en qué tono responder á ella.

—Caballero, balbuceó el interpelado al cabo de algunos momentos.

Digitized by Google

—Supongo que no van á ofenderse Vds. de la libertad que me he tomado.

—De ningun modo. Es V. muy dueño, replicó el primero ya mas animado; pero no podrá ménos de convenir con nosotros que es muy cargante, muy destemplada, muy fastidiosa la serenata que nos están dando.

—Á no ser que le parezca á V. música celestial por serlo de tejas arriba? añadió otro de los interlocutores.

—Es música que si no halaga los oidos despierta los afectos. ¡Cuántas sonatas de célebres maestros aspiran en valde á lograr tal resultado!

—Perdóneme V. la franqueza, saltó Alfredo, que era el que mas presumia de chistoso. ¿Es V. por ventura fundidor ó sacristan?

—Ni lo uno ni lo otro, respondió el desconocido con una amable sonrisa que dió mas alas á sus contendientes.

—Pues no siéndolo es estraño que se haga V. el abogado de las campanas,

—Y no solo de las campanas sino de las funestas ideas que escita su clamoreo. ¿Le parece á V. que tan de sobra están en la vida los ratos alegres para que todavía hayan de buscarse medios artificiales de entristecernos? De los pueblos cultos deberian desterrarse, á mi entender, todas estas cosas que producen sensaciones repugnantes. ¡Qué afan de contrariar las leyes de la naturaleza, en una época en que la civilizacion, la ciencia, las artes y la industria se muestran tan solícitas para complacerla!

—Ya sé que la ciencia echa mano á todos sus recursos para prolongar la vida, y la civilizacion trata de alejar cuanto sea posible el pensamiento de la muerte; pero es preciso confesar que la muerte se está burlando de la civilizacion y de la ciencia.

—Pues entónces, dijo otro de los jóvenes, no hay mas sino que cada *quisque* tenga al canto un monaguillo que le susurre al oido el *Hermano morir tenemos* de los trapenses. Cuando el señor llegue á ministro va á echarnos un proyec-

Digitized by Google

to de ley para que todo hijo de vecino cave su sepultura en el jardin, ó construya un sarcófago en el desvan de su casa.

—Paréceme que el asunto no se presta tanto á las bromas. Las campanas con su lenguaje simbólico...

—Para lenguaje simbólico el de un reloj de arena.

A esta inesperada ocurrencia de Alfredo respondió una estrepitosa carcajada de sus compañeros, quienes trataron luego de reprimirla para que no se trasluciera su maliciosa descortesía.

—No comprendo esta hilaridad, porque de veras no atino con el chiste, continuó despues de una breve pausa el desconocido. Decia que las campanas, el reloj de arena, ya que el señor lo ha indicado, y mil otras cosas, quizás pequeñas y de ningun momento, por los usos á que la tradicion las ha consagrado, por las aplicaciones que de ellas ha hecho la sociedad, por lo que han intervenido en las alegorías de los poetas, por lo que representan, por lo que recuerdan, en fin por la sola ley de asociacion de las ideas, están dotadas de un lenguaje simbólico en que muchas veces no paramos la atencion por lo mismo que es vulgar y conocido. Y ya que tocamos esta materia, si Vds. me lo permiten...

—Caballero, si V. se propone echarnos un sermon nada diré en cuanto al tiempo; pero en cuanto al lugar me permitirá V. la observacion de que es muy poco apropósito.

—No me creo autorizado para tanto, ni he de caer en la inconveniencia de trasformar en púlpito una mesa de café. Me limitaba á referir una historia.

—Una historia! esto es otra cosa, esclamaron todos á la vez.

—Sin duda será una historia propia de este dia, lúgubre, romántica, espasmódica, horripilante.

—Una historia de aparecidos, con sus llamas de fósforo y su ruido de cadenas.

—Vamos á tener el *Convidado de piedra* con veinte y cuatro horas de anticipacion.

—Nada de todo esto: es una historia mas sencilla y mas moderna.

Digitized by Google

—Mejor que mejor, atencion amigos.

Y encendiendo todos un nuevo puro se pusieron á escuchar con religiosa atencion.

Yo... dijo el desconocido, y deteniéndose un breve rato como para coordinar sus ideas, volvió á decir: Yo tenia un amigo, un amigo intimo, de cuya veracidad estoy tan seguro que me atreviera á prestar un juramento sobre su palabra, con el mismo descanso con que lo prestaria apoyado en el testimonio de mis ojos. Ni su nombre, ni su patria hacen al caso: llamémosle Federico, que lo mismo da este nombre que otro cualquiera. Hallábase en la flor de su juventud, envidiado de muchos, y viendo á muy pocos sobre quienes pudiese recaer su envidia. Pródiga con él habia andado la naturaleza, y su brillante posicion en la sociedad no le dejaba razon alguna de quejarse. Mozo, rico, de gallarda apostura y no vulgar despejo, reunia todas las prendas que hacen agradable el comercio de los hombres y cautivan la atencion del otro sexo. En el concepto del mundo rayaba en el apogeo de la felicidad humana. Dotado de un corazon inflamable con suma facilidad y no menor vehemencia, recorria los senderos floridos del amor, cogiendo cuantas rosas lisonjeaban su vanidad ó estimulaban su codicia, sin que se lo estorbasen miramientos humanos ni respetos de mas elevada gerarquía. Su fuerza de voluntad, impulsada por un temperamento de fuego, arrollaba cuantos obstáculos se le oponian, pasándoles por encima con el mismo desembarazo de un ginete, que huella los cadáveres de los enemigos que su lanza ha derribado.

Por su desgracia, ó mejor por su fortuna, Federico vino á enamorarse perdidamente de una muger hermosisima que, si bien compartia su violenta pasion, resistia á sus multiplicadas instancias, agarrándose con la desesperacion de un náufrago á las reliquias de su virtud tan duramente combatida. Era esta la esposa de un antiguo amigo de Federico, hombre de alguna mas edad, que habiendo hecho un casamiento ventajoso residia la mayor parte del año en una soli-

Digitized by Google

taria quinta, distante ocho leguas de la capital de provincia donde tuvieron lugar los sucesos que voy refiriendo. El conde, que este título debia á su muger, entregado al mejoramiento de unas tierras que acrecentaban su patrimonio, vivia con ella, ya que no embriagado con los transportes de una pasion ardiente, habituado al ménos á la calma de una regular armonía, sin que el menor recelo de una infidelidad posible viniese á turbar la paz de sus hogares. Ageno á toda sospecha de que le cercase el menor riesgo, ningun cuidado habia puesto en rodearse de precauciones. Como el muchacho de la fábula dormia sobre la fresca yerba á la orilla del precipicio; pero quizás tampoco le hubiera valido el estar despierto si la Providencia no hubiese velado por él. Porque Federico tenia tanto de sagaz como de emprendedor, y si bien es verdad que metido en una intriga amorosa no le hubiera arredrado el escándalo, tambien lo es que tomaba con todo esmero sus medidas á fin de impedir que sobreviniesen lances desagradables, y se conducia de manera que siempre quedaban en salvo las apariencias. Nunca habia hecho alarde de calavera, y para dar valor á sus triunfos no necesitaba el ruido del aplauso ageno. Caminaba derecho á su objeto con un aire de estudiada indiferencia, prefiriendo los senderos mas tortuosos si eran los mas ocultos, y entónces, si puede pasar esta metáfora, diré que ni el indio mas perspicaz hubiera distinguido las huellas de sus *mocasines*. Para quien no le conocia á fondo Federico era una persona tan leal como inofensiva.

Y uno de los que no le conocian á fondo, de los que ignoraban la historia de sus aventuras, y la fogosidad de sus pasiones era el conde que tan alejado vivia del teatro de sus hazañas. A la solitaria quinta situada en la frondosa y apacible ladera de una montaña no llegaban los sordos rumores que esparcen las auras de las grandes poblaciones, y este silencio monacal no dejaba de ser bastante fastidioso para la condesa que, sobrado jóven ó inesperta, lamentaba como perdidos en la soledad los atractivos de su hermosura,

Digitized by Google

y echaba ménos la vida de animacion y de bullicio de la cual fueron mentido presagio sus riquezas y nacimiento. Así cuando Federico llegó por casualidad á la quinta, no solo se alegró mucho el conde por estrechar de nuevo entre sus brazos á un antiguo amigo, empeñándose en que habia de pasar con él unos dias, sino que tambien se regocijó en estremo la condesa, viendo en ello un acontecimiento que iba á proporcionarle ratos de honesta distraccion de que tan sedienta se hallaba. Lo primero que hizo Federico fué cuidar de que no se trasluciese en su rostro ni en sus palabras la fuerte impresion que causaba en su pecho la singular hermosura que tan sin pensarlo habia descubierto. Porque si bien se le encendia el corazon nunca se le desvanecia la cabeza. El amor en él era una gran calentura, pero sin delirio. Así el conde confiado como un niño insistió en que prolongase su permanencia, y le cobraba por instantes mayor afecto, y le referia el estado de sus negocios, y le daba cuenta de sus proyectos agricolas, y sobre todo le dejaba á sus anchuras con sobra de espacio para ver á la condesa, y admirar sus gracias, y entretenerla con pláticas sabrosas, en que al principio una discreta galantería estaba tan bien entretegida de picantes anécdotas y epigramáticos chistes, que en ellas no hubiera hecho hincapié el ánimo mas suspicaz y receloso. Poco á poco en las frivolidades de una conversacion amena se entremezclaron cuestiones metafisicas acerca del amor, reflexiones sobre la insustancialidad de los placeres bulliciosos, calculadas lisonjas, poéticos idilios á la soledad de los campos, lamentos sobre el vacío del corazon, de tal suerte que ántes de que la condesa llegase á advertirlo ya tenia el pié enredado en el lazo que tan hábilmente se le habia tendido. Y no es que este lazo se le hubiese preparado á sangre fria, por mero capricho, por puro pasatiempo: Federico se habia herido profundamente con el arma misma que blandia. En sus ilusiones de amante fabricábase á tontas y á locas un porvenir estraño, renunciaba francamente á sus anteriores devaneos, reconocia en su nueva pasion algo de

Digitized by Google

mas duradero, y ya no concebia la vida sin el amor de la condesa. Si por un momento la presencia del conde venia á echarle en rostro los preliminares de su alevosía, escusábase con la fatalidad, este Dios de los ilícitos amores. No tardó en quitarse del todo el antifaz; pero la condesa, que ya se habia confesado el estravío de sus ideas y afectos, ni se atrevia á retroceder ni queria adelantar en su camino. Queria creerse infeliz, no culpable. Perjura en el corazon temia que le saliese al rostro la vergüenza de su perjurio. Federico repetia sus instancias: la condesa lloraba, pero no cedia. Entónces el astuto amante, adiestrado en esta clase de aventuras, tomó pretesto de lo primero que le vino á mano, fingió un rompimiento, juró un eterno olvido, y se marchó de improviso á la ciudad, no ratificando en su interior el solemne *Adios* que sus labios proferian.

Su estratagema dió por resultado lo que él se habia propuesto. El simulacro de esa retirada á tiempo le llevó á punto de obtener la victoria que apetecia. Cansado de rogar en vano, se prometió á sí mismo que en breve seria él rogado: y así fué, bien que es preciso convenir en que la casualidad favoreció sus hábiles manejos. A los pocos dias de traer en la ciudad una vida cruelmente desasosegada, pero fuertemente asida á sus esperanzas, recibió de la condesa una carta en que, á vueltas de repetidas protestas de permanecer fiel á sus deberes, se confesaba subyugada por la pasion, ponderaba los tormentos de la ausencia, y le conjuraba por todo lo mas sagrado que fuese á verla, á hablarla un solo momento, que fuese aquella misma noche, puesto que el conde habia salido de la quinta y no regresaria hasta la tarde del dia siguiente. Con la satisfaccion del cazador que ve puesta á tiro la pieza que con ardor perseguia, Federico leia una y otra vez aquellos torcidos renglones, regados de lágrimas y con trémula mano escritos, aquellas sencillas é incorrectas frases que ponian de relieve los arranques y vacilaciones, las esperanzas y desfallecimientos de una angustiosa lucha, y para sí decia: «Hemos vencido. Ella cree pro-

Digitized by Google

ponerme una capitulacion honrosa, y en realidad de verdad se halla rendida á discrecion.» Por lo mismo sin pérdida de tiempo montó á caballo y se dirigió á la quinta, apretando el paso porque habia del todo anochecido cuando la carta llegó á sus manos.

—Perdóneme V. que le interrumpa, dijo Alfredo. Ya que á V. se le ha antojado bautizar al héroe de esa hasta aquí verosímil historia, ¿por qué no le ha puesto el nombre de D. Juan que tan de molde le venia?

—Pues llámele V. D. Juan si así le parece, que para el caso viene á ser lo mismo.

—No viene, porque teniendo ya un D. Juan Tenorio mas ó ménos adocenado, copia, imitacion ó parodia del que figura en la célebre leyenda, de presumir es que mas pronto ó mas tarde tendrémos una fantasma habladora, un espectro ambulante, un que sé yo qué cortado al estilo de la estátua del comendador, dijo otro de los oyentes.

—No fué la estátua del comendador lo que encontró en su camino, sino el cementerio de una aldea que estaba á sus inmediaciones, prosiguió el desconocido, añudando el hilo de su narracion. Por demas fuera advertir que las ideas que entónces hervian en la mente de Federico se hallaban muy poco en armonía con las que de suyo inspiraba aquel sitio, y que en él no hubiera hecho el menor alto á no dar la casualidad de reparar en una de sus paredes interiores una gran mancha de luz, una especie de óvalo de fuego que en medio de una oscuridad completa vivamente destacaba. Picóle la curiosidad, y á pesar de la prisa que llevaba, apeóse para saber de donde procedia aquella luz en hora tan desusada y que se resistia á toda congetura. Pero ¿qué le iba ni venia en lo que entónces podia ocurrir en aquel cementerio? Señores, ello es verdad que no pocas veces caemos en semejantes inconsecuencias. Cedemos á pensamientos repentinos, quizás opuestos á las miras que llevamos: pensamientos intempestivos, ilógicos, que por la misma razon de serlo pudieran conceptuarse de pequeños milagros, si á este

Digitized by Google

nombre no cuadrase tan mal el epíteto de pequeños. Los escritores ascéticos dicen inspiraciones divinas, llámenlo Vds. si quieren rarezas humanas, que cavando un poco tal vez coincidirian las diversas esplicaciones de este fenómeno. Mas dejando intacta esta cuestion vamos á los hechos. Federico arrendó el caballo, montó una pistola, se introdujo en la mansion de los muertos y descubrió que la luz provenia de una linterna sorda abandonada en el suelo á cierta distancia del muro en que se divisaba una lápida sepulcral. Trataba de levantarla para registrar aquel sitio cuando tropezó con un bulto que sentado en una piedra, envuelto en un capote, y con la frente apoyada en la palma de la mano, estaba ó durmiendo ó sumergido en contemplacion profunda. Al grito de ¿quién vá? levantó el bulto su cabeza, y con una voz que revelaba el mayor sobresalto esclamó:

—Federico! tú? tú aquí?

—Conde! qué es esto? Te has vuelto loco? Qué diablos te estás haciendo?

—Y quién te ha dicho que yo me hallaba aquí?

—Nadie, si ha sido una casualidad. Yo iba... iba al pueblo que está á la falda opuesta de esa colina, y he visto una claridad que me ha llamado la atencion. Sobre que es mucha ocurrencia venir á dormirse aquí, á esas horas, con un airecillo que dejaria patitieso á un oso blanco.

—Yo... yo he venido... balbuceaba el conde.

—Ya se vé que has venido; pero, á qué? á qué? Mas no, vámonos de aquí, me lo contarás todo.

—Ah! no me arranques de este sitio. Si tu supieras... no, no conviene que lo sepas. Vete, déjame.

—Pues mira, conde, ó te vienes conmigo, ó me planto aquí hasta el dia del juicio.

—El dia del juicio! repitió el conde con una inflexion de voz que se parecia á la del que recibe una herida.

—Dejémonos de pataratas y gazmoñerías. A fe que nada tiene de delicioso el aprendizage de santo, si tal es lo que estás haciendo. Es hora de dormir en blando lecho.

Digitized by Google

—Y crees tú que cada dia, que las noches todas pueda reposar tranquilo un asesino?

—Y dónde está? Quién es este asesino?

—Quién? Yo.

—Tú? Válgame la corte celestial! Por dónde andarán esos molinos de viento que se te antojan gigantes? Qué lástima de meollo si se te quedan vacías las seseras!

—No te burles. Mis víctimas están aquí. Tal vez nos oyen, porque ellas existen todavía. Ah! si la muerte acabase con todo! si fuera del polvo no quedase nada! Mas, ello no es así. Crees tú, Federico, que unos huesos carcomidos podrian despertar en mi corazon tan atroces remordimientos? Tendrian ese poder oculto, ese inaudito magnetismo que á intérvalos me arrastra, me obliga á venir aquí á pasar la noche en medio de una espantosa lobreguez y de un silencio mas espantoso todavía?

—Pero para qué? preguntó asombrado Federico.

—Para rogar por las almas de aquellos cuya vida en flor he segado, para implorar su perdon, para atestiguarles mi arrepentimiento.

—Conde, conde, qué ideas son las tuyas! Es esto supersticion ó simpleza? Mira que todavía te encuentras en tu cabal juicio; mas si no lo remedias se te va la cabeza á toda brida. No te pudras por lo que se está pudriendo. El muerto á la cava y el vivo á la hogaza. Qué diablos! eres jóven, eres rico, goza de la vida...

—Y despues?

—Se te ha encasquetado el *despues*. Despues será... que sé yo qué será? Dejémoslo para cuando llegue el caso; pero ahora esplícame el motivo de esta escentricidad tan inesperada. Dime qué misterio encierra tu vida.

—Te lo diré todo. Tú eres un amigo de confianza, siéntate á mi lado y escucha.

Entónces aquel desgraciado, con frases si desnudas de correccion y aliño no de sensibilidad y energía, relató brevemente á Federico una historia de amores cuyo trágico de-

Digitized by Google

senlace habia dado origen á esta especie de trastorno mental que de vez en cuando padecia. Traia clavado en su conciencia un aguijon que al removerse le desgarraba el pecho con sus atroces punzaduras, y parecíale encontrar, y encontraba en efecto, pasagero alivio derramando junto á las cenizas de sus víctimas las dolorosas lágrimas de su arrepentimiento. Esta era la terrible espiacion que mas adelante se impuso para calmar los accesos de su desesperacion sombría. Llevado del ardor de la juventud se habia enamorado ciegamente de una señorita de aquellas cercanías, tan rica de candor y de belleza como pobre en bienes de fortuna. Al verse correspondido le prometió sinceramente el casarse con ella, abandonándose á los arrebatos del sentimiento sin reparar en la gravedad de su compromiso. Creian ambos de buena fe en la eternidad de las ilusiones, cerraron los ojos á los tristes ejemplos de la instabilidad humana, y para saborear con mayor delicia los encantos de su pasion la rodearon con las sombras del misterio. Todas estas circunstancias bastan, señores, para que no estrañeis el que la infeliz doncella atestiguase con una lamentable debilidad su amor y su inesperiencia. La pasion del conde, que todavía no lo era, siguió por algun tiempo su curso ascendente, pero pronto empezó á declinar como el sol despues del medio dia; porque esto ya se sabe, tras del hervor por alcanzar, viene la tibieza por haber alcanzado. La muger amada en tanto que resiste es una reina, luego que se rinde abdica, y trasformándose en sierva se espone como tal á ser despedida. Esto es lo que aconteció con la pobre muchacha. Su amante descubrió un partido sobremanera ventajoso, y resolvió aprovecharse de las circuntancias que le favorecian. El cálculo reemplazaba á la amortiguada ilusion. Al volver la vista hácia atras ya no veia mas que un capricho juvenil plenamente satisfecho; y halagada su vanidad con la esperanza de un título, tentada su codicia con la perspectiva de la opulencia, y sobre todo deslumbrado por la admirable hermosura de la condesa, que al provocador aliciente de la novedad reunia la per-

Digitized by Google

feccion mas esquisita, ni siquiera titubeó en saltar la valla que se habia fabricado con sus juramentos. Estorbábanle sus relaciones amorosas, y se decidió á romperlas completamente. La incauta jóven ántes que la sospecha tuvo la noticia de su desventura: su amante fué á verla por última vez, y se despidió de ella para marcharse á la ciudad sin ocultarle sus ulteriores designios. Todo estaba consumado. Un rayo que hubiese caido á sus piés no le hubiera producido un sacudimiento moral mas espantoso.

Pasaron algunas semanas, y el futuro conde navegaba viento en popa siguiendo el rumbo que le trazaban sus deseos, cuando se le presentó un apuesto mancebo que esforzándose en disimular su turbacion y pesadumbre le dijo:

—Me conoce V?

—No tengo el honor.

—Vengo á decirle que mi hermana se halla gravemente enferma.

—Como no soy médico...

—Pero por desdicha en la mano de V. está su salud.

—Verdaderamente es desdicha, porque me es imposible de todo punto obrar tales milagros.

—Imposible! esclamó el jóven con un acento lleno de terror y angustia.

—No hay que desesperarse por esto, amigo mio, ella curará sin mis ausilios.

—Y quién sino vos puede volverle su honra? Su honra que es su vida, lo entendeis, caballero?

El pobre hermano instó, suplicó, reiteró sus argumentos, apuró todos los recursos de su elocuencia, se echó de rodillas, derramó lágrimas; pero todo en valde. Nada pudo ablandar al pérfido amante, que habiendo logrado sofocar un primer movimiento de compasion, y aun si se quiere un recuerdo de tierno cariño, parecia revestido de una coraza impenetrable á todos los tiros. Entónces en el pecho del jóven la indignacion se sobrepuso al dolor, y estalló en espresiones que lastimaron el orgullo de su antagonista, quien apro-

Digitized by Google

vechando la ocasion de dar otro sesgo á la enojosa plática, con aire ceñudo le contestó:

—Caballero! cuando á mí no me hacen mella los ruegos, creeis que podrán intimidarme las amenazas? Si acudís al amparo de las leyes, dónde están las pruebas? Si preferis otro terreno...

—Dónde están mis armas? vais á decir. Vos conoceis su manejo, y yo no conozco mas que el de los libros. Vos sois un escelente tirador, y yo un mero licenciado en jurisprudencia. Pero, porque os ha dotado Dios de fuerza en la muñeca, creeis que ha de seros lícito atropellar á débiles mugeres, á hombres pacíficos é inofensivos? No es verdad que seria un hecho heróico, despues de haber ultrajado á mi infeliz hermana, dejarme á mí, su único apoyo, tendido en el campo, ó lisiado siquiera para que toda la vida os agradeciese el favor de no haberme asesinado? Ah! bien lo conozco. Seguro de una fácil victoria os gustaria armar un escándalo, para que todo el mundo rastrease el motivo y llegase á ser público lo que solo ahora vos y yo conocemos. No, no ha de ser así.

Y volviendo de repente la espalda cogió el sombrero y se marchó.

Respiró el conde, y al ver que pasaban dias sin que le importunase de nuevo el mancebo, llegó á persuadirse que su hermana se habia resignado á su triste suerte, y con esta conviccion postiza trató de justificar su dureza y olvido. En cuanto á los gritos de su conciencia no tenia tiempo de oirlos embelesado con los suaves acentos de su futura. Pero al cabo de un mes hallándose en un café se le acercó el jóven á guisa de aterrador espectro, y sentándose á su lado con sosegado rostro, con ademan indiferente, y con una inflexion de voz que no revelaba la menor emocion le dijo al oido:

—Mi hermana se encuentra ya moribunda.

—No será tanto. Seria mucha ocurrencia la de morirse por una cosa de que se tropieza con un ejemplar á cada paso. No le prometí un dote bastante crecido?

Digitized by Google

—Oro?

—Pues qué mas quiere?

—Vuestra mano.

—Esto nunca.

—Es vuestra última resolucion?

—La última.

—Está bien.

Comprendió el conde que aquella calma aparente era mas horrible que la tempestad mas deshecha, y para salir del aprieto llamó á un compañero y le dijo: vamos á echar un tresillo?

—Con mucho gusto, respondió el otro, que era un capitan de artillería.

—Entónces Vds. me harán el obsequio de permitirme que les sirva de tercero, saltó el letrado.

—V. no podria ménos de honrarnos con ello, repuso el capitan.

El conde se estremeció conociendo que la buena educacion no le permitia negarse á su demanda.

Solos en un gabinete del café entablaron la partida. El jóven jugaba como si á duras penas conociese las leyes del tresillo, cometiendo torpezas inesplicables que despues trataba de justificar con argucias incomprensibles, y quejándose amenudo con groseras imprecaciones de la mala suerte que le perseguia. El capitan no veia en aquello mas que ignorancia del juego, falta de mundo y sobra de apego al dinero; pero el conde, sobre quien recaian las ganancias, creia dar mas en el blanco atribuyéndolo al despecho, que naturalmente debia haberle acalorado la sangre y perturbado la cabeza. Hubiera preferido perder para dispensarse de continuar la partida; pero hizo la casualidad que una vez arrastrase de espada, y el jóven sirviendo con la mala, que sola se habia dejado, se levantó enfurecido y despidiendo chispas de sus ojos esclamó:

—Me está V. mirando las cartas, y, voto al diablo que no es esta la vez primera.

Digitized by Google

—Quién? Yo? respondió el conde desconcertado con aquel apóstrofe tan imprevisto como absurdo.

—V. ¿Cómo no ganar viendo las cartas del contrario? Se figura V. que me caliento los cascos revolviendo espedientes para que me pillen así el dinero? Yo no me valgo de fullerías; pero trato así á los que de ellas se valen.

Y diciendo y haciendo cogió una baraja y la tiró al rostro de su enemigo.

—Infame! gritó el conde fuera de sí.

—V. me llama infame? V.? Seria V. capaz de repetir esta palabra clavando sus ojos en los mios?

El conde inclinó su vista al suelo miéntras su adversario, pasando con una rápida é incomprensible transicion del furor á la calma, dijo:

—El mal está hecho; pero, oiga V., yo no soy de los que se vuelven atras. Esta noche mis testigos irán á recibir las órdenes de V.

—Se entenderán con este caballero y un amigo suyo, dijo el conde con temblorosa voz señalando al capitan, y volviéndose mas pálido que la cera.

—Qué prisa lleva V.! dijo el capitan.

—Le parece á V. que no hacen daño las cartas? replicó el jóven. Y si son de amores! añadió despues riéndose de una manera estravagante.

—Pues si esto no tiene otro remedio, continuó el capitan, sepamos qué armas prefieren Vds.

—El sable... el florete... dijo el conde con el tono de un sentenciado á quien diesen á escoger el género de muerte.

—Qué sables ni qué floretes? Seria yo capaz de cogerlos por la punta. Oh! no. El juicio de Dios. La pistola, dijo el jóven reproduciendo su siniestra carcajada.

—Sea pues, dijo el conde con voz apenas perceptible.

Encaminándose la mañana siguiente á un lugar solitario dijole al conde uno de sus testigos: He sabido que este jóven hace quince dias que desde el amanecer hasta que falta la luz, se está ensayando en el tiro de pistola, y de cada diez

Digitized by Google

veces que dispara acierta nueve en el blanco. Es menester ir con cuidado y no pararse en chiquitas.

Llegado al sitio miéntras los padrinos arreglaban los preliminares, acercóse el jóven á su adversario y le dijo:

—Voy á pediros perdon de rodillas, voy á desdecirme públicamente de mi suposicion calumniosa, voy á ser tenido por ruin y cobarde, voy á daros mi honra por la de mi hermana, si me prometeis casaros con ella.

—Es imposible.

—Pues entónces matar ó morir.

Aproximándose entónces á los padrinos, dijo el capitan:

—Vamos á ver quién debe tirar primero.

—Decídalo la suerte, se apresuró á decir el mancebo.

—Decídalo la suerte, repitió el conde como un autómata.

El de artillería sacó un duro del bolsillo, y el jóven esclamó: Cruz.

Y tirada al aire la moneda, el capitan miró al suelo y contestó: Cara.

El jóven se llevó la mano á la cabeza, se arrancó un mechon de cabellos, y se plantó como un poste en el punto señalado. El conde empuñó el arma fatal: temblábale el pulso, pero la inminencia del peligro prodújole una reaccion bastante poderosa para afianzar el brazo, y disparó á la seña convenida. Su adversario cayó redondo como que la bala le habia atravesado el corazon.

—Fatalidad! murmuró el vencedor arrojando la pistola cual si el fogonazo le quemara la mano.

—Ha sido una desdicha, pero os habeis batido en regla, dijo uno de los padrinos del letrado. Pobre amigo mio! Aquí no hay mas sino cerrar el pico, echar tierra al asunto y meter ese cadáver en el coche para llevarlo á su pueblo, donde mi amigo, que ha muerto como Vds. saben de una apoplegia fulminante, me indicó deseaba ser enterrado.

Así se hizo. El sangriento drama fué relegado al olvido ántes de pertenecer al dominio público, y á los pocos dias la abandonada jóven yacia al lado de su hermano, y su pérfi-

Digitized by Google

do amante entre los esplendores de la pompa y las emociones del placer recibia al pié de los altares la mano de la condesa.

—*Diávolo!* esclamó Alfredo. Por dónde se nos ha descolgado el D. Juan Tenorio! Quién habia de figurarse que tal seria este conde Dirlos, este marido agricultor con todos los síntomas de predestinado!

—Pues ya que tan liso y llano se confesó con Federico, añadió uno de sus compañeros, es claro que este no dejaria de imponerle la penitencia que de antemano le tenia preparada.

—Bien merecida tenia la condecoracion siquiera por sus hazañas anteriores. Por mi fe que peor librados salieron de sus manos el jurista y su pobre hermana.

Esta circunstanciada al par que trágica narracion, prosiguió el desconocido, á tales horas y en tal sitio hecha, no pudo ménos de impresionar vivamente á Federico. La decoracion de la escena tenia por fuerza que aumentar el terror del drama. Referida por mí está muy léjos de producir una mínima parte del efecto que debió de causar el oirla de los lábios mismos del protagonista. Bien comprendió Federico que si algun desconcierto habia en el cérebro del conde, que si una estravagancia era lo que estaba haciendo, no dejaba de tener motivo con que disculparla. Comprendió que si las leyes del mundo podian absolverle, podia haber tambien un tribunal superior ménos condescendiente que no confirmase el fallo absolutorio. Comprendió que estaria muy fuera de su lugar un tono de ligereza y de ironía, y por lo mismo con las mejores razones que supo trató de consolarle, y sobre todo de arrancarle de aquel sitio. Ofrecióse á torcer su camino, segun decia, y acompañarle hasta la quinta; pero el conde repuso que no queria ir allá hasta sentirse con el espíritu mas tranquilo, y que necesitando tiempo para lograrlo pasaria el resto de la noche y todo el dia siguiente en la posada de un pueblo cercano, puesto que ya conocia la duracion ordinaria de aquellos accesos de fiebre moral que á intérvalos le atacaba.

Digitized by Google

—Mejor que mejor, dijo para sí Federico, que no habia renunciado á sus proyectos.

Entónces el conde alzando la linterna buscó y cogió una agalla de ciprés que entregó á Federico diciéndole:

—Toma esto. Los años que te llevo dan cierto derecho á mi amistad para tener algo de paternal con respecto á tí. Te he confiado mi historia; que á lo ménos te sirva de leccion y escarmiento. Si alguna vez por desdicha te ves acosado de un mal pensamiento, si te empuja alguna pasion desreglada, consulta esta pequeña nuez. Tráigate ella á la memoria no mis crímenes sino mis remordimientos. Llévala siempre contigo: escucha su lenguaje simbólico, que sin duda será la voz de tu ángel bueno.

Federico no vió en aquello mas que una puerilidad supersticiosa, y echándosela maquinalmente en el bolsillo se dirigieron ambos á una encrucijada donde cada uno tomó por diferente camino.

Impaciente por recobrar el tiempo perdido Federico hincaba la espuela en su cabalgadura; pero su acelerado movimiento no bastaba ya para sacudir las ideas y sentimientos de diverso orígen que en su mente se empujaban y revolvian. Pugnaba por fijarse en el objeto de su pasion; pero la seductora imágen de la condesa no ocupaba ya sola su pensamiento. Retratábanse en su fantasía las escenas que habia oido y las que acababa de presenciar, y por mas que tachase estas de exageracion no podia dejar de creer en la existencia de los remordimientos. Y ¿qué significaria el remordimiento en un sistema en que se prescindiese enteramente de las verdades de un órden sobrenatural y religioso? Federico no era un incrédulo: su escepticismo no pasaba de práctico. En la disipacion de su vida, ó á causa de ella, sus creencias estaban profundamente dormidas, pero no muertas. Lo que habia visto fué una especie de sacudida que las despertó. Así es que empezaron á asediarle sérias consideraciones que por su misma novedad se le presentaban con mayor energía. Y para desembarazarse de ellas saborcaba de antemano los pla-

Digitized by Google

ceres que le prometian sus esperanzas. En tal sazon hubiera querido ser ateo; hubiera querido poder negar á Dios, negar la virtud, negar el alma: hubiera querido ser todo carne y hueso, pero conocia que no lo era. Trabada y encarnizada esta lucha en su interior, llegó á lo alto de una colina, y parándose un momento descubrió á lo léjos una débil luz que brillaba al través de los cristales de la cámara de la condesa. Me espera! me espera! esclamó entusiasmado. Este es mi Rubicon: *Jacta est alea.* Y como si creyese que arrojaria de una vez todos los pensamientos que le incomodaban arrojando la nuez que en el bolsillo tenia, sacóla con ánimo de hacerlo; al estrecharla temblóle la mano, y las palabras del conde resonaron en su memoria. No, dijo: no quiero desoir la voz de mi ángel bueno. Y torciendo las riendas volvió se de espaldas á la quinta, ahogó un suspiro, guardóse la nuez y clavando las espuelas en los hijares del caballo desandó su camino mas que nunca cabizbajo y pensativo.

Un acto de valor no siempre es suficiente para alcanzar una victoria completa. Federico traia dentro de sí á su enemigo, y no habia bastante con un solo golpe para vencerle, para destruirle y anonadarle; á mas de que, herirle era desgarrarse con sus propias uñas el corazon. Su lucha era de todos los momentos. Si mil veces se felicitaba, tambien mil veces se arrepentia de haber cedido á la voz de la maldita agalla, como él decia, revolviéndose contra ella, como el perro contra la piedra que se le ha tirado; pero las escenas cifradas en ella no se despintaban de su memoria, y á favor del tiempo y de la ausencia es preciso confesar que su funesta pasion iba de vencida. Aconteció en esto que por cumplir con los deberes de su gerarquia se vió obligado á concurrir á un sarao, sin que le ocurriese la menor sospecha de que allí encontraria á la condesa. Verla, volverse de cien colores, sentir un estremecimiento nervioso en todo su cuerpo, conocer que se le abrasaban juntos el corazon y el rostro, y perder el dominio que sobre sí mismo ejercia fué todo obra de un momento. Cómo resistir á ese ataque inespe-

Digitized by Google

rado? La hermosura de la condesa siempre deslumbradora, lo estaba entónces cien y cien veces mas por la riqueza y el gusto de sus joyas y atavíos. Federico salió del salon, volvió á entrar, quiso salir de nuevo, se metió entre el concurso, entabló coloquios con sus amigos; pero sus ojos permanecian fijos en el bellísimo rostro de la condesa. La fascinacion era completa. Entónces las argucias de la pasion le demostraron como acto indispensable de buena educacion el acercarse á saludarla, y lo hizo, y ella le contestaba con monosílabos sin poder disimular la indignacion que en su pecho hervia. Comprendió Federico que el afecto de la condesa no se habia desvanecido, y esperó de nuevo su codiciado triunfo. Le pidió la primer contradanza, y ella con visibles muestras de disgusto, aunque con voz temblorosa, le dijo que estaba comprometida. Mas al pronunciar Federico las primeras palabras para despedirse, ella le dijo: Ah! no, no es esta, me equivocaba, admito el obsequio. Federico se hallaba en la gloria: creia haber pasado esta vez el Rubicon. Terminada la contradanza oyó á la condesa que en voz baja le decia: «sois un mal caballero, sé que mi carta llegó á vuestras manos, necesito esplicaciones.» Iba á contestar pidiendo una cita; pero cabalmente su mano rozó con el bolsillo del chaleco donde traia la agalla de ciprés, y acordándose instantáneamente de su historia dijo: «Condesa, no debemos vernos mas en la tierra.» Y en efecto así sucedió, saliendo Federico inmediatamente del salon del baile, á los pocos minutos de la casa, y á las pocas horas de la ciudad en que esto aconteciera.

Callaba el desconocido, y al cabo de un rato uno de los jóvenes saltó diciendo:

—Paréceme que V. será partidario de la filosofía que admite grandes efectos como resultado de pequeñas causas?

—No he parado mientes en la filosofía de esta historia. Si algo probase seria una vulgaridad, la del simbolismo que cabe en cosas tan pequeñas é insignificantes como esta.

Y sacándola del bolsillo, echó sobre la mesa una seca

Digitized by Google

y resquebrajada nuez, que cogieron y miraron aquellos jóvenes con respeto como si fuese una reliquia santa.

—Ya lo veis, señores, continuó el desconocido, esto, prescindiendo ahora de mas elevadas consideraciones, preservó á mi amigo de crueles remordimientos, ó de una desgracia peor todavía, que es la de no sentirlos habiendo dado motivo para ello.

—Y cuál es la gracia de V.? preguntó Alfredo.

—Blas de Valdivieso para servir á Vd.?

—Blas! nombre poco poético. Ahora comprendo...

—Bah! ignora V. el proverbio frances: *Le nom ne fait rien á la chose?* repuso el desconocido á quien ya podemos llamar D. Blas, ó si se quiere Federico.

Y recogida la nuez saludó cortesmente, salió del café, y puesto el pensamiento en aquella pequeña bolita, de la que el Señor se habia valido para romper su cadena de liviandades, y preservarle de nuevas y graves culpas, esclamó en su interior: Bendita sea! *quia eripuit ánimam meam de morte, óculos meos à lácrymis, pedes meos à lapsu.*

Digitized by Google

XI.

EL CARBONERO DE LA ERMITA.

I.

Andadas unas tres leguas hácia poniente, como si se fuera á buscar no el manantial sino el principio del guijeño cauce por donde, turbias ó cristalinas, se deslizan las aguas que poco ántes de confundirse en las salobres de nuestra bahía saludan humildes los muros de la capital de las Baleares, encuéntrase un ameno sitio que bien puede competir con los mas deliciosos y pintorescos de la isla. Pródiga estuvo con él la naturaleza, y el arte no le desdeñó sus ausilios para que en cierto modo la mano del hombre completase la obra del Creador. Es una estrecha cañada que forman contrapuestas dos ásperas laderas de una montaña, la cual doblándose á manera de brazo recogido flanquea el lecho de un arroyo, que nacido en la cumbre, desde sus primeros y mal seguros pasos tropieza con un formidable precipicio. No ya barranco sino tajada peña, desde cuyas grietas cuei-

Digitized by Google

gan festones de yedra y lentisco, es el ángulo que reune las dos vertientes, cubiertas de robusta vejetacion para disimular y aun embellecer su natural fragosidad y aspereza. Magnífico tiene que ser despues de improviso turbion aquel salto de agua, con cuyos rumores diríase que se arrulla el tierno riachuelo al tenderse, como un niño, en su cuna bordada de arrayanes y de frondosos álamos cobijada. Pero á pesar de lo grato que es allí el inesperado contraste de la pompa salvaje de la naturaleza con las verdes galas del cultivo, á caprichos de la fortuna mas bien que á falta de merecimiento, debe atribuirse el que este sitio no disfrute de mayor reputacion y nombradía. El album de los artistas no ha copiado sus variadas perspectivas: la lira de los poetas no ha cantado sus halagüeñas emociones. Pocos son los viageros que vayan á reposar bajo el fresco emparrado de un antiguo cenador, á la sombra de aquellos erguidos peñascos en que el agua ha labrado vistosos doseletes, en que la yedra se encarama cubriéndolos de anchos tapices. Lamentable en cierto modo es la soledad de aquella soledad, porque el himno perpétuo de la naturaleza es como una armonía incompleta sin el concurso de la voz humana. Llévanse las brisas el aroma de la selva, piérdese en el espacio el concento de las avecillas, ostentan en vano sus diversos matices las flores, y falta allí el hombre para recojer estas delicias que tan dulcemente conmueven su corazon ó despliegan las alas de su fantasía. Y esto que ninguno ha salido sin darse el parabien de su sorpresa, ó sin haber esperimentado un nuevo deleite en la repeticion de sus pasadas impresiones. Así pudiera decirse que este sitio, semejante á una doncella no perseguida de curiosas miradas, conserva á la vez intactas su hermosura y su recato.

El camino que conduce á tan delicioso parage truécase en enriscado vericueto, que retorciéndose por una de las vertientes, se eleva hasta una especie de rellano de suelo desigual y á trechos cultivable, donde por cima de las cenicientas copas de los olivos jaspeadas con el lustroso verde de

Digitized by Google

los algarrobos asoman las paredes de una pequeña ermita situada á la vera de un bosque, que encaramándose todavía mas, corona de seculares encinas la cresta de aquella montaña. Como una idea relegada al olvido en un rincon de la memoria, estas paredes abandonadas en medio del desierto recuerdan apenas los no lejanos dias en que unos pocos moradores las habitaban, viviendo del pan de la limosna, y repartiendo sus horas entre el rezo y el trabajo de sus manos. Gente rústica y sencilla que no conocia mas necesidades de la vida que la de asegurar una dichosa muerte, que se anidaba en las alturas de la tierra porque sus únicas aspiraciones se dirigian al cielo, que desprendida del mundo no conservaba mas lazo que el de la caridad para rogar por la salvacion de sus hermanos, y agradecerles como pobre el socorro que de otros pobres recibia.

Hoy solo interrumpen allí el canto de las aves los monótonos y acompasados golpes de la segur que monda el sombrío encinar, manejada por vigorosos carboneros que tan solitarios como los antiguos ermitaños ganan su frugal subsistencia á costa de tan ímproba tarea. Penosa y ruda profesion que quizás por despecho ó quizás por una especie de ascetismo, habia escogido no hace muchos años un jóven campesino, quien sin llegar á ser un carácter escepcional ó un tipo de varonil hermosura merecia con todo llamar la atencion de los observadores. Faltábanle algunos para rayar en los treinta, y si en su talle y fisonomía conservaba fresca las seducciones de la juventud, por la gravedad de sus costumbres podia sentarse entre los que le duplicaban los años. Ninguna hija de labrador hubiera pospuesto sus obsequios á los de otro galan: ninguna hubiera desdeñado la mirada de sus negros ojos por miedo á la negrura de sus encallecidas manos. Pero su pecho libre ya de ilusiones juveniles asemejábase por lo frio al suelo circular de antigua carbonera donde asoma la yerba por entre los residuos de menudo cisco. Nunca se le veia en corrillos de amigos, ni en bailes de boda, ni siquiera en las corridas de hombres y de ca-

Digitized by Google

ballos, diversion tan popular en aquellos contornos, y donde hubiera sido formidable rival de los mas ligeros corredores. Si bajaba á la poblacion era únicamente para asistir á la iglesia, para prestar gratuito ausilio á quien de el necesitase, ó para atender á las ocurrencias de su oficio. Su distraccion cotidiana, si distraccion puede llamarse, reducíase á promediar el trabajo y el descanso con la lectura de un libro piadoso que de puro repetida llegaba á saberlo de memoria. Sentado á la puerta de su choza de ramas, y fumando su pipa leia á ratos, y á ratos cruzábase de brazos y doblando la cabeza entregábase tal vez á tristes recuerdos de lo pasado. Ah! pocos eran los que sabian cuan deliciosa imágen evocaba en aquella especie de artificial ensueño!

Quien sin datos anteriores se empeñase en adivinar su historia tomaríale mas bien por un lego esclaustrado que por un licenciado del ejército como realmente lo era. La sinceridad y firmeza de sus sentimientos religiosos daba márgen á tales congeturas; mas no se crea por esto que el ceño arrugara su frente, que fuese adusto en sus modales, ni que afectara un lenguaje místico ó desabrido. Su conversacion vulgar y sencilla adaptábase al tono de ligeras bromas, y sabia plácidamente sonreirse alguna vez que se le decia:

—Arnaldo, cuando te casas? Conozco mas de dos chicas que están impacientes por bailar en tus bodas; pero me temo que se han de llevar chasco, porque eres mas esquivo que un huron ya que no seas tan tímido como un conejo.

—Con el tiempo maduran las brevas, que no es á mí á quien toca elegir el dia.

—Con qué ya tienes novia? Y qué tal es ella?

—A decir verdad no le sobran carnes. Está mas seca que la hojarasca de una encina cortada hace diez años.

—Así te será mas fácil mantenerla.

—Si no fuese tan tragona! Es capaz de engullirse en tres dias un regimiento entero.

—De buena hermosura te has prendado.

Digitized by Google

—Hermosura? á todo el mundo le parece fea.

—Entónces debe de ser rica.

—No trae anillos ni cadena de oro; pero tiene reloj.

—Tanto le interesa saber la hora?

—En este punto engaña á todos, y nadie le engaña á ella.

—Qué cosas tienes, Arnaldo! lástima que no hayas sabido escoger con mas acierto.

Cerraba entónces el carbonero sus labios; pero un grito de dolor desgarraba sordamente su pecho: Ah! sí, se decia. Si hubiera sabido escoger no tendria ahora el corazon tan negro como las manos.

Nacido en la pequeña aldea, que al traspasar el frondoso bosque donde ejercia su oficio, aparece como sumida en el fondo de un abismo, no habia cumplido aun los veinte años cuando ya se le tenia por uno de los jornaleros mas forzudos é inteligentes en cualquiera de las faenas del campo. Así dirigia una yunta de mulas como hacia dar vueltas á la rosca y levantaba solo la enorme piedra de una almazara: así entendia de podar una vid ó desmochar un olivo como de redondear la copa de un pino ó enjertar un algarrobo: así manejaba la hoz para abatir el trigo como la pala para aventarlo en las eras. Con algunos rudimentos de instruccion primaria tenia ademas la gracia de puntear un guitarrillo y cautivar á los oyentes con las festivas coplas que él mismo improvisaba. Querido de los ancianos por su amor al trabajo, de los compañeros por su buen humor, qué mucho que lo fuese todavía mas de las muchachas casaderas, que le arrojaban á hurtadillas codiciosas miradas y escuchaban con íntima complacencia sus triviales galanterías! De este modo teniendo por único patrimonio su salud y sus brazos, entregábase á las esperanzas de un porvenir halagüeño sin que le arredrasen los imprescindibles sinsabores de una soportable pobreza. Pero un dia cayó la primera lágrima de sus ojos: aquella mañana habia puesto la mano en la urna del sorteo, y un número fatal trastornaba de repente sus proyectos, destruia su dicha ó cuando ménos le

Digitized by Google

señalaba un plazo sobrado largo á sus deseos.

Porque Arnaldo estaba ciegamente enamorado. Muchas saetas despuntadas le habian rozado el corazon; peró otra mas aguda habia sido bastante dichosa para clavarse en su centro. Paulita, aunque no pasaba de ser una hermosura vulgar, era la mas garbosa, la mas peripuesta, la mas ladina de aquella pobre aldegüela. Siguiendo añejas supersticiones decíase que en virtud de su nombre y de haber nacido el dia de la conversion de San Pablo, estaba dotada de un poder misterioso contra los animales dañinos; pero es lo cierto que cualidades mas sensibles la hacian bastante hechicera para cautivar á séres racionales. Sus negros y chispeantes ojos, su poblada cabellera, su aterciopelada mejilla eran suficientes para encender el capricho de un ciudadano, su vivacidad y gracejo para traer embelesado á un campesino. Las impresiones de los sentidos no habian permitido al amartelado jóven sondear el corazon de la que tantas veces le habia jurado ser suya, bien que tales juramentos solo podian pasar por solemnes en la liturgía de los enamorados.

Pobres ambos no habia para que cansarse en discurrir medios de conjurar su adverso destino. Las cabilaciones de Arnaldo hubieran sido tan infructuosas como el llanto de Paula, y supuesto que no le era posible obtener quien le reemplazara en el servicio de las armas, el jóven hizo de la necesidad virtud, acostumbróse á la resignacion, y empezó á familiarizarse con la idea de su futuro género de vida, aprovechando interinamente los restos de su libertad para menudear visitas al objeto de sus amores.

Rato hacia que el sol sepultara su disco en las ondas que baten las peñascosas orillas de aquel pueblo: una hermosísima luna, que brillaba con toda la magnificencia de su plenitud, cernia sus argentinos rayos por entre las inquietas hojas de unos alamos, cuyo blando susurro acompañaba el rumor de un manso torrente que sus piés lamia. En él derramaba sus aguas sobrantes el pilon de una fuente, junto á la cual se hallaba sentada, con un enorme cántaro al lado,

Digitized by Google

una bonita muchacha que pudiera compararse á otra Rebeca aguardando á un nuevo Eliezer. Y este era el mismo Arnaldo que punteando su guitarrillo, y como si no acertara á templarlo, enderezaba sus pasos á una de las enriscadas casuchas que forman la poblacion, amontonadas sin órden ni concierto al rededor de un vetusto oratorio, pegado á una mas antigua torre que en otros tiempos sirvió de guarida y refugio al vecindario sorprendido por alguna pirática invasion de sarracenos.

—Vaya, Irene, que no es mala cantarilla esa. Apostaria á que llena pesa mas que tú. Ya que mi buena estrella me ha traido tan á tiempo quiero llevártela y acompañarte á tu casa.

—Vas á otro punto Arnaldo, y admitir tu favor seria hacerte perder camino.

—Y esto qué importa? Debo acostumbrarme á marchas largas, y de seguro no tan agradables como la que disfrutaré á tu lado.

Y llenando el cántaro y cargándoselo en el hombro, echó á andar en direccion á una casita aislada en las afueras del pueblo. Seguíale Irene, pero con tal pausa y lentitud que bastaba ser suspicaces sin llegar á maliciosos para adivinar su deseo de prolongar la duracion de aquella marcha.

—Al paso que vamos, dijo Arnaldo, pudiéramos guiar una comitiva de tortugas y caracoles. Si hubiésemos de ir hasta el santuario de *Lluch* no llegábamos en quince dias.

—A pié descalzo iria yo si...

—Qué?

—Si la Vírgen... pero, sabes que eres muy curioso, Arnaldo? Y no prometieras ir allá si Dios te hiciese la gracia de librarte del servicio?

—Hija, nadie se escapa del influjo de su planeta. Este ha sido el mio, y no hay sino encogerse de hombros, agarrar un fusil y ver á qué sabe el pan de municion.

—Y no te gustaria mas el de tu casa?

—Por negro y duro que fuese.

Digitized by Google

—Pues... en este mundo todo tiene remedio fuera de la muerte, y... si quisieras... tal vez... poniendo un sustituto...

—Un sustituto? Sabes lo que dices, Irene? De dónde quieres que saque el dinero, á no ser que conozcas el sitio de algún tesoro encantado? Dímelo, y te aseguro que primero se cansarán los azadones de romper piedras que yo de cavar las entrañas de la tierra. Si fuese verdad lo de aquella muger á quien apareció una serpiente, gruesa como este cántaro, y le prometió hacerla rica si le traia una rebanada de pan bendito, si fuese verdad y ahora me apareciese á mí no temas que me volviese atrás aunque echase llamas por los ojos y me enseñase tres hileras de dientes. Pero estos son cuentos de viejas, buenos solamente para referidos al amor de la lumbre en noches de truenos y centellas.

—Y si hubiese alguno que te lo prestara?

—No creas que haya santo en el cielo que obre este género de milagros.

—Y si fuese una persona que yo conozco... una muger de este pueblo?

—Diria que es una santa en la tierra, me arrodillaria á sus plantas, le besaria los piés, le estaria agradecido toda mi vida, seria suyo en cuerpo y alma.

—Oh! no digas una santa, no... pero, Arnaldo, Arnaldo, escúchame.

La emocion que esperimentaba la interesante jóven obligóla á sentarse en una piedra de un bancal desmoronado, miéntras su compañero dejando el cántaro en el suelo permanecia de pié escuchándola con tanta avidez como sorpresa.

—Si me prometieras ser callado, continuó aquella, tan callado como el sacerdote que nos oye en confesion, te comunicaria un secreto que ni aun á mi madre lo he revelado.

Este nombre daba á su nodriza, que en efecto la queria tan entrañablemente como si lo fuera.

—Haz cuenta que me he vuelto mudo, ó que arrojas una piedra en la mas profunda sima de esta comarca.

Digitized by Google

—Ya sabes que soy una pobre huérfana... ménos aun que huérfana y pobre. No conozco á mis padres, ni tengo esperanzas de conocerlos, y si algunas conservaba del todo se han desvanecido. No hace dos meses que me encontré al Sr. Vicario que habia salido á dar un paseo, y cuando fuí á besarle la mano me insinuó que tenia que hablar á solas conmigo. No sé que vuelco me dió el corazon. Aquella noche la pasé forjándome toda clase de quimeras y desvaríos. La tarde siguiente mi madre se fué al monte á bajar un haz de leña, y vino el Vicario á casa y me entregó un cucurucho de papel que contenia doce onzas de oro y algunos escuditos. Doce onzas, Arnaldo! Esto, me dijo, es tuyo, esclusivamente tuyo, y no hay necesidad de que nadie sepa que tienes este dinero: te lo envia tu padre para que te sirva de dote y labres con él la fortuna de tu marido. Guárdalo por ahora que es tu única herencia.—Y mi padre, dónde está? Quién es mi padre? esclamé en seguida. Mis lágrimas eran tan gruesas como las cuentas de mi rosario.—Hija mia, me contestó el Vicario, tú debes rezar con mas devocion que los demas cuando dices: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Tu padre en la tierra tengo para mí que ha muerto, y creo imposible de averiguar quién haya sido, segun se esplican en una carta que recibí del continente sin firma ni lugar de la fecha. Ponte bajo el amparo de la Vírgen del Cármen cuyo escapulario llevas, y puesto que no la has conocido en la tierra piensa que tienes una madre en el cielo que es la mas tierna y amorosa de todas las madres.

—Pobre Irene! Y cómo llegó esta cantidad á manos del señor Vicario?

—En un billete de banco incluso en la carta, y él mismo fué á la ciudad adrede para cambiarlo. Ya lo ves. Ahora pudiera decir que soy rica si no fuese cosa tan triste el poseer esta riqueza; pero, qué he de hacer yo de tanto dinero? De qué me sirve tenerlo guardado? Si es mio, esclusivamente mio, nadie tiene derecho á pedirme cuentas y puedo disponer de él como se me antoje. Yo quiero prestártelo sin in-

Digitized by Google

teres alguno para que redimas tu suerte. No quiero mas réditos que tu felicidad.... y tu silencio.

—De todas maneras seria preciso devolvértelo, y ¿dónde encontraré recursos para hacerlo?

—Me lo devolverás cuando puedas, y.... del modo que puedas.

—Y si nunca puedo?

—Nunca, Arnaldo? dijo la jóven dando una estraña inflexion á su pregunta.

—Nunca podré allegar una cantidad tan crecida.

—Pues... entónces... tal dia hará un año. Pobre he vivido, pobre viviré, que por cierto mi mayor pesadumbre no ha sido la pobreza. Aceptas?

Moralmente deslumbrado por la brillantez de aquel súbito ofrecimiento, de cuya sinceridad no le cabia duda, y de cuyo móvil no abrigaba la menor sospecha, Arnaldo sentia una especie de vértigo, y luchando consigo mismo no se atrevia á tomar una resolucion definitiva. No era tanta su delicadeza que bastase para renunciar desde el primer momento á las ventajas de aquel noble sacrificio; mas tampoco era tal su egoismo que no retrocediera ante la casi seguridad de despojar á la desinteresada jóven de su imprevista fortuna. Pidió por lo mismo tiempo para reflexionar y prometió que el domingo inmediato le volveria la respuesta al salir de misa, dado que se decidiera por admitir tan generosa oferta.

Contenta la jóven como si sus palabras hubieran producido el deseado efecto, cogió el enorme cántaro, se lo puso derecho sobre su cabeza, y graciosa como una canéfora ateniense, bien que algo parecida á la lechera de la fábula, echó á andar con tanta ligereza que parecia querer rescatar el tiempo en su largo coloquio empleado.

Y quién era esta jovencita de nombre tan estraño que no hubiera encontrado toavía ni en la suya ni en ninguna poblacion de las circunvecinas? Quién era esta jóven comparable al lirio nacido en las selvas si Paulita al amaranto crecido en los huertos, que se distinguia por la finura de su

Digitized by Google

tez como aquella por el brillo de sus ojos, que robaba, por decirlo así, á la albahaca la modestia de sus florecillas y la suavidad de sus perfumes si Paula al mirabel su arrogancia, frescura y gallardía?

En la casita ya mencionada vivia un matrimonio jóven cuyas dichas aguó la muerte del único y reciente fruto de sus amores. Tanto para consuelo de su pena como para alivio de su pobreza, partióse la madre á la ciudad en busca de una criatura que recibiendo de ella el sustento le ayudase á ganar el suyo. Llegó la noche sin haber logrado su objeto, y cuando ya temia ver fallidas sus esperanzas, en el meson donde posaba se le presentó un caballero que no hablaba el dialecto del pais, que le hizo unas pocas preguntas y ajustó con ella el estipendio que prometió remitirle cada tres meses. Partióse el caballero sin decir siquiera su nombre ni dar seña alguna de su habitacion, y á breve rato la pobre campesina recibió de manos de una vieja de repugnante catadura una linda niña que apenas contaria un par de semanas, un pequeño hatillo, una fe de bautismo y algunas monedas de oro. La vieja fué tan poco esplícita como el personage misterioso; pero á la legua trascendia el olor de criminales amores. Seis, y ocho, y mas meses pasaron sin que la nodriza recibiera la menor noticia del que sospechaba padre de la criatura á quien amaba ya como si hubiese nacido de sus entrañas, y este amor creció aun estimulado por el dolor de un terrible infortunio. La muerte le arrebató á su marido, que se cayó de un alto olivo que desmochaba, y el sentimiento de esta desgracia agotó el manantial de vida para la criatura. Entónces la buena muger llevada de un heróico impulso de cariño resolvió que otra acabase de amamantarla á su costa, y para conseguirlo no hubo trabajo, no hubo privacion que no se impusiera. Caros compró los derechos de madre que nadie vino á disputarle, y así la pequeña Irene criada en el campo y empleada en sus labores fué de todos considerada como hija de su nodriza.

Digitized by Google

Al lado de su querida Paula se habia sentado Arnaldo, pero de sus labios no brotaba un raudal de lisongeras espresiones ni sus ojos acudian á suplir la escasez de sus palabras. Hallábase como distraido y como si su pensamiento vagara fuera de aquel recinto, cosa que por primera vez acontecia.

—Qué mala yerba has pisado esta noche, que te vienes tan mustio como estará ahora el clavel que quité de mi sombrero de palma para que lo llevases en el tuyo?

—Ay Paula! cuando pienso que muy pronto habré de pasarlas en el cuartel!

—Razon mas para aprovechar las que nos quedan.

—Son pocas. Y podrian ser todas!

—Ya lo creo. Tanto daño le vendria á la Reina de tener un soldado ménos como á la selva si le arrancasen un pino.

—Ni aun esto. Si otro se pusiera en mi lugar...

—Tan buenos amigos tienes?

—Comprando un sustituto...

—Como quien compra un borrego para el banquete de bodas. Y el dinero, de dónde lo sacas?

—De dónde..? No puede haber quién me lo preste?

—Por tu buena cara, no es verdad? Vaya una finca! Para mí vale mucho; mas para otros... No ves que se necesita un dineral, y que en toda la vida ganaríamos para devolverlo? Bah! no sueñes con imposibles.

—No tan imposible como te parece. Sin pedirlo yo me lo han ofrecido, y sin interes alguno.

—Y quién es este modelo de usureros? Si supiese trabajar cordones de seda haria unos para su bolsillo, que de seguro no debe de tenerlos. Quién es?

—No puedo decirlo.

—Y cómo lo sabré si me lo callas?

—No puedes saberlo.

—No puedo saberlo? Yo? Arnaldo! yo? Con qué tienes secretos para mí?

—He prometido el silencio.

Digitized by Google

—Y á mí qué es lo que me has prometido tantas veces? Dudas de mi lealtad ó de mi cariño? Lo que ocultas en tu pecho no puede encerrarse tambien en el mio? O quieres tú la llave de mi corazon sin que yo posea la del tuyo?

—Si me jurases...

—Esta precaucion es un agravio que me infieres.

—No, no puedo decirlo. Seria una debilidad mia faltar á mi palabra.

—Es una falta de amor no tener confianza en mí.

—Mira, Paulita, no lo digas á nadie. Anoche me encontré á Irene junto á la fuente...

—Por eso anoche no te vimos por acá; por eso has eludido la respuesta cuando te he preguntado por qué ayer no veniste. En conversacion con otras muchachas, qué te importaba que yo me pudriese aquí las entrañas mirando la puerta y contando los minutos de tu tardanza?

—Celos ahora?

—Si supieras lo que escuecen! Tonta de mí que no he querido dártelos nunca. Y qué te dijo Irene?

—Segun parece ha recibido de una mano desconocida una cantidad suficiente para librarme del servicio.

—Y ella te la ha ofrecido?

—Ella misma.

—Y tú has aceptado?

—Todavía no.

—Puedes aceptar y casarte con ella.

—Casarme con ella?

—Pues qué, no es una fortuna encontrar una muchacha sin padre ni madre, ni perro que le ladre? Así no tendrás suegros que te incomoden, ni siquiera habrás de besarles la mano al salir de la iglesia el dia de tu casamiento. Oh! ella no te tiene tanto amor como yo, pero tiene mas oro.

—Pero qué tiene que ver una cosa con otra?

—Tan torpe eres que no comprendes sus intenciones? No conoces que esta chica, desesperada porque no hay quien la pretenda, trata de comprarte como se compra una mula en

Digitized by Google

las férias de *Sincu*? Ah! yo no te hubiera vendido por todo el oro del mundo.

—Y yo no quiero mi libertad sino para ser tu esclavo. Estoy decidido. Plegue á Dios que no me arrepienta nunca de mi determinacion.

Mas fácil es de conservar un secreto entero que destantillado. Empezar una confidencia viene á ser lo mismo que empezar á rodar por un declive, y la curiosidad empuja hasta que se llega al fondo. Arnaldo refirió todos los pormenores de su conversacion, los celos de Paula hicieron saltar lágrimas de sus ojos, el llanto enardeció la pasion de Arnaldo, y esta como helado cierzo despojó de sus nacientes florecillas el corazon de la desgraciada Irene.

Acercábase el dia señalado á dos quintos para ingresar muy de mañana en las filas del ejército. La víspera de este dia, despues de haberse despedido de sus amigos y de su amada, triste y solo subia Arnaldo la empinada cuesta que conduce á la ciudad, cuando en una revuelta del camino encontró á Irene sentada sobre un haz de leña que habia recogido en aquella espesura. La pobre jóven se enjugaba los ojos con la punta de su delantal, pero sus lágrimas rebeldes se obstinaban en romper el débil freno que su voluntad trataba de imponerles.

—Irene! Tú por aquí á estas horas?

—He venido á decirte *adios*, ya que no he merecido que vinieses á casa para despedirte.

—Tienes razon. Soy un desagradecido. Despues de tus generosos ofrecimientos...

—Pudiste no admitirlos; pero no debias desconocer que mis palabras partian de un buen corazon.

—Y tan bueno como es el tuyo! Quién hubiera hecho conmigo lo que tú hiciste?

—Creia que te disgustaba la vida de soldado, que deseabas ser libre. Hubiera estado tan contenta de contribuir á la satisfaccion de tus deseos!

—Habia yo de aceptar un beneficio cuando estaba seguro

Digitized by Google

de no poder recompensarlo?

—No podias recompensarlo? Tan poca confianza tienes en Dios, en la fuerza de tus brazos, y... y en la virtud de tu agradecimiento? Oh! no hablemos de esto.

—Pero, tú lloras.

—Pues qué, no son tristes todas las despedidas? No te vas por un plazo bastante largo? Y cuando vuelvas, quién sabe si descansaré ya en la huesa, y allí sola... sola y abandonada, porque, quitando á mi nodriza, á nadie tengo en el mundo que me llore, nadie que reze un *padre nuestro* por mi alma.

—Aparta de tí semejantes ideas. De qué sirven tan funestos pensamientos? Sé yo por ventura si una bala me registrará las entrañas, ó si un sable enemigo me abrirá la cabeza como una granada madura.

—No, la Virgen del Cármen te preservará de ese peligro. Se lo rogaré con tanta devocion que estoy cierta de que la de escucharme. Ademas...

—Qué?

—Te traigo un escapulario. No por recuerdo mio sino para defensa tuya has de llevarlo. No oiste al cuaresmero la noche que nos refirió el ejemplo de aquel caballero que viéndose acometido en un bosque invocó á la Virgen del Cármen, y las balas de sus enemigos se aplastaron en el escapulario que llevaba como si hubiesen tropezado en una roca?

—Esta dádiva tuya sí que la admito con mucho gusto.

Y miéntras Arnaldo besaba y se ponia el escapulario bendito continuaba Irene.

—Si supieras cuanto lo aprecio! Tenia intencion de que me enterrasen con él; mas ahora prefiero que lo lleves para que la Virgen te proteja. No te acuerdas de aquel dia que bajabas del monte y me diste un ramito de brezo florido?

—No.

—Tampoco te acuerdas! Pues yo lo tengo presente como si fuese ayer. Era un domingo. Aquel dia estaba tan alegre!

Digitized by Google

Qué sé yo por qué estaba tan contenta? Me acuerdo que fuí á la iglesia y tomé ese escapulario y lo guardé junto con el ramito de brezo... Pero es tarde. Adios. Adios.

—Y te vas sin dejarme que te estreche la mano?

—Mi mano... no la doy en los campos, si he de darla ha de ser en la Iglesia.

Una fugaz sonrisa brilló en sus labios, y cargándose el haz de leña empezó á descender apresurada. Apresuradas tambien descendian por sus pálidas mejillas lágrimas copiosas.

Arnaldo se quedó parado como si no supiera lo que le pasaba. Por un momento aquella soledad le pareció horrorosa, y sin embargo sentóse, y puesta la cabeza entre las manos empezó á decirse: Esta Irene! Por qué no he conocido hasta ahora el escelente corazon de esta muchacha? No es tan hermosa; mas si tuviese ahora que escoger... Una imágen demasiado clavada en su fantasía para que dejara de aparecerle en tal coyuntura vino á interrumpir el curso de sus meditaciones. Parecióle ver á Paulita que le arrojaba una mirada de fuego, y puesto otra vez de pié volvió á trepar la montaña, entonando una cancioncilla para darse resignacion y fortaleza.

II.

Seis años transcurrieron, y por el vericueto de la misma montaña descendia Arnaldo una tarde, que era cabalmente la del dia en que con actos religiosos y tradicionales regocijos celebra aquel pueblecillo la festividad de su santo patrono. Esta circunstancia iba á dar mayor solemnidad á la sorpresa que en su mente acariciaba. Los resabios de la vida militar añadian algo á su nativa apostura: marchaba erguido y su largo paso devoraba el camino. Vestia no el traje antiguo de los payeses mallorquines, sino el adoptado por la juventud que va relegando al olvido las calzas huecas y la magestuosa cabellera. Iba de calzon corto, zapato

Digitized by Google

de becerro blanco, chalequito de percal, y el cuello de su listada camisa doblado sobre un pañuelo de color sujeto con una sortija de plata. Colgada de un liston de seda traia en un cañuto su hoja de servicios con escelentes notas, colgado de un baston atravesado en el hombro su modesto equipaje, y metido en un pañuelo atado á la cintura el fruto de sus ahorros. Corta era esta cantidad, pero suficiente para comprar lo mas preciso de un rústico menage, y cubrir los gastos indispensables de su casamiento con Paulita. Porque la imágen de esta linda jóven conservábase en su memoria tan fresca y lozana como en el dia de su partida. Nada habian podido contra ella ni los riesgos ni las distracciones de la milicia. Habia visto muchas caras nuevas; pero ninguna á su juicio mas atractiva y hechicera. Sus fugitivas impresiones asemejábanse á las huellas levemente diseñadas en la arena, al paso que la dejada en su corazon por el rostro de Paulita se parecia á la huella que grabase en una roca el cincel de un marmolista. Al principio habia contado los años y los meses, despues semana por semana y dia por dia los que le faltaban para llegar al dichoso término de sus esperanzas, y entretanto, como para mitigar los rigores de la ausencia, cruzábanse cartas llenas de estravagantes hipérboles y de manoseados conceptos, que alimentaban su pasion con el aire de lisongeras ilusiones.

Magnífico espectáculo tenia á la vista. Descollaba á su izquierda la peñascosa cima del monte de *Galatzó*, como una gigantesca pirámide construida por una horda de salvages, y plantada sobre un inmenso pedestal cubierto de encinas y pinares. Estendiase la sierra por ambas partes, como dos alas que mojasen sus puntas en el mar, apartando sus convexas pendientes matizadas de verdura. Veíase á lo léjos el pueblo, como un montoncillo de piedras que asoman por entre el verdor de la maleza, y mas léjos aun el mar, el mar que aquella mañana misma surcaba Arnaldo para desembarcar en el puerto de Palma. Las ceruleas olas convertidas en blanquizca superficie besaban ya el limbo inferior del as-

Digitized by Google

iro-rey, que parecia haberse despojado de sus rayos deslumbradores y envuelto en un sudario de tul encarnado. La vista pódia clavarse en él tan fácilmente como en el disco de la luna, y su luz no teñia ya ni siquiera las últimas crestas de los montes fronterizos. Terminaba su carrera como un rey á quien ántes de espirar le arrebatan la corona. Poco á poco, y cual si quisiera retardar el momento de echar su postrer mirada á la tierra, sumergíase entre dos ralas nubecillas que aparecian como nevadas montañas de una isla remota. Ni luminosas ráfagas, ni purpúreos celages brotaron de su última huella. Pero Arnaldo no era bastante aficionado á poéticas contemplaciones para que este nuevo espectáculo disminuyera la rapidez de su marcha. Aquella ténue claridad que se recogia en el confin del horizonte, aquel reposo de la atmósfera, aquel silencio de las aves, aquellas moles sombrías que se levantaban tan imponentes y ceñudas, aquella calma que se asemejaba al estupor de la naturaleza nada dijeron á su corazon, en que hervia la esperanza de ajustar muy pronto sus latidos al compas de los que daria el corazon de Paulita.

En clara y estrellada noche de verano esperiméntase una sensacion muy agradable al oir de léjos la gaita mallorquina, que despierta los ecos de silencioso valle, acompañada ya de los ladridos del mastin, ya de las esquilas y balidos de numeroso rebaño. Deliciosa es aquella voz de la soledad á pesar de lo trivial y rústico de sus melodías, y no lo es ménos para las jóvenes campesinas á quienes trae alborozadas el deseo de lucir sus gracias, cuando resuena en la estrecha plaza de la aldea, y las convida á tomar parte en los festejos del dia consagrado á la memoria de su tutelar y patrono. Dia privilegiado en que al aire libre se entregan al placer de modesta danza, y se sienten halagadas con el público obsequio de los mozos que las galantean.

De pronto llegaron á los oidos de Arnaldo los rumores del campestre regocijo, poco tardó en descubrir los muros de la vieja torre dorados con los oscilantes reflejos del te-

Digitized by Google

dero que iluminaba la plazuela, y ménos aun en hallarse en medio del apiñado concurso estrechando la mano de sus deudos y conocidos. Menudeaban preguntas y respuestas, y cien veces en tres minutos estuvo á pique de caer de sus labios el nombre de Paula, cuando la vió venir precedida de la gaita y del tamboril, acompañada de los *obreros* ó mayordomos de la fiesta con sendas cañas verdes en la mano, y á su lado un hombre que frisaba ya en la edad madura. Sus faldas de muselina en que los mas opuestos colores trazaban caprichosos dibujos, su corpiño de seda, su rebociño de encage, su cadena y botonadura de oro dieron algo que pensar al jóven licenciado que no podia atinar de donde provenia ese lujo. Eran tan pobres ambos cuando él se marchó al ejército! A esta novedad se le añadia la estrañeza de que Paula, despues de la danza cedida á la autoridad local, fuese la primera en ocupar la plaza inaugurando, por decirlo así, la fiesta, honor que no obtienen las jóvenes por sus méritos y hermosura sino por la generosidad de los que intentan obsequiarlas. Por otra parte estaba en la persuasion de que su acompañante era casado y no tenia antecedente alguno para sospechar una perfidia.

Punzábale el pecho la impaciencia de aclarar este enigma; pero teníanle como embelesado los graciosos movimientos de su querida prenda, que continuaba ejerciendo su fascinadora influencia aun despues de haber despertado la mala víbora de los celos. Gozaba y padecia al mismo tiempo, mas luego que la vió recoger su abanico y sentarse en uno de los bancos, que cerraban el pequeño espacio destinado al baile, se abrió paso á viva fuerza, se plantó á sus espaldas y á media voz le dijo:

—Paulita!

—Jesus mio! Tú por aquí?

—Como que te haya asustado mi presencia. Pues qué, no me esperabas?

—No tan pronto.

—Ni anhelabas mi venida?

Digitized by Google

—Si he de decir la pura verdad.... pero, á qué vienen esas preguntas? Estás bueno?

—Lo sé yo si estoy bueno? Si un médico observase ahora los golpes que me da el corazon quizas tampoco podria decírtelo. Pero, qué es esto? Tan poca alegria te causa el verme?

—Sí, me alegro de que no te haya sucedido desgracia alguna, de que te halles sano y salvo de todo peligro.

—Lo dices con una frialdad que hiela mis entrañas. Si has de darme un vaso de veneno haz que lo beba de una vez.

—Pues, Arnaldo, hablando en plata, á quien se muda Dios le ayuda.

—Paula!

—No me rompas la cabeza con quejas y lamentos. Busca tu conveniencia que yo tengo ya la mia.

—Y tus juramentos?

—De agua pasada no muele molino. Era muy niña entónces, y no me acuerdo ya de lo que te haya jurado.

—Oh infamia! Y no te avergüenzas de ti misma? Y tienes aliento para...

—No armes un escándalo, y ten la bondad de separarte un poco de aquí.

—Con qué, por unos cuantos años de ausencia... con qué tienes otro galan?

—Que dentro de dos semanas será mi marido.

—Antes le haré mil pedazos.

—Esto será si él te da permiso, que no lo creo.

—Y quién es este ladron de mi felicidad, que me la ha robado con tal descaro y cobardia?

—Hele allí.

—Un casado?

—Un viudo.

—Y por un viudo me abandonas?

—Tiene para mantenerme á mi, y á nuestros hijos si Dios me los concede.

—Y no tenia yo mis brazos?

—Y él tiene sus brazos y sus tierras.

Digitized by Google

—Y decias que no me hubieras vendido por todo el oro del mundo!

Dándose con los puños en la cabeza salió Arnaldo del corro para desahogar á solas su oprimido corazon. La rabia que hervia en su pecho se reflejaba en su encendido rostro, y una especie de momentáneo frenesí perturbaba las condiciones regulares de su carácter y de su inteligencia. Tocaba con sus manos la realidad y le parecia estar luchando con una horrible pesadilla. Destrozaba su pañuelo con los dientes y estaban á punto de saltar lágrimas de sus ojos: «Qué es lo que está sucediendo? se decia. Es esta la agradable sorpresa que hace pocos momentos me figuraba? Me parecia hallarme á las puertas del cielo, y me veo caido en el infierno. Yo? yo tan alevosamente vendido? Despues de la de Judas no se ha visto traicion mas espantosa. Oh! quien habia de decírmelo que yo pararia en un presidio? Sí, arrastraré toda la vida una cadena, porque yo he de vengarme atrozmente. Antes viuda que casada, y entónces... entónces le escupiré en la cara. Ya valia mas que me hubiese atravesado el corazon una bala enemiga. Tantos cariños, tantos halagos, tantos juramentos, y ahora tanto olvido...!»

En esto resonaron de improviso unas campanadas que sorprendiendo á casi todos los moradores de aquel pueblecillo, aglomerados entónces en el estrecho recinto de la plaza, trocaron su festivo júbilo en un sentimiento de compasion y de tristeza. De todos los labios salia una misma pregunta, y en breve se supo la respuesta. Se iba á llevar el santo Viático á la pobre Irene que se hallaba moribunda.

Esta inesperada noticia torció el rumbo á las ideas de Arnaldo. «Olvido! continuó diciéndose. Qué injustos somos! Acriminamos en los demas las mismas faltas de qué somos reos. Yo tambien la habia olvidado. Ingrato, mil veces ingrato! Bien merezco el castigo que ha caido sobre mi cabeza. Soy un hombre sin corazon y sin entrañas. Tanto amor para aquella mala hembra, y tanto desden para esa pobre criatura! Yo quisiera arrancarme el corazon con los dientes.

Digitized by Google

Yo quisiera... Y ahora enferma de peligro..! No, no ha de morir. Triunfa aquella malvada, y esta infeliz... Salvadla, Dios mio, salvadla. Vírgen santísima del Cármen, obrad un milagro. Llevaos mi vida en cambio de la suya. Ah! si vive... si vive seré dichoso. Olvido por olvido, amor por amor.»

Oyóse un golpe de campanilla y el mas profundo silencio sustituyó luego á la animacion y al bullicio: arrodilláronse algunos en la plaza misma, y los mas penetraron en el pequeño templo, donde el Vicario, con roquete y pluvial de muy cortas dimensiones, encerraba la hostia consagrada en una bolsa de terciopelo. Arnaldo llegándose de pronto al sacristan y poniéndole algunas monedas de plata en la mano, le dijo que repartiese cuanta cera habia en la iglesia, y cumplido su deseo salió el Santísimo, á quien servia de palio el humilde sombrero de teja, precedido de los hombres y seguido de las mugeres con velas en la mano. Nunca en igual caso se habia visto allí una procesion mas lucida. Marchaban todos rezando en voz baja, y las joyas y chillones atavios de las doncellas daban cierto aire de estrañeza á su seriedad y recogimiento. Paula formaba tambien parte de la numerosa comitiva, y al saber que de Arnaldo procedia aquel singular obsequio sintió en su pecho... Mas, qué le interesan ya al lector los sentimientos de una jóven, que si tanto se aventajaba á la pobre enferma en donaire y gentileza, tanto le vencia esta en bondad y ternura?

Dolorosamente afectado el recienvenido del ejército presenció la augusta ceremonia, y la grave impresion que en su pecho producia impuso como una especie de treguas á la violenta lucha de sus pasiones. La muerte y la eternidad se le presentaban con su terrible grandeza á los ojos del pensamiento. Pero por casualidad enderezó los del cuerpo á la cabecera de la cama, y en una pilita de loza, al pié de una tosca estampa de la Vírgen, divisó un ramito de brezo enteramente desecado. Sin duda era el mismo que mas de seis años ántes habia cogido en la selva y ofrecido á la desdeñada Irene. Qué revelacion mas inesperada! Qué censor mas elo-

Digitized by Google

cuente de su conducta! Aquel mudo testimonio de un tierno, silencioso y constante afecto le echaba en cara la sequedad de corazon con que á tanta fe habia correspondido. Lágrimas tan copiosas brotaron de sus ojos que quien no le conociese le hubiera tomado por hermano ó esposo de la que recibia el oleo santo.

Rezadas las últimas preces la mayor parte de los asistentes se volvió al interrumpido baile, y Arnaldo salió tambien á tomar informes, que no pudo lograr tan completos y minuciosos como los que presentan los hechos consignados en el siguiente relato.

Dado su tierno y quizás postrer adios al gallardo mancebo que sin saberlo habia cautivado su corazon, la desconsolada Irene se dirigió á su casita con el firme propósito de enterrar su pasion en el sepulcro mismo de su pecho. Esperaba alcanzar del tiempo que le traeria el bálsamo que cura semejantes heridas: esperaba que poco á poco se irian desgastando los lineamientos de la imágen hondamente grabada en su memoria. De una parte el desden y la ausencia, de otra el rubor y el silencio, ¿cómo desconfiar de volver á la tranquilidad de su infancia en brazos del olvido? Mas, ni su voluntad decidida, ni su actividad en las faenas del campo, ni sus ocultas lágrimas, única voz de sus íntimos afectos, fueron bastante poderosas para desvanecer las quiméricas ilusiones de que se veia de continuo asediada. Agitábase la pobre víctima como pajarillo que tropieza en la estendida red cuando iba á buscar su descanso en la espesura del bosque. A veces gemia al pié de los altares y exhalaba su dolor en fervientes oraciones; mas luego acudia á su imaginacion la idea de la felicidad que hubiera alcanzado si en aquel templo mismo se hubiese bendecido su perpétua union con Arnaldo. Este nombre, que jamas pronunciaban sus labios, resonaba en sus oidos como una suave melodía las pocas veces que le acontecia oirlo salir de los agenos. Apoderóse de su pecho una tenaz melancolía, de la cual se resintió en breve su organismo, y fuese para escitar

Digitized by Google

su vanidad adormecida, ó fuese para ver si lograba atraerse las miradas de algun otro jóven, y combatir su arraigada pasion con otra pasion naciente, resolvió presentarse en la próxima fiesta del Tutelar del pueblo algo mas ataviada de lo que solia. Al efecto, acudiendo á su caudalejo y engañando á su nodriza, se dirigieron ambas á la ciudad donde compraron un trage vistoso y algunas alhajuelas de oro, que tal vez fueron parte á labrar su ruina.

Poco mas de un año hacia que Arnaldo estaba de guarnicion en el continente, y Paula, todavía fiel, estrenó en la misma fiesta una cruz de filigrana y botonadura de oro, no de tanto precio ni de tanto gusto como la de Irene. La diferencia no era gran cosa que digamos; pero abultada tal vez sin malicia vino á ser como la manzana de la discordia. En aquel reducido pueblo, cercado por una formidable valla de quebrados montes, aislado por decirlo así en un rincon de nuestra isla, semejantes novedades no podian ménos de ser tema favorito de conversacion entre las comadres y jóvenes casaderas. Hasta las amigas de Paula, por sobra de candidez ó de franqueza, no le supieron alabar sus nuevas joyas sin entrar en un exámen comparativo, trayendo á colacion y poniendo á las nubes las alhajuelas de su antagonista. Estos juicios de Páris despertaron el resentimiento de la Juno lugareña. Punzada ya una vez por el aguijon de los celos no miraba con buenos ojos á la que por un momento le habia infundido crueles zozobras, y ajada su vanidad mugeril se le enconó la herida hasta el punto de soltar picantes alusiones á la ilegitimidad de su nacimiento. Este infortunio, que parecia olvidado ó cuando ménos completamente desatendido, se hizo entónces, merced á los amaños de la envidia, objeto de hablillas y motivo injusto de pequeños desaires: cosa por cierto no muy conducente á levantar el espíritu abatido, ni á restablecer la quebrantada salud de la pobre Irene. Y no se detuvo aquí la comezon de humillarla. Para esplicar el orígen de aquel gasto misterioso, y al juicio de todas sus amigas incomprensible, Paula empezó con reticencias y es-

Digitized by Google

presiones embozadas concluyendo por decir lo que ella sola sabia. No era una tacha el ser rica; pero la procedencia del pequeño capital atestiguaba la de Irene, arrebataba á su nodriza el título de madre, y lo que habia de ser futuro remedio de su pobreza se convertia en pregonero de su orfandad y desdicha. Y no hay que decir si al circular de boca en boca aquella noticia se mezclarian á sus comentarios fábulas y exageraciones.

Lo que en confianza se habia dicho llegó á ser con el tiempo uno de aquellos secretos que conoce todo el mundo ménos aquel á quien importa que no sea conocido. Irene á lo que se creia guardaba un tesoro oculto, tesoro verdaderamente encantado, puesto que en nadie escitaba la codicia de compartir su posesion aspirando á la mano de su dueño. Este desvío no dejaba de entristecerla un poco, bien que por otra parte se complacia en que nada le impidiera entregarse á sus quiméricas ilusiones, y en que la figura de Arnaldo libremente campeara en la soledad de su pensamiento. Su pasion, contenida al principio en los límites de la honestidad y del decoro, al verse desnuda de toda esperanza se transformó en una especie de sentimiento ideal que la sobrepujaba en intensidad y pureza. Así pasaron algunos años, sin recibir mas consolaciones que el cariño de su nodriza y las afectuosas palabras del anciano sacerdote que la guiaba por la senda de la piedad cristiana y de la resignacion á la voluntad divina.

Una tarde en que el sol habia ya desaparecido hallábase fuera la nodriza, y la pobre huérfana, sola en su aislada casita y algun tanto indispuesta, se vió de repente acometida por un hombre embozado hasta las cejas en un grueso capote y cubierta la parte inferior del rostro con un pañuelo oscuro. Entrar, cerrar la puerta, atrancarla y cojer á la jóven de un brazo habia sido obra de un momento. Sobrecogida de terror quiso arrojar un grito y le faltaron las fuerzas.

—Cuidado con lo que haces, le dijo el embozado llevándose un dedo á la boca, que si oigo el menor chillido no

Digitized by Google

sé si podrás contarlo. No soy ladron ni asesino; pero lo seré si me obligas á serlo. Necesito dinero, y de grado ó por fuerza tienes que prestármelo.

Irene mas muerta que viva no podia responder sino con lágrimas y sollozos.

—Déjate de aspavientos, continuaba aquel, no quiero mas que diez onzas. Si las cosas me salen bien te las devolveré con buenos intereses, si no mayores caudales se han perdido.

—Pero..! esclamó la jóven sin saber como continuar la frase.

—No hay peros que valgan. Date prisa, replicaba el bárbaro agresor sacudiéndole el brazo que apretaba con sus callosos dedos como si fuera con unas tenazas de herrero.

—Y cómo quereis que tengan dinero dos pobres jornaleras como nosotras?

—Tienes el que te envió tu padre. Todo el pueblo lo sabe.

—¡Arnaldo! ¡Arnaldo! esclamó la jóven, para quien fué un dardo agudo el ver que Arnaldo habia faltado á su promesa.

—No tienes que implorar socorro de nadie, porque mis puños... Dónde guardas ese dinero?

—No quiero decirlo, no quiero darlo.

—Dónde está ese dinero?

—Vírgen santísima del Cármen!

—Sabes, niña, dijo el otro cambiando de tono y endulzando la inflexion de su acento, sabes que con esas lágrimas y todo eres bastante hermosa, y que es lástima....

—Ah! gritó la jóven al ver los ojos del embozado que ardian como dos ascuas de fuego. Y comprendiendo rápidamente que todavía pudiera sobrevenirle mayor infortunio se apresuró á decir: abrid ese arcon y envuelto en un trapo hallareis el dinero, tomadlo, y partid.

El malvado no se lo hizo decir dos veces.

A su vuelta la nodriza encontró á su querida Irene tumbada sobre el humilde jergon, arrasados sus ojos de lágrimas, acometida de recia calentura y á ratos de convulsivo estremecimiento. El susto no habia sido para ménos. Su natural consecuencia fué una larga enfermedad que puso

Digitized by Google

á la jóven en grave riesgo y de la cual puede decirse que no llegó á quedar completamente restablecida. La que la habia alimentado con su leche hizo por ella cuanto hiciera si la hubiese llevado en sus entrañas, y el anciano Vicario visitándola diariamente la trató como á la mas querida ovejuela de la pequeña grey que le estaba encomendada.

Irene se habia prometido á sí misma no soltar palabra acerca de su funesta aventura; pero al cabo la refirió á la nodriza, y esta no cerró con llave la dolorosa noticia que se le comunicaba. Pronto llegó á ser tan pública como si aquel pueblo estuviese familiarizado con los periódicos, y en uno de ellos se hubiese puesto por gacetilla. La autoridad local quiso tomar cartas en el asunto, pero despues de tantos meses era muy difícil sacar nada en limpio. Sin embargo las presunciones recayeron sobre un mozallon alto, fornido, holgazan y pendenciero que en aquella época habia desaparecido. Susurrábase que se habia embarcado con direccion á Gibraltar en un buque contrabandista, y no se tenia por inverosímil que hubiese echado mano de tan violento recurso para hacerse con una pacotilla de telas y géneros de ilícito comercio. Quizás estaba en su ánimo subsanar el hurto; pero añadíase que el buque habia corrido una gran tormenta y naufragado en las costas de Berbería.

Sobrados motivos tenia Irene para desterrar de su pensamiento al que tan dura recompensa habia proporcionado á su cariño. Por la indiscrecion de Arnaldo se habia visto á las puertas de la muerte: por su ligero proceder habia pasado por unos momentos mas angustiosos que la muerte misma. Y qué era ya la ingratitud con que habia desdeñado sus ofrecimientos al lado de la infidelidad con que habia quebrantado su promesa? Y con todo la causa de Arnaldo se discutia ante un tribunal predispuesto y decidido á conceder la absolucion mas ámplia y generosa. Los hechos le acusaban, la abnegacion le defendia, y el corazon de Irene si no sabia como disculpar perdonaba noblemente la culpa.

Quizás no fué tan fácil en perdonar á Paula cuando

Digitized by Google

supo que escuchando la voz del interes preparaba dias de amargura al que tan ciegamente la idolatraba, y empezó á compartir los pesares de su querido ausente mucho ántes que él pudiera sentirlos. Cada lágrima que este llorase habia de ser para ella doble tormento. Encendia su indignacion la vergonzosa inconstancia de la que le habia arrebatado gozo y dicha subyugando el corazon de Arnaldo; pero al traves de las pardas nubes que cubrian su porvenir creyó divisar unos pequeños resplandores, y se figuró que aun podia brillar en el cielo la estrella de su esperanza.

Metéoro que no estrella fué aquel resplandor engañoso. El mismo dia que el licenciado del ejército desembarcaba en el muelle de Palma, Irene asistia á la misa mayor, y despues fué como todo el pueblo á presenciar las corridas. Sentada en el suelo al pié de un olivo tomaba parte en esta popular diversion, y como la que estaba á su lado aplaudiese la agilidad del corredor que habia obtenido el premio, díjole Irene:

—Por cierto que este no comeria del gallo si hubiese tenido que habérselas con Arnaldo.

—Mucho corria, contestó aquella, pero Paula corre mas que él, puesto que no ha podido alcanzarla. Cuando vuelva, si es que vuelve, ya podrá correr dentro de un saco así como se estilaba en otro tiempo.

—Pero si está para concluir el servicio.

—Para empezarlo de nuevo.

—Qué me dices?

—Tan atrasada estás de noticias? No sabes que se ha vendido por sustituto al recibir la nueva de que Paula trataba de casarse con otro?

—Y no me engañas? Y esto es seguro?

—Pues qué tiene de estraño? Querias que se colgase de un árbol?

La sacudida moral que esperimentó la pobre Irene fué un golpe tan terrible que poco tuvo que hacer el funesto accidente que le dió aquella misma tarde.

Digitized by Google

Y de dónde habia sacado tal noticia aquella muger? De un hecho muy natural y sencillo. Una amiga habia dicho á Paula: Y qué hará Arnaldo cuando sepa tu resolucion de casarte con el viudo? Se venderá por sustituto, contestó la interpelada con sobra de frescura, y la suposicion gratuita se habia ido transformando en aseveracion inconcusa.

De todos estos pormenores mal pudo enterarse en aquellos momentos el recienvenido, pero algo se le dijo del susto que habia recibido Irene, del robo de su caudalejo, y de la grave enfermedad que aquel trastorno le habia producido. Grande fué la ira que concibió Arnaldo contra la que habia divulgado el secreto; pero mayor su remordimiento al ver que él habia sido el primero en revelarlo. Él era quien habia hecho traicion á la mas cariñosa confianza. Hasta él se remontaba el orígen del daño. Él era el que por medios tan indirectos causaba la muerte de la que tan religiosamente conservaba su ramito de brezo.

Penetrado del dolor mas agudo que imaginarse pueda, corrió á la casita de la enferma, se abalanzó al lecho y esclamó: Irene! Al oir aquella voz tan querida la enferma hizo un esfuerzo supremo, levantó la mitad del cuerpo, estendió los brazos, abrió sus ojos; pero luego, reconociendo sin duda que en aquella hora no debia perturbarla ningun pensamiento de este mundo, los cerró de nuevo, se dejó caer sobre la cama, se volvió del lado de la pared, y permaneciendo en esa postura al cabo de una media hora exhaló su último aliento.

Arnaldo quedó petrificado: ni fuerzas tenia para llorar: aquellos dos golpes tan duros, tan imprevistos, tan simultáneos le habian quebrantado el corazon. Se quitó el escapulario de la Vírgen del Cármen lo puso al cadáver, y recogió el ramito de brezo. Parte de sus ahorros de soldado la invirtió en sufragios y parte hizo tomar por fuerza á la nodriza. Dejó el pueblo nativo, se retiró á la montaña y emprendió el oficio de carbonero.

Digitized by Google

XII.

UN LECHO DE ESPINAS.

Toda la tarde habia llovido, y apénas transitaba nadie por la puerta antigua del Muelle. En el cuarto destinado al comandante de la guardia se hallaban reunidos varios oficiales y un capitan retirado, que solia detenerse allí un ratito al concluir su cotidiano paseo. Hombre ya maduro, alto de talla, enjuto de rostro, de bigote entrecano, y con una afluencia de palabras que podia dar quince y falta al hablador mas impertérrito, gustaba de referir las cosas con todos sus pelos y señales. Mas que un velon encendido, y colocado sobre una mesa de pino cubierta de bayeta verde, alumbraba la vasta, desnuda y destartalada pieza una respetable cantidad de troncos y astillas que ardian sucesivamente en la chimenea. Aunque reducido el número de las sillas era mayor que el de los oficiales; pero ninguna estaba desocupada, porque estos, inclinando cada cual la suya y apoyando el respaldar

Digitized by Google

en la pared, hacian descansar en otra los tacones de sus botas. Así medio echados y envueltos en la densa atmósfera que producia el humo de sus cigarros, arrastraban penosamente una conversacion que no salia del estrecho círculo acostumbrado. Poco á poco se fué animando: desaparecieron las preguntas frívolas, las respuestas de cajon y las interjecciones de ripio. Empezó á discutirse si el valor es una cualidad física ó moral, si es absoluta ó relativa, si procede del temperamento ó de la reflexion, si presenta fases contradictorias ó si es consecuente en todas ocasiones, y cada cual aducia en favor de su opinion observaciones propias, ejemplos vulgares y anécdotas mas ó ménos conocidas.

El retirado tomó la palabra, y despues de algunas frases preliminares habló así: No quiero meterme en estas honduras; pero, supuesto que viene el caso, voy á referiros un hecho de cuyos pormenores estoy seguro de ser la única persona bien enterada. Y lo mas particular y curioso es que el lance tuvo orígen y comienzo en este mismo sitio, y á presencia de una reunion como esta de la cual yo tambien formaba parte.

Al oir este sencillo exordio que preparaba los ánimos á un relato de nuevos ó misteriosos acontecimientos, los circunstantes movieron sus sillas, les dieron mayor inclinacion, cruzaron sus piernas una sobre otra, y acomodando el cuerpo á todo su sabor se dispusieron á prestar la atencion mas profunda y religiosa.

Despues de una breve pausa el retirado continuó.

Habeis leido en los papeles públicos la gloriosa muerte del capitan Bustamante, ocurrida hace poco en las Provincias, donde parece que la guerra civil va á ser una guerra larga y encarnizada. Yo la admiro porque ha sido la muerte de un héroe, y la siento porque es la muerte de un amigo. Vosotros no le conocisteis; pero sabiendo como ha muerto no podeis poner en duda su valor y bizarría. Era una figura atlética, con una musculatura de hierro, y en cuanto á destreza en el manejo de las armas podia dar lec-

Digitized by Google

ciones al mismo Carranza. Hallábase aquí de teniente de caballería cuando yo lo era de infantería en el regimiento que guarnecia esta plaza. Mi coronel le apreciaba muchísimo, y Bustamante, prevalido de este afecto, obsequiaba á su hermana Carolina. Todos le creíamos correspondido, pero cierto dia, en este mismo sitio, nos dijo que habia moros en la costa. Hicímonos cruces, soltamos la carcajada al decirnos que estaba celoso del capitan Valdivia. Parecíanos el absurdo mas absurdo que podia caber en la mollera de un enamorado. Carlos Valdivia servia en mi regimiento, era un santurron, un encogido, un uraño: su aspecto, su continente era mas de fraile que de soldado. Nosotros le llamábamos «el capitan cogulla.» En su vida habia oido silvar una bala, y generalmente era tenido por cobarde. Nadie sabia en qué fundaba este juicio, ni nadie se habia tomado el trabajo de rectificarlo. Así es que todos le profesábamos una aversion decidida, aunque velada por la urbanidad y cortesía.

Una de las últimas tardes del mes de octubre estábamos reunidos aquí una porcion de amigos. Bustamante nos hablaba de sus cuitas amorosas, si bien no podia llegar á persuadirse de que sus celos tuviesen verdadero fundamento. Estaba mas inquieto que irritado, y mitad por broma, mitad por pasion, nos propuso un medio, que nada tenia de ingenioso, para humillar ó dar una leccion á Valdivia. Como iba á ser una diversion para nosotros lo aprobamos sin discusion ni cortapisas. Estaba la tarde hermosisima, y á poco rato vimos á Valdivia que salia á dar un paseo con un paisano amigo suyo, Bustamante le llamó indicándole que tenia que decirle dos palabras, el paisano se despidió, y Valdivia entró aquí saludando cortesmente. Nadie le devolvió el saludo, nadie se movió, nadie le ofreció un asiento. Todos aparentábamos estar engolfados en una conversacion la mas frívola é insignificante. El oficial de guardia apoyaba sus talones en una silla, y Bustamante se entretenia haciendo dar rápidas vueltas á otra que giraba sobre un pié. Valdivia se sentó sobre la mesa. En el marco de la chimenea habia una ban-

Digitized by Google

dejita con habanos: todos fumábamos y nadie ofreció uno á Valdivia; pero él con toda calma sacó su petaca y se puso á fumar un cigarrito de papel. Cruzábanse palabras sin ton ni son: de un asunto baladí pasábamos á otro del mismo calibre; pero en todos afectábamos la misma animacion. Tres cuartos de hora duró esta maniobra. Qué papel tan desairado hacia para nosotros el tal Valdivia! Cómo nos burlábamos interiormente de su paciencia! Nunca nos lo hubiéramos figurado tan cobarde ó tan cachazudo. Al cabo se levantó y dijo:

—Señor de Bustamante, me habeis llamado para decirme alguna cosa. Estoy á vuestras órdenes.

—De veras? Y qué tengo yo que deciros?

—Vos lo sabréis.

—Pues señor, se me ha olvidado.

—Sois flaco de memoria. Me habeis hecho perder el sol, pero me pasearé á la sombra.

—Si por mi culpa habeis perdido algo estoy pronto á daros una satisfaccion.

—Cuando no la pido es claro que no la necesito.

—No tan claro: tal vez no la pedís por no arriesgaros á que os la den.

—Señor de Bustamante me estais provocando sin haberos dado pié para ello.

—Si examinaseis vuestra conciencia tal vez encontrariais algun pecadillo oculto.

—Mi conciencia de nada me reprende delante de los hombres.

—Pues si tan limpia la llevais, cómo es que teneis tanto miedo á la muerte?

—Á la muerte? os aseguro que no la temo. Es muy probable que mas miedo le tengais vos?

—Señor de Valdivia, esclamó el teniente dando con el pié un golpe en el suelo, estas palabras encierran un doble sentido. Ahora soy yo quien pide una satisfaccion. Ya sabeis cómo se arregla esta clase de negocios: vos mismo dictaréis

Digitized by Google

—Vive Dios, esclamó despues, que ya comprendo. Pues, señor, la cosa es grave, mucho mas grave de lo que podia esperarse. Ni el diablo lo hubiera soñado. Pero á mí nada me arredra. Aquí se trata nada ménos que de un duelo de noche y sin testigos.

—Testigos nunca faltan, replicó Valdivia. Vos llevais en vuestra conciencia el vuestro, como yo el mio. Y ademas hay un Dios que es testigo imparcial para entrambos.

—Sermonicos á mí? Pues si para esto me habeis hecho dejar el abrigo de la cama, medrados estaremos. Seria un lance curioso!

Valdivia callaba. Tentaciones le vinieron á Bustamante de apostrofarlo con el apodo de capitan cogulla; pero comprendió en seguida que insultarle en aquellos momentos seria dar indicios de flaqueza. Prosiguió su camino un buen trecho y deteniéndose de golpe le preguntó.

—Y estas pistolas?

—Están cargadas.

—Y si ahora retrocediese dos pasos, y cogiendo una os descerrajase un tiro?

—Confio en que vuestro honor no os dejaria acoger tan mal pensamiento, y confio en que Dios tampoco os permitiria realizarlo.

—Ese hombre es todo un valiente, dijo Bustamante para sí: su aspecto nos ha engañado á todos. Es un rival tanto mas temible cuanto mas digno. Oh! el negocio es sério, porque sino me desbanca.

En eso vieron brillar á lo léjos una luz que se acercaba lentamente. Era un hombre que les salia al encuentro, que sin hablar palabra dejó en manos de Cárlos un farolillo y una cosa de hierro, desapareciendo en seguida como un personaje de fantasmagoria. La aventura se complicaba de una manera misteriosa en la imaginacion de Bustamante.

Así llegaron á las puertas del cementerio. Cárlos abrió la verja de hierro con la llave que habia recibido, la entornó despues de haber los dos entrado, depuso el farolillo al

Digitized by Google

pié de una piedra sepulcral, y saliendo fuera del andén se introdujo en el áspero terreno labrado á sulcos. Su compañero le seguia maquinalmente y ambos se detuvieron al borde de una zanja. Tenian á sus piés dos hoyas iguales y contiguas, cavadas á lo largo de un mismo sulco, y recientemente abiertas como lo indicaban el olor y la humedad de la tierra. Esta situacion presentaba bastante analogía con la que ha creado Walter Scott en su novela *El Monasterio.* Valdivia y Bustamante eran un nuevo Alberto Glendinning, un nuevo Piercie Shafton. Lo real y conocido hacia aquí el papel de lo maravilloso; pero no era ménos tétrico é imponente. Valdivia estaba cruzado de brazos, Bustamante sentia escalofrios, y juró en su corazon de sofocar toda emocion de terror y sorpresa, de no dejar traslucir ni el mas leve síntoma de cobardía.

—Voto al diablo, esclamó dirigiéndose á su antagonista, que os habeis tomado una molestia inútil si pensabais intimidarme como un chiquillo. Creeis que soy alguna muger para que los cementerios me espanten? A mí no me dan mas que asco y repugnancia. Con todo ese aparato teatral, qué os habeis propuesto? No falta sino un coro de frailes ó de sepultureros para hacer la escena mas divertida. Pensais que voy á figurarme que ha de poblarse esto de fantasmas, y que he de echar á correr y abandonaros el campo? Estais completamente equivocado. Aquí nada ni nadie ha de interrumpirnos. Vamos á ver las condiciones del desafío.

—Valdivia contestó con toda calma y sosiego. Ni he admitido vuestro desafío, ni os provoco á ningun combate sangriento. Habeis supuesto que yo temia á la muerte, y os he contestado que acaso mas la temiais vos. Nos hallamos á punto de hacer la esperiencia. El mas cobarde, ó si quereis, el ménos valiente de los dos será el primero que atraviese aquella verja. Yo no temo á la muerte porque estoy familiarizado con ella. La he visto muchas veces cara á cara aunque no sea en los campos de batalla. Es una amiga que suele visitarme en un rincon del templo ó en mi gabinete

Digitized by Google

de estudio. Tambien nos encontramos al aire libre, á cielo abierto. Vos creeis que solamente se la puede ver al reflejo de un acero ó al resplandor de un fogonazo; pero yo la veo en el sol que traspone la montaña, en la nube que se evapora, en la flor que se marchita, en la hoja que el viento arrebata: yo la veo en esta incesante descomposicion de lo que existe para dar lugar al renacimiento de lo que ha de existir. La he visto muchas veces y por eso ya no me causa miedo. La suya es una fealdad á que mis ojos están habituados. No me hace temblar con sus amenazas, porque confio en sus promesas: sé todo lo que puede quitarme, y sé tambien todo lo que puede añadirme.

Dejóse oir entónces la primera campanada de las doce. Un estremecimiento involuntario á manera de relámpago recorrió el cuerpo de Bustamante que esclamó casi gritando.

—Pero, en fin, qué pretendeis?

—Una cosa muy fácil y hacedera, que nos echemos cada uno en su hoya respectiva, que nos tendamos embozados en nuestras capas, y que por espacio de tres horas, solo tres horas, permanezcamos en ella tranquilos.

Una imprecacion terrible, hija del terror y de la estrañeza, de la indignacion y del aturdimiento, iba á salir de los lábios de Bustamante; pero reprimiéndose al momento dijo:

—Ni á ligero me ganais; pero tened entendido que de esta noche tan original como incómoda, de este cambio de un lecho mullido y abrigado por uno duro y frio, me dareis estrecha cuenta.

Y dejando las pistolas en el suelo, con precipitado movimiento se arrebujó en su capa, y se tendió cuan largo era en su inesperada sepultura.

—Quién me dijera que habia de verme convertido en trapense? fué la primera reflexion que acudió á su fantasía; pero, qué hay que hacer? Durmamos, se decia y se repetia á sí mismo. Dormir? ¡Ah este es un deseo que en ciertos casos su misma intensidad sirve de obstáculo á su cumplimiento. Nunca el sueño habia estado tan léjos de sus pár-

Digitized by Google

pados. ¿Cómo conciliarlo teniendo la parte moral tan escitada. Nada valia cerrar los ojos, como si la obscuridad no fuese lo que mas estaba allí de sobra. Revolviase en su lecho de espinas con la esperanza de que cambiando de postura disminuirian su incomodidad y su desvelo. No habia mas que algunos minutos y ya empezó á comprender que perseguia un imposible. De buena gana hubiera dado tres años de su vida por tener á mano una fuerte dósis de ópio, y la hubiera tomado aun á riesgo de envenenarse: Esperimentaba un acerbo frio en los piés, y vértigos en la cabeza. Tendíase boca abajo y se ahogaba: volviase de espaldas y los muros de su tumba le parecian de una altura formidable, y el pedazo de cielo que descubria, horriblemente negro y encapotado. Si alménos un plateado rayo de luna atenuase aquella lobreguez espantosa! Una piedrecilla cayó rodando cerca de él y su ruido le estremeció como si fuera el de un peñasco. Parecíale que su tumba se desmoronaba, y como que una cascada de tierra le cayese encima. Y de pensamiento en pensamiento vino á reflexionar que aquello sucederia alguna vez, y se imaginó cadáver. Este nuevo giro de sus ideas le dió calentura. No pudo aguantar mas y se puso en pié; reflexionó empero que Valdivia podria oirlo y volvió á tenderse. Los latidos de su pecho redoblábanse con rapidez espantosa. Apretábase con los codos y mordia su capote. Asaltábanle deseos de pasar á la otra tumba y estrangular á su adversario. Pero su imaginacion estaba ya encarrilada en el camino de las ideas mas tétricas y funestas. Cadáver vivo entre aquella multitud de cadáveres medio corrompidos parecíale que percibia el hedor de su descomposicion, parecíale que los estaba viendo bajo la capa de tierra con sus rostros pálidos y descarnados, parecíale ver los gusanos que se movian en confuso hormiguero y que oia el ruido de sus mordeduras. Una asquerosa picazon invadió de improviso todo su cuerpo: sentia el contacto frio de los gusanos que corrian por sus muslos y piernas, sentíalos que se desarrollaban lentamente sobre sus mejillas, sentíalos que iban á devorar-

Digitized by Google

le sus ojos. No puedo aguantar mas y saltó de la tumba, y sacudió todo su cuerpo como perro lanudo que sale de un estanque, y echó á correr hácia la verja, pero el ruido de sus pasos le hizo volver en sí, tembló de que Valdivia lo percibiera y se quitó las botas. Descalzo y pisando de puntillas iba á salir por la verja; mas recordando las palabras de su adversario no se atrevió á abrirla. Empezó á vagar desatentado con una especie de delirio producido por la fiebre. Tropezaba con las elevadas lápidas sepulcrales que le parecian otros tantos espectros vestidos de blanco, y se figuraba que se movian á su alrededor y que pretendian agarrarle. Quiso huir de allí á todo trance, y á favor de un monton de tierra saltó la pared que le rodeaba. Entónces echó á correr sin reparar en que cada paso magullaba las plantas de sus piés.

Léjos ya del cementerio sentóse para respirar libremente, para que refrescase el aire sus fatigados pulmones. Con el reposo del cuerpo se amortiguó la sobreescitacion de su espíritu, y recobró algun tanto de libertad su pensamiento. Púsose á reflxionar: soy acaso algun supersticioso? Han de aterrarme á mí con cuentos de fantasmas y espectros? He de tener miedo á un puñado de huesos? Qué dirá Valdivia? Qué dirian mis camaradas si tal supieran? Y resolvió volver al cementerio, y puso en planta su resolucion: pero caminaba muy lentamente, y para disculpar su lentitud deciase á sí mismo que los piés le dolian. Llegado á la verja la abrió con el menor ruido posible y anduvo agatas hasta el sitio en que estaba el farolillo. Notó entónces que traia algunos cigarros habanos y su corazon saltó de alegría. Tenia á mano un medio de distraerse algun tanto y pasar con ménos angustia el resto de la noche. En aquella coyuntura el teniente de caballería no se hubiera deshecho de ellos por una faja de teniente general. Levantó el farolillo para encender uno y su luz iluminó de repente un nombre grabado en la humilde lápida que ante él se levantaba. Era el nombre de una pobre muchacha con quien habia estado en

Digitized by Google

íntimas relaciones. La infeliz seducida y pronto abandonada, á fuerza de disgustos contrajo una tísis de la que habia muerto. Nadie mas que Bustamante conocia aquel horrible misterio. El farolillo le cayó de las manos, y se acurrucó meditabundo. Acaso no la habia llevado él á una muerte prematura? Acaso no era él un asesino? El epíteto de doncella que en la losa habia leido le atarazaba el corazon. Él la habia despojado furtivamente de esta cualidad con que el mundo la creia aun condecorada. El mundo se engañaba; pero su engaño era noble. Él solo habia sido el villano, y ¿nadie, nadie debia pedirle cuenta de esta villania? La justicia de Dios se le apareció tan clara, tan lógica, tan indudable como su existencia. Y no es esta justicia lo que hace terrible la muerte? Es al polvo y ceniza, es á los huesos corroidos, es á la corrupcion de la materia, ó bien es á otra cosa á lo que tenemos miedo? Estas ideas le abrumaban con un peso espantoso. El roce frio de los gusanos vivos no era nada en comparacion de la mordedura de este gusano interior. A trueque de abandonar aquel lugar funesto Bustamante iba á sacrificar su reputacion á sus remordimientos; por fortuna resonaron tres golpes en un reloj de la ciudad. Las tres! las tres! gritó con satisfaccion indecible, cogió el farolillo y fué á llamar á Valdivia. Cárlos estaba profundamente dormido. Ah! dijo para sí Bustamante, este lleva la conciencia tranquila, y por eso duerme, y por eso no teme á la muerte! Valdivia se levantó, se esperezó y plantándose en seguida de pié en el borde de la tumba, dijo:

—Ahora, qué quereis de mí?

—Me habeis hecho pasar una malísima noche, y quiero vengarme, quiero mataros. Defendeos.

Y le entregó una de las dos pistolas.

—Paréceme que este farolillo está mal colocado. Como no tenemos aquí maestre de campo que nos parta el sol...

Bustamante lo cogió, lo retiró obra de veinte pasos y luego se plantó al estremo de la otra tumba.

—Aguardad, continuó Valdivia. De todos modos la com-

Digitized by Google

pleta obscuridad cuadra mejor á las malas acciones.

Y disparando al farolillo lo hizo añicos.

—Ahora, añadió, arrojando la pistola y cruzando los brazos, podeis hacer fuego si teneis corazon para ello.

Bustamante apuntó al bulto inmóvil que distinguia apenas. La admiracion triunfó de las malas pasiones. Arrojó tambien su pistola, estendió los brazos, fuése corriendo á Valdivia, y casi con lágrimas en los ojos:

—Sois un valiente, le dijo, sí, sois un valiente.

—Pues sabed que no he admitido nunca, ni pienso admitir jamas ningun desafío.

—Y esto qué importa? Amais á Carolina, os casaréis con ella; pero en cambio sed mi amigo.

Terminada esta escena con un recíproco, estrecho y prolongado abrazo, disponíase á marchar y Valdivia se adelantó para salir el primero. Oyóse entónces un reloj que daba la una. Bustamante confuso, y corrido de haber medido tan mal el tiempo, de ningun modo quiso ceder á la cortesía de su nuevo amigo.

La tarde de aquel dia nos reunimos como de costumbre esperando el enlace ó desenlace de aquel suceso. Bustamante tardó un buen rato: al fin le vimos aparecer pálido y desencajado. Sus ojos estaban hundidos, sus lábios amoratados y acribillados por la calentura.

—Y Valdivia? le preguntamos sorprendidos.

—Valdivia se casa con Carolina, yo mismo he pedido su mano al coronel que á mis ruegos ha cedido.

—Y eso?

—Es que Valdivia es un valiente, querais creerlo ó no.

—Y cómo lo sabeis vos?

—Es un secreto que yo me reservo.

Y este secreto me lo confió despues á mí, añadió el retirado, como á su único y especial confidente.

Digitized by Google

XIII.

LA TARDE DEL CORPUS EN 182...

EMILIO B... Á RICARDO M...

Fuerte conjuro es el de que te vales para arrancarme un secreto que he podido guardar mas de tres años sin merma ni perjuicio de nuestra antigua amistad. Á tratarse únicamente de mis flaquezas puede que me hubiera conducido con ménos reserva; pero constituirme en narrador de mis buenas acciones tiene ciertos visos de inmodestia, y creo que llegaria á ruborizarme si no estuviese de por medio el mar, y no fueses tú el único que va á recibir mis confidencias. Has querido que rompiese el silencio, deja pues correr mi pluma á su sabor, que hoy me siento con vena de escribir, y me disgustaria que pecases de impaciente cuando estoy predispuesto á pecar de prolijo y minucioso. Los grandes pintores saben concentrar todo el interes de sus composiciones en la viva espresion de las figuras principales, yo pobre embadurnador de lienzo crudo suelo ingeniarme con accesorios de

Digitized by Google

capricho, y procuro encubrir la falta de inspiracion con la exactitud de los pormenores y la verdad del colorido.

Lo que voy á contarte podria titularse «historia de dos minutos de mi vida» y en tan corto espacio bien ves que no caben grandes sucesos ni complicadas vicisitudes. El drama, si drama te empeñas en llamarlo, es de una sencillez estremada, y así no estrañes que lo encabece con un prólogo de mayores dimensiones que el cuerpo de la obra. He visto libros de este jaez, y en conciencia no puedo reclamar el privilegio de invencion.

Dos veces has estado en Palma, y en ninguna has visto la procesion del *Corpus*. Pronto hará cuatro años que estaba sumamente hermosa la tarde de aquel dia. Supongamos que le hubiese dado por llover de una manera insólita y desapoderada, cuántas horas de agitacion y desasosiego! qué de ilusiones y esperanzas me hubiera ahorrado el cielo! Pero tampoco habria esperimentado la noble satisfaccion que proporciona un sacrificio oculto, ni la paz interior que tarde ó temprano sigue á la victoria que uno alcanza de si mismo.

Todo lo que hice aquella tarde lo recuerdo perfectamente. Tantas veces he traido á la memoria sus impresiones que han llegado á conservarse como los rasgos del buril en una lámina de cobre: así es que me atrevo á contarte uno por uno los vagos pensamientos que me ocupaban, precediendo á las vivas emociones que en mi corazon se sucedieron. Tan libre y exento de amorosos cuidados salí de casa, que hubiera vuelto sin la competente provision de avellanas con que obsequiar á alguna jóven de mis conocidas. A ninguna distinguia lo bastante para hacerla objeto de esta vulgar é inocente galantería; y si tal costumbre puede pasar como rasgo característico de ciertas festividades en nuestro pais, el faltar á ella pudiera tomarse tambien como rasgo característico de mi soberana indiferencia.

Entré por la calle de Santo Domingo y empecé á recorrerla en sentido inverso del que debia seguir la procesion. A espaldas de su iglesia levantan los padres dominicos un altar

Digitized by Google

con magníficos relicarios y soberbios candeleros de plata, y tengo muy presente que cerca de allí se me ocurrieron estas ideas: Van á cumplirse seis siglos que se estendian por aquí los muros y torreones de un alcázar moruno, que se ocultaban en su recinto los patios y jardines de un harem voluptuoso, y ni vestigios han quedado de esas fábricas que esperaban desafiar la saña del tiempo, y la mano del hombre las ha derruido. Si de aquí á trescientos años me fuese dado salir de mi tumba y volver á este sitio, cómo tambien lo encontraria todo cambiado! Grupos de pequeñas casas se habrán transformado en un solo palacio, y mansiones señoriales desmenuzado en pequeños pisos: cuántos balcones tapiados y cuántos nuevamente abiertos! los edificios habrán cambiado de fachada y los arquitectos de gusto, si es que entónces tengan alguno. Difícilmente podria reconocer el punto que ahora ocupan mis plantas á no ser por este magnífico templo que subsistirá incólume y robusto, semejante á esos fenómenos de longevidad, patriarcas olvidados por la muerte que continúan su existencia en medio de una generacion de biznietos y resobrinos.

Detúveme en la plaza de Cort á examinar por centésima vez los retratos, que en las grandes solemnidades cívicas ó religiosas decoran el frontispicio de las casas consistoriales. Prefiero á todos el de D. Gregorio Gual, obra del primero de nuestros pintores. Aparte el de S. Sebastian de Van-dick, preciosa joya es aquella de Mesquida. Si á mi ambicion se le propusiera por blanco la gloria del retratante ó la del retratado, de fijo daba en la estravagancia de escoger la primera; mas por mi desgracia me veo tan léjos de ella como de la segunda. Cuán triste es, amigo mio, sentir un inmenso deseo de volar y reconocer al mismo tiempo que se ha nacido sin alas! Eso no obsta para que me dijese: No seria justo que al lado de este militar esclarecido figurase tambien el que supo dar tanta espresion y vida á su fisonomía? No debieran tener cabida en este sitio todas las glorias de nuestro pais? Acaso lo ilustran únicamente aquellos de sus hijos

Digitized by Google

que ascienden á Generales ú Obispos? Cornelia hija y esposa de Cónsules se envanecia de los suyos que no debian llegar á mas que Tribunos. Segun andan los tiempos de temer es que ya no aumenten mucho, (y gracias á Dios si no se eliminan), los retratos de los que esparcieron el balsámico aroma de las virtudes cristianas, ¿no seria pues lo mas equitativo que, siquiera por via de sustitucion, la ciencia y el génio, que son la segunda de las escelencias humanas, heredasen el privilegio de la santidad que es la primera?

Algo de intempestivo, si se quiere, tenian estas reflexiones, y no era cosa de estarme parado en contemplacion artística en medio del movimiento general que de una á otra parte me impelia. Mi aficion á los pinceles no añade ni un dia mas á mis veinte y ocho abriles, y si me gusta examinar los primores de un bello retrato no me disgusta admirar los atractivos de un original hermoso. Hasta entónces habia existido un largo, muy largo camino de mis ojos á mi corazon. Por lo mismo si no interesante para este, agradable para aquellos era el espectáculo que se me ofrecia. El largo y corrido balcon de las casas consistoriales atestado de señoras luciendo sus galas y sus joyas, y sirviéndoles de dosel, que pudiera envidiar una reina, el magnífico voladizo: la plaza irregular de *Cort*, poco grata á los arquitectos pero ofreciendo á los pintores variadas perspectivas, con sus numerosas ventanas y balcones colgados de rojo damasco, y coronados de airosos bustos como los palcos de un teatro: aquel mar de cabezas en contínua ondulacion, sobre el cual descuellan las puntas de las bayonetas, como plateadas escamas de fantástica serpiente, al reflejar los últimos destellos del dia.

A manera del que remonta el curso de un rio fuí siguiendo mi camino, abriéndome paso por entre la doble fila de soldados, y la doble hilera de sillas en que sentadas las jóvenes disfrutan el doble placer de mirar y ser miradas. Hecho un inspector de bellezas, destino que carece de sueldo y al que nunca faltan aspirantes, pasaba revista á las ricas señoritas con sus brazaletes de perlas, á las graciosas menestra-

Digitized by Google

las con sus trages de muselina, y á no escaso número de lindas payesitas con su nevado rebociño, su jubon de raso y enaguas de seda, sus botonaduras de oro y patenas de filigrana; pero á todo esto mi corazon no añadia una mas á sus acostumbradas pulsaciones. Con esta flema de filósofo en ciernes parábame á ver las capillitas adornadas de luces, flores y colgaduras por la devocion y piedad de los vecinos, ó ya los empujones y el afan de situarse no léjos de las banderas, que pronto debian desplegarse y servir de alfombra al Rey de los reyes.

De esta suerte, llevado unas veces por el impulso ageno y forcejeando otras para seguir adelante, llegué hasta salir de la calle que da vista á la puerta de *Almoyna*. Allí me detuvo el movimiento ocasionado por la escolta de caballería que precede á los atambores del Ayuntamiento. Aire de gravedad y colorido local dan á nuestras procesiones su antigua tocata y particular vestimenta: es cosa tan mallorquina que sentiria mucho verla suprimida. Al ver desfilar uno por uno los gigantescos pendones de los gremios, interpolados por seis ú ocho maestros de cada profesion, pareciame que los santos de sus cúspides iban á volar hácia el cielo, ó las doradas águilas á batir sus alas por el espacio, y entretanto me proponia el curioso problema de si produciria un efecto mas pintoresco el que fuesen de colores diferentes, en lugar de aquella série de colosos encarnados solo interrumpida por el pendon verde que distingue á los hortelanos.

Precediéndoles una sencilla cruz de madera en medio de los ciriales llevados por dos angelitos y guarnecidas de blancos y rojos claveles, vienen los capuchinos con su hermoso tabernáculo de la divina Pastora. Inspíranme estos hombres que parecen restos vivientes de los primeros siglos del cristianismo, trasplantados de la Tebaida á nuestras sociedades corroidas por malas ideas y no mejores sentimientos, un no sé qué de simpático y respetuoso que no es fruto esclusivo de mi educacion cristiana. Para dejar de sentirlo paréceme que no basta ser descreido, es menester un corazon depravado.

Digitized by Google

Siguiendo el órden de su antigüedad, vela en mano y ojos en el suelo, iban pasando las demas comunidades religiosas, sobresaliendo por su crecido número los observantes, y por la riqueza y primorosas labores de su Cruz los dominicos. No forman estos ya pareja con los franciscanos como antiguamente sucedia: tampoco en esta procesion van juntas las dos órdenes redentoras, ni los carmelitas con los agustinos como en las otras de nuestra Catedral sucede actualmente. Cada comunidad separada lleva al frente su cruz, y acompaña á su tabernáculo seguido de un preste con pluvial y con dalmáticas sus ministros.

Taches ó no de pueriles mis gustos confiésote ingénuamente que participo del que da á los niños la vista de lo que llamamos *lledánias*, y el metálico rumor de sus doradas banderillas. Grandes armazones circulares graciosamente caladas ostentan sus perfiles todos cuajados de flores de cera, cuya diversidad de colores imita el efecto de una movible claraboya herida por los rayos del sol naciente. Así como á las imágenes de los santos gústame verlas descollar sobre las cabezas de los espectadores, sirviendo de guion al clero de cada parroquia. Sóbria de colores en su arabesca cenefa se presenta la de San Nicolas, y ninguna vence en hermosura á la de gótico estilo que precede al numeroso clero de la santa Iglesia. En medio de sus filas van doce sacerdotes revestidos de ricas y uniformes casullas quienes representando á los doce apóstoles, llevan en la mano el instrumento de su respectivo martirio.

Momento solemne, grandioso, indescriptible es aquel en que, como el arca santa en hombros de los levitas, aparece la magnífica é imponente custodia, en hombros de cuatro canónigos bajo del rico palio que sostiene el Ayuntamiento. Envuelta en el humo del incienso, rodeada de ministros del santuario que visten preciosos ornamentos, escoltada por colosales gastadores con sus negras barbas destacando sobre el blanco delantal, sus gorras de pelo echadas á la espalda, sus palas y azadones relucientes como plata, avanza

Digitized by Google

lentamente al magestuoso compas de la *marcha real* en que prorumpe la música militar apagando las modulaciones del órgano y sobreponiéndose á los cantos de la iglesia. Y luego el redoble de los tambores, el vibrante sonido de cornetas y clarines, la gigantesca voz de *n'Aloy* á cuyos acompasados golpes responde una salva de artillería. En medio de esta sublime discordancia, superior al mas vigoroso efecto que puedan producir las reglas de la armonía, ¿quién no siente una impresion desusada, y latir su pecho con las emociones del mas profundo respeto? Seria necesario ser incrédulo rematado para no rendir su orgullo como rinden los soldados sus armas, para no doblar espontáneamente la rodilla como la doblan todos los fieles á quienes absorbe entónces un solo pensamiento.

Y bien, vas á decirme, á qué conduce esta relacion que será todo lo verídica que tú quieras; pero que para el caso no tiene visos de oportuna? Respondo, es un boceto de costumbres, y conociéndote aficionado á este género preparo así tu ánimo á la indulgencia, puesto que no sabré trazar el siguiente cuadro con toda la valentía que yo quisiera. Es ademas valerme de un rodeo, bien que un poco largo, para que te formes un cabal concepto del tranquilo posesorio en que estaba de mi libre alvedrío, de la perfecta calma que disfrutaba al hallarme tan en vísperas de perderla.

Habíase internado la procesion por la angosta calle cuando un repentino y tumultuoso desórden agitó el apiñado concurso que acababa de verla. Algunos confusos gritos esparcieron el miedo y la zozobra. Ocasionaba este movimiento el de la seccion de caballería cerca de allí situada, y las corvetas de un caballo que se resistia al freno y á la voluntad de su ginete. Temerosos de un atropello los mas cercanos se hicieron á la espalda, echando unos á correr y aglomerándose otros en el sitio que yo ocupaba. La furia de esta oleada no era para resistida. Todos quedamos desalojados, y merced á este súbito trastorno vino á ser casi arrojada á mis brazos una señorita tan linda... tan linda...!

Digitized by Google

Por poco que tenga yo de artista tengo muchísimo mas que de literato, ¿cómo pues podria bosquejarte su hermosura con palabras cuando me siento incapaz de hacerlo con mis pinceles? Era aquello la miniatura de un serafin trabajada por mano de un ángel. Tonteria! Era una obra de Dios, artifice infinitamente mas hábil y entendido. Y esa estremada beldad se habia escapado á mi revista! Y lo mas estraño es, que vislumbrando en ella cierto aire mallorquin, nunca, nunca hubiesen tropezado mis ojos con semejante fisonomía.

La impresion que produjo en mi pecho, si no la comprendes por sus efectos, no sé de qué modo te la describa. Te he dicho que tenia ántes el corazon tan apartado de los ojos, ahora te digo que en aquel momento lo tenia encerrado en mis pupilas. Y estas por un magnetismo tan grato como irresistible permanecian fijas en aquel lindo rostro, admirando la trasparencia de su tez sonrosada, la suavidad y delicadeza de sus contornos, la candorosa espresion de la virginal belleza que me trastornaba y enloquecia.

Tan pronto como la hube sostenido, y hecho de mi cuerpo una especie de parapeto con que defenderla, se repuso y me dijo en castellano muy bien acentuado y con una voz soberanamente deliciosa, «gracias, caballero.» Levantó en seguida sus ojos hácia los mios, y los mas vivos colores relampaguearon en sus pudorosas mejillas. Parecióme entónces que habia comprendido todo el valor de mi ardiente mirada, y que mi alma se trasladaba á la suya como la suya se habia trasfundido en la mia. Deslumbrado, conmovido, perturbado no sabia qué decir y le pregunté: Se ha asustado V. mucho?—Un poquito. La gente nos empujaba, y como no sabia lo que era...—Algun caballo poco acostumbrado á esta clase de funciones.—Ay qué miedo me dan los caballos! Pero allí veo á mi mamá...—Me permitirá V. que se la entregue sana y salva? iba á decir. Medio minuto mas y ¿quién sabe lo que de su contestacion hubiera dependido? Pero un violento empellon me obligó á ladearme un poco, y al mis-

Digitized by Google

mo tiempo se interpuso entre nosotros un compacto grupo impelido por una segunda oleada debida al maldito caballo. Perdí de vista á mi refulgente estrella, y no me fué ya posible descubrirla de nuevo. Si hubiese llevado un trage chillon y estravagante! Si hubiese descollado entre las demas por su elevada estatura! Pero, nada! se confundió en la espesura como una espiga en su gavilla, siguió su camino, y yo sin duda empezaria por tomar el opuesto. No hay qué decirme si recorrí el curso de la procesion, si entré en la Catedral, si me fuí al paseo. Todo en valde.

Lo que anduve aquella tarde! Me retiré á las altas horas de la noche molido y asendereado, y con la imaginacion mas fatigada que mi cuerpo. Habíaseme puesto en ella que mi casual aventura era precisamente la piedra angular de mi felicidad venidera, y mi corazon ardia como una rama de pino seco. Pasaron dias y semanas y meses, y yo acudiendo á todas partes, así al teatro como á las iglesias, introduciéndome en las tertulias, solicitando amistades, y esperándolo todo de la casualidad ó de la Providencia. Triste era no tener el mas leve indicio para rastrear el objeto de mi insensato anhelo, pero seguia tenaz en la confianza de que el dia de mañana me otorgaria la dicha que todos sus anteriores me habian rehusado.

Tantas contrariedades, tantas tentativas frustradas, tantas esperanzas fallidas enardecian mi pasion en vez de amortiguarla. Luchaba yo, pero vencido no desfallecia. No buscaba recursos para olvidar, y á tenerlos á mano los hubiera rechazado. A mis solas recordaba aquella dulce mirada suya, y la traducia en todos los idiomas gratos al corazon: mis largas meditaciones no eran mas que una interpretacion gratuita, una paráfrasis estensa, un comentario prolijo de aquel brevísimo testo. Figurábaseme que ella debia de ocupar su pensamiento en mí como yo lo tenia clavado en ella.

Estaba desconocido para mis amigos, y de tus cartas se deduce que notaste la agitacion que me traia desasosegado. Algunas veces me daba por volverme misántropo, por arrojar

Digitized by Google

los pinceles y correr calles y mirar los balcones, otras por combinar proyectos matrimoniales con planes rentísticos, y me aplicaba al trabajo con una actividad calenturienta. Lo raro es, que conservando tan bien gravado en la fantasía el original, no lograba nunca hacer un retrato suyo que me dejara satisfecho. Qué de croquis! qué de bocetos! de lapiz, de pluma, de frente, de perfil... qué se yo? y al hacerlos seguia inmediatamente el destruirlos. Antes que llegara su turno al bosquejo de uno que estaba á punto de concluir, entró de improviso mi primo Manuel y viendo la tela en el caballete esclamó: Está parecida.—Quién? pregunté azorado.—La Carmencita.—Y quién es esta muy señora mia?—Toma! la hija de D. N. N. de Artá.—Pues te engañas, es un boceto para una Santa Eulalia.—Si tendré cataratas en los ojos! A la legua se conoce que es... ó que quiere ser ella.

Qué salto de alegría me dió el corazon! Y cómo me ingenié para cortar la plática y desorientar á mi primo!

Al dia siguiente me hubieras encontrado camino de Artá aguantando, con un valor digno de mejor causa, doce ó trece mortales horas de un horrible traqueteo. Cené mal y dormí peor en un meson tal como los sabia retratar Cervantes, entablé conversacion con los hostaleros, y sonsacándoles un poco averigüé de fijo que el dia del Corpus no estaba en Palma la dichosa Carmencita. Dijéronme que era un tipo de hermosura; pero á mí qué me importaba? Ni siquiera quise verla: y á poco de salido el sol me tenias otra vez montado en un carro primitivo y dando la vuelta á mis abandonados lares.

Entónces me ocurrió la idea de que era posible, ya que no probable, que mi hermosa desconocida fuese hija de alguno de los ricos propietarios domiciliados en los pueblos de la isla, y me entró la súbita aficion de viajar y recorrerlos. Y héteme aquí, amigo mio, transformado en artista errante, ya que no en caballero andante; pero como estos en busca de una princesa encantada. Qué de hermosas vistas y pintorescos paisajes recogí para mi cartera! pero tambien, qué

Digitized by Google

de amarguras y decepciones para mi corazon!

En dónde, en dónde estaban mis antiguas y tranquilas horas de estudio ó de recreo? Y con todo mi vida no era un infierno, porque ardia en mi pecho el amor y se mantenia indeleble mi esperanza.

Estábamos á principios de cuaresma cuando me sorprendió en mi taller la visita de un oficial que daba el brazo á una señora. Es ella! gritó mi corazon sin que mis labios pudiesen articular una sola palabra.

—Veníamos por si tenia V. la bondad de hacer nuestros retratos, me dijo aquel caballero.

—Con muchísimo gusto, respondí inmediatamente.

Y para ocultar mi turbacion les ofrecí asiento, y me puse á quitar chismes y desembarazar muebles como si me importara gran cosa el arreglo de mi estancia. Retratarla! Retratarla! oh dicha inesperada! Contemplarla á mi sabor, pasar largas horas con ella, percibir la celeste melodía de su voz, respirar la fragancia de su aliento, embriagarme en las delicias de una pasion tan locamente acariciada! Cómo no habia de ser tremenda la esplosion de un fuego subterráneo tanto tiempo comprimido? Mas de ocho meses sin haber dejado de pensar en ella un solo dia: mas de ocho meses de esperar en vano sin haberse reducido á polvo mis esperanzas, y verla aparecer de improviso como una vision celeste y no fugitiva! Verla dentro de mi propia casa sin mengua de su recato, verla dispuesta á ser el objeto de mil pequeñas y minuciosas atenciones, verla resignada á ser el blanco de mis ardientes miradas sin tener que reprimirme por miedo á su sonrojo! Oh! magnífica recompensa de tan larga agonía. El cielo me otorgaba mas de lo que me hubiera atrevido yo á pedirle. Qué corona de artista, qué condecoracion no hubiera desdeñado si entónces me la ofrecieran en cambio de no retratarla? El oro de Creso, la gloria de Murillo no me hubieran parecido una compensacion equivalente. Y sin embargo, qué horrible puñalada! Aquel hombre..? Podia ser su hermano... pero no, no: una voz interior me dijo que era su marido. Su marido!

Digitized by Google

Ay amigo mio, me encuentro en el capítulo de mis flaquezas. Aquella situacion era terriblemente dramática. Clavé en ella una rápida y furtiva mirada, y por el rubor de sus mejillas parecióme que me habia conocido. Si conservará mi recuerdo! A qué locas esperanzas no daba ocasion la de retratarla, y la de poder hacer para mí un segundo retrato que sin duda hubiera sido mi obra maestra? Pero, qué es esto? me dije. Voy por ventura á comenzar una carrera de libertino? He de esponerme á turbar la felicidad de estos esposos? Qué importa que la mia haya perecido? He soñado, y ya despierto. No, no he de dar ya pábulo á pensamientos hasta hoy legítimos é inocentes, de hoy mas villanos y criminales. Retratarla, no es delito, no es un acto culpable... pero es ponerme en peligro de serlo. Mi pasion es pura... lo ha sido hasta ahora, tanto mayor razon de conservar su pureza. Si cedo á la tentacion, si hoy no venzo en esta lucha, quien me garantiza que venceré mañana? No he de retratarla.

Tomada esta resolucion me senté, bien que con aire taciturno y pensativo, no sabiendo cómo retroceder del compromiso. Era forzoso un medio que no dejase entrar la mas mínima sospecha en el corazon del marido, que tal vez era receloso por demas y sombrío. Pero el cielo que me habia inspirado un buen pensamiento me abrió el camino para llevarlo á cabo.

—Será V. tan amable, me dijo ella, que quiera decirnos ántes el precio que ha de poner á su trabajo?

—Deja, mujer, respondió el oficial, el señor sabrá lo que valga y nos hará pagar lo que sea justo.

—El señor sabe que en bellas artes el talento nunca obtiene sobrada recompensa, y como por otra parte no hemos de ir regateando...

—Cinco mil y quinientos reales, dije entónces yo con una frialdad heróica.

—Santa Bárbara bendita! debió de esclamar para sus adentros el oficial; pero solo me dijo: Algo caro es.

—Ni un maravedí ménos.

Digitized by Google

—Pues en este caso, continuó volviéndose á la joven, partamos la diferencia; comenzará por el tuyo y dejarémos para otra ocasion el mio.

—Esto nunca, saltó ella. Pobre retrato mio sin la compañía del tuyo! Juntitos los dos como nuestros corazones. Este caballero ha pedido una cosa que sin duda será muy justa, pero la paga de capitan no es suficiente para alcanzarla. Qué le harémos? Aplazar nuestros deseos hasta que lleves los tres galones.

—Largo me lo fias.

—Todo se andará, hijo.

—Pero, querida, y el recuerdo que pensábamos dejar á la familia?

—Nada, me haré retratar de coronela. V. añadió volviéndose á mí, dispense la molestia.

Cogiendo luego del brazo á su marido me dirigió una dulce mirada en que parecia espresarme el mas vivo agradecimiento. Yo tambien clavé en ella, pero ya en sus espaldas, mi triste y postrimera mirada.

Casada! esclamé golpeándome la cabeza y midiendo á largos pasos mi aposento. Casada! Tantas ánsias de verla, y tanta amargura por haberla visto! Quién trocara mi despecho de hoy, por la escitacion y la incertidumbre y el desasosiego de ayer! Y casi lloraba como un niño. Pero, qué? me dije, he tenido valor para ser hombre y me arrepentiré de haberlo sido? He cumplido un deber, he hecho un sacrificio, que no será comprendido, que tal vez será mal interpretado, qué importa? Es la opinion del mundo ó la justicia de Dios quien ha de darme la recompensa?

Cinco ó seis dias despues entró Manuel diciendo:

—Cuando digo que á veces tienes la cabeza á pájaros...

—Vaya un ex-abrupto.

—Hombre, murmuran de tí y lo siento.

—Y dicen?

—Que sobre ser brusco y poco sociable tienes unas rarezas... que, ó bien te has metido en los cascos que eres un

Digitized by Google

segundo Velazquez, ó bien tratas de saquear al prójimo como si fuese real de enemigos.

—De modo que ó soberbia ó avaricia ó... No me faltaba mas sino que fuesen subiendo la escala!

—Pues si Viedma aseguró que por un retrato habias pedido tres ó cuatro veces lo que piden los demas pintores?

—Y quién es Viedma?

—El hombre feliz, y no es el del P. Almeyda. Un bello sugeto que tiene un fortunon deshecho: acaba de casarse con una niña hermosísima, con un ángel.

—Siempre andas tropezando con ángeles, como si los arrojaran á granel por esos mundos de Dios. Y quién es ella?

—Matilde la hija del Gobernador de Bellver.

—Teníala tan cerca y buscábala yo tan léjos! pensé, y dije luego: No tengo presente haberla visto en paseo, ni...

—Y cómo habias de verla si no venia á Palma tres veces en un año? Su madre que es mallorquina tiene una hermana paralítica á quien la niña cuidaba como si fuese su enfermera y no la abandonaba ni un momento. Es una santa.

—Tambien santa! prorrumpí con una intencion mucho mas profunda de lo que mi primo podia figurarse. Y ahora? añadí con voz algo temblorosa.

—Ahora se marcha á Búrgos con su marido que acaba de recibir el ascenso á Comandante.

—Gracias, Dios mio! gracias, esclamé no con los labios sino con el corazon.

Digitized by Google

XIV.

MORIR SONRIENDO.

I.

Cuidado que es mucha serenidad y sangre fria!

—Hombres de ese temple se echan al suelo bajo una lluvia de balas, y se duermen como si se acostaran en un lecho de flores.

—He visto batirse y me he batido tambien. Trances ocurren en la guerra que hacen erizar los cabellos de espanto, y es menester presenciarlos para comprender bien toda la energía de que es susceptible el corazon humano. De camaradas, y aun de enemigos, pudiera referir no pocos de estos lances; pero, francamente, el de hoy es cosa que me deja aturdido.

—Y cree V. que nosotros los marinos, añadió un tercero, en punto á valor tenemos que ceder la palma á los militares? En esas luchas á brazo partido con los elementos desencadenados las situaciones críticas no son ménos frecuentes ni ménos espantosas.

Digitized by Google

—Sin embargo, replicó el primero, una cosa es hallarse de improviso cara á cara con el espectro de la muerte, otra evocarlo tranquilamente, como hacian con los diablos los nigrománticos de la edad media.

—Resignarse á morir dentro de pocos momentos es lo que repugna, contestó el marino; pero hecho este supremo esfuerzo que la muerte sobrevenga ó nó, eso no quita.

—Sí quita. Por grande que sea la inminencia del peligro siempre queda un resquicio á la esperanza, y no es lo mismo pugnar en valde para abrir una puerta que cerrarla con mano firme á todas las eventualidades de salvacion.

—Tener aliento para comer y beber, dijo el militar, viendo sobre su cabeza la espada de Damocles pendiente de un hilo, prueba es de gran corazon; pero irse á sentar á la mesa sabiendo de fijo que el hilo ha de romperse....?

En esta conversacion que tenian de sobremesa unos cuantos amigos, ¿cuál era el asunto de que se trataba? Quién el héroe sobre cuyas últimas proezas recaia su conversacion? Triste es confesarlo, un suicida.

La capa del mundo es aun mas holgada que el manto de la caridad, pues basta aquella para abrigar al pecado si este solamente al pecador. El mundo, que ha canonizado ciertos errores y flaquezas, no puede ser sobrado rigorista con las demas, y no es estraño que encuentre sofísticas escusas para ciertos crímenes el que otros crímenes abiertamente patrocina. En el código de su moral faltan no pocos artículos, y esta omision no se limita á culpas leves, á debilidades de menor cuantía. Juez ridículamente severo contra faltas que no llegan á veniales, debia mostrar la antítesis de su carácter absolviendo monstruosas aberraciones, que cuando no las absuelve las disculpa, y cuando á disculparlas del todo no se atreve, busca en sus condiciones y circunstancias algo que ceñir de una auréola resplandeciente.

El suicidio de los dementes no es el que inspira á los dramaturgos, ni el que ofrece trágicas situaciones á los novelistas. Ante ese deplorable resultado de una enfermedad

Digitized by Google

cerebral el mundo pasa de largo con ojos mas ó ménos enjutos, apartándolos de un espectáculo que le repugna sin interesarle. Pero así como los frenéticos mas furiosos en sus lúcidos intérvalos usan el lenguaje y las acciones de los cuerdos, sin que por esto merezcan llamarse tales, así tampoco se puede recurrir siempre á la demencia para atenuar el horror de un acto, que debiera ser propio y esclusivo de la enagenacion mental llevada á su último estremo. La filosofía pagana y la moderna paganizada han hecho la apología del suicidio premeditado, y los que á tales conclusiones no llegan se contentan admirando la serenidad en los preliminares, la fuerza de voluntad con que se prosigue, la sangre fria con que se consuma á veces tan horrible atentado. Esta fatal admiracion, que ocupa el lugar debido al público anatema, es una especie de perdon que se arroja allí donde tal vez no cabe el de un Dios infinitamente misericordioso.

Por otra parte el periodismo se empeña en servir de lazarillo á los delegados del Gobierno para formar la estadística criminal de las naciones. Ninguno de estos dolorosos acaecimientos se escapa á su olfato de sabueso, ninguno se substrae á la publicidad de su registro, y solo Dios puede conocer el grado de complicidad del periodismo en esta série de catástrofes, borron asqueroso de la civilizacion moderna. La ciencia no ha desdeñado este problema; pero á pesar de las observaciones de la ciencia y de la historia, se continúa tomando nota de los suicidios que ocurren, refiriéndolos con sus pelos y señales, divulgándolos á son de trompeta, y acostumbrando los ánimos á tan mal género de impresiones. Así tal vez se ven secundadas las criminales aspiraciones de esos nuevos Eróstratos, cansados de luchar con sus indomables pasiones ó con su adversa fortuna. Resueltos á poner término á sus dias de una manera violenta, saborean de antemano el efecto que ha de producir su horrible atentado, meditan el plan como si tuvieran que componer un drama, lo rodean de circunstancias teatrales, escriben su última carta, nuevo linage de manifiestos, y saben

Digitized by Google

que á la mañana siguiente su nombre andará en lenguas, su valor será reputado á toda prueba, su desesperacion les conquistará la fama de un dia. Fama de un dia, sí; ¿pero acaso es mucho mas duradera la que obtienen hechos de suyo plausibles y gloriosos?

Y esto era cabalmente lo que habia sucedido.

Asombro de unos, escándalo de otros, y sorpresa para todos fué aquella mañana la noticia de haberse suicidado uno de los jóvenes mas elegantes y bienquistos de la sociedad barcelonesa. Pasaba apenas de los treinta años, y por cierto que á los ojos del mundo no podia contarse en el número de sus desheredados. Aquellos para quienes vivir es sinónimo de gozar, bien persuadidos estaban de que le habia tocado uno de los mejores asientos en el banquete de la vida. Escasas ocupaciones interrumpian su cadena de placeres; su jovialidad y su facundia le distinguian en las reuniones de amigos, y en las que intervenia el otro sexo llevábase no solamente los ojos de jovencillas inespertas, sino que se fijaban en él con peligrosa complacencia los de aquellas mugeres, que creyéndose fuertes y jactándose de virtuosas, gustan sin embargo de acercarse al borde y echar una furtiva mirada á los abismos del vicio. Quién se hubiera atrevido á decir que tal vez mereceria de lástima lo que se le tenia de envidia?

La víspera se le habia visto en el café charlar y bromear con los concurrentes, despues aplaudir en el teatro á una bailarina, mas tarde obsequiar indistintamente á varias señoritas en un sarao, y concluido este, con su mismo trage de baile, sin que le temblara el pulso, sin una ligera incorreccion, sin una falta de ortografía escribió su postrimera carta dirigida á un amigo.

De esta carta, á cuya tinta, fresca aun, se mezcló la sangre de su autor, circulaban copias que se robaban de las manos, se leian con avidez y se comentaban de mil maneras; pero ni el mas paciente descifrador de geroglíficos, ni el mas hábil intérprete de testos oscuros hubieran podido sa-

Digitized by Google

car en limpio la causa ocasional de tan horrible suceso. Todas sus congeturas tendrian de aventurado todo lo que tuvieran de ingenioso. El desgraciado jóven se habia reservado la originalidad de no hacer al público partícipe de sus secretos. Pudiera decirse que le embromaba desde la huesa. Su carta, especie de capítulo humorístico de unas memorias de ultra-tumba, picaba la curiosidad y al mismo tiempo la desorientaba; allí un pensamiento delicado se codeaba con un feroz sarcasmo, una frase sentimental se entrelazaba al chiste mas imprevisto, y todo con tanta naturalidad, con tal carencia de afectacion que por ninguna parte podia rastrearse la huella de un espíritu preocupado y sombrío. Decia en un paréntesis: «son las tres y catorce minutos: principio un rico habano, espoleta de nueva invencion, puesto que al concluirse estallará mi cabeza como una bomba.» Y en efecto, cuando al ruido del tiro acudieron los vecinos y le encontraron cadáver con el cráneo destrozado, su reloj de oro no señalaba todavía las cuatro, y la punta de su cigarro ardia en el suelo.

Proseguia la conversacion de sobremesa cuando un jóven abogado de Gerona que habia guardado silencio, dijo: esto es morir con la sonrisa en los lábios, dicen ustedes, no me opongo. Yo no trataré de investigar si este fenómeno moral proviene de una escitacion nerviosa, ni si es afectada ó sardónica la tal sonrisa.

—De todos modos es prueba de una carencia absoluta de miedo á la muerte.

—Pero no prueba que esta falta de miedo á la muerte no sea por sobra de miedo á otra cosa peor.

—Peor?

—Sí; la grandeza de los males de la tierra depende mucho de la imaginacion. Esta, que no la razon, es quien suele medirlos. Sócrates forzado á beber la cicuta manifestó que no temia á la muerte; pero al dársela Caton, ¿quién asegura que no fuese por un miedo cerval á la humillacion de su derrota, á la pérdida de su prestigio, al sonrojo de ver

Digitized by Google

triunfantes á sus enemigos? Quién asegura que no le amilanase, mas que la guadaña de la muerte, la mirada de César?

—Nó, su amor á la patria, su apasionamiento á las formas republicanas...

—Pamplinas! Qué ganaban la patria ni la república perdiendo una espada que en casos dados pudiera aun servir para defenderlas?

—Pero, le parece á V. que un cobarde tendria ánimo para hincarse un puñal en el pecho?

—Y les parece á ustedes que es para cacareado el valor de arrostrar la muerte cuando no se tiene el de arrostrar el sufrimiento? Ustedes hablan del desprendimiento de la vida como de un heróico despilfarro; pero convendria saber qué concepto han formado de su propia vida los que atentan contra ella, cómo la definen? cómo la juzgan? cuáles son sus verdaderas apreciaciones? Si tantos poetas no mintiesen nada tuviera de estraño que se suicidaran. Algun filósofo, ó mejor sofista, se ha valido de una comparacion que no sé si es muy propia: quitarse la vida es desnudarse de un vestido: pues díganme ustedes, ¿tendrian por muy generoso á un caballero que diese á un pobre su gaban estrecho, raido, incómodo, de un color y de un corte que ya no fuesen de moda? No se maravillarian ustedes con mas razon de una señorita que vestida ya de baile obedeciera sonriendo á su madre al decirle esta: Mira, niña, la vecinita de enfrente no tiene trage para presentarse en el baile, dale el tuyo, y quédate en casa?

—No hay señorita alguna capaz de tanta resignacion y desprendimiento.

—Nó? pues escuchen ustedes una sencilla historia en que por desgracia ó por fortuna he tenido alguna parte.

—Cuente, cuente V. don Narciso.

—La contaré, pero á mi manera, dejándome llevar de mis inspiraciones, y dándole un colorido en armonía con mis ideas y sentimientos.

—Es muy justo. Escuchamos con religiosa atencion.

Digitized by Google

—Mil gracias.

Bebióse D. Narciso un vaso de agua, pasóse el pañuelo por los ojos como si tratase de enjugar una lágrima oculta, y continuó poco mas ó ménos en los términos siguientes.

II.

Que una pequeña circunstancia influya mucho en los destinos y vida de las naciones, punto es en que no conviene la filosofía moderna. Haciéndolo depender todo de un conjunto de graves causas existentes en épocas determinadas, ninguna fuerza da á tal ó cual menudo hecho que pudiera haber servido de obstáculo á su desarrollo. Como si el quitar ó añadir una incógnita de valor insignificante no trastornase enteramente el mas complicado problema! Sea empero de esto lo que fuere, ello es que en cuanto al destino de los individuos tenemos sobra de ejemplos para desconocer que la Providencia se vale de los mas vulgares incidentes para llevar á cabo sus designios. Paréceme á mí que ni tendria ahora la muger que tengo, ni tampoco llevaria la vida que llevo si por una pámplina, que ya no recuerdo, no me hubiese disgustado con mi patrona cuando estudiaba leyes en esta Universidad. Si no me hubiese puesto la ensalada cruda, ó mullido poco la cama ó dejado sin agua la jofayna quizás me hubiera entregado á la política, y quizás á estas horas seria un potentado... ó un perdido. Pero me incomodé por alguna fruslería de estas, y despues de cinco años cambié de habitacion, tomándola en una calle de las ménos concurridas. Desde el balcon de mi tercer piso descubrí el fronterizo de unos entresuelos, y al traves de sus cortinillas de muselina una cabeza de muger tan perfectamente modelada que empecé á desperdiciar horas y mas horas en contemplarla. Centinela perdurable, tan solo para lograr un momento en que pudiera ver su rostro á todo mi sabor, qué de planes de conquista, qué de ensayos pantomímicos, qué de combinaciones telegráficas hilvanó mi imaginacion! Tiempo perdido.

Digitized by Google

Aquella jóven (porque ya suponen ustedes que una muger tan constantemente espiada era jóven y sumamente hermosa) no levantaba la cabeza de su labor, ni se asomaba al balcon, ni salia de su casa mas que para la iglesia. Y aun así solia acompañarla la esposa de su hermano que, aunque jóven y bonita, equivalia para mí á una escolta de Dragones.

Cambié de rumbo sin perder de vista mi objeto, y los vientos me fueron mas favorables. Bajo del balconcillo habia una tienda ocupada por su hermano que trabajaba de tallista; esta era el reducto avanzado que me importaba tomar ántes de dirigir mis fuegos á la ciudadela. Con pretesto de unos adornos empecé á menudear visitas al taller, á prolongarlas, á grangearme la confianza de aquel feliz matrimonio, y concluí por penetrar en el deseado cuartito de arriba. Aquello era el santuario de un ángel: la atmósfera que allí se respiraba era la de un templo. La lindeza de aquella jóven, sus agraciados contornos, su pudoroso continente, su modesto aliño, y sobre todo la dulzura, el encanto inesplicable de su voz me dejaron como aturdido, como alelado. Qué pronto sus palabras fueron bastante poderosas para modificar, para cambiar radicalmente mis ideas! Señores, ustedes se burlarán de mí si les digo una cosa; mas no me importa. El resultado de algunos meses de conversacion, de honesta familiaridad, de tierna correspondencia con aquella jóven fué por mi parte una confesion general. Ah! si ustedes hubiesen conocido á mi adorada Rosalia! Si ustedes supieran lo que es amar y ser amado de una de estas jóvenes que con toda propiedad son llamadas ángeles en la tierra, no tanto por la gentileza de sus formas como por la pureza esquisita de sus almas! Si ustedes vieran qué dulcemente brilla el amor al abrigo de un recato virginal y de una inocencia inmaculada! Si esperimentaran ustedes lo qué es una pasion que se eleva cuanto se espiritualiza, que se embellece cuanto se santifica! Si comprendieran hasta dónde llega el ideal humano cuando ciñe una auréola de resplandor divino, de seguro que entónces no se burlarian ustedes de mí.

Digitized by Google

Durante mas de un año hubiera impugnado con toda la seguridad de la propia esperiencia aquella antigua máxima de que nadie está contento con su suerte; pero despues conocí la verdad que encierra aquella otra de que nadie es dichoso hasta el fin. Rosalia, en cuyas mejillas no brillaba el carmin encendido de los claveles sino la trasparente blancura de las azucenas, blancura que parecia ser un símbolo visible del candor de su alma, empezó á sentirse indispuesta con alguna frecuencia. Unos dias mas oprimida, otros mas aliviada; pero siempre sufrida, siempre resignada, siempre risueña, trataba de ocultar sus padecimientos, diciéndome que debia abrazar aquella ligera cruz porque el cielo no le habia enviado otra, y era demasiada la felicidad de que mi amor la inundaba. Al fin tuvo que ceder á los consejos del facultativo que le aseguraba el recobro de su salud con el aire vivificante de la campiña.

Con su cuñada y su prima Clotilde, la amiga de su infancia, la que compartia conmigo los tesoros de aquel corazon tan rico de ternura, fuése á vivir en un pueblecillo distante legua y media de Barcelona. Los estudios me retenian aquí, porque un amor tan santo como el mio respeta todos los deberes, pero no pasaba semana sin que yo montase á caballo y fuese dos y tres veces á verla. Y en efecto pronto la hallé notablemente mejorada. La frescura de su tez impugnaba y confundia todas las cabilaciones de un carácter aprehensivo. La aurora de la esperanza renacia con toda la esplendidez de sus albores. Oh! qué hermosos dias aquellos! Qué largas y deliciosas escursiones al traves de los campos respirando su perfumada brisa, contemplando los abrillantados matices, los fugitivos cambiantes con que el sol se despide de la tierra! Qué tiernas y sabrosas pláticas! Qué amores aquellos, rosas sin espinas, exentos de quisquillosos celos, de exigencias caprichosas, de recíprocas desconfianzas, de vagas reminiscencias de otros amores! Lo que es vivir dos almas estrechamente unidas, solitarias en la tierra, al abrigo del cielo, olvidadas del mundo, y reconociéndose

Digitized by Google

siempre á los ojos de Dios! Ah señores! disimúlenme ustedes que ceda, quizás indiscretamente, á la sobreescitacion de estos inefables recuerdos.

Una tarde, la conservo tan fielmente grabada en la memoria! despues de un largo paseo por los alrededores del pueblo, entramos como de costumbre en su solitaria iglesia al toque de Ave Marías, y miéntras las rezábamos cogí un dedo á Rosalia y metí en él una sortijita de oro que yo llevaba. Concluido el rezo no me dijo mas que estas palabras: *Ó tuya ó de Dios*, y se fué á poner de rodillas y proseguir sus devociones con singular fervor y recogimiento. Yo me quedé sentado en un banco, los brazos cruzados y sintiendo caer sobre mi corazon como unas gotas de celeste rocío. Me atreveria á proponer como un problema curioso el de si es una felicidad ó un infortunio haber probado momentos de dulcedumbre tan esquisita.

Restablecida al parecer completamente volvió á la ciudad, y su regreso fué para mí el comienzo de una nueva era de tranquilos y dichosos dias; pero concluyeron mis estudios, tomé la licenciatura, y me fué preciso pasar á mi casa á fin de preparar el camino y llevar á venturoso término mis designios. Deseaban mis padres para mí un casamiento mas ventajoso á los ojos del mundo que el de una hermana de un oscuro tallista; pero á la pintura que les hice del carácter, y aun de la figura de Rosalia, se dieron por mas que satisfechos de que les entrase un ángel en la familia. Sé que no cedieron solamente á palabras que podian nacer de una imaginacion exaltada. Tres meses duró mi ausencia sin que me fuese dado interrumpirla con una sola visita á Rosalia, y de sus cartas no se desprendia la menor espresion que diese márgen á funestos recelos.

Lleno de júbilo y en alas de la mas deliciosa esperanza volví á Barcelona, y al poner el pié en el umbral del tallista me dió el corazon un vuelco espantoso. Tal fué la acogida que me hizo el laborioso jóven que la tomara por glacial y despreciativa si no le viera tan profundamente afligido. Me

Digitized by Google

precipité á la escalerilla del entresuelo, y el grito de Rosalia al verme, su movimiento instintivo para levantarse del sillon que ocupaba, el súbito encendimiento de sus mejillas, el ímpetu con que se abrieron sus brazos, como si cedieran á la fuerza de un resorte, me certificaron el inmenso amor que me tenia. La gracia de sus contornos estaba ligeramente alterada, pero ni su hermosura, ni su sonrisa parecian haber disminuido. Sentéme á su lado, hablamos largamente, y el encanto de su conversacion apénas me dejaba notar los ingeniosos efugios con que eludia mis preguntas concernientes á su salud. Así me tuvo por largo rato mitad inquieto, mitad embelesado, cuando con un tono en que la emocion interior no desvirtuaba la firmeza de su acento me dijo:

—Te devuelvo la sortija.

—Cómo! esclamé tan sorprendido como si me fuera imposible adivinar el funesto orígen de aquella resolucion.

—Está escrito que no he de ser tuya sino de Dios.

—Dónde? repliqué tontamente.

—En el libro rubricado por la mano del Eterno.

—Rosalia! por todo lo que hay de mas sagrado en el cielo te conjuro que no te entregues á tales imaginaciones.

—Ten calma y escucha, respondióme dibujándose una tierna sonrisa en sus labios. Hoy cierro las puertas á mi pasado, del cual por cierto no tengo motivos de estar quejosa. Te doy mil gracias, querido Narciso, por el gozo interior, por las dulcísimas emociones que á tu lado han embellecido mi existencia. He sido feliz... y lo soy todavía. Vuelves á poseer tu libertad quizás á precio de lisongeras esperanzas; pero si algo pueden contigo mis deseos te suplico que vengas todas las tardes. Hablarémos como amigos que se ven en la tierra, como amigos que esperan verse en el cielo; pero media horita solamente. Ni un minuto mas: y en estos coloquios, no residuos amargos sino postreras gotas de la miel que ha llenado mi cáliz, te prohibo absolutamente cualquiera alusion, cualquiera referencia al estado de mi salud y á los recuerdos de tu amor. Por hoy hemos concluido.

Digitized by Google

Y levantándose, con suficiente ligereza todavía, se retiró á su alcoba.

Quedéme cual si me hubieran dado con un mazo en la cabeza, pero me repuse luego y volé á casa del facultativo.

—Sus dias están contados, me dijo, y la sentencia es inapelable. Padece una de esas afecciones del corazon que se burlan de los desvelos del hombre y del poder de la ciencia. Ni yo, ni mis compañeros tenemos el don de hacer milagros, y para decir lo que á V. he dicho no se necesita el don de profecía. No hay mas que hacer sino dejarla en reposo, cuidarla con esmero, no contrariarla....

—Y conoce ella que no tiene remedio? pregunté con una ansiedad espantosa.

—Eso no. Le hemos dicho que su dolencia no presenta ningun síntoma peligroso, que está reducida á unos accesos nerviosos que cederán á la eficacia de las pócimas que le receto, y al venir la primavera le hemos asegurado que se hallaria completamente restablecida.

—Y opina V. que ella lo cree?

—Pues no ha de creerlo? La llevamos engañada.

—Vosotros sois los engañados, dije para mis adentros.

Renuncio á trazar el bosquejo de mis padecimientos morales, porque ni este cuadro psicológico, ni la descripcion de la enfermedad de Rosalia importan mucho para poner de relieve el contraste de la historia divulgada hoy por toda Barcelona con esta que pasó desconocida entre las cuatro paredes de un humilde entresuelo. Para esta no tuvo el mundo admiracion ni aplausos; pero hay hechos tan sublimes aunque obscuros que bien pueden competir con las exhibiciones del mas ruidoso heroismo.

Ya comprenderán ustedes que yo no debia oponerme á la voluntad de la pobre enferma, tan claramente espresada, pero pude mitigar el rigor de aquella consigna aparentando cumplirla con la ciega obediencia de un recluta. Gracias al ardid que me sugirió la esposa del tallista, al salir del cuartito, tomaba un pasadizo y dando la vuelta entraba en un

Digitized by Google

gabinete que tenia otra puerta en el aposento de Rosalia. Allí pegado el rostro al ojo de la llave pasaba las horas en contemplarla, en ahogar mis sollozos, en pedir á Dios que cambiase nuestros destinos.

Háblase mucho de la debilidad del otro sexo, y es algo estraño á primera vista que al bosquejar el retrato ideal de la muger perfecta las divinas letras se sirvan cabalmente del epíteto *fuerte* como del rasgo que con mas propiedad la caracteriza. Pues la fortaleza de Rosalia es precisamente lo que ocupa mi imaginacion.

Ella misma trabajaba las primerosas flores que debian adornar su cabeza helada por el soplo de la muerte, y las trabajaba sin afectacion alguna, sin muestras de jactancia como sin visos de flaqueza. De seguro que ni mas ni ménos hubiera hecho para tejer su virginal corona á tener vocacion de encerrarse en un monasterio. Pudiera decirse que para ella las puertas del sepulcro no eran mas sombrias que las del claustro, pues se la veia despedirse del mundo con tanta tranquilidad de espíritu como si únicamente se despidiera del siglo.

Sentada en el sillon y leyendo un librito que cerró al verme, y puso luego al otro lado como si quisiera ocultarlo á mis ojos, la encontré en una de mis últimas visitas. Qué especie de libro será ese? dije para mí. Descuido con cuidado busqué ocasion de cogerlo, y... señores! se me horripilaron las carnes, me temblaban las manos, se congeló mi sangre solo de leer su título en el dorso. Era un libro ascético titulado: *Preparacion á la muerte.* Que ella lo leyese cuando se veia jóven y llena de vida, no es estraño; pero sabiendo como sabia que no le faltaba una semana para hallarse en la tumba! No me vengan á ponderar el valor del libertino hastiado de placeres si contempla friamente las pistolas con que ha proyectado destrozarse el cráneo. Algo mayor fortaleza de alma arguye esa tranquila meditacion de una jóven de veinte abriles, que ofrece á Dios el sacrificio de sus doradas ilusiones, y puestos como quien dice ambos piés en el sepulcro se entretiene en registrar con ojo sereno

Digitized by Google

sus misteriosas profundidades.

Otra tarde estaban ella y Clotilde cosiendo unas telas blancas que adornaban con lazos y cintas azules.—Y eso? pregunté maquinalmente.—Es mi vestido de boda, contestó Rosalia. Clotilde inclinó la cabeza sin duda para ocultar sus lágrimas. Me quedé tan mudo como si por un estraño accidente hubiese perdido la facultad de hablar. Aquella vez mi visita no duró la media hora, porque me era imposible resistir al triste espectáculo que me desgarraba las entrañas. No pueden ustedes figurarse la minuciosidad, el esmero con que la pobre enferma atendia á la perfeccion de su último trabajo. Parecia una coqueta que espera dar golpe en un baile, que fia al estreno de un trage su triunfo mas apetecido. Corrí á mi escondrijo... y allí puesta la cabeza entre las manos estuve largo rato llorando como un niño. Despues me acerqué al ojo de la llave y vi á Rosalia de pié delante de un espejo, con el trage puesto, destrenzada su hermosa cabellera, ceñida la corona de flores artificiales, entrelazados los dedos de ambas manos y sosteniendo con ellos un ramillete de filigrana. Clotilde á sus piés y siguiendo sus avisos arreglaba con prolijo esmero los pliegues de la nevada túnica y de un manto azul celeste. Así se estuvo Rosalia un buen rato contemplándose tiesa, inmóvil, como si se hallara ya tendida en el féretro. Habia para volverme loco. Llamaré mugeril capricho á lo que revelaba tan varonil energía?

—Te gusto así? preguntó á Clotilde. Esta no contestó. Vamos, añadió aquella, no seas niña. Por qué lloras? Llorarias si un príncipe de remotos paises me pidiera por esposa y me llevara á sus tierras? Es ménos dichosa mi suerte? Quiéres que me vaya del todo contenta? Dime, qué tal te parece Narciso?

—Nó, prima, nó. Nunca he puesto en él los ojos con segunda intencion, contestó Clotilde mezclando de lágrimas sus palabras. Le he mirado siempre como cosa tuya. Si has tenido celos de mí, te aseguro...

—Celos? No sabes que esta es una de aquellas pasiones que

Digitized by Google

el cielo no bendice? Estas víboras nunca han picado mi corazon.

—No se alimentan de sangre tan pura.

—Solo Dios sabe cuál corazon es puro y cuál mancillado. Respetemos sus inescrutables juicios. Pero díme, si Narciso pidiera tu mano...

—No la pedirá, no lo temas.

—Y si te la pidiese no se la dieras... por amor mio?

—Por amor tuyo no hay sacrificio que yo no aceptase.

—Y seria grande el que te pido?

—Rosalia! gritó la pobre Clotilde, Rosalia! por qué te complaces en desgarrar tu corazon?

—Al contrario. Tus palabras pueden henchirlo de un bálsamo delicioso. Quisiera morir en la persuasion de que los dos, los dos que mas amo en este mundo, viviréis unidos y felices. Quisiera dejarte mi amor como una rica herencia.

—Soy tan pobre de méritos como de fortuna.

—Narciso es generoso; no le arredró mi pobreza, tampoco le arredrará la tuya.

Qué precioso, qué gratísimo elogio para mí, pronunciado en circunstancias ménos aflictivas!

El dia siguiente me dijo: Esta noche voy á recibir el santo Viático; despues de la visita de mi Dios no admito sino las de sus ministros. Adios hasta el cielo.

—Te seguiré.

—Te quedarás en la tierra.

—Oh! nó. Tú no conoces la intensidad de mi afecto. Basta para consumirme, para devorar mi existencia.

—Llegará, pero mas tarde, el tiempo de reunirnos.

—Y qué he de hacer á solas en este mundo?

—Mostrar tu sumision á la voluntad divina. Yo no tengo riquezas de qué hacer testamento; pero si mi última voluntad mereciera ser atendida... una cosa quisiera... una sola cosa.

—Puedo negarme á nada que tu desees?

—Y lo deseo con toda el alma. Mi prima... la pobre Clotilde... no es verdad que es hermosa? Mira, Narciso, moriria tan satisfecha si me prometieras...

Digitized by Google

—Rosalia! Rosalia, única muger á quien puedo amar en este mundo.

—La amarás tambien... es digna de tu amor. Prométeme que en todo un año no mirarás á muger alguna... es el único luto que has de llevar por mí. Despues, el dia de mi aniversario, si ambos no me habeis olvidado, entrégale á Clotilde la sortija que me diste... Bendígala el sacerdote al celebrar vuestro casamiento, y... venid los dos á orar cabe la tumba de vuestra Rosalia.

Ya no se me permitió entrar mas en el cuartito; pero al tercer dia en que estaba ya oleada oí que el sacerdote esforzaba la voz, y me precipité como un desesperado, y me arrodillé á los piés de la enferma. La opresion de su pecho la ahogaba, habia perdido el uso de la palabra; pero se abrieron sus ojos, y clavó en mí una penetrante mirada, que interpreté como signo de agradecimiento. Sus manos dejaron caer en las mias una pequeña medalla de la Vírgen, como prenda inolvidable de su afecto, y sus labios se sonrieron como si saborease el último goce de la tierra, como si principiase á disfrutar las dulzuras del cielo. A los pocos momentos espiró: digo mal, se durmió en el ósculo del Señor.

Esto, señores, esto sí que es morir con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazon.

A los quince meses me casé con Clotilde, digna amiga de la sin par Rosalia.

Digitized by Google

XV.

EL CAMINO DEL CIELO.

I.

Cañaverales se llama un pueblecito que, arrinconado en una de las provincias castellanas, parece trasunto real de las fantásticas descripciones en que suelen colocarse las delicias de una vida inocente, frugal y tranquila en medio de los risueños encantos de la naturaleza. Sus agrestes y pintorescos alrededores pertenecen al idilio: sus toscos y sencillos monumentos apenas interesan á la arqueología. Diríase que en sus campiñas y florestas se respira el ambiente de la antigua Arcadia, perfumado con los suaves aromas del cristianismo. A la raya de sus fronteras ha detenido su impetuosa marcha la civilizacion moderna, como temerosa de perturbar su apacible calma, y de ahuyentar su primitiva sencillez y poesía. Nunca se han despertado los ecos de sus montañas al estruendo del parche belicoso, nunca se ha leido su nombre en los fastos de las conmociones políticas ni en los relatos de las crónicas judiciales, y lo que es mas, ni memoria se

Digitized by Google

tiene de que en su distrito haya ocurrido alguna de aquellas grandes catástrofes, que siembran la consternacion entre los presentes y trasmiten su funesto recuerdo á las generaciones venideras. Su archivo, reducido á un solo volúmen, encierra únicamente las partidas de bautismos y defunciones que han dado un dia de júbilo ó de tristeza á sus hogares, y el recuento de los matrimonios bendecidos en su pequeña iglesia bizantina. De Cañaverales se acordaria sin duda el que dijo: felices los pueblos que carecen de historia.

Al viajero que en este se detenga nada le es mas fácil que adivinar la etimología de su nombre. Sus humildes viviendas, esparcidas á manera de rebaño que sestea, vénse como engastadas entre verdes y frondosos cañaverales, y de muchas pudiera decirse que se miran en el espejo de un cristalino arroyo, cuyas aguas corriendo á lo largo del estenso valle se deslizan por entre numerosos grupos de juncos y de cañas, que con agradable susurro en sus márgenes se balancean. Al soplo de las brisas doblan ellas sus penachos como los del yelmo de un guerrero, y flotan sus largas hojas como verdes cintas de una sortija arrebatada por certera lanza. En sus enmarañadas selvas crece una multitud de lentiscos y de alheñas, y esta abundancia de mimbres y cañas ocasiona la principal industria, y forma el ramo principal del comercio de sus moradores.

Entre los que vivian allí del oficio de cestero habia uno de ignorada procedencia, aunque hacia mas de doce años que en él estaba avecindado. Su cualidad de forastero pareció bien pronto completamente olvidada, y nunca le fué el menor estorbo para granjearse nuevas simpatías y conservar el aprecio de sus nuevos paisanos. Era un hombre ya maduro que pasaba de los cincuenta, y cuyo bondadoso carácter se revelaba en su plácida fisonomía. Las personas mas notables, las mas acomodadas del pueblo no se desdeñaban de tenerle por amigo, y en mas de un caso se apresuraban á pedirle consejo. Descubríase á la legua que su inteligencia habia sido cultivada por una instruccion superior á la que

Digitized by Google

su oficio requeria, y que su conocimiento del mundo, mas bien que de la penetracion natural, era hijo de la propia esperiencia. Allégnese á esto cierta finura en su lenguaje y en sus modales, y no se estrañará la sospecha de que en otro tiempo hubiese gozado de mejor fortuna; pero como nunca exhalaban sus lábios una queja, ni se le oia hablar una palabra de su pasado, y por otra parte se le veia tan laborioso, tan habituado á las costumbres lugareñas, tan contento, ó á lo ménos tan resignado á su suerte, desvanecíanse luego por quiméricas y creíanse fundadas en el aire tales sospechas. Con él vivia solamente una linda jovencita en quien cifraba la felicidad de su existencia. Seria exageracion el decir que fuese un prototipo de hermosura: con todo su rubia cabellera, sus vivaces ojos, su sonrosada tez, su flexible talle, su delicioso timbre, y un no sé qué de gracioso á la par que de puro y casto en todos sus movimientos y ademanes, hacian que pudiera considerarse como la perla de aquella comarca y aun de sus lejanos alrededores.

Cierta noche trabajaba el cestero en su tienda, rodeado de objetos ya concluidos y de copiosos materiales de su manufactura. Veíanse al alcance de sus manos hacecillos de pelados mimbres, y una porcion de lustrosos y delicados listones de caña que iba entretejiendo con notable soltura y ligereza. Miéntras sus dedos se movian como por sí mismos, sus lábios se entreabrian con melancólica sonrisa, y sus ojos estaban como clavados en la hermosa jóven, que de pechos en una ventana parecia embebida en sabrosa plática con otra persona situada en la parte esterior de la reja. Sonó el toque de *ánimas* y la jóven cerró luego la ventana, ligera como una cabritilla fué á sentarse al lado del anciano y tomó su labor con el semblante inundado de la mas pura satisfaccion y alegría.

—Marcelina! esclamó aquel, el júbilo que se te derrama en el corazon te sale al rostro. Tu ventura es mi única ambicion, y sin embargo son otras tantas congojas para mi pecho las dulces ilusiones que te sonrien.

Digitized by Google

—Ilusiones decís? Temeis acaso que he de verme engañada en mis esperanzas?

—Mucho te lisonjea la de llegar al dia en que te verás obligada á separarte de mi lado.

—Yo separarme de vuestro lado? Yo abandonaros y dejaros solo? Nunca. Pues qué, padre mio, no querréis vos vivir con nosotros, ó mejor dicho, no querréis que nosotros vivamos con vos?

—De aquí á tres ó cuatro años... entónces... quién sabe? Amanecerá Dios y medrarémos.

—Es que... yo... por mi parte... pero él?... me quiere tanto... y ya se ve. Segun dice... quisiera casarse pronto. Contestó la doncella ruborizada y debilitando en cada una de sus entrecortadas frases las inflexiones de su melódico acento.

—Pronto! esclamó el cestero con cierta precipitacion que no pudo contener. Pronto es otra cosa. Hay tantos inconvenientes! En primer lugar eres sobrado pobre para tan buen partido. Y ademas que... Vamos, estas ideas me causan una desazon que no puedes comprender. No quiero entristecerme ni entristecerte. Concluyamos el dia de hoy con la santa conformidad y alegría con que lo hemos empezado.

Y se persignó. Principiaron el rosario; pero es preciso confesar que Marcelina estaba algo distraida, y que no lo rezaba entónces con el recogimiento acostumbrado. Esforzábase en vano para apartar de su imaginacion el pensamiento que la habia acometido. ¿Cuántos y cuáles serian los inconvenientes resumidos en aquel *ademas que* tan misterioso é incomprehensible? Concluidas sus devociones dijo el anciano: ahora el padre nuestro de costumbre, y empezó la jóven la oracion dominical. Con entonacion un tantico mas elevada y con mas visibles muestras de fervor, respondió el cestero *El pan nuestro de cada dia* y llegado que hubo á las palabras *perdónanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores* se detuvo un momento y esclamó: Marcelina! La distraida muchacha reconoció súbi-

Digitized by Google

tamente su descuido, y levantándose presurosa acercó á los lábios del anciano su fresca mejilla, y con igual demostracion le recompensó luego el tierno ósculo en ella estampado.

Recogióse despues de la cena en su cuartito, donde no pudo conciliar un sueño tan dulcemente tranquilo como solia, porque llevaba aquel *ademas que* atravesado en el corazon.

II.

A los pocos dias, una tarde en que casualmente se hallaba Marcelina fuera de casa, entró en ella el cura-párroco de Cañaverales.

—Maese Julian, dijo al cestero, hoy vengo de oficio y tenemos que hablar de un asunto sério.

—Son tan honrosas para mí las visitas de V. que cualquiera sea el motivo no puedo ménos de agradecerlas. Contestó el cestero, disimulando la turbacion y sobresalto ocasionados por la rápida sospecha que le infundia la sola presencia del cura, y en que le confirmaron la solemnidad y el tono de sus primeras frases.

Sentáronse ambos, abrió el cura su caja de rapé, y despues de tomar un polvo, que en ciertos casos equívale al traguito de aguardiente que paladea el soldado ántes de entrar en accion de guerra, continuó:

—Amigo mio, mi retórica no es gran cosa que digamos. Que no me vengan con recursos oratorios para preparar el ánimo de los oyentes. Yo no entiendo de esas filigranas; pero por fortuna mi auditorio es tan sencillo como mis discursos. Subo al púlpito, y á mis feligreses no les digo mas que: el evangelio de hoy nos refiere... y entro de lleno en la cuestion. *Ergo páriter*. Maese Julian, nuestras cabezas ya blanquean, y es necesario pensar en el porvenir de aquellos que la Divina Providencia ha puesto bajo nuestra tutela. Mi sobrino está perdidamente enamorado de tu hija, vengo á pedirte su mano, y te aseguro que estoy contentísimo de su

Digitized by Google

eleccion porque ha sido en estremo acertada. *Quid tibi videtur?*

Y frotábase las manos satisfecho de su diplomática arenga.

—No tan acertada como á V. le parece, señor cura. Yo no soy mas que un pobre artesano, y Marcelina no lleva mas dote...

—Que su laboriosidad y sus virtudes, sin contar con la hermosura que es un sumando respetable en las cuentas de mi sobrino.

—Seria para mí una fortuna tan grande que no sé si me es lícito abrirle las puertas de mi casa.

—Sin embargo has permitido que los muchachos se vean, se hablen, se embriaguen de una pasion que si no les lleva á una felicidad legítima ha de traerles dias de llanto y de amargura.

—Razon tiene V. padre mio. Reconozco mi culpable flaqueza; pero si conociese V. cuanto desgarraba mi corazon la sola idea de tener que lastimar el de mi adorada Marcelina! Bien comprendia la necesidad de tomar una resolucion definitiva; pero de dia en dia la iba aplazando, y de dia en dia se me hacia mas dificultoso el tomarla. Mi debilidad echaba raices como su amor. Por otra parte me escusaba creyendo, ó queriendo creer, que aquello no seria mas que un pasatiempo juvenil, que atendida mi contínua vigilancia y la cristiana educacion de entrambos, nunca traspasaria ni siquiera los últimos confines de la inocencia.

—Una cuenta hace el bayo y otra el que lo ensilla. A Marcelina no ha de serle muy agradable esto de estarse así, como si dijéramos como el alma de Garibay. A lo que se ve no la educas para monja, y conforme dice San Pablo: *melius est nubere quam*... etcétera.

—Por ahora tiene en mí padre, esposo, hermano, cuanto puede apetecer.

—Es que las niñas de diez y ocho abriles apetecen tambien un marido real y verdadero. En resumidas cuentas; ¿me niegas la mano de tu hija?

Digitized by Google

—Y si no fuese hija mia? preguntó el cestero esforzándose en dominar un estremecimiento nervioso que le recorrió todo el cuerpo.

—Vaya, Julian, qué dices?

—Y si yo no me llamase Julian?

El cura le miró cosa de medio minuto con azorados ojos: era aquella una peripecia tan inesperada que no hay golpe de teatro que la iguale; pero reponiéndose luego de su sorpresa le dijo:

—Aquí se encierra algun misterio que no comprendo, y no sé si tengo derecho á pedirte que lo aclares. Dime alménos: ¿crees tú que la felicidad de esta muchacha, sea hija de quien fuere, es incompatible con la de mi sobrino?

—No, mil veces no. Mas yo pregunto á mi vez: ¿será suficiente para un sobrino de V. la felicidad de Marcelina?

—Julian! que este es el nombre que siempre te he dado, soy un anciano que ya tengo un pié en el sepulcro, soy un sacerdote acostumbrado á oir la espontánea revelacion de las fragilidades humanas, soy tu párroco, soy tu amigo cordial y antiguo, quiéres depositar en mi pecho tus secretos?

—Sí, padre mio.

Y pasándose la mano por el rostro el cestero empezó la relacion siguiente:

«Me llamo Domingo Arratia y he nacido en las provincias vascongadas, mis opiniones políticas, el ejemplo de mis amigos, las tradiciones de mi familia me impelieron á tomar parte en la guerra civil que al cabo devoró mi patrimonio y mi familia. Ahora me encuentro solo en el mundo y sin mas bienes de fortuna que mis brazos: no era este sin duda el porvenir que yo me prometia. Es verdad que no me distinguí por hechos de armas: encargado de ciertas comisiones no ménos importantes que delicadas, las desempeñé con toda la decision de un partidario acérrimo, y con toda la lealtad de un hombre honrado, y esto me valió ascensos en el ejército de D. Cárlos. Me hallaba de comandante graduado cuando sucumbió su bandera, me retiré á Francia,

Digitized by Google

perdí mis ilusiones, y me adherí al convenio de Vergara. Incorporado en el ejército de la Reina dí por terminada mi borrascosa vida, y esperé que en adelante surcaria un mar mas tranquilo y bonancible. Mi corazon no tenia todos mis años y me alucinaron juveniles devaneos. Locamente enamorado me casé con una jóven muy hermosa, sobrado jóven y sobrado hermosa para mí. La idolatraba y era de ella idolatrado. Nuestra luna de miel no se limitó á treinta dias: duró treinta meses, y estaba bien persuadido de que su ocaso podia solamente verificarse en un sepulcro. Cuando Adan se vió por primera vez en medio del paraiso de seguro no pensaria en la posibilidad de ser arrojado de su delicioso recinto. Adan y yo no contábamos con la serpiente.

De guarnicion en Valencia trabé conocimiento con un jóven marino, hombre de negocios y de mundo, con todos los talentos de la buena sociedad, y toda la brillante corteza de una educacion esmerada. Al decir de las gentes era de una reputacion sin tacha, incapaz de incurrir en otras faltas fuera de las que el mundo absuelve benigno cuando cínico no las aplaude. Encantábame con la relacion de sus viajes á diversos y remotos paises, y al parecer tambien gustaba mucho de mi trato y conversacion. No sé si fué estrella mia ó artificio suyo lo que hizo de Marcelino, que tal era su nombre, mi principal, mi único amigo. Abrile las puertas de mi casa sin el menor recelo de que su briosa juventud, su arrogante figura y su seductor lenguaje podian obscurecer mas la vulgar medianía de mis prendas personales. Tratábale mi mujer con la confianza de esposa de un amigo, y él la trataba con todo el respeto y cortesanía de un caballero. Así me lo decian mis ojos; pero yo ignoraba que los llevase vendados.

Nunca he gustado de estar mano sobre mano, y esta inclinacion mia influyó quizás en mi desdicha, y me ha servido tambien para proporcionarme estos últimos años de resignada y plácida existencia. Marcelino conocia mi laborioso carácter, y viendo una vez el de mi letra me dijo.

Digitized by Google

—Tengo una porcion de borradores y papeles sueltos relativos á mi comercio, en los que hay datos que no quisiera confiar á un escribiente: si no te sabia mal ponérmelos en limpio...

Me apresuré á servirle, y pareció quedar tan satisfecho que con la mayor naturalidad del mundo me dijo: Ofrecerte una retribucion cualquiera seria inferirte un agravio; sin embargo has de permitirme que te manifieste mi agradecimiento con una bagatela, con una de estas zarandajas femeniles que deslumbran los ojos y no lastiman el bolsillo. He visto en una quincallería uno de estos engañabobos, una chucheria tan bonita que ha de traer hechizada á tu muger y ha de proporcionarle mas de cuatro envidiosas. Deseo que vayamos á comprarla y que tú mismo se la regales.

No me atreví á desairarle, y fuimos á la tienda donde le vi soltar cosa de cien reales por un alfiler de pecho que figuraba un ramito de flores, graciosa combinacion de oro y pedrería.

—Válgame Dios! esclamé maravillado, quién dijera que esto no fuesen diamantes?

—Y hubieras sido capaz de pagarlos por tales, saltó Marcelino riéndose á carcajada tendida.

—No tengo mas que mi paga de capitan monda y lironda, y esta dista mucho del resultado de tus especulaciones mercantiles.

—Pues mira á lo que llegan las artes en el dia. Qué diferencia del similor antiguo al *plaqué* moderno! Y qué diremos del *strass*? No te parece que el *strass* es una magnífica invencion? Desengañémonos, la química es el gran taumaturgo del siglo.

Lleno de buena fe creí en los milagros de la química, y si quiere V. padre mio, puede compararme á aquel buen fraile que creyó mas fácil que un burro volara que no el que un religioso mintiera.

Reuniame á veces con algunos otros oficiales del convenio. Nuestras opiniones no habian podido cambiar en un

Digitized by Google

momento, así es que hablábamos de nuestras campañas, lamentábamos el triunfo de nuestros adversarios, censurábamos sus ideas, echábamos á volar hipótesis mas ó ménos admisibles, en fin componíamos una tertulia de desafectos, pero no un conciliábulo de conspiradores. De vez en cuando Marcelino era de los nuestros. Cierta noche me citó para una de estas reuniones, y si bien él no compareció lo achacamos al cúmulo de sus negocios. Cuando mas metidos nos hallábamos en nuestra imprudente que no subversiva conversacion, hé aquí que se nos apareció como por ensalmo un ayudante del Capitan general, y con toda urbanidad y mesura nos dijo: señores, S. E. ruega á Vds. que tengan la bondad de retirarse á sus casas. Comprendimos la indirecta, y nos dispersamos sin decir esta boca es mia. Traia conmigo la llave, y como el asistente y la doncella debian estar ya recogidos, y mi muger me habia recomendado que no la dispertase por hallarse algo indispuesta, me eché en un catre donde me dormí tranquilo.

No era muy de mañana cuando entré en la alcoba de mi muger, y me sorprendió ver la cama tan compuesta y aseada como si nunca la hubiesen ocupado, y sobre el tocador la sortija nupcial que ella solia llevar siempre en el dedo. Este era un hecho muy significativo aunque para mí todavía ininteligible: un geroglífico que no por oscuro dejaba de encerrar mi sentencia de muerte. Abrí el escriño de sus joyas y faltaba el alfiler malhadado: llamé la doncella y tampoco parecia. Atónito, confuso, alelado, semejante al que seguro de haberse acostado en su lecho dispertara en un pais enteramente desconocido, corrí en busca de Marcelino, único amigo á quien hubiera osado confiar aquel terrible secreto, y se me dijo que á las diez de la noche habia partido en posta hácia Barcelona, segun se presumia, puesto que un bergantin suyo debia hacerse á la vela para América. Un rayo de luz pasó entónces por mis ojos; pero fué tambien rayo de fuego que redujo á ceniza mi corazon.

Jamas se habia visto una transicion tan brusca de la

Digitized by Google

tranquilidad mas apacible á la desesperacion mas completa. Me sobrecogia la tempestad con todos sus horrores sin haber columbrado ántes la mas ligera nubecilla. Ardia en deseos de vengarme, y me hubiera vengado aun teniendo mi cabeza puesta sobre el tajo. Bandido, parricida, incendiario, verdugo... todo lo hubiera sido á trueque de paladear un sorbo de este goce horrible. Los pérfidos habian urdido bien su trama para ganar horas y borrar sus huellas con las aguas del Altántico; pero la Providencia como digo ahora, y no la casualidad como decia entónces, supo desbaratar con un leve contratiempo sus ingeniosas combinaciones. Ni lo secreto de su fuga, ni la rapidez de su marcha impidieron que yo les fuera á los alcances empujado por el látigo de las furias. Partí de Valencia, llegué á Barcelona, y sin detenerme siquiera á sacudir la espesa capa de polvo que me cubria, dirigí mis pasos al muelle, y á las pocas preguntas supe que por falta de viento no habia salido aquella noche el buque de Marcelino. En el esceso de mi feroz alegría pareciôme que Dios encomendaba la severidad de su justicia á los furores de mi venganza, y quizas me atreví á darle las gracias convirtiendo la oracion en sacrílego ultraje. Fácil me fué saber tambien donde se alojaba el objeto de mis pesquisas, y volé allá y me precipité como un loco en el salon de una posada. Un ah! congojoso, un grito ahogado de la infiel, vino á resonar en mis oidos al mismo tiempo que se me daban por los ojos las puertas de la habitacion contigua. Por otra salió Marcelino algo pálido y murmurando ¡fatalidad! Ciego de ira me abalancé para estrangularle; pero con fuerza hercúlea sujetó mis brazos miéntras me decia:

—Caballero, en estos lances ya se sabe el camino que ha de tomar el agraviado.

—Crees, infame, que vengo á batirme? Lo que quiero es asesinarte aunque sea por la espalda.

—Solamente los cobardes son los que insultan y asesinan. Espero que no se hará V. acreedor á tan duro calificativo.

Y como entrase casualmente un militar se dirigió á él diciéndole:

Digitized by Google

—Entre el señor y yo média una cuestion que debe ventilarse en el campo. Es asunto en que no cabe transaccion alguna, y por lo mismo serian supérfluas cualesquiera esplicaciones. Tiene V. ámplios poderes para arreglarse con él, estoy á sus órdenes, y cuanto mas pronto mejor.

Y saludando cortesmente me volvió la espalda.

No es para los oidos de un sacerdote el relato de los incidentes de un desafío, bastará pues decir que al presentarme en el criminal palenque, merced á las violentas pasiones que agitaban mi pecho, tenia el pulso trémulo, el semblante demudado, turbios los ojos y el cérebro devorado por la calentura. La sangre que latia en mis sienes me heria como un balazo en cada una de sus pulsaciones. Dos veces disparé mi pistola sin acertar á mi adversario, quien disparó tambien por dos veces la suya tirando al aire de un modo visible. No consintieron los padrinos la tercera prueba que yo anhelaba, y solo cediendo á mis instancias nos permitieron proseguir con arma blanca. La de mi antagonista era para mí un muro impenetrable. Desesperanzado de matar resolví morir, y poniéndome en descubierto me arrojé sobre la punta enemiga; pero Marcelino que estaba muy sobre sí la desvió con una rapidez y destreza admirables dejándome al mismo tiempo desarmado. Su triunfo era completo: mi confusion la mas dolorosa y humillante. Fuéronse todos con él, tributando sin duda elogios á su conducta. Se habia mostrado hábil, sereno, impávido, generoso hasta el punto de no atentar, y perdonarme tres veces la vida. Qué mas se le podia exigir para ser un héroe? Sin duda que á sus ojos era un caballero sin miedo y sin tacha, un nuevo Bayardo: y yo en tanto me quedaba solo; solo no, acompañado de un horrible cortejo de furias infernales, mi impotencia, mi rabia, mi afrenta, mi desesperacion. La justicia del mundo estaba satisfecha: la sabiduría de sus máximas brillaba con todo el resplandor de la iniquidad y del absurdo.

Las violentas emociones de aquel lance, cuyo éxito me parecia entónces el mas desgraciado posible, exacerbaron mi

Digitized by Google

calentura. Pasé no sé cuantos dias postrado en cama sin tener conciencia de mí mismo, y al recobrar el conocimiento quedé sumergido en una profunda melancolía. Sobre todos mis pesares descollaba el de que la enfermedad no me hubiese llevado al sepulcro, y mi progresivo restablecimiento se me figuraba la mayor de mis desventuras. Si es que Dios existe, decia en mi interior, se está burlando de mí, cual pudiera hacerlo el mas miserable de los hombres: me escarnece en mi infortunio prolongándome una vida que aborrezco. Ahora, padre mio, le bendigo por no haber escuchado mis temerarios votos, y haberme dado lugar á arrepentirme de mis atroces blasfemias. Entónces empezó á germinar en mi mente la idea de hacer por mí mismo lo que no habia podido alcanzar del hierro enemigo ni de los ardores de la fiebre. Si un acto de mi voluntad hubiese bastado para crearme la enfermedad mas aguda, repugnante y dolorosa no hubiera yo vacilado un instante: si hubiese podido destruir todo mi organismo sin dejar restos de mi material existencia lo hubiera hecho á toda costa. Pero, tener que dejar tras de mí un testimonio que haria sobrevivir mi deshonra, tener que dejar un cadáver espuesto á las investigaciones judiciales, á las hablillas del vulgo, á la chismografía de los periodistas era lo mismo que dar viento á las cien trompetas de la fama para que por todas partes pregonasen mi ignominia. Esta idea me arredraba. Yo deseaba mas que la muerte: hubiera querido mi completo aniquilamiento.

Tan pronto como pude salí de Barcelona rumiando la idea del suicidio. No sabia á punto fijo adonde me dirigia, y caminaba á la ventura. Hice noche en no sé qué poblacion, y despues de tomar un bocado me encerré en un cuartucho de una mala posada. No hay para qué decir que me era imposible conciliar el sueño. En esto oí que hablaban en la pieza inmediata tres ó cuatro viajeros que estaban cenando, y el tabique era tan delgado que la conversacion parecia tenerse dentro de mi pequeño dormitorio. Me incorporé y escuché porque la horrible plática me interesaba demasiado.

Digitized by Google

—A ese Domingo Arratia le he conocido en Valencia, dijo uno de voz áspera y chillona.

—Pues hace pocos dias que en Barcelona he tenido un lance de honor.

—Lance él? estoy por decir que no lo creo.

—Cómo que no? Pues allí no se hablaba de otra cosa. Y á fe que la historia tiene sal y pimienta.

—Pues seria un desafío de pega, una farsa como tantas otras. A mí con esas? Batirse de veras un cobarde que en su vida habia oido silvar una bala! Parece que en el campo de D. Cárlos tambien se alcanzaban charreteras sin perfumarlas con humo de pólvora.

—Que es un cobarde bien lo declaraba su semblante, tan demudado que era una vergüenza. Merecia mas un salivazo en la cara que no un balazo en la frente.

—Pues yo sé de buena tinta, saltó un tercero, que los dos estaban en perfecta inteligencia. Aquello era valor entendido, un medio para cubrir el espediente. Y sino díganme Vés. ¿se disparan cuatro pistoletazos á doce pasos de distancia sin resultar ni siquiera una mala contusion?

—Apostaria á que por algo entraba su mujer, dijo el de la voz chillona.

—Así se dice.

—Oiga! Pues en Valencia hacia los ojos gordos, y vivia en santa paz con su muger y su cirineo.

—El último que lo sabe...

—Pues no habia de saberlo? Hay ciegos como hay sordos, que lo son porque les conviene el serlo. No veia á su muger hecha una princesa Micomicona? Acaso una paguita de capitan, con sus mermas y sus taras, da de sí para comprar los diamantes que ella lucia en las reuniones? Yo sé que Arratia vino de Francia mas pobre que una rata, yo sé que no era jugador, yo sé que el diamantista recibió trescientos y pico de duros solo por un alfiler de pecho, pues dé dónde salian estas misas? A la cuenta él se hacia las del D. Gerónimo de Quevedo, y decia para su capote: Mas lo es el que paga que el que cobra.

Digitized by Google

Por este estilo seguia la conversacion. Imagínese V. si es posible los trasudores, las congojas, el despecho, la horrorosa agonía que me causaban aquellos dardos envenenados que uno á uno se clavaban en mi corazon. Oh! si hubiese podido beber la sangre de aquellos desconocidos detractores! pero, y de qué me hubiera servido? Cómo sofocar ya la publicidad de mi oprobio? cómo detener el curso á la maledicencia alevosa y á la calumnia triunfante? No habia mas remedio. Mi resolucion definitiva estaba tomada. Entre tanto oí que uno preguntaba:

—Y bien, quiénes son los otros?

—El teniente coronel Lopez Gainza, el comandante Uriátegui, ese Arratia, un tal Letamendi, Fermin Arévalo y dos ó tres mas, todos del Convenio.

Eran los de mi última reunion.

—Esto, prosiguió otro de los interlocutores, tendrá sin duda relacion con lo que traia *El Mensagero* del sábado. Decia que en Valencia se habia descubierto una conspiracion carlista, dos cajas de fusiles, no sé cuantos sacos de pólvora, un legajo inmenso de proclamas, y que los cabecillas se habian reunido ya para darse el santo y seña.

—Pues yo vengo de Valencia, dijo el de la voz chillona, y maldito si he oido hablar palabra de tal conspiracion.

—Lo que es cierto que el ministro de la Guerra ha destituido á esos oficiales. Ahí está la *Gaceta* que no miente. A Letamendi se le concede el retiro, á los demas la licencia absoluta.

A buena hora me quita el Gobierno la subsistencia! dije para mí. Qué me importa no tener qué comer cuando he resuelto ya no vivir? Pasé el resto de la noche meditando en mi espantosa situacion. Aislado en el mundo, arrojado de mi destino, burlado en mis afectos, vendido por mi amigo, deshonrado por mi esposa, luego vencido, calumniado, envilecido... qué medios de rehabilitacion tenia el mundo para mí? qué otros consejos podia darme su filosofía sino los que yo estaba determinado á seguir? Recordé haber visto en mis

Digitized by Google

correrías por los montes de Cataluña un paraje á propósito para mis designios; era un elevado precipicio que daba en un barranco cubierto de broza y matorrales. El punto era desierto é intransitable. Podia despeñarme, y de seguro pasarian semanas sin que se descubriese mi cadáver. Antes de amanecer salí á pié y rebujado en un mal traje para poner en obra mi sangrienta resolucion.»

III.

—Pobre amigo mio! esclamó el cura, mucho ha padecido tu corazon.

—Mucho; pero confio en que Dios que es misericordioso, habrá tenido en cuenta mis padecimientos para perdonarme las culpas que á vueltas de ellos cometia.

—Hay lágrimas que no son mas que piedras falsas, las de contricion son verdaderas perlas de un valor infinito. Debias acudir á Dios que es el Consolador por escelencia, y esclamar de lo mas íntimo de tus entrañas: *Tu es refugium meum á tribulatione quæ circúmdedit me.*

—Yo, padre mio, no era entónces un incrédulo decidido; pero tampoco puedo decir que fuese un creyente verdadero. Me tenia por cristiano porque estaba bautizado, me tenia por católico porque vivia en España: por lo demas ¿sabré decir yo lo que era? Iba á la misa de tropa como los demas oficiales, y pare V. de contar. Dios y el alma eran cosas en que ni siquiera pensaba: y á las ideas y prácticas religiosas las miraba con el desdén estúpido con que las miran las gentes del siglo.

—Acaso no creias en la vida futura?

—Sé yo ahora, ni sabia entónces en qué creia? Qué ráfaga de luz podia haber en mi mente ofuscada por las tinieblas de tan negras pasiones?

—Mas, siempre queda la razon natural, la moralidad de las acciones humanas.

—La razon? la razon es un abogado sutil que tiene de re-

Digitized by Google

puesto argumentos de toda clase para defender y ganar todo género de causas. Pues es poco elástica la razon! Quiera V. vivamente, que ella ya cuidará de justificar lo que V. quiera. Y en cuanto á la moralidad, faltaba yo á la moral de las tertulias y salones? Ignora V. que el mundo no solo admite sino que prescribe la venganza? No sabe V. que el mundo exigia de mí que me pusiese en el riesgo de asesinar ó de ser asesinado? Tenia derecho á censurar mi proyecto, él que no me daba otro camino para salir de una situacion tan estremada como la mia? Por ventura hoy en dia no se reputa al suicidio en ciertos casos como un acto de heroismo? No hay cien filósofos y novelistas que lo han canonizado?

—En efecto: la virtud y el crimen, el bien y el mal en un sistema materialista son palabras huecas que solo pueden engañar á los ménos avisados. La moral puramente filosófica es un absurdo: y aun admitiéndose la espiritualidad é inmortalidad del alma, si no se admite tambien la alternativa de un premio ó de un castigo sempiternos, el absurdo queda en pié.

—Ahora lo veo que entónces no lo veia, porque no me habia tomado el trabajo de reflexionar acerca de estos grandes problemas.

En esto interrumpió el episódico diálogo la llegada de Marcelina, linda y risueña como la fresca aurora de un hermoso dia. Un vivo carmin encendió sus mejillas al ver en su casa al anciano párroco, y miéntras le besaba la mano le interrogaba con sus miradas, ansiosa de conocer el éxito de su demanda; pero habia tanta gravedad en los semblantes de los dos interlocutores que la tímida niña se quedó como asustada, y no pudo ménos de pronosticarse un mal resultado. En estremo contrariada se fué á sentarse al otro lado del cestero quien le dijo:

A punto llegas, hija mia, vas á saber cosas que te interesan y que me era forzoso revelarte algun dia: sucesos en los cuales has tenido parte; pero de los cuales hace muchos años que no te acuerdas. Es un sacrificio del que no he de

Digitized by Google

pedirte agradecimiento, porque ya ha sonado la hora de hacerlo, y es un deber de conciencia que nuestra respectiva situacion exige.

Despues de estas solemnes palabras anudó el hilo de su narracion prosiguiendo de esta manera.

«Hacia mas de tres horas que caminaba como uno de aquellos sentenciados jactanciosos que marchan al patíbulo con planta firme y acompasada. Habia dejado la carretera, y seguia por caminos transversales, y evitando el tránsito por las poblaciones me dirigia al fatal precipicio como al único puerto de salvacion. Descendia la rápida pendiente de una ladera, en un parage solitario, cuando al volver un recodo me encuentro de improviso con un triste y repugnante espectáculo. Una muger, pobremente vestida, yacia en medio del camino con el cráneo enteramente destrozado. Así va á estar dentro de pocas horas el mio, fué el primer pensamiento que me acudió miéntras que por un movimiento maquinal cerraba los ojos y echaba hácia atrás la cabeza. Junto á la muger habia un lio de ropa, y un poco mas allá, sentado en una piedra á la vera del camino, un hombre del campo que tenia en brazos y procuraba acallar á una hermosa niña de tres á cuatro años que deshecha en llanto repetia á gritos: Madre! madrecita mia! La curiosidad mezclada de lástima me indujo á hacer un alto y aprovechar aquella ocasion para descansar un rato.

—Qué ha sido esto? pregunté al campesino.

—No sabria decírselo, señor. Pásaba por aquí con otro compañero, y hemos visto á esta niña llorando á lágrima viva y agarrada á esta muger ya difunta. Él se ha marchado luego al lugar mas inmediato, que está á mas de media hora, para dar parte á la justicia, y yo me he quedado guardando el cadáver y la niña. Era menester un corazon de tigre para dejarla abandonada.

—Y no sospechas la causa?

—Por estos carriles frescos y estas hojas esparcidas por el suelo, supongo que bajaba una carreta cargada de leña: el

Digitized by Google

caballo se habrá espantado al volver el recodo, y echando por tierra á esa muger la rueda le habrá pasado por encima de la cabeza. Esta jóven habrá muerto sin tener tiempo de decir, Jesus!

—Pero, y el bárbaro del carretero?

—Habrá procurado ponerse en salvo.

—Por qué no habia de estar destinada para mí tal desgracia y perdonar á esta infeliz! esclamé interiormente.

—Ay señor, esclamó el campesino, cómo se nos echa encima la muerte cuando ménos pensamos en ella, y pobres de nosotros si nos coge en mal estado!

Alcé los ojos y le miré fijamente como si fuesen aquellas palabras una reconvencion que me dirigia. Me acerqué luego á la niña y haciéndole algunas caricias le dije:

—Calla, pobrecita mia, calla. Cómo te llamas?

—Madre, quiero á mi madre! repetia la infeliz criatura.

—Vamos, no llores hermosita, díme cómo te llamas.

—Marcelina.

Este nombre me produjo un súbito estremecimiento. Me recordaba con demasiada viveza al autor de mis infortunios y retrocedí por instinto; pero dominando aquella impresion pueril y supersticiosa me acerqué de nuevo y continué preguntando á la niña.

—Y tu madre cómo se llamaba?

—Pepa.

—Qué mas?

—No sé.

—Y tu padre, ¿cómo se llama? dónde está?

—En el cielo.

—Pobre huerfanita! con qué tu padre tambien ha muerto?

—No señor.

—Pues quién es tu padre?

—El buen Jesus.

No sé esplicar la impresion que me causó esta respuesta tan sencilla é ingénua. Entraba de nuevo en un mundo, en un hermoso pais que tambien habia recorrido yo en mi ni-

Digitized by Google

ñez, y aun en los primeros años de mi adolescencia. Trocábase en interes mi curiosidad, y seguí mis preguntas:

—Sabrias decirme de qué pueblo eres?

—No sé.

—No tienes abuelos, ni tias, ni alguna hermanita?

—No señor.

—Y á tu padre le has visto alguna vez?

—Sí señor.

—Y en dónde?

—En la iglesia.

—Sí? y cómo le has visto? cómo estaba?

—Así. Y la candorosa niña estendió sus bracitos en forma de cruz.»

Al llegar aquí asomaron dos lágrimas bajo los párpados del cestero. El enternecimiento estaba pintado tambien en el grave semblante del párroco, y Marcelina habia prorumpido en llanto, teniendo como un vago recuerdo, entreviendo como unos rasgos confusos de aquella patética escena, y no dudando ya de ser ella la niña de que se hablaba.

Enjugóse los ojos el narrador y prosiguió su historia.

«El interes que se habia dispertado en mi pecho empezaba á tomar un tinte mas subido, y como la niña seguia en su destemplado lloro, procuraba yo tambien acallarla acariciándola con amorosos besos y pasando suavemente la mano por sus blondos rizos. El dolor ageno comenzaba á hacerse lugar en mi pecho, y el mio propio sin yo conocerlo perdia algo de su intensidad y vehemencia. Aquellas lágrimas infantiles tenian como una fuerza magnética que hacia subir lentamente las mias de lo profundo de mis entrañas. Oh! decia entre mí, si alomenos la suerte me hubiese reservado este consuelo! Si tuviese una niña como esta que llenase mi soledad, que compartiese mis gustos y mis pesares, que satisfaciese esta necesidad de amar que tanto inquieta á mi burlado y vendido corazon! Si mi vida deshonrada y escarnecida pudiera ser siquiera de algun provecho á un pedazo de mis entrañas! si un vínculo de tierno afecto pudiese unir-

Digitized by Google

me á un solo viviente! Pero nada, nada! Despojado de todo, hasta del vulgar y comun alivio que le queda al mas miserable de los hombres. La tumba es mi único refugio, y hasta de tumba carecerán mis huesos.

Sin embargo mi curiosidad se habia clavado en el anzuelo de aquella inesperada catástrofe, y pregunté al campesino:

—Y tú no sabes quién es esta muger? cuál es su pueblo, su estado, su familia?

—No señor. Recuerdo haberla visto por estas cercanías, á veces mendigando de pueblo en pueblo, á veces trabajando en el campo para ganarse el sustento. Por lo demas no sé nada, absolutamente nada.

—Pues veamos si en ese lio encontramos algo que nos dé luz, el pasaporte por ejemplo.

Y lo desaté: Allí no habia mas que un poco de ropa, y unas cuantas monedas de plata atadas en la punta de un pañuelo que envolvia un libro y unos papeles ligados con un bramante. Este miserable ajuar me revelaba la pobreza de su dueño, y sin embargo el libro parecia que estaba allí para trastornar mis conjeturas. Una muger de la ínfima clase no era regular que supiese leer. Naturalmente lo primero que hice fué mirar qué documentos eran aquellos papeles. Santos cielos, cuál fué mi sorpresa! Eran cartas de las cuales faltaba el nema, no contenian mas nombre que el de Pepita, ni mas firma que una M; pero el carácter de la letra me esplicaba mas de lo que yo queria saber: era idéntico al de los borradores que yo habia transcrito. Desde luego entreví un horrible misterio: la cólera me imprimia un movimiento convulsivo, y el papel temblaba en mis manos como una hoja de álamo azotada por la tempestad. Las dos ó tres primeras cartas sobre las cuales pasé mi vista se reducian á vulgares requiebros, á espresiones de cajon, á protestas exageradas de eterna constancia, como las usa el taimado seductor que no ha logrado todavía el objeto de sus deseos. La que leí despues era mucho mas templada, pero tambien mu-

Digitized by Google

cho mas diabólica y artificiosa. Era tal su contenido que me ha quedado grabado en la memoria: tenia cerca de cuatro años y medio de fecha, y poco mas ó ménos decia así:

Mi inolvidable Pepita: ocupaciones imprescindibles me separan de tus brazos, pero tu imágen no se aparta de mi pensamiento. He recibido tu favorecida y por ella la importante noticia que me comunicas. Tal vez no sean mas que aprensiones tuyas: el miedo abulta los fantasmas. En todo caso consulta al médico para que vea de arreglarlo de manera que no quedes perjudicada en tu buena opinion. No escatimes el dinero, que ya conoces la persona de toda mi confianza á quien puedes pedirlo. Sobre todo cuidado con que tus padres nada huelan, que serian capaces de echarte de un puntapié á la calle.

Ten buen ánimo que despues de la tempestad viene la bonanza, y dentro de algunos meses estaré de vuelta de Charleston; entre tanto no me olvides, á no ser que se te ofrecieran ventajas tan positivas que fuese para mí un deber imperioso el sacrificio de perderte. Tu felicidad primero que la mia. Tuyo de corazon, M.

La indignacion de mi pecho rebentó como la llamarada de un volcan. Corrí á la niña y apretándola entre mis brazos esclamé en alta voz: Bien dijiste que no tenias mas padre que el buen Jesus. Oh! Dos víctimas en un solo dia! esto es demasiado. Y este hombre gozaba de una reputacion sin tacha! Y este hombre disfruta de su criminal felicidad! Y este hombre ignora tal vez lo que son remordimientos! Es esta la justicia de Dios?

—La justicia de Dios no se ejecuta siempre, ni se termina en la tierra, contestó sencillamente el campesino.

—Con qué crees tú que en otra parte...

—Pues no he de creerlo? Bien estaríamos los pobres y desamparados si no tuviésemos esperanzas de otra suerte mas dichosa. Bueno andaria el mundo si los malos y poderosos no hubiesen de temer mas que al rigor de las leyes, interpretadas y cumplidas por los hombres.

Digitized by Google

—Y si uno sumergido en la miseria, perseguido, calumniado, abrumado de desgracias, se pegase... por ejemplo un tiro ¿crees tú que Dios no le perdonaria?

—Dificilillo seria que tuviese tiempo de arrepentirse, y como Dios solamente perdona á los arrepentidos...

Los sencillos al par que elocuentes razonamientos de este hombre que ningunas pretensiones de filósofo tenia, las candorosas espresiones de la niña, el aspecto de aquel cadáver lívido y repugnante, todo influia poderosamente en mi espíritu. Eran cosas naturales por cuyo medio la gracia del Altísimo lloviznaba, por decirlo así, sobre mi alma. En esta se verificaba una radical trasformacion á cuyo gradual desenvolvimiento yo no atendia. Mi cuestion de vida ó muerte empezaba á presentárseme con nuevas fases: empezaba á verla bajo un aspecto en que hasta entónces no la habia considerado. La filosofía del mundo no me parecia ya tan concluyente. Las creencias de mi niñez retoñaban con instantáneo vigor y lozanía.

—Esta muger, me decia á mí mismo, ha resuelto ya el gran poblema. Ha sido culpable delante de Dios, ¿estaria arrepentida de sus deslices? Guál debe de ser ahora su suerte? cuál hubiera sido la mia? Y qué tienen que ver sus deslices con mis criminales intentos?

Cual si oyese entónces una voz interior que me dijese como á San Agustin: toma y lee, cogí el libro. Era un *Camino del cielo*, pequeño volúmen, harto conocido, en que no descuellan la novedad de las ideas, ni la profundidad de los conocimientos, ni la eminencia de los talentos literarios de su autor; pero en que las verdades religiosas están espuestas con precision y claridad, con sencillez y energía. Abrílo á la ventura, y de sus hojas mugrientas parecian saltar las fatídicas palabras con que se designan las postrimerías del hombre. Centelleaban á mis ojos y pareciame que el cadáver me las pronunciaba al oido. Seguí leyendo un buen rato, y á medida que leia mi transformacion se completaba. La lluvia divina iba arreciando.

Digitized by Google

Observé que ciertas hojas estaban muy manoseadas, y deduje que la infeliz mujer se ocuparia bastante en su lectura lo que era un indicio de su arrepentimiento. Ademas reparé que dentro del libro estaban cuidadosamente guardadas las cédulas de comunion de los últimos años. Ah! dije para mí, cuánto mas te valen ahora estos billetes que los de banco que tu opulento seductor tal vez te ofrecia! Pero observé mas y fué que estas cédulas estaban precisamente en la página donde empieza la meditacion sobre la primera palabra que pronunció Jesucristo en la cruz. Esta circunstancia fué para mí tan significativa que mis deducciones no se limitaban al valor de simples congeturas.

Ah! esclamé, esta muger que ha sido burlada en su afecto, abandonada en su maternidad, olvidada en su deshonra, esta muger que se ha visto reducida á mendigar un miserable sustento, esta muger que oia y pronunciaba á todas horas un nombre que le recordaba al causador de su infortunio, esta muger ha podido perdonarle. Cadáver que me has librado de serlo, yo no desperdiciaré el ejemplo que me propones: mi corazon de hombre no ha de ser ménos fuerte que el de muger que en tu seno latia. Yo tambien quiero perdonar para que Dios me perdone.

Regresó por fin el que habia acudido á participar la funesta ocurrencia á la autoridad inmediata, y con él vinieron el alcalde pedáneo y el escribano de un lugarejo, y algunos hombres con una escalera para llevarse el cadáver. Redobló la niña sus gritos y lamentos, y el tétrico aparato conmovió profundamente mis entrañas. Todos los circunstantes se mostraban silenciosos y recogidos, trasluciéndose en la gravedad de sus rostros la seriedad de sus pensamientos: de seguro todos ellos contemplaban aquel desfigurado cadáver y pensaban en la muerte bajo el punto de vista cristiano. Apenas empezó á examinarlo el alcalde cuando reconociendo su vestido esclamó: Quién habia de decírselo! esta misma mañana me ha pedido limosna.

—Y no conoce V. á esta jóven, le pregunté, no sabe V. quién sea?

Digitized by Google

—Ni sé quién es ni de dónde procede. Para mí tengo que no es natural de esta comarca.

Terminado un breve interrogatorio en que el campesino y yo declaramos lo poco que sabiamos, ó por mejor decir, conjeturábamos acerca de aquella desastrada muerte, dije al alcalde: Tome V. esas monedas que iban envueltas en un pañuelo suyo, y estas mias tambien para limosna de algunas misas en sufragio de su alma.

—Y de la niña qué hacemos? dijo este volviéndose al escribano. Será preciso enviarla á algun lejano hospicio.

—Esta niña corre por mi cuenta, dije yo. Desde ahora es mi hija adoptiva.

—Y el nombre de V.? me preguntó el escribano.

—Me quedé un momento parado y luego le dí por respuesta: Ponga V. Julian Ramirez, artesano.

El ex-comandante Arratia no habia muerto suicidado; habia sí desaparecido por completo de la escena del mundo.»

El cestero pronunció sus últimas palabras entre los brazos de Marcelina, que se habia levantado precipitadamente al oir las concisas frases con que en tan solemne momento habia sido adoptada. Su filial cariño, su afectuoso carácter, su espansivo agradecimiento se revelaban en aquella esplosion de ternura. Sosegada su repentina emocion continuó aquel:

«La fúnebre comitiva se hallaba ya á punto de partir cuando el alcalde descubriéndose la cabeza empezó á rezar un *Padre nuestro*. Respondimos todos, y al pronunciar las palabras *perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, por un movimiento espontáneo, por un acto instintivo, por un impulso irresistible cogí la niña y estampé un ardiente beso en sus húmedas mejillas. Desde entónces he reproducido todos los dias esta misma accion, que á pesar de ser algo pueril y estraña, vierte sobre mi corazon como una especie de bálsamo, que no solo cicatriza sus heridas sino que lo hinche y perfuma con un aroma delicioso. Al recibir en cambio el beso de Marcelina paréceme que siento el ósculo de una hija que adoro, junta-

Digitized by Google

mente con el de mi ángel custodio que me bendice. Este es el único momento en que me acuerdo de mis ofensores, pero es para perdonarles. No saben ellos los dias de felicidad que me han proporcionado.

He dicho que para esta habia influido mi natural aversion á la ociosidad. En los hermosos dias que subsiguieron á mi enlace me complacia en pasar largas horas al lado de la que habia unido su suerte á la mia, y miéntras ella elaboraba unos primorosos ramos de flores artificiales me empeñé en tejer unos canastillos donde colocarlos. Hé aquí las primeras nociones que adquirí de mi industria: quién hace un cesto hará ciento, dije para mí, y recorridos varios pueblos, me fijé en este dónde juzgué que me seria lucrativo ejercerla. Aquí trabajo casi alegre y del todo tranquilo, y vivo de mis cestillas como el santo obispo cuyo nombre he usurpado.»

—Julian, que así proseguiré llamándote, le dijo el cura, de esta historia que acabas de referirme hay ciertos capítulos que pueden permanecer sepultados en perpétuo olvido; de otros es justo y necesario que se entere mi sobrino. En cuanto á mí has redoblado el afecto que te profeso, en cuanto á él estoy persuadido de que este inesperado descubrimiento ni ha de retraerle de sus laudables propósitos ni ha de frustrarle sus halagüeñas esperanzas; por lo mismo espero que volveré mañana á reiterar mi demanda.

—Sin embargo, señor cura, V. comprende que á los ojos de aquellos á quienes he revelado mis secretos ya no soy el legítimo dueño de la mano de Marcelina. Ella es libre.

—No, padre mio, no, repuso vivamente la doncella. Me adoptásteis por hija, y yo por padre os reclamo. Lo habeis sido cuando por tal os tenia, y lo sois ahora porque por tal os quiero. Si vuestra voluntad está reñida con el colmo de mis deseos, basta que digais una palabra para que renuncie á todas mis esperanzas. Poseeis todo mi corazon y todo mi alvedrio: primero mi filial obediencia que mi propia felicidad.

El párroco admirado y el cestero enternecido esclamaron á un tiempo: Bendita seas, hija mia.

Digitized by Google

IV.

Hermosa fué la mañana del dia siguiente: el sol, que esparcia sus resplandores al traves de una atmósfera despejada, parecia iluminar tambien el corazon de Marcelina. Como las sombras de la noche se habia desvanecido la sombra de tristeza ocasionada por tan estrañas revelaciones. Al escuchar el relato del trágico fin de aquella muger desconocida, que era nada ménos que su propia madre, con harto trabajo sofocaba Marcelina sus emociones dolorosas, y encerrada luego en su cuartito consagró á la memoria de la que le habia llevado en su seno el tributo de lágrimas que hubiera querido derramar sobre su ignorada sepultura. Pero habiéndola conocido apenas, no conservando ni el mas leve recuerdo de su fisonomía, siendo de tan remota fecha el suceso, mal podia esperarse que la espina se le clavase en el pecho y se le enconase la herida. Su mismo llanto le sirvió de bálsamo eficaz, y aun pudiera decirse que la afliccion venia precedida por el consuelo. Si desde su infancia carecia de materno regazo, no por esto durante su niñez le habian faltado caricias maternales. De padre y de madre le servia á la par el hombre que reunia el mas diligente cuidado á la ternura mas esquisita. Y viviendo este, y teniéndole á su lado, ¿cómo habia de considerarse huérfana la que no esperimentaba ninguna de las consecuencias de semejante desdicha? Qué le importaba que solamente fuese padre adoptivo estando resuelta á mirarle siempre como á padre verdadero? Si no era el que le dió la naturaleza era el que le había deparado la Providencia divina, el que cumplia los oficios de tal con inviolable esmero, el que habia aceptado este nombre para salvarla de una horfandad real y positiva.

Marcelina le queria entrañablemente, y á fin de evitar que se entregase á las melancólicas ideas que pudiera suscitarle su rápida escursion á lo pasado, mostrábase con él mas espansiva, mas solícita, mas afectuosa que nunca. En-

Digitized by Google

tretenïale con familiares coloquios, con infantiles preguntas, con chanzas inocentes, como si dispusiera aquel dia de un fondo inagotable de curiosidad y de gracejo. Y para esto no tenia que hacerse la menor violencia, porque con las sonrisas de sus labios estaban de acuerdo los latidos de su corazon. Creia firmemente que pronto se veria colmada la medida de su gozo, se trocarian en seguridades sus amorosas inquietudes, y recibirian el sello de solemne aprobacion sus castos afectos. Fiada en la promesa del buen sacerdote no dudaba que de un momento á otro le veria aparecer, y no ya solo sino acompañado. Ya no tendria que esperar detras de la reja al que pronto encontraria libre y espedito el umbral de la casa. Esta primera visita, que exigen los deberes sociales, iba á ser la ceremonia preliminar de la que se cumpliria al pié de los altares.

Pero ya el crepúsculo de la tarde tocaba á su término, y ni el párroco ni su sobrino comparecian, ni mandaban un recado, ni daban la menor señal de vida. Hacíase de noche en el hemisferio, y mas de noche en el corazon de Marcelina. Su viva imaginacion empezó por asirse á vanas escusas y pretestos; mas pronto le faltó materia de qué fabricarlos, y el nivel de su espansivo júbilo fué bajando y bajando hasta que la dejó del todo callada y pensativa. En el limpido azul de su cielo no se acumulaban todavía densas nubes; solo se estendia una ligera neblina bastante para empañar su brillo.

No era menester una sagacidad muy esquisita para adivinar la razon de cambio tan visible, y, aunque de suyo no lo fuese, los instintos de su paternal afecto hacian del cestero un observador perspicaz é inteligente. Estaba acostumbrado á leer como en un libro abierto los pensamientos que se sucedian bajo de aquella frente, pura y tersa como una superficie de alabastro por hábil artífice pulimentada. Al ver abatida y mustia la flor que poco ántes le traia embelesado con su frescura y lozanía, sintióse profundamente conmovido. Así como era comunicativo el contento, los pesares de su hija adoptiva tenian para él la cualidad de contagiosos. Aco-

Digitized by Google

metido de tristes ideas, el silencio de la noche y el silencio de su hogar daban pábulo á siniestras cabilaciones. Sus recelos iban mas allá que el mal humor de Marcelina. Esta conservaba aun intacta su fe en la abnegacion, en la constancia, en el amor del que habia aspirado á su mano: el cestero reconocia sus escelentes cualidades; pero no podia mirarle con los ojos de una doncella tiernamente enamorada. Esta creia que los obstáculos solo sirven para allanados; mas él sabia que á menudo sirven para que en ellos se tropiece. Si el párroco faltaba á su compromiso, y á su diaria costumbre el sobrino, qué mas vehementes indicios de una mudanza que tantas lágrimas iba á costar á los ojos de Marcelina? Y él, que las hubiera derramado de sangre para libertarla del menor disgusto, no tener medio alguno de conjurar ese formidable peligro! Su Marcelina, su bella Marcelina, el encanto de sus ojos, el ídolo de su corazon, pasar por las humillaciones de un desaire, sufrir los rigores de un desvío! Héte aquí, se decia, el fruto amargo de mis revelaciones: de este paso que la delicadeza me prohibia eludir y las circunstancias no me dejaban ya el arbitrio de aplazar. Y yo que creia haberme quitado un peso de encima y respirar con mas desahogo! Ah! tambien encuentran asilo en ese rincon de la tierra las opiniones del mundo. Cosa de tan poca monta ha de ser la nobleza del alma? Las virtudes cristianas, el amor al trabajo, la discrecion, la belleza son los timbres de Marcelina, ¿y tan hermosos timbres han de ser menospreciados por atravesarlos una barra de bastardía?

Fácil es de imaginar lo que sucederia durante el curso del dia inmediato, cuyas lentas horas pasadas con febril impaciencia terminaban con igual desengaño. Los dos actores de este drama sin peripecias callaban y sufrian, ó hablaban de cualquier cosa ménos de aquella en que tenian clavado el pensamiento. El uno esperaba todavía un feliz desenlace, el otro miraba estas esperanzas como postreros latidos de un corazon moribundo.

Al cerrar la noche del tercer dia el cestero no abrigaba

Digitized by Google

ya la menor duda respecto á la verdad de sus presentimientos. Sentado entre mimbres y cañas se dedicaba á sus ordinarias tareas á fin de disimular algun tanto la postracion de su espíritu; pero Marcelina persistia en su obstinada lucha, prefiriendo las agitaciones del combate á la paz de los sepulcros. Se le resistia el desprenderse de sus últimas esperanzas, por mas que tuviesen toda la traza de quiméricas ilusiones. Era como el náufrago que no quiere convencerse de la ineficacia de sus esfuerzos, ni de la inutilidad del madero á que se mantiene aferrado. La inquietud de su alma se traducia en el desasosiego de su cuerpo. Iba y venia, sentábase y levantábase otra vez, tomaba su labor y la dejaba, abria la reja, asomaba su cabeza, y escuchaba: escuchaba como si percibiera lejano rumor de pasos, y no los oia, ó si por ventura los oia no eran aquellos que podrian haber calmado su escitacion nerviosa.

Cual un magnífico floron de plata resplandecia la luna en lo alto del turquesado hemisferio, y en sus bordes oscilaban las estrellas como lentejuelas sembradas en la cenefa de rico manto. La ténue claridad se estendia sobre aquel espacioso valle á manera de gasa trasparente, envolviendo en pintoresco desórden así los blancos muros de rústicas viviendas como las negras masas de árboles copudos. Mesclábase el aroma de las plantas silvestres con el de las flores cultivadas, y al chirrido de los insectos ocultos en la yerba el blando murmullo de los arroyos que en mansa corriente se deslizaban. Los pájaros en sus nidos, las ranas en sus estanques turbaban á intérvalos el silencio de la noche, y con mas frecuencia lo turbaba el susurro de las verdes cañas doblegándose al impulso de las brisas. Con cuanto deleite solia escuchar Marcelina estos rumores cuando servian de armónico acompañamiento á las suaves melodías de su nocturno coloquio! Y ahora le parecian tétricos y enojosos. Nada le decia al corazon el espectáculo que parecia contemplar absorta: la soledad habia perdido para ella sus encantos: habiase transformado en árido yermo el vergel florido.

Digitized by Google

Cediendo á los impulsos de súbito despecho cerró el postigo de la reja, volvióse á su asiento, y rompiendo en lágrimas esclamó:

—No es verdad, padre mio, que parecia imposible que esto sucediera?

—Hija querida, el dolor y la muerte son como enemigos astutos que se ponen en acecho y sorprenden á los descuidados. Nadie se ve libre de caer en sus emboscadas; pero si la última está segura de su triunfo, del otro podemos rechazar las embestidas.

—Y de dónde ha de sacar valor mi pecho desfallecido?

—De una santa resignacion á los inescrutables juicios del cielo, y ademas ¿ninguno existe ya en la tierra que si no puede consolarte, no pueda alménos llorar contigo?

—Ah padre! vos me dais todo vuestro amor, y yo he permitido que os robasen una parte del mio. No soy digna de llamarme hija vuestra.

—Marcelina!

—Si no os fuese deudora de tantos beneficios me atreveria á suplicaros...

—Y qué puedes pedirme que gustoso no te conceda?

—Que salgamos de Cañaverales, que nos vayamos cuanto ántes á vivir en otro pueblo.

—Dios eterno! abandonar este asilo?

—Y dónde no seremos felices viviendo el uno para el otro? Mi corazon se halla gravemente enfermo: su único remedio consiste en la mudanza de aires.

—Sin embargo yo sé de un médico...

—Por piedad no me lo nombreis.

—Tanto le aborreces?

—Porque le amo, porque si mi pasion le acusa, mi razon tiene que absolverle.

—De qué pues te lamentas?

—No de su ingratitud sino de mi desdicha. No es él sino yo quien ha cambiado. Acaso merece una triste huérfana la suerte preparada á una hija vuestra?

Digitized by Google

—Y por ventura has dejado ya de serlo?

—A vuestros ojos nó, ni tampoco á los mios. Pero ¿cómo podria permanecer oculta la verdad debiendo hacerla constar en públicos documentos? Para encubrir mejor el secreto de mi cuna, reprime sin duda las ansias mas vivas de su pecho. Y no debo agradecerle este sacrificio?

—Que es el de tu felicidad.

—Cuando la pierdo es cuando mayor y mas envidiable se presenta á mi vista. Qué risueño porvenir me forjaban mis pensamientos! Y es preciso olvidarlo todo, es preciso destruir esta imágen hermosa que llevo grabada en mi corazon, y cómo conseguirlo espuesta cada dia á que se introduzca de nuevo por mis ojos? Cómo han de calmarse mis dolores espuesta cada dia á que se refresquen mis llagas? Ojalá pudiera dispertarse en mi pecho un sentimiento repulsivo! ojalá pudiese encontrar justa la acusacion de ingrato y veleidoso; ojalá pudiese aborrecerle como muger, y perdonarle como cristiana! Pero amarle aun, y verle, y verle quizas al lado de otra que ocupará el puesto que yo apetecia, que ceñirá la corona que yo ambicionaba...! Ah! es preciso alejarnos de estos sitios, es preciso hacerlo á toda costa.

—Tranquilízate, hija mia. Cañaverales no es mas que mi patria adoptiva. Libremente la escogí, tristemente la dejaré; pero mi patria, mi querida patria será cualquier punto donde vea renacer en tu semblante los colores de la alegría. Hermoso es este pais, gratas me son sus costumbres, lisongeros sus recuerdos, simpáticos sus moradores; pero mi predileccion á ese pueblo muy léjos está de sobreponerse á mi paternal cariño. Héme aquí dispuesto á coger de nuevo el báculo de peregrino; mas nunca convienen las resoluciones precipitadas, y la vehemencia del dolor es mala consejera. Cuando nos agovian las tribulaciones su mismo peso nos dobla cabeza y nos hace mirar la tierra, y no es de aquí de donde ha de venirnos el consuelo. Para buscarlo es menester levantar los ojos. Sabes lo que he pensado? Trae el librito que fué de tu madre, *el camino del cielo:* me leerás un

Digitized by Google

ratito, y quizá nos proporcione alguna inspiracion saludable, ó cuando ménos lograrás distraerte un poco y torcer el rumbo á tus tristes pensamientos.

Hízolo en efecto la jóven, y abriendo despues el libro á la ventura empezó la meditacion sobre la agonía de Jesucristo en el huerto. Aquellas sencillas frases penetraban en su espíritu oomo un celeste rocío; mas no estorbaban que sus afectos meramente humanos se abriesen paso al traves de sus emociones religiosas. Su imaginacion volaba de Getsemaní á Cañaverales, encontraba puntos de semejanza, y trazaba rápidamente un paralelo de situaciones, que solo pudiera disculparse por la febril escitacion producida en tan críticos momentos. Tambien ella estaba sufriendo una cruel agonía, tambien la cercaban el tedio de la soledad y las tinieblas de la noche, tambien se le representaba el porvenir con los colores mas tétricos y sombríos. Tambien ella gemia abandonada, y cedia al desmayo, y se hallaba á punto de prorumpir en aquella sublime esclamacion: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Pero de esta misma comparacion, aunque poco respetuosa, venia sacando por grados el refrigerio de sus pasiones y el lenitivo de sus pesares. Proseguia en su lectura, y parándose de repente depuso el libro en su falda, volvió los ojos al cestero, y con el acento de la conformidad cristiana repitió las ideas que acababa de leer diciendo: Padre mio, tambien es amargo mi cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la vuestra.

El buen anciano tiernamente conmovido iba á responder; pero sintió que las lágrimas se le venian á los ojos, que se la anudaba la garganta, y solo pudo decir con apagado acento: continúa, hija mia.

Y ella continuó, y al llegar al pasage del ángel aparecido á Jesucristo, se abrió de improviso la puerta, y por ella penetraron el cura y su sobrino.

Marcelina se quedó parada y enmudecida: el mas vivo carmin teñia sus mejillas, agitaba su pecho un estremecimiento de sorpresa y de alegría, y miéntras que el cestero saludaba

Digitized by Google

al párroco y le arrimaba un asiento, se aproximó el otro á la jóven y en voz muy queda le dijo: Qué largos me han parecido esos tres dias!

Fijó en él sus vivaces ojos Marcelina con una mirada que pudiera traducirse diciendo: Pues si á ti te han parecido largos, qué es lo que á mi me habrá sucedido?

Pero este conato de conversacion, para la cual habia tela cortada y no poca, se quedó en suspenso á la voz del párroco que decia:

—Maese Julian, todo está arreglado. Te dí palabra de volver para el asunto consabido, y ahí me tienes con este buen mozo, que esas últimas noches se hallaba en ascuas por haberle mandado yo que no saliera de casa. Te dije que seria el dia siguiente; pero no hay que tomar las cosas tan al pie de la letra. Reflecionándolo mejor quise prepararos una agradable sorpresa. Escribí al Provisor eclesiástico, que es amigo mio, y tengo ya en mi poder los papeles que hacian al caso. Están llenados todos los requisitos y las amonestaciones dispensadas. Con que, ya no queda mas sino lavar y aplanchar el roquete para el dia que mejor os viniere á cuento.

—Mi buen tio me ha dicho, añadió el sobrino dirigiéndose al cestero, que por estraños sucesos, cuya historia no me ha referido, no sois mas que el tutor de una huérfana, que es la jóven á quien he consagrado mi corazon, y de cuyos labios pende la fortuna de mi vida. Conozco demasiado vuestra honradez y vuestra probidad para que me inquiete el mas mínimo deseo de adivinar cuál haya sido el motivo de unas apariencias que seguirán siendo las mismas para todo el pueblo. En cuanto á mí, ni vos ni Marcelina habeis cambiado. Ahora y siempre os reconoceré como á mi suegro verdadero.

Cual mas cual ménos los cuatro allí reunidos tomaron parte en esta conversacion, que muy pronto, cual era de esperar, quedó partida en dos diálogos simultáneos y distintos, uno en voz alta, otro apénas perceptible, el primero de cosas triviales é indiferentes, el segundo lleno de interes, de animacion y de atractivo.

Digitized by Google

Transcurrido un par de meses, en la parroquial iglesia de Cañaverales el reverendo cura unia en legítimo consorcio á su sobrino con la interesante jóven de cuyas virtudes y hermosura se habia prendado. Lágrimas de contento surcaban el rostro del venerable anciano, y no eran ménos gratas las vivas emociones que esperimentaba el buen cestero cuando vino de improviso á turbarlas el malhadado, pero inevitable recuerdo del momento en que fué principal actor de semejante ceremonia. Mas clavando sus ojos en el semblante de Marcelina era tan puro é inefable el gozo que traslucia al traves de su virginal modestia, que esta sola mirada bastó para disipar la nube sombría devolviendo la calma á su corazon y la serenidad á su frente. Su sol se habia traspuesto en la tormenta, su felicidad habia concluido de una manera sobrado amarga; pero la paternidad, el amor en cualquiera de sus puras acepciones hace propia la felicidad agena. Veia brillar á Marcelina cual lucero de la tarde en su vespertino horizonte, y era tan sosegado y apacible el porvenir que en su humilde condicion descubria, sentíase tan rejuvenecido y animado para el trabajo, que al dormirse Julian Ramirez entre mimbres y cañas no hubiera querido dispertarse nuevo Arratia con el sueldo y entorchados de general.

Por lo demas poco resta que decir de estas bodas, y es que en el ajuar de la novia lo que principalmente admiraban sus amigas era un lindo canastillo en que Maese Julian habia apurado toda la habilidad de sus manos, todos los primores del arte, todos los recursos de su inventiva. Era su obra maestra: en él se veia sobre unos pañuelos curiosamente plegados y mas blancos que la nieve, un libro cuyas hojas mugrientas, rotas ó manchadas formaban el mas estraño contraste con su rica y flamante encuadernacion de terciopelo carmesí con adornos y corchetes de plata. Al deponerlo allí el cestero habia dicho á los novios:

Hijos mios, he aquí un libro que encierra grandes é instructivos recuerdos: os lo entrego como una de aquellas preciosas alhajas qne se trasmiten de generacion en generacion.

Digitized by Google

A él debo mi paz y mi ventura; la paz y la ventura que el mundo no podia darme. Guardadlo, pero tambien leedlo: y nunca os aparteis del camino que trazan sus piadosas máximas y saludables consejos.

V.

Desde que las oraciones y simbólicos ritos de la Iglesia santificaron al pié de los altares el recíproco afecto de Marcelina y su novio, transcurrido habia mas de un año todo compuesto de apacibles y risueños dias. El amor los iluminaba, como un sol parado en lo alto de su esfera, y ni la mas leve nubecilla flotaba en la deliciosa atmósfera que envolvia el corazon de ambos consortes, quienes, echada ya el áncora en abrigado puerto, no se inquietaban por emprender nuevos rumbos ni abrir nuevos horizontes á quiméricos deseos. La realidad no desmentia esta vez los pronósticos de la esperanza, y satisfechos con el género de felicidad que les deparaba el cielo, mostrábansele agradecidos sin quejarse de su moderacion ni cansarse de su monotonía. Con una vida trazada á compas gozábanse en las reiteradas emociones de su plácida existencia, sin pedirles nunca ni un gusto mas variado ni un sabor mas esquisito. Desnudos de ambicion y de envidia tenian por lo mejor lo que estaba al alcance de su mano, y así el buen humor, la paz y el contentamiento moraban en sus hogares, no como huéspedes de un dia sino á guisa de dueños que se han establecido autorizados por legítimo posesorio. La espansion de su recíproca ternura, la sencillez de sus costumbres patriarcales, las comodidades que les permitia su mediana fortuna hacian de su doméstico recinto un Eden envidiable por mas que vulgar y plebeyo. Digno de Cañaverales era este matrimonio. La sanidad del cuerpo y del alma venia á ser el puro manantial de que brotaba su dicha: porque si bien puede decirse que en el mundo la dicha es una escepcion, no es que sean escepcionales los medios de conseguirla.

Digitized by Google

De la serenidad y dulcedumbre de esta atmósfera moral, confortadora y saludable como la que materialmente les circuía, participaba el buen cestero en cuyos labios, por decirlo así, se reflejaban una por una las sonrisas de sus queridos hijos. Dábales este nombre, y fuera ser por demas quisquillosos disputándole este derecho. Qué suma de tiernos cuidados y amorosos desvelos no habia espendido para obtenerlo! Sin embargo alguna que otra vez le acometian ciertas ideas que procuraba ahuyentar como á satánicas tentaciones, y de las cuales no triunfaba siempre con la prontitud que hubiera querido. Quedábale un poco magullado el corazon, y su principal empeño consistia entónces en no dejar traslucir en el rostro sus accesos de pasajera melancolía.

El amor filial que desde el principio le manifestó la hija de su adopcion habia sido el alma de su nueva existencia, el bálsamo inesperado que de una manera casi milagrosa curó sus profundas heridas, dejándoselas al fin tan perfectamente cerradas que hasta las cicatrices parecian haber desaparecido. Las tiernas efusiones de este amor acendrado y espansivo fueron para él la losa de blanco mármol que cubria el sepulcro de su pasado, al mismo tiempo que el marmóreo zócalo sobre el cual iba labrando su porvenir. Acostumbrado á no mirarlas solamente como á natural recompensa de sus paternales sentimientos, les daba el valor de una compensacion providencial á que le hacia acreedor la grandeza misma de sus pasadas amarguras. Con este amor habia construido su dicha, de él habia formado su gloria; en él habia concentrado sus postrimeras delicias, y este amor de que largos años habia disfrutado por entero, sin restriccion ni cortapisa alguna, hallábase ya dividido por las imperiosas leyes del deber y de la naturaleza. Tenia á su lado quién de él participaba con no ménos razon y mas incontrastable derecho, quién lo fomentaba con mas tiernos agasajos, quién de él recibia mas calorosas demostraciones. Estimulado por esa levadura de egoismo, que se mezcla siempre aun en los afectos mas generosos, sentia una especie de

Digitized by Google

celos, como si no fuera suficiente el corazon de Marcelina para amar á los dos con estremado ahinco. La juventud, las prendas personales, y hasta el cariño mismo que profesaba á su yerno daban pábulo á sus cabilosas inquietudes. Y en efecto, cuanto mas él le queria tanto mas digno de ser querido le proclamaba. Por otra parte, ¿cómo conservar el antiguo prestigio á la seriedad de sus afectos puesta en competencia con la solicitud y ternura de un esposo apasionado? ¿Cómo desentenderse del visible contraste que ofrecian sus cabellos ya canosos con los bríos y juveniles atractivos de su afortunado concurrente? No era que recelase la indiferencia, ni la frialdad, ni siquiera algo de tibieza en el amor de Marcelina; lo que temia era perder la supremacia despues de haber perdido el privilegio esclusivo.

Muerto para sus antiguos conocidos, deshonrado por su pérfida compañera, desterrado de su nativo suelo, sin deudos, sin familia y hasta sin nombre propio, maese Julian soportó con varonil entereza la abrumadora carga de sus infortunios; pero á todo esto se allegaba ahora el haber quitado su mas intrínseca fuerza al vínculo que en su completo aislamiento le sostenia. Revelado el secreto de su nacimiento sabia ya Marcelina que no era mas que una pobre huérfana, que debia á un arranque de caridad entusiasmada lo que hasta entónces creyó deber á las exigencias mismas de la naturaleza. Roto en su concepto el lazo de sangre, no le quedaban mas que los lazos de la gratitud y de la costumbre. ¿Y podia hacerse este cambio sin que le resultase una pérdida sensible? Podia exigir ya como dispensador de proteccion y amparo lo que habia recibido como dador del sér y de la vida? ¿Podia la hija de su adopcion ser idéntica á la que se habia creido hija de sus entrañas? Su respectiva situacion era muy diferente en la realidad de las ideas, por mas que permaneciese exactamente la misma en la realidad de los hechos. Y ¿no era tanto mas de recelar la influencia del fatal secreto, cuando su descubrimiento coincidia cabalmente con la consagracion de nuevos y mas afectuosos de-

Digitized by Google

beres? Al lado del esposo auténtico, qué representaba, qué era el padre putativo? Reconocida la ilegitimidad de su título gerárquico, parecíale al buen cestero que la abundante cosecha de amor que hasta entónces habia recogido con visos de justicia, no debia esperarla sino como por via de agradecimiento. En su imaginacion se transformaba casi en don gratuito lo que habia sido una deuda sagrada: menoscabo ideal que ningun signo esterior traducia, y que era sin embargo la piedra angular de sus metafísicas y alambicadas reflexiones.

Pero afortunadamente en medio de estas filigranas de sentimentalismo no se le habia ocurrido nunca la posibilidad de vulgares ó estraordinarios sucesos que arrancasen de su lado á Marcelina. Parecíale estar gozando de su consoladora presencia por un derecho de prescripcion indestructible. En sus previsiones del porvenir, en la serie de conjeturas que elaboraba su fantasia, no se le presentaba mas que un solo evento, no temia mas que á la muerte, á esta gran trastornadora de los planes de felicidad mas ingeniosamente combinados. Y aun así, segun el curso natural de las cosas, él debia partir el primero, él debia ser el llorado. Entre los dos podia interponerse el filo de la terrible guadaña, mas no una faja de terreno cualquiera. Si discurriendo acerca de lo instables y caedizas que son las dichas humanas hubiese entrevisto la contingencia de una separacion, si le hubiera salteado un vago y efímero presentimiento, esto solo le hubiera traido en contínua zozobra: porque en verdad, el dia en que hubiese llegado á verificarse, únicamente podria ser comparado en desolacion y amargura al dia en que encontró á la pobre huérfana destituida de todo amparo.

Instalado con sus queridos hijos en una cómoda y espaciosa casa, situada en uno de los mas risueños puntos de la poblacion, el buen cestero no llevaba ya con toda propiedad este nombre, pues que las instancias de su yerno, á quien seguiremos llamando así, le habian hecho dejar la práctica de su mecánico oficio. Solo para evitar la ociosidad ó en

Digitized by Google

obsequio de sus amigos, se entretenia á ratos volviendo á sus antiguas ocupaciones, y sus primorosos canastillos eran regalos en que el mérito del trabajo no desdecia del buen afecto que los habia inspirado. En la época en que anudamos el hilo de nuestra narracion le traia mas que nunca atareado el próximo fin y remate de una obra que iba á ser el *non plus ultra* de su habilidad y de su inventiva. Era una cuna de blancos y delgados mimbres, con tal variedad y destreza entretejidos, que pudiera servir para el nacimiento de un primogénito de ilustre alcurnia. Pero en concepto de maese Julian, quién podia merecerla mejor que la tierna criatura que estaba á punto de aparecer en el umbral de la vida? Marcelina se hallaba en los postrimeros dias de su embarazo. Los primeros vagidos del niño, las primeras caricias de la madre iban á convertir en transportes de júbilo la sosegada corriente de su franca alegría.

Este era, como es natural que fuese, el tema ordinario de sus conversaciones; pero una tarde vino á darles diferente giro un suceso vulgar que en un pueblo como el de Cañaverales tenia ciertos visos de fenomenal y prodigioso. Retenido en su habitacion á causa de una ligera oftalmía, que le obligaba á llevar una visera de tafetan verde sobre los ojos y á no permitir que entrase mucha luz por las rendijas de las ventanas, escuchaba maese Julian el argentino timbre de la voz de Marcelina, con la misma estática atencion de un aficionado que escucha los melodiosos gorgeos de su canario favorito. Contábale ella que sobre las diez de la mañana habia parado en frente de la iglesia un coche de camino, que de él habia bajado un caballero de bizarro porte y elevada estatura, que traia este un sombrero de jipijapa y un frac azul con botones dorados, que habia repartido entre los chiquillos un puñado de monedas, y eso que no serian todas de cobre, pues que el hijo de la tia Antonia le habia enseñado un real de plata reluciente y nuevecito. Sabíase que despues de tomar un bocado en la hostería preguntó por el alcalde, y se le vió con este y el secretario dirigirse á la casa de

Digitized by Google

Ayuntamiento. Al parecer, cosa que estrañaba muchísimo la boticaria cuyo marido era uno de los mas celosos concejales, no se habia citado á cabildo; pero sí á cuatro ó cinco de las personas mas ricas del pueblo, que habian acudido allí y confabulado todos juntos por espacio de mas de tres cuartos de hora. Sin duda esta conferencia, cuyo objeto y resultados eran todavía un secreto, versaria sobre algun asunto de grave importancia, puesto que nada habia podido rastrearse por mas que sonsacasen al tio Momia, que así llamaban al alguacil por su incorrupta severidad y apergaminada fisonomía. Por demas era preguntar: cuál seria este misterioso asunto? ¿Quién seria aquel misterioso personaje? En Cañaverales todo el mundo estaba en espectativa, y cada uno echaba á volar conjeturas como quien tira piedras al aire para dar con alguna en el hito.

Maese Julian, á quien poco interesaba lo que fuera de sus hogares acontecia, sin tomarse la molestia de discurrir por su propia cuenta, seguia escuchando con infantil complacencia la deliciosa charla de su hija adoptiva, cuando vió que entraba acompañado de su yerno un caballero que á no dudarlo era el mismo de quien estaban hablando. La súbita aparicion de un sér del otro mundo no le hubiera producido un sobresalto mas violento y congojoso. A no tener la conciencia tan limpia como la tenia repitiéramos aquí la manoseada comparacion del espectro de Banquo. Vendrá por mí? vendrá por Marcelina? Este problema se le presentó desde luego con toda su precision y perturbadora trascendencia, y como el último estremo era el que mas le amedrentaba era tambien el que por mas probable tenia. Pendiente de un hilo estaba sobre su cabeza la espada de Damocles.

—He sabido su indisposicion, de la que me alegraré mucho quede V. pronto restablecido, dijo despues de saludar con toda cortesía el recien llegado forastero, y me he tomado la libertad de venir aquí para tratar de un asunto que á todos interesa.

Maese Julian no se atrevia á pronunciar una palabra.

Digitized by Google

Felizmente un poco de carraspera modificaba el sonido de su voz, y miéntras se esforzaba en reponerse de su agitacion y sorpresa, respondió al forastero con un movimiento de cabeza, y con la mano le indicó que tomara asiento.

A pesar de la curiosidad femenina comprendió la discreta jóven que estaba allí de sobra, y levantándose dijo: Con permiso de este caballero voy á dar una vueltecita por el jardin ahora que está el sol tan hermoso.

—Vete en paz, hija mia.

—Es hija de V.? Preciosa muchacha! Esclamó el caballero, que habia permanecido fiel á su costumbre de echar una ojeada á todas las hijas de Eva que á tiro se le ponian. Bien se puede cumplimentar á V. por ser padre de esta jóven, que será de fijo un tesoro de bondad como lo es de hermosura.

—Este cumplimiento... Será verdadera ignorancia? Será calculado estratagema? Será punzante ironía? preguntábase á sí mismo el ex-cestero.

—Tambien puedo yo marcharme, dijo el esposo de Marcelina, y volviéndose al forastero añadió: He dicho á V. mi última resolucion. Haré en todo y para todo lo que el suegro me aconseje. Tengo en él una confianza ilimitada porque él comprende las cosas mejor que nosotros pobres labriegos. Si me dice: anda, iré; si me dice: estáte acá, me quedaré, y estoy bien persuadido de que los demas harán todos lo mismo.

—Qué será esto, Dios mio! qué será esto? decíase el acongojado cestero, que se figuraba ver una batería de cuarenta cañones asestada contra el modesto edificio de su tranquila felicidad.

—Nos han dejado solos y no habia para qué. Vamos pues á la cuestion sin preliminares ni rodeos. Hablaré á V. francamente y espero que V. usará de igual franqueza conmigo.

Temblábanle á maese Julian las carnes, y solo su varonil esfuerzo podia contener los apresurados latidos de su pecho.

Digitized by Google

—Ante todo una sencilla pregunta, continuó su interlocutor. Tiene V. contraidos empeños con la oposicion?

—No comprendo... Si V. no se esplica... balbuceó el cestero que se hallaba á cien leguas de la cuestion misteriosa que tanta alarma habia metido en el pacífico vecindario de Cañaverales.

—V. sabe, es imposible que V. no sepa que en este distrito se ha de proceder á nuevas elecciones. Admitida la renuncia del diputado que lo representaba, la oposicion aspira con decidido empeño á llenar esta vacante. Ha reclutado fuerzas entre los descontentos de todos los partidos, ha formado una coalicion monstruosa, y es indecible la actividad que reina en los colegios electorales. Las cartas de recomendacion, los agentes, los amaños, las intrigas se cruzan en todas direcciones. El gobierno no puede dormirse en las pajas. Dentro del círculo de sus atribuciones debe poner, y pondrá, todos los medios legales para no ser sorprendido. Este es un caso de legítima defensa. La oposicion envalentonada por la apatía de los hombres de sanas intenciones, trata nada ménos que de echar mano de D. Abundio Parladér, de este hombre funesto que, es preciso confesarlo, serviria por sí solo de considerable refuerzo á la minoría. A mí no me ciegan las pasiones políticas: reconozco que Parladér es uno de los oradores que están en primera línea, pero convenga V. conmigo en que el verdadero criterio de la elocuencia es la bondad de las doctrinas, y en que la mayor parte de veces son preferibles á esas eminencias parlamentarias hombres de cualidades no tan relevantes, pero que quizás les sobrepujan en desinteres y patriotismo.

—Me parece que no anda V. muy descaminado, dijo el ex-cestero, comprendiendo que la pausa de su interlocutor era lo mismo que exigirle una contestacion cualquiera.

—Ahora bien, prosiguió el otro. El gobierno no puede seguir mirando con la indiferencia con que hasta el presente lo ha visto, la inercia y dejadez de un pueblo tan honrado y laborioso como el de Cañaverales. En situaciones tan crí-

Digitized by Google

ticas como las que atravesamos, todos debemos concurrir á la salvacion de la patria comun. Descontando á uno que segun mis noticias está paralítico, y á otro que pasa de octogenario, Cañaverales contiene en su recinto diez electores disponibles que pueden reforzar con diez votos la candidatura del ministerio. Este es el objeto de la mision que desempeño.

—Pero, qué tengo yo que ver con esto? Yo no soy mas que un artesano... retirado del oficio si tanto se quiere, no tengo rentas, no tengo voto...

—Tiene V. diez. No lo ha oido V. mismo de boca de su yerno? Reconozco en la modestia de V. las bellísimas cualidades de que me han hablado el alcalde, el secretario y algunos de los mayores contribuyentes. Por su rectitud de corazon y de inteligencia goza V. de un influjo tan poderoso como justamente merecido, y el ministerio tendrá una especial satisfaccion en que los sentimientos de V. no le sean hostiles.

—Si hablará tanto el mismo Parladér! dijo para si maese Julian, que veia disiparse poco á poco la nube de sus sombríos recelos.

—A mí no me parece mal, continuó el forastero, la irresolucion de estos honrados electores. Proceden de buena fe. Como poco versados en estas materias no se atreven á decidirse por sí solos; pero están unánimes en hacer lo que V. les aconseje, en dar su voto á quien V. les designe.

—En este caso no votarán.

—A Parladér?

—Ni á nadie.

—Cómo? esclamó el caballero levantándose de golpe cual si fuera movido por un resorte; mas templando la voz y sentándose de nuevo continuó. Y V. que conoce el valor de este precioso derecho...?

—Si es un derecho se puede renunciar á su ejercicio.

—Es que tambien es un deber.

—Si fuese un deber... si lo fuese...

Digitized by Google

—Qué?

—Pediríamos que se nos suprimiese el derecho. Perdonaríamos el bollo por el coscorron.

Vacilando entre la irritacion y el asombro miróle el forastero de hito en hito, y con énfasis desdeñoso le dijo: Es usted absolutista?

—Hé aquí una pregunta en mi pobre concepto muy estraña al objeto de su mision. Soy un súbdito leal y sumiso al gobierno de la Reina, cuyos actos respeto sin juzgarlos, y cuyas órdenes cumplo sin discutirlas.

—Pero señor, tiene V. corazon para desperdiciar esta favorable coyuntura de proporcionar á su pueblo los bienes materiales de que carece?

—No siendo á costa de algun bien moral...

—V. debe de saberlo. La carretera está intransitable. Algo mas, es sumamente peligrosa. No solo he llegado aquí con los huesos molidos sino que hemos estado á pique de volcar diez veces.

—En efecto no es camino para coches.

—Pues bien, vótese la candidatura del gobierno y la carretera se construirá.

—*Date et dabitur vobis.* No es eso? Yo no he estudiado en Salamanca ni mucho ménos; pero se me figura que cuando los gobiernos conocen las necesidades de los pueblos no deben esperar á venderles el remedio á guisa de boticarios: fuera de que si se hubiese de dar cumplimiento á todas las promesas de los candidatos ministeriales algo desahogado tendria que estar el Tesoro.

—Aquí no se trata del Gobierno, aquí se trata de mí. Yo soy quien responde de mi palabra. He dicho que con V. seria franco, voy pues á ser mas esplícito. Merced á mi actividad incansable y al buen éxito de importantes especulaciones me encuentro dueño de un caudalejo bastante lucido. En mis mocedades disfruté largamente de los placeres de la vida, he corrido muchas tierras, he visto mucho mundo; pero he conservado una reputacion sin mancilla, y nada me queda

Digitized by Google

que desear mas que una posicion ventajosa que corone mis afanes. La ambicion es la mas noble de las pasiones si no la mas bella de las virtudes. Tengo el apoyo del ministerio y espero sentarme en los escaños del Congreso. Para ello no he de regatear el dinero. Quiéren Vds. una sólida y hermosa carretera? Prefieren un puente en el barranco llamado de *la encina quemada?* Se hará la carretera: se hará el puente. Porque... aquí, *inter nos*, yo necesito salir con mis pretensiones. Estoy á punto de dar la mano á una señorita tan notable por su belleza como por su ilustre nacimiento.

—De veras? esclamó el cestero cuyos tristes recuerdos escitaba aquella inesperada confidencia.

—Pues qué tiene eso de estraño? repuso el otro, dejando entrever en su tono un ligero matiz de resentimiento.

—La fortuna le sonrie á V.; pero no puedo tener el gusto de coadyuvar á la realizacion de sus proyectos.

—Y no me diria V. en qué funda este sistema de absoluto retraimiento? Porque eso tiene visos de...

—Perdone V. Mi sistema, si es que lo sea, se limita á Cañaverales. Por un beneficio especial de la Divina Providencia, otros dirian por un efecto de su situacion topográfica, este pueblo no conoce las rencillas y enemistades, hijas de las discordias pasadas y de la permanente diversidad de opiniones. Aquí no hay bandos opuestos, ni adversarios políticos. Aquí somos incoloros. Tan difícil le seria á V. encontrar blancos ó negros, como lo hubiera sido al mismo Justiniano encontrar verdes ó azules. Si hoy votasen todos á Pedro, mañana unos votarian á Juan y otros á Diego, y adios la perfecta armonía con que hasta ahora hemos vivido. Hay teorías que enseñan la conveniencia de los partidos; pero tan rudo como soy tengo para mí que donde no existen es muy inconveniente el crearlos. Por lo mismo bien ve V. que si para algo ha de servir mi influencia no será ciertamente para abrir una puerta, que cuando se quisiera no seria fácil tapiarla.

—No me faltan argumentos para atacar esta tésis, pero veo que seria...

Digitized by Google

—Tiempo perdido.

—Así pues, siento mucho haber molestado á V., y en cuanto se le ofrezca ahí tiene V. mi nombre. Dijo el forastero, pronto á despedirse miéntras sacaba de un precioso targetero una elegante cartulina.

—No puedo corresponder del mismo modo; pero en Cañaverales cualquiera le dará razon de maese Julian el cestero.

Vaya un filósofo rancio! decia entre dientes el que se marchaba. Y testarudo como él solo! Estos Catones de aldea que no han leido mas que el *Caton cristiano*, viven persuadidos de que podrian tenérselas tiesas á los mismos siete sabios de Grecia. Venirme á mí con esos repulgos de empanada! A bien que si no tengo los diez votos tampoco los tendrá Parladér, y pata es la traviesa. De todos modos me sobran probabilidades para el triunfo.

Y entretanto el que se quedaba prorrumpia en una esclamacion de júbilo: No me ha conocido! Gracias, Dios mio. Y me ha dejado ese trozo de carton como si de él necesitara para conocerle! No, no quiero recuerdos suyos. Sobrados tuve.—Y haciendo añicos la cartulina arrojaba sus menudísimos fragmentos por la ventana.—Y este hombre aspira á ser diputado? Dónde, dónde está eso que llaman el gusano de la conciencia? Vedle aquí, con su reputacion sin mancilla. Y en efecto, unas relaciones adúlteras, un duelo á muerte, ¿qué son para el mundo? Él no habrá sido transfuga de su partido, ni defraudador de los caudales públicos, ni conspirador... descubierto, ni procesado criminalmente, y hélo aquí con su vida pública intachable. Bella estátua de oro con los piés de barro... y cenagoso. Pero á mí qué me importa todo esto? Que sea diputado, que sea ministro con tal que no me robe á Marcelina.

Y con la satisfaccion de una medrosa jóven que ve alejarse una tempestad de verano, oia decrecer el ruido de su coche partiendo á todo escape de Cañaverales.

Digitized by Google

VI.

El anterior soliloquio de maese Julian no tiene la amplitud y estension que fuera menester para dar una cabal idea de todas las que en su cerebro se agitaban, de todos los afectos que en su pecho contendian. Por mas que en su larga conversacion con el candidato ministerial no se hubiese deslizado ni la menor alusion á remotos sucesos que parecian del todo olvidados, la sola presencia de aquel caballero bastó para que reverdecieran las dolorosas emociones que aquellos mismos sucesos habian producido. Así retoña á veces el árido tallo de un zarzal que se creia muerto, y se cubre y eriza de punzantes espinas merced á una lluvia inesperada. La imágen de lo pasado se levantaba en su imaginacion con vigorosa tiranía, y para luchar con ella, para vencerla y sojuzgarla maese Julian pedia al cielo fortaleza, miéntras recurria al trabajo material como á medio eficaz que le habian enseñado la razon y la esperiencia. Sus cinco sentidos, por decirlo así, traia ocupados en dar la última mano al complicado arabesco que adornaba los bordes de la preciosa cuna, cuando con alterado rostro y presurosa planta penetró en la estancia el esposo de Marcelina.

—Padre, ha sucedido una desgracia. El coche de aquel caballero ha volcado cerca de la *encina quemada*. Dicen que una rueda le ha cogido el muslo.

—Justicia Divina! esclamó el cestero sorprendido y aterrado.

—Le traen al pueblo, no sé si vivo ó muerto. El tio Momia iba corriendo al Alcalde para ver á qué casa debian conducirle.

—Aquí, aquí. A esta casa, esclamó el cestero con una voz de mando muy agena de sus costumbres. Corre, vuela, que le traigan aquí.

Y despues de haber salido su yerno continuaba en voz alta, impelido por la viva escitacion de sus generosos senti-

Digitized by Google

mientos: Me toca á mí. Fué mi enemigo, mi ofensor, mi verdugo, yo soy pues quien debe hospedarle. Yo! yo el único de este pueblo que tendria el derecho de aborrecerle. Los cristianos no tienen nunca este derecho. Oh! Jesus mio y Señor mio! Me habeis dado el precepto y el ejemplo, y si mi corazon se resiste le aplastaré como á un reptil inmundo. Marcelina. Marcelina.

—Qué hay? padre.

—Que dispongan una cama. La mia. Dormiré en el pajar si es necesario. Sacarás tohallas y vendage. Al caballero de esa tarde le ha sucedido una desgracia. Pónle sábanas limpias... las mas finas. Que maten una gallina. La de la pluma blanca.

—La que estaba reservada para mi parto?

—Pues esta. Anda, hija, que otras quedan en el corral. Pon á calentar agua. Que llamen al médico. Y al sangrador tambien, porque será muy regular ordenarle una sangría.

Por la relacion del cochero no se pudo sacar bastante bien en limpio cómo y de qué manera habia tenido lugar aquel fracaso. Lo cierto es que en la rápida pendiente de la *encina quemada* el coche estuvo á pique de volcar, y que D. Marcelino saltando por la portezuela se cayó de bruces, y tendido en el suelo una rueda le pasó por encima del muslo. Como habia dado con la frente en una piedra, al verle sin sentidos y bañado en sangre su criado y el cochero determinaron retroceder á Cañaverales por ser el pueblo inmediato. Vuelto en sí, y colocado en blando y curioso lecho, merced á los eficaces ausilios de la ciencia y al cuidadoso esmero de los que bajo su techo le acogian, pronto cedió la calentura, pronto se vió que el susto habia sido mas que el daño recibido, y á los tres dias el enfermo se hallaba en estado de ponerse otra vez en camino. En este intermedio no le faltaron reiteradas visitas de toda clase de personas, y singularmente del escribano que se grangeó particulares simpatías por su carácter jovial, y por cierto resabios de la vida estudiantil mezclados con una reserva y probidad que

Digitized by Google

á tiro de ballesta se le conocian.

Maese Julian entretanto padecia mas que el enfermo. Las gentes que se interponian relevábanle de la necesidad de entablar contínuas y familiares conversaciones en que tal vez corriera peligro el incógnito que guardaba. Bendecia al cielo que no les dejaba á solas y frente á frente en el estrecho recinto que á los dos albergaba. Pero á pesar de esto y de sus minuciosas precauciones á cada paso estaba temiendo que una observacion mas detenida, un recuerdo vago, una frase escapada, un incidente cualquiera diese márgen á un improviso reconocimiento. Qué complicaciones, qué disgustos no le traeria el que cayese de su rostro la careta de maese Julian para dar lugar á las facciones verdaderas del ex-comandante Arratia? El reposo de su corazon, las dulzuras de su felicidad doméstica, las esperanzas de una vejez tranquila, ¿qué eran entónces sino un castillo de naipes espuesto al soplo de un niño?

Ménos probable era que llegase á descubrirse el otro secreto cuya revelacion podia ser mas trascendental y sus resultados sobremanera mas dolorosos. Dificilmente adivinara D. Marcelino que aquella hermosa campesina fuese hija suya. Tal vez no se habia cuidado nunca de saber si tal hija existia. ¿No iba á someter su cuello á la nupcial coyunda? La *fuerza de la sangre* es el asunto de una ingeniosa novela de Cervantes, que al fin y al cabo no es mas que una novela. Los labios de maese Julian eran el candado que cerraba aquel secreto, y su voluntad la sola llave para abrirlo; pero en su delicada conciencia se levantaba un temeroso problema. ¿Érale lícito permanecer callado? ¿Podia abstenerse de devolver á su legítimo dueño un depósito que por sus inescrutables juicios la Providencia le habia confiado? ¿Érale lícito impedir que brotase la llama de amor que en aquellos dos pechos habia de encenderse? ¿Podia ver que respirasen un mismo ambiente, que se albergasen bajo un mismo techo, que se hablasen con la indiferencia de estraños, dos séres que habia ligado la naturaleza con vínculo indisoluble, sin

Digitized by Google

decirles él, él, poseedor único de este secreto: este es tu padre, esta es tu hija? Y si hablaba? No seria desgarrarse con sus propias uñas las telas del corazon? ¿No seria arrojar al viento la felicidad de Marcelina? ¿No seria esponerse á que el olvidadizo padre permaneciese mas criminal y endurecido?

Tales pensamientos le traian en contínua agitacion y zozobra. Retirábase á un cuartito donde pasaba largos ratos meditando y escribiendo, y como una vez entrase á verle su amigo el anciano párroco cerró por dentro, hízole sentar, y en voz baja y arrasados los ojos de lágrimas le dijo:

—Ay padre, que yo tambien puedo decir: triste, triste y afligida está mi ánima, pero no se haga mi voluntad sino la del que domina en cielos y tierra.

—Fortuna es, hijo mio, y no poca tener el corazon tan dispuesto y resignado.

—V. no sabe, pero V. solo va á saberlo. Este caballero es D. Marcelino, el Marcelino que tan funestamente se atravesó en la historia de mi vida. Este es el padre, el padre verdadero de... de mi hija.

—Providencia divina! Y qué vas á hacer ahora?

—Me es lícito, puedo oponerme yo á que un padre reconozca y recobre á su hija? Si Dios me pide el sacrificio de Abraham, he de responderle: no tengo fuerzas? Oh! mas de diez y seis años de amor perdidos en un solo dia! Interponer leguas y leguas para venir al punto de mi partida! Cambiar de ideas, de traje, de costumbres para ser al fin reconocido y descubierto! Oh! cómo la mano de Dios nos sorprende para destruir nuestros planes y combinaciones! Tan poco he padecido que no mereciese acabar tranquilamente mis dias?

—Vamos hijo, no te exaltes. Busquemos los consejos de la prudencia, que en estos casos es la primera de las virtudes. Dios te exige este sacrificio del corazon; pero tal vez no ha resuelto que materialmente lo lleves á cabo. Un ángel detuvo la cuchilla que amenazaba el cuello del niño Isaac.

Digitized by Google

—No le daré luz completa; pero sí un rayo de ella por si quiere aprovecharla. V. ha de hacerme la merced de transcribir cuanto ántes, hoy mismo, estas líneas que he borroneado en las dos hojas blancas de este libro. No quiero que conozca mi letra.

Y le entregó el *Camino del cielo* que ya conocen nuestros lectores, y unas cuartillas manuscritas.

—Quedarás servido. Antes de ponerme á rezar vísperas te lo devolverá el monaguillo.

—Ahora, padre mio, me queda otra espina en el corazon. Es un deseo que me parecia imposible sentir, que tenazmente he combatido en estos dos dias; pero que se sobrepone á mis esfuerzos con desusada vehemencia. No saber nada, absolutamente nada de aquella que un dia me fué tan cara, que un dia me hizo tan dichoso!

—Nunca me has dicho su nombre.

—Por qué no la he completamente olvidado á ella y á su nombre? Eufemia Linares. Habrá muerto? Habrá descendido toda la escala de la degradacion? Arrastrará una miserable existencia entre el cieno del vicio ó entre el cieno de la indigencia? Porque este hombre de seguro la ha abandonado. Va á casarse.

—Hijo, aparta esos pensamientos como si fueran sugestiones del espíritu maligno. No la abandonaste ya al cuidado de su ángel custodio? Mejor se vigila desde la atalaya del cielo que desde las honduras del triste valle que habitamos. No hables, no pronuncies este nombre. Se habrá arrepentido. Dios la habrá perdonado. No estás acaso convencido de su infinita bondad y misericordia?

—Oh si yo lo supiera! Si yo lo supiera!

Llevado de su impaciencia electoral D. Marcelino no podia resignarse á permanecer mas tiempo inactivo, y metido en aquel pacífico recinto comparado por él á un rincon de Paraguay en tiempo de los jesuitas. Cada minuto se le antojaba un siglo. Quién sabe cuanto terreno adelantaban Parladér y sus amigos miéntras él se estaba mano sobre mano?

Digitized by Google

Dispuesto á partir mandó aprontar el coche, y al salir de su habitacion para despedirse encontró la familia reunida. Cabalmente se escapaba en aquel momento de los labios de su esposo el nombre de Marcelina.

—Con que V. es mi tocaya? Me alegro infinito. Qué casualidad que á los dos nos pusieran el mismo nombre!

—Seria que naceríamos en igual dia, y nos pusieron bajo la proteccion del mismo santo.

—Y es V. devota de S. Marcelino?

—Como que es mi especial abogado, y debe ser mi ejemplar y modelo.

—V. es de la misma opinion de aquel sargento miliciano que intrigaba para que le nombraran gefe de su compañía. —En qué diablos fundas tus pretensiones? le dijo el furriel: —Toma! me llamo Sebastian, y S. Sebastian era el comandante de los nacionales de Roma.

—Bonito humor gastaban Diocleciano y Maximiano para echarla de reyes constitucionales, dijo sonriendo el cestero.

—Pues yo no sé precisamente qué especie de santo era el nuestro, y ya se ve que para imitarle me falta saber al dedillo su género de vida. Se me figura que seria guardian de algun convento, y como yo no he tenido vocacion de fraile...

—San Marcelino, segun dicen las historias, fué un Pontífice que tuvo la debilidad de ofrecer incienso á los ídolos; pero cuyo arrepentimiento le valió la corona del martirio, porque no hay debilidad ni crímen alguno de que no podamos arrepentirnos y quedar perdonados.

—Yo, gracias á Dios, nada tengo de que arrepentirme. Se conoce, maese Julian, que V. ha leido mas el *Flos Sanctorum* que los periódicos de Madrid.

—Y no me va mal con la preferencia.

—Sin embargo lo cortés no quita á lo valiente. El siglo marcha, y es preciso marchar con el siglo.

—No diré que no... en ciertas cosas... Si en este pueblo, por ejemplo, hubiese habido una buena fonda, V. hubiera estado servido mas á gusto, mas bien regalado...

Digitized by Google

—(¡Qué demonios de semejanza tiene este hombre con Arratia! dijo para sí D. Marcelino habiendo visto de soslayo el rostro de maese Julian con su inseparable visera. Pero ni Arratia leia vidas de santos, ni tenia ese aire pacato, ni... Bah! Un oficial de ejército convertido en donado de monjas! Seria una metamórfosis que ni las de Ovidio.) Y cuántos años tiene su hija de V?

—Veinte cumplidos.

Calculó un momento y volvió á decirse entre dientes: No puede ser. No puede ser. Y se parecen como un huevo á otro! Y luego prosiguió en voz alta.

—Lo que decia V. de la fonda no es lo que mas á cuento viene, con perdon sea dicho. Hubiera hecho V. mejor en referirse á los caminos. La buena acogida que en esta casa he recibido quedará eternamente grabada en mi memoria. Quisiera manifestar todo mi agradecimiento; pero este ha sido uno de aquellos favores que no se pagan con dinero. Si á lo ménos mi tocaya aceptase esta sortija?

—La acepta, no por via de retribucion sino como recuerdo, dijo maese Julian; pero en cambio ha de aceptar V. algun regalillo nuestro. Tengo tan pocas cosas que ofrecerle que no desdeñará V. ese librito siquiera sea viejo y devoto. Cabalmente perteneció á una pobre muger que tuvo la misma desgracia que V.; pero de mucho mas fatales consecuencias. La rueda de una carreta le destrozó el cráneo. Hace esto mas de diez y seis años, y con todo no estrañaria que pensando en ella V. llegase á llorarla. En las páginas blancas hay escritas algunas reflexiones mias. Si V. quiere arrancarlas...

—No, no. Las conservaré con mucho gusto.

Y recibido y puesto el libro en la faldriquera concluyó la despedida.

Al poner el pié en el estribo del coche apareció el cura párroco con sus negras hopalandas, su sombrero de teja, el diurno bajo del brazo y una vieja caña de Indias en la mano. Si V. no llevaba prisa, dijo á D. Marcelino, el coche iria

Digitized by Google

al paso y nosotros le seguiríamos á pié por un ratito.

—V. me favorece demasiado. (Qué me querrá este santo varon?)

VII.

Tendida su resplandeciente cabellera descendia el sol con magestuosa lentitud, como si fuera á recostarse en la cresta de las azuladas sierras que á lo último del horizonte se distinguian. Inundaba el pintoresco valle esa tibia luz que no molesta los ojos, y escita como un vano deseo de que subsista largas horas sin creces ni menoscabo alguno. Pequeñas, entrecortadas y caprichosas nubecillas con aparente inmovilidad salpicaban un pedazo de cielo, pudiendo servir de objeto de comparacion á las esparramadas casitas que asomaban sus blanqueados muros entre el frondoso verdor de aquellas colinas. El grato perfume de las plantas silvestres, y el no ménos grato de la tierra removida por el arado, la pureza del ambiente, las contínuas variaciones de la perspectiva, el blando rumor del riachuelo que serpenteaba á lo largo del camino, el incesante susurro de las cañas que se mezclaba á los agudos trinos de las avecillas como al balido de los corderillos el grave llamamiento de sus madres, todo esto constituia para nuestros caminantes el atractivo de su delicioso é higiénico paseo, á la par que el tema de sus triviales observaciones. Hallábanse ya á mas de un buen tiro de piedra del pintoresco grupo de edificios que, rodeando la iglesia, casa de Ayuntamiento y rectoría, forma el núcleo de Cañaverales, cuando el anciano párroco parándose un momento, con una entonacion dulce al mismo tiempo que solemne y resuelta, dijo á su compañero:

—Sr. D. Marcelino, dispénseme V. si soy algo brusco. No poseo el arte de dar ciertos giros á las conversaciones hasta hacerlas recaer como por su propio peso en determinado punto. Me voy al blanco derecho como una saeta. Dígame V.: ¿doña Eufemia Linares, vive todavía, ó ha muerto ya?

Digitized by Google

Como si fuese un repentino trueno en atmósfera despejada, el estampido de estas palabras produjo en D. Marcelino tal sorpresa, que abrió desmesuradamente los ojos y brilló en ellos un relámpago sombrío; pero repuesto en seguida:

—Me coge tan de improviso, dijo, esta pregunta, que no sé de qué manera contestarla.

—No crea V. que me mueva una vana curiosidad, que tan impropia fuera de mi estado, ni que tenga el menor empeño de penetrar en los pliegues de la conciencia agena. Mis deseos se limitan á la simple noticia de un hecho tan sencillo, tan público y notorio que bien puede estar al alcance de todo el mundo.

—Apostaria cincuenta votos de los mas seguros que tengo, á que no me hace V. esta pregunta por su propia cuenta.

—Si V. busca evasivas encontrará mas que yo persuasiones. En este caso no puedo hacer mas que manifestarle mis sinceros deseos de que Dios le conceda un próspero viaje.

—Deténgase V. un momento, y vaya otra pregunta á quema ropa. ¿Quién es ese maese Julian?

—Un hombre de bien á carta cabal, que vivia de su oficio de cestero; pero que ahora no tiene necesidad de trabajar por ser el suegro de mi sobrino que está medianamente acomodado.

La sencillez de esta contestacion, y la naturalidad con que fué dada, desconcertaron á D. Marcelino, y alejaron de nuevo las sospechas que le habian acometido.

—Pues señor, la persona de que V. me habla hace cosa de tres años que ha muerto.

—Dios la haya perdonado. Porque supongo... no es verdad?.. supongo... que moriria arrepentida.

—Y qué interes le va á V. en ello?

—¿Por ventura no somos todos hermanos? Puede un cristiano dejar de interesarse por la suerte de un alma redimida con la sangre de Jesucristo?

—(Bonitas frases para enjaretarlas en un manifiesto á los electores!) dijo para sí el candidato ministerial. Segun tengo

Digitized by Google

entendido llevaba una vida bastante ejemplar, retirada del mundo, entregada á la devocion y al trabajo, y murió recibidos todos los sacramentos.

—Gracias. Me ha librado V. de un peso enorme. Es cuanto queria saber. Vea V. qué me manda, ya que en mi pobreza no puedo manifestarle mi agradecimiento sino acordándome de V. en mis oraciones.

—Vamos, vamos, Padre cura, V. sabe mas de lo que aparenta. Juguemos con las cartas descubiertas. A V. no se le ocultan los deslices de esta señora... ni tampoco los mios.

—Yo no trato de sondear los escondrijos del corazon humano. Este es una caja cerrada en que no ponemos los ojos sino cuando su dueño nos la presenta abierta.

—Tampoco trato yo de confesarme... ahora. Voy á decir á V. dos palabras sobre el asunto, porque se me ha puesto en la cabeza que V. lo desea, y estoy seguro que se alegrará de saberlas. Podemos hablar á nuestras anchuras. Aquí no hay taquígrafos como en el Congreso, ni escuchas como en un locutorio de monjas. Estamos rodeados de cañas; pero no haya miedo que estas se vuelvan parlanchinas como las de la fábula de Midas.

Y caminando los dos paso á paso D. Marcelino prosiguió:

«Sea que ella me cegara á sabiendas con su deslumbradora hermosura, sea que yo la tentase por capricho con obsequios y galanterías, ello es que un dia amanecimos perdidamente enamorados. De donde habia partido la agresion no hay para qué indagarlo: por el resultado se vió que el otro no estuvo muy fuerte á la defensiva. Por de pronto nos entregamos á todos los devaneos del sentimiento, nos armamos del nivel y del compas para trazarnos la línea de los deberes, temerosos de acercárnosla demasiado: nos contentamos con parodiar á los amantes de novela, de ciertas novelas que cuantas mas pretensiones tienen de platónicas tanto mas tienen de inmorales. Pero jóvenes ambos, de robusta complexion y temperamento, sentíamos correr lava ardiente en nuestras venas, y la pasion venció á la metafísica.

Digitized by Google

V. no se escandalice, que así sucede en el mundo. Nuestro idealismo nos pareció insuficiente: era poca agua para la sed que nos enardecia. La fidelidad que debíamos, ella como esposa y yo como amigo, á su marido, no era ya para nosotros mas que un obstáculo local, y tratamos de allanarlo. Yo debia embarcarme para América y resolvimos que ella se vendria conmigo. Allí podíamos realizar con toda holgura el sueño de perpétua felicidad que nos habíamos formado como todos los amantes habidos y por haber. Partimos en secreto de Valencia y llegamos á Barcelona para embarcarnos en seguida; pero un incidente vulgar retardó el cumplimiento de ese proyecto bastante bien combinado. Causas así pequeñas han hecho perder grandes batallas. Si nos embarcamos aquella noche, qué rumbo tan diferente hubiera tomado nuestra vida! El marido hubiera perdido la pista, y nuestro sueño de oro hubiera durado hasta que el tiempo desvaneciese por grados y sin violentas sacudidas nuestras novelescas ilusiones. Pero el nudo que debia desatarse naturalmente, fué cortado de un reves que yo no presumia. La mañana siguiente se me apareció como un fantasma el irritado marido, y las cosas tomaron mas trágico aspecto. En ese laberinto no habia mas que una puerta y era preciso salir por ella. Lo que gimió, lo que padeció, los arrebatos de pasion, los ataques de nervios de aquella señora no hay para qué referirlos. Con lágrimas que me causaban celos rogó, insistió que no matara á mi rival, y se lo prometí á riesgo de quedarme en la estacada.

El desafío tuvo el éxito que me habia propuesto. Mi contendiente salió, no herido, pero sí muerto... de vergüenza. Volvíme á la posada, y aquí fué Troya. Eufemia no estaba, habia salido poco despues de mí. Aguarda que te aguarda; luego, busca que te busca; y por fin, nada. Lo que pasé en estos dos dias no hay pluma que lo describa. Tengo por cierto que sufria una calentura atroz. Me creia mas vilmente engañado que el otro. Era una pena de talion insoportable. No me mire V. con ese aire asombrado, que así van las

Digitized by Google

cosas, y este es el pan nuestro de cada dia. De otro lado mis negocios no me permitian mas dilaciones, y como de conjetura en conjetura vine á suponer que ella habia vuelto á su marido, de reflexion en reflexion vine á deducir que esto era lo que mas cuenta me tenia. Así pues me embarqué dejando en la posada el equipaje de Eufemia.

Qué negras, qué solitarias me parecieron las olas del océano? Cuando despues de dos años regresé á Barcelona ya no me parecian las mismas: y es que de la antigua llama ni cenizas habian quedado. No diré que tanta fuese la indiferencia, tanto el olvido que en el fondo de mi corazon no se encontrase un resto de curiosidad. En la posada me dijeron que aquella señora se habia llevado su equipaje; pero á dónde? no pude descubrirlo. Transcurrido muchísimo tiempo, debí á una mera casualidad poder contestar ahora á la pregunta de V. y relatarle muy por encima el final de esta historia. Era un mártes de carnaval, no digo bien, hacia ya cinco ó seis horas que habia entrado la cuaresma, y pasaba yo por una de las calles ménos frecuentadas de Barcelona. De manos á boca me encontré con una jóven sola, que apretaba el paso y llevaba el rostro medio cubierto con la mantilla. A pesar de esto la conocí, la llamé, no me contestó, volví á decirle: Eufemia! y parándose un momento me respondió: caballero, esta Eufemia á quien llamais, hace años que ha muerto.—Déjate de frases, le repliqué, y á fuerza de instancias conseguí entablar una larga conversacion. Al principio se me habia ocurrido un mal juicio del cual me quedó una especie de remordimiento: porque en verdad la situacion tenia algo de dramática siquiera por los accesorios. Yo salia del baile de máscaras, y ella iba á la misa primera, yo llevaba un dominó plegado encima del brazo, y ella revuelto un trage de merino obscuro poco á propósito para hacer resaltar su belleza. Verdad es que esta belleza era ya una mala copia del original primitivo.

Por lo que ella me dijo supe que, al salir yo para el desafío, atormentada por la incertidumbre del éxito, por la

Digitized by Google

gravedad de sus consecuencias, por la exacerbacion misma de su pasion amorosa, salió tambien ella sin saber á dónde, y como encontrara al paso una iglesia, se entró en ella mas que por un acto reflexivo por desesperacion ó por instinto. Deseosa de que nadie la viera, buscó un rincon oculto, se arrodilló tras de un confesonario, y suelta la rienda al llanto empezó á acumular oraciones sin tener puesto en claro ni lo que ella anhelaba, ni lo que á Dios pedia. Presa de las violentas y encontradas emociones de aquella crísis decisiva, pedia á Dios su muerte, pedia la mia, pedia la de su marido: queria todo lo que uno quiere cuando no sabe qué es lo que efectivamente desea. Y tales fueron sus sollozos, tan altas sus quejas y suspiros que un sacerdote, metido en el confesonario, no pudo ménos de oirlos y de rogarla que se acercase á la rejilla. Tuvieron un largo coloquio cuyo resultado bien puede V. presumirlo. El sacerdote le recomendó decididamente que no volviese á la posada, que bajo ningun concepto permitiese que yo la viera, y se encargó de buscarla provisionalmente un asilo. Por ciertas frases que se le escaparon, comprendí que habia vendido algunas alhajas para su subsistencia; pero de un alfiler de brillantes, que yo con cierto estratajema le habia regalado, repartió el producto á los pobres. El fin de esta conversacion fué decirme en tono resuelto que no tratase de averiguar su casa, que no me empeñase en verla ni hablarla otra vez, porque el menor paso la obligaria á mudar de barrio, ó á salir de Barcelona, esponiéndose á perder los recursos con que contaba en su oficio de florista. Yo respeté su voluntad, pues aunque no me sentia con ánimos de imitar su conducta, no dejaba de conocer que era por muchos títulos respetable.

Con esto he podido asegurar á V. que habia llevado una vida ejemplar: en cuanto á su muerte basta decirle que muchos años despues recibí un billetito que en sustancia decia: «Marcelino, estoy sacramentada: no sé dónde pára mi marido, si tuvieses noticias suyas, hazle saber que me muero pidiéndole perdon.» Fuíme en seguida á verla: al penetrar en

Digitized by Google

su calle me encontré con la Uncion, y habiendo subido á un quinto piso la ví que habia espirado.

—Y cumplió V. su encargo para con el marido? preguntó el párroco con tal naturalidad de espresion que no se le podia descubrir ni el menor viso de afectada.

—Pero señor, ¿cómo habia de cumplirlo no sabiendo por dónde anda? Lo sabe V. por ventura? preguntó D. Marcelino con cierta intencion que se revelaba en su acento.

—Ni siquiera ha dicho V. como se llamaba.

—Domingo Arratia, ex-comandante carlista.

—No conozco á nadie que use este nombre, contestó el párroco valiéndose de una amfibología, que será tan á lo Escobar como se quiera, pero que en tales circunstancias no creemos censurable.

En esto llegaban casi al barranco de la *encina quemada*, donde los dos se despidieron con tal apreton de manos que parecian los dos mas amigos del mundo.

El venerable anciano se volvió á su rectoría, y de paso entró á descansar un ratito en casa del cestero. El coche se dirigió á todo escape al pueblo de L*** situado cosa de tres leguas al sudoeste de Cañaverales.

VIII.

Mas que taciturno y pensativo estuvo D. Marcelino durante su viaje, y sobraba para ello la multitud de recuerdos que su misma relacion habia evocado. Por otra parte, ¿quién era ese taymado Julian que le escamoteaba diez votos con sus viejos aforismos y rancias preocupaciones? ¿Era ó no era Arratia? ¿Le engañaban sus facciones ó las respuestas del anciano sacerdote? ¿Debia desconfiar de sus sentidos ó del testimonio ageno? Si era Arratia, ¿por qué le habló de una muger que de ningun modo podia ser Eufemia? Si no lo era, ¿de dónde habia venido el sacar á colacion la historia de esta Eufemia ya tan olvidada? Si lo era, ¿qué papel tan ridículo habria representado él mismo en su casa? Si no

Digitized by Google

lo era, ¿á qué importunarle con semejantes recuerdos? En esta confusion debanábase los sesos sin que en el flujo y reflujo de sus sospechas pudiese despejar la incógnita de este problema.

De tales pensamientos le distrajeron al llegar á L*** sus negocios electorales. Los vestigios del jóven entregado á los impulsos de las pasiones y á las liviandades del siglo se fueron borrando insensiblemente, y pronto el candidato ministerial reapareció con toda su actividad y energía. En L*** estaba acampado el mas temible cuerpo del ejército enemigo.

Parladér gozaba allí de gran prestigio entre sus vecinos. L*** era su principal reducto, su fortaleza inespugnable, y eran necesarias minas y contraminas para apoderarse de ella. El Alcalde se metió en cama, se vendó una mano, y se hizo plantar unos sinapismos sin mostaza tan pronto como supo la llegada de D. Marcelino, que pasó aquella noche y la mañana del siguiente dia á vueltas con la lista electoral, y en secretas confabulaciones con sus amigos.

Promediaba ya la tarde cuando casualmente puso los ojos en el libro que le habia dado el cestero: elegante encuadernacion! se dijo, y abriéndolo vió las dos hojas que precedian á la portada escritas de mano, y de letra muy metida que revelaba el esfuerzo de aprovechar todo lo posible sus cuatro carillas. Empezó á recorrerlas por mera curiosidad; pero á medida que iba leyendo lo hacia con mas lentitud, y con la atencion mas fuertemente cautivada. El manuscrito decia asi:

«Quién hay que abriendo un libro de saludable doctrina se pregunte: ¿De qué manos ha venido á parar en las mias? ¿Dónde están ahora los que un tiempo lo leyeron? ¿Qué fruto de su lectura sacaron?

Oh! mi hermosa, mi querida Marcelina, en quien corre la sangre de mi corazon ya que no la de mis venas! este libro te enseña con las máximas que contiene y con los recuerdos que suscita.

Es tu camino, tu luz, tu guia.

Fué mi pobre dádiva en el dia de tus bodas y de tu con-

Digitized by Google

tentamiento: será un talisman poderoso si llega el dia del dolor y del infortunio.

Te lo regalé, y nunca ha sido mio: te lo regalé, y ántes ya era tuyo: porque él es la única herencia que de tu madre has recogido.

¿Dónde está ahora tu madre? Nada supiste de ella sino que se llamaba Pepa. Pepa! nombre tan comun y repetido que millares de mugeres lo llevan igualmente.

El sol que iluminó sus ojos primero que los tuyos, ilumina tambien primero que las nuestras las montañas en que ella tuvo su cuna.

¿Dónde está ahora? Tu corazon te dice que en el cielo, porque si débil y flaca cedió á las sugestiones de un rico mancebo, sola y desamparada aprendió en este libro la resignacion y el arrepentimiento.

Qué bien dice este libro: *Te asaltará la muerte cuando ménos lo pienses.* ¿Cómo podia prever ella el desastrado fin que tuvo?

La Providencia me condujo allí. Me condujo á mí, errante peregrino, para que te velase y guardase, tesoro mio. Bendita sea la Providencia divina.

Tú recompensaste con la pureza y ternura de tu cariño la vehemencia del amor que sobre tí he derramado.

Si tu padre hubiese leido este libro de seguro no te hubiera abandonado aun ántes que vieses la luz del dia. Tu padre no te ha dado mas que el sér. Oh Marcelina! no tienes de él mas que el nombre; pero el amor que te debia yo te lo he dado con usura.

No conoces sus facciones ni él las tuyas. Si le hablases te responderia como á la hija de un estraño. Surcaba las olas del océano cuando diste tu primer latido en el seno de tu madre.

Mas no te enojes contra él ni le maldigas, porque este libro enseña á perdonar todos los agravios.

Enseña las doctrinas del divino maestro. Quien no perdona no puede ser su discípulo.

Digitized by Google

Tu padre nadaba sin duda entre el oro y los placeres, y tú pobre y laboriosa como la hija de un cestero; mas este libro encierra amenazas para los que se deleitan y rien, y esperanzas para los que sufren y lloran.

Porque viene la muerte y trueca los papeles.

Si las verdades de este libro no fueran mas que sueños de la fantasía, ¡qué decepcion tan amarga para los atribulados y menesterosos! ¡Qué sangrienta burla de los que siguen la senda espinosa de la virtud! ¡Qué cruel sarcasmo del Autor supremo para con la mejor parte de sus criaturas!

Si la realidad existe únicamente en los bienes del mundo, ¿dónde está la justicia divina que á unos concede bienes positivos, y á otros les deja solamente los imaginarios?

Pero la muerte descorrerá la cortina á las verdades que los incrédulos niegan, y deshará como el humo las mentiras de que los mundanos se apasionan.

Oh! muerte! oh! gran reparadora de las injusticias del mundo!

Nunca pienses en ella, amor mio, sin profundizar mas allá del sepulcro, porque allí están ocultas la esperanza y el consuelo.

Qué poco aman á sus semejantes los que se empeñan en ahuyentar el pensamiento de la muerte! Se empeñan en quitar al mal su freno y al bien sus espuelas.

Cómo si la muerte no se atreviera á llamar con su guadaña á las puertas sin haber pasado ántes uno y otro recado!»

Sin duda por falta de papel terminaba aquí la série de reflexiones morales; pero bastaron estas para hacer profunda mella en el corazon de D. Marcelino. Meditabundo el rostro y conmovido el pecho, con el codo apoyado en la mesa, y la frente en la palma de la mano: Con qué tengo una hija! esclamó, una hija que se me viene como llovida del cielo! Porque esto está escrito para mí. Tan cierto que es para mí, como que lo fué para Baltasar aquella misteriosa inscripcion. Y esta letra no es de Arratia. Qué diablos de

Digitized by Google

castillo encantado será esta casa? Marcelina! Bien veo ahora por qué lleva mi nombre. Y yo tan distante de caer en ello! Y á fe que tiene un rostro de ángel. Cómo no habia de tenerlo? Su madre era tan hermosa! Pobre Pepita! pobre ídolo de un dia! con qué ingratitud he pagado tu abnegacion y ternura! Ahora recuerdo que me escribiste tus sospechas, y yo, bárbaro! me figuré que no pasaria de aprehensiones tuyas, si no es que lo atribuyese á mugeriles artimañas. Tenia entónces tan mal corazon! cegábanme tanto las pasiones de la juventud! Pobre víctima mia, qué muerte tan horrorosa te ha cabido! Y yo que estuve á dos dedos de tenerla igual! No, no. Es necesario reparar el mal que he hecho, sino ¿cómo pudiera fijar mis ojos en el fondo de mi corazon sin sentir una repugnancia, un asco invencible? El ejemplo de Eufemia no me bastó para torcer el curso de mis ideas; pero ahora... ello es claro, si no hay justicia en este mundo es preciso que la haya en el otro.

Y levantándose bruscamente llamó á su criado: pronto, búscame un caballo de silla á cualquier precio: que enganchen el coche, y te vas con él á Cañaverales. Listo, listo.

Púsose entónces á medir el salon del uno al otro estremo con largos y precipitados pasos, que interrumpidos por desiguales pausas revelaban su creciente agitacion y la lucha de sus encontrados afectos.—Voy allá, se decia, voy allá; pero, á qué? A ver á Marcelina, á ver á mi hija, á darle un estrecho abrazo, á imprimir en sus frescas mejillas un tierno beso, á postrarme á sus piés y pedirle perdon de rodillas. Y qué lograré con esto? Llevar allí la perturbacion y el desasosiego. No he visto, no he respirado yo mismo el ambiente de felicidad que la rodea? Seria ella mas dichosa conmigo que con ese hombre que tanto la idolatra? ¿He de ir allá á taladrar el corazon de este filósofo misterioso, de moral austera y semblante risueño? Si es Arratia, ¿cómo he de tener cara de presentarme delante de él? Si no lo es, ¿cómo he de pagarle con un profundo pesar el vehemente amor con que ha suplido la falta del mio? Y por otra parte, si la ile-

Digitized by Google

gitimidad del nacimiento de Marcelina es un secreto, ¿para qué divulgarlo? ¿Para qué causarle este perjuicio? Y ademas, ¿cómo decir á aquellos honrados y sencillos campesinos: aquí teneis á un padre criminal y desnaturalizado, y este, este es el que aspira á representar vuestro distrito? Esto es algo duro. Yo! que me creia poder desafiar á la envidia y á la maledicencia, yo! que me tenia por intachable... Oh! reputaciones del mundo, si los hombres viesen los corazones así como ven los semblantes! Pero, quedarme aquí, permanecer indeciso, hacerme el desentendido...? esto, nunca. Fuera la mayor villanía. No, no. Partir y discurrir. Voy allá, y será lo que Dios quiera.

Tenia ya el pié en el estribo cuando se le acercó uno de sus emisarios y le dijo:

—Es preciso que se aviste V. con aquel sugeto que vino ayer noche.

—Marcho ahora mismo á Cañaverales.

—Y volverá V...?

—No sé cuando.

—Suspéndalo V. siquiera por diez minutos.

—No es posible.

—Se trata de cinco votos.

—Ni que se tratara de cincuenta.

—Mire V. que se le escaparán.

—Que se escapen.

—Votarán á Parladér.

—Mas que voten al Gran turco.

Y metió las espuelas.

—Este hombre está loco, ó ha perdido las esperanzas de triunfar de su adversario, dijo para su capote el mensagero. En sabiéndolo el alcalde á buen seguro que dirá: al enemigo que huye puente de plata.

Y sin embargo el alcalde, habiéndolo consultado con la almohada, pensaba volver casaca y hacerse ministerial *á posteriori* si la balanza electoral se inclinaba á favor del candidato fugitivo.

Digitized by Google

IX.

Una faja blanquecina flotando sobre las verdes copas de los árboles, y creciendo por un lado á medida que por el opuesto se desvanecia, indicaba con su movimiento el de un caballo que hendia el espacio como si tomase por hipódromo el cerro de *la encina quemada*. Su rápido galope correspondia al vivo afan del que lo montaba, quien por la pedregosa cuesta se hallaba tan léjos de temer peligro alguno que hasta parecia olvidarse de haberlo allí corrido. Verdad es que daba pruebas de ser tan buen ginete como las habia dado en otras ocasiones de ser escelente marino. Y eso que mal podian entónces fijar su atencion las asperezas materiales del camino, absorbiéndola por completo las críticas circunstancias de la situacion moral que atravesaba. Dentro de poco llegaria el momento de obrar, y aun no habia adoptado una resolucion definitiva. Su corazon era una especie de palenque donde luchaban encontrados afectos, y su cabeza un hervidero de ideas que recíprocamente se estorbaban y combatian, sin que ninguna se levantase con bastante energía para avasallar á las demas y someterlas á su absoluto predominio. Así marchaba como á la ventura, sin haberse formado un plan de conducta, sin haberse puesto de acuerdo consigo mismo. Esta indecision le acongojaba; pero sentíase con valor bastante para reprimir sus instintos egoistas, sentíase con el corazon dispuesto al sacrificio y contaba con el acierto de sus primeros impulsos. Intimamente convencido de que iba á ejecutar una buena accion, aunque no supiese precisamente en que esta consistiria, confiaba en que una feliz inspiracion se la dictaria en el momento oportuno. De esta suerte, sin interrumpir el curso de los debates que en su interior ocurrian, llegó á Cañaverales ántes que el sol ocultara sus últimos resplandores, y apeándose en casa del escribano, despues de un cordial saludo le dijo:

—Trata V. mucho á maese Julian?

Digitized by Google

—Como á mi mejor amigo.

—Desde cuándo?

—Desde que vino á este pueblo.

—Y hará esto?

—De catorce á quince años.

—Y venia...?

—De un pueblo de Castilla.

—Y por qué esta mudanza?

—Allí le producia poco su oficio de cestero.

—Al establecerse aquí supongo que seria casado.

—Viudo.

—Y su muger se llamaba...?

—Nunca se me ha ocurrido preguntárselo.

—Ha sido militar?

—Me parece que no.

—Nunca habla de guerra?

—Nunca.

—Ni de política?

—Jamas.

—Cuántos hijos ha tenido?

—Solamente á Marcelina.

—Y la quiere mucho?

—Qué es querer? La adora, la idolatra.

—Y ella?

—Es un modelo de hijas.

—De modo que si una desgracia les separase...

—Causaria la muerte de entrambos.

—Tan unidos, tan contentos viven?

—Su casa es un paraiso terrenal, ménos la serpiente. Y digo, ahora que les ha nacido un niño!

—Ya?

—Marcelina ha dado á luz esta mañana un hijo, y esta noche ha de celebrarse el bautizo. Habrá jaleo y broma larga. Si en aquella casa pudieran volverse locos, dijera que lo están de alegría.

—Y sabe V. quién ha de ser el padrino?

Digitized by Google

—Cómo falta el paterno corresponde á su abuelo materno maese Julian Ramirez. ¿Pretende V. anegarme en este diluvio de preguntas? Vaya un interrogatorio en debida forma! V. me ha hecho el viceversa de los escribanos.

—*Eureka*! esclamó D. Marcelino dándose una ligera palmada en la frente.

—No comprendo... murmuró su interlocutor clavando en él los ojos con cierta estrañeza.

—Estaba pensando en Arquímedes cuando salió desnudo del baño por haber encontrado la solucion de un problema.

—Ménos lo comprendo ahora.

—Me hace V. el favor de un pliego de papel y tintero?

—Va V. á plantear una cuestion algebráica con sus rayas y crucecitas?

—Voy á servirme del ministerio de V. y á suplicarle que estienda un documento que me interesa.

—Aquí tiene V. recado de escribir.

Sentóse D. Marcelino á la mesa, cogió la pluma, y escribió unas cuantas líneas; pero luego como si de golpe descubriera un resquicio de luz, ó le quedase por hacer la última tentativa, alzó la cabeza, y encarándose con el escribano le interpeló con ese ex-abrupto.

—Va V. á misa mayor todos los domingos?

—Y fiestas de guardar. Es preciso desconocer las costumbres de este pueblo para hacer semejante pregunta.

—Estaria V. cuando desde el púlpito se anunció el matrimonio de Marcelina.

—Se le dispensaron las amonestaciones.

—Y eso?

—Nuestro párroco ha sido condiscípulo del Provisor eclesiástico, que quiso manifestarle su amistad con este obsequio á su sobrino.

Está visto, díjose entre dientes D. Marcelino al tiempo de inclinarse de nuevo sobre la mesa. Me tiene cogidas las vueltas. Pues bien, quédense las cosas así como se están, bajo ese velo ni del todo tupido, ni del todo trasparente.

Digitized by Google

Respetemos los designios de la Providencia y cumplamos como hombres de corazon.

Al cabo de un rato dijo al escribano: tome V. esos apuntes, y arréglelos con todas las cláusulas y requisitos legales. Dentro de dos horas pasaré por aquí á poner mi firma. Hasta la vista.

Con un semblante en que las sonrisas disfrazaban las vivas emociones de su pecho entró sin prévio anuncio en casa del cestero, y el tierno alborozo que se pintaba con subidos colores en el rostro del buen anciano se convirtió de repente en la mas profunda consternacion y agonía. Pálido como la cera sentia un frio glacial discurrir por todos sus miembros, creyendo llegada la hora suprema, la hora del tremendo sacrificio. Hoy! cabalmente hoy! fué por decirlo así la fórmula que tomaron para juntarse, fundirse, y aglomerarse todos los recelos, dolores y afectos de su corazon. Y en efecto, era un vivísimo contraste el que en su imaginacion se dibujaba. Jesus mio! esclamó en su interior, ya puedo decir como vos *Consumatum est.*

—A qué no acierta V. para qué vuelvo? díjole don Marcelino al tiempo de apretarle fuertemente las manos.

—Para... para...

—Ser el padrino del nieto de V., añadió recalcándose en las últimas palabras.

—Pero, esta postrera satisfaccion que yo...

—Me niega V. su voto? A bien que esta vez no podrá V. decir que no lo tenga.

—Tanta honra...

—La reclamo.

Y como bullese la casa con las amigas de Marcelina y los parientes de su esposo, al oir el ruido del coche esclamó: Ahí está ya el carruaje para la comadre y la madrina. Vamos, vamos á la iglesia.

Inundábanla como un torrente las armónicas modulaciones del órgano que habia dado suelta á su mas estrepitosa trompetería. En torno de la pila bautismal se apiña-

Digitized by Google

ba el concurso, y la satisfaccion y el júbilo hallábanse pintados en todos los semblantes, si descontamos el de maese Julian, quien se habia dirigido allí con ménos aliento que en otro tiempo al fatal precipicio. Estaba pálido como la muerte. Cuando el anciano párroco preguntó qué nombre habia de imponerse á la criatura: Juan, respondió la comadre, por ser este el nombre del abuelo paterno; pero el padrino saltó inmediatamente. Perdone V. Si hay mas Juanes en el mundo que orugas! Domingo, que es nombre de santo español, y castellano. Domingo ha de llamarse. Parados quedaron todos por un momento: el esposo de Marcelina iba á manifestar su oposicion y sus derechos de padre; pero se detuvo en seguida al ver que su suegro cerraba los ojos é inclinaba la cabeza en señal de asentimiento. El niño quedó bautizado con el nombre de Domingo.

De regreso cuidó el padrino de no acercarse al cestero, mezclándose con los concurrentes, haciéndoles reir con chistes mas ó ménos traidos por los cabellos, y repartiendo á las jóvenes galanterías, y á los chiquillos monedas y dulces de que estaba largamente provisto. Mostrábase como un tipo de padrinos que dejaba atónito á Cañaverales. Habia besado tantas veces á la tierna criatura! De repente cogió la delantera, entró en la casa y corriendo á la alcoba de la parida, le dió el parabien con la fórmula mas trivial y concisa que pudo. Temblábale la voz, y parecia mas cortado y vergonzoso que un novicio, cuando la frialdad de esta felicitacion rebentó de un modo tan enérgico é impensado como ageno á las costumbres de Cañaverales. Inclinado sobre el lecho, el padrino abrió los brazos y estrechó en ellos á Marcelina, dándole sin proferir palabra alguna un intenso, dulcísimo y prolongado beso, como si con él quisiera transfundir su alma en el objeto de sus afectuosas demostraciones. Sorprendióle el marido á quien parecieron algo escesivas semejantes libertades, y como esto se le conociese en el semblante el suegro le contuvo tirándole del brazo.

Un raudal de lágrimas habia surcado las mejillas de don

Digitized by Google

Marcelino; pero de ellas ya no existia rastro alguno, y sí en su lugar una sonrisa, que era tan franca y sincera como si cada frase de las que proferia le hubiese dado ántes de salir del pecho una mordedura en el corazon: Señores, decia fuera ya de la alcoba, mis asuntos me llaman á otra parte. No puedo detenerme ni un solo momento. Parladér es un nigromántico que ya, ya. Tiene un diablo en cada dedo, y es menester no perderle de vista. El bien de la patria nos trae hechos unos azacanes. *Beatus ille qui procul negotiis;* pero tambien hay aquello de *sunt quos curriculo pulverem olimpicum.* Yo soy así. Este es mi flaco, qué quieren Vds.? No me faltarán votos. En cuanto á los de este pueblo... no tocarlo. Bien se está San Pedro en Roma. Así mismo saldré diputado. Así mismo se hará el puente. Toda mi vida me acordaré de la *encina quemada;* pero, maese Julian, lo que es casarme, esto es harina de otro costal. Lo he pensado mejor. Casualmente me he mirado en el espejo, y paréceme haber visto ya tres canas. Bah! Duro está el alcacér para pitos. Me quedo solteron por si algun dia me viene la idea de meterme fraile. Entre tanto, instituyo y nombro mi heredero universal á Dominguito, á mi ahijado, á su nieto de usted. Ahí está en casa del escribano mi testamento. Con qué, adios maese Julian, salud, alegría y amistad eterna.

El ex-cestero sintiendo renacer en su pecho y desbordarse una alegría, mas viva, mas intensa, mas copiosa, por decirlo así, de lo que en su ámbito cabia, corrió á su cuartito, y postrado al pié del pequeño crucifijo pendiente á la cabecera del lecho, esclamaba:

Oh mi *Camino del cielo!* Y qué bien anda, Señor, el que anda por vuestros caminos!

Digitized by Google

XVI.

EL INFANTE DE MALLORCA.

1362.

I.

Quien hubiese visto á mediados del siglo XIV una torre de siniestro aspecto engarzada con el palacio menor de Barcelona por medio de una antigua galería, tal vez hubiera esperimentado una sensacion desagradable que no le dejaria reposar en ella sus miradas. Mas, si vencido de la curiosidad, observaba el grueso de sus muros al traves de su única ventana, guarnecida de espesas verjas á fuer de pestañas en el ojo de un cíclope, y su robusta puerta de encina claveteada de bronce con el doble candado que de ella colgaba, fácilmente adivinara el fin para que servia. En la época á que nos referimos, no léjos de esta puerta habia ademas, casi á la altura de un hombre, una ventanilla ojiva, cruzada por dos barras de hierro, que daba en la galería donde algunos almogavares desparramados eran seguro indicio de que la torre estaba ocupada. Mas ¿quién era su huésped? Cono-

Digitized by Google

ciase desde luego únicamente que pertenecia á una clase muy elevada: aquella torre era á una cárcel lo que un mausoleo á una tumba. Pero podia dudarse muy bien si aquellas bóvedas absorvian las quejas de la ambicion impotente ó las reclamaciones de la justicia ultrajada, si allí se sacrificaban las temerarias exigencias de algun revoltoso baron, ó los legítimos derechos de algun príncipe desgraciado. La víctima estaba cubierta con el velo del misterio, y pasaban años y mas años sin alzar siquiera la punta del cendal.

Un jóven de hermoso semblante, magestuosa estatura y gallardo continente respiraba en aquel encierro un aire que agostaba la flor de sus dias. El sello de tristeza grabado en sus nobles y bien contorneadas facciones, aparecia mas profundo al paso que se encarnaba en su corazon la pesadumbre que lo roia. Doce años y medio transcurrieron desde que se le trasladó de un campo de batalla á un pobre lecho, de aquí al fuerte castillo de Játiva, y otro suceso no le habia acontecido mas que el variar de prision.

Cuando el sol desaparece, y en lo postrero del horizonte se estinguen las últimas huellas de su luz, el tinte blanquecino que cubre el azul de los cielos, las pausadas ondulaciones de la brisa como cansada ya de respirar, el silencio de la naturaleza soñolienta, interrumpido levemente por el monótono rumor de lejanas olas, convidan al triste á saborear el sentimiento de sus penas. En aquella hora taciturna y descolorida, ideas tambien sin color, vagas é indefinidas ruedan lentamente en la fantasía, y se reunen en melancólico grupo recuerdos confusos de lo pasado y obscuros presentimientos de un amargo porvenir. Apoyada su frente en los hierros de la ventana, tendida sobre la espalda su lácia cabellera, clavada en el horizonte su lánguida mirada, sin distraerse con el ameno paisage que ante ella se desplegaba, recorria el desgraciado jóven la tristísima hilera de sus dias, y al verlos todos uniformes, todos igualmente sombrios y desconsoladores, envueltos los de mas cerca en la obscuridad del calabozo, perdidos los de su infancia en la obscu-

Digitized by Google

ridad del olvido, sentia desfallecer sus fuerzas, y dejábase caer en aquella especie de postracion y anonadamiento que seca el llanto en los ojos y ahoga los suspiros en el corazon.

En aquella soledad y aislamiento era muy importuna la única compañía de sus recuerdos. Todos se le presentaban con una fisonomía tan ruda como la de sus guardadores: uno empero se alzaba puro y hermoso, y á él se asia como un náufrago á una tabla que no puede salvarle. Su memoria traspasaba de un salto un período de doce años y el anchuroso espacio que ocupa un brazo del Mediterráneo. Transferíase á otra region, á una casa de campo donde fué acogido despues de sangrienta y desastrosa batalla, y recordaba con un sentimiento de gratitud, la ternura, la afectuosidad y el esmero con que le fueron curadas sus heridas. Una hermosísima doncella, que reunia los atractivos mas hechiceros de la juventud á su candor de niña, velaba á la cabecera de su lecho, cual pudiera hacerlo con el hermano mas querido. Él no sabia si aquella esbelta criatura compartia los cuidados de su existencia con su ángel custodio, ó si era este que le habia aparecido bajo tan risueñas formas. Pero cuando sus enemigos le arrancaron de aquella estancia para hundirle en un calabozo, vió dos hilos de transparentes lágrimas que corrian por sus mejillas, y estas lágrimas despertaron en su pecho un sentimiento profundo que participaba á la vez de amor, de agradecimiento y de adoracion. La escarcha del infortunio que habia ajado todas las flores de su corazon, respetó esta quizás porque era la mas hermosa, ó porque ella sola equivalia á un jardin. La mano que todo se lo habia destruido era impotente para borrar este recuerdo, y el infeliz jóven parecia desafiar á la suerte cuando se sumergia en la contemplacion del objeto real ó fantástico de sus amores. Complacíase en darle un nombre sonoro que regalase sus oidos, inclinaba su cabeza como para mirarla dentro de su pecho, enviábale un suspiro cual si aguardase respuesta, y soñaba á veces una diadema solo para que sirviese de adorno á la ondulosa cabellera de su amada.

Digitized by Google

De repente hirió sus oidos en medio de una sonora carcajada el nombre de Mallorca. La esplosion de un trueno no le hubiera sacado con mas prontitud de su delicioso arrobamiento. Habia cerrado ya la noche, y al volver la cabeza advirtió en su negra estancia, un gran resplandor que parecia dibujar en gigantescas proporciones el escudo de oro de un cruzado. Al pié de la ventanilla los almogavares habian encendido una hoguera, y calentándose dos de ellos platicaban amistosamente. Sin duda alguna habian pronunciado aquella palabra que le atraia como un conjuro, y acercóse luego, y reprimiendo su aliento escuchaba con la mayor atencion.

—No hay que reirse, Fortun, en Mallorca estuve, y el buen suceso de aquella jornada se debió á mi valor, ó si quieres á mi sangre fria.

—Como que para dispersar aquella bandada de cuervos se necesitase la persona de Jimeno! No dijera mas el mismo Riambao de Corbera.

—No eran todos cuervos. Aguilas reales habia tambien en la bandada, y agradézcase á Jimeno el que no hayan echado á volar otra vez por esos aires de Dios.

—Es decir que las desplumaste.

—O que las torcí el cuello.

—Santa María de Valverde! Con que tú fuiste?.... Pero no es posible. Tu casco por las mellas y remiendos se parece á una sarten vieja, y ni siquiera te lo han adornado con una pluma, aunque hubiese algunas de sobra en el rabo de un gallo.

—En efecto, respondió Jimeno, quitándose el casco y mirándolo con cierto aire de gravedad y sentimiento. Tan mondo está como la capucha de un fraile! y á fe que no sentaria mal una cimera en el yelmo de quien asegura una corona. Pero esto se tiene uno de servir á buenos.

—Hombre, tu lengua no perdona á los Reyes.

—Ni mi espada tampoco.

—Pobre príncipe! me dá lástima su menguada suerte.

Digitized by Google

—¿Y por qué no habia de morir como soldado quien peleaba como un soldado? Cuerpo de Dios! Crees tú que sus golpes de maza eran descargados por algunas manos de alfeñique? Válgame el ser mas listo que un gamo. Por poco no me coge con uno de ellos y me hace saltar los sesos por las orejas. Pero D. Jaime no tenia ya mas que tres caballeros á su lado, y un bote de lanza le derribó del caballo sin sentidos. Entónces dije para mí: este Rey se ha encasquetado tan fuertemente la corona, que para arrancársela de cuajo es preciso cortarle la cabeza: y lo hice.

—Padre mio! padre mio!

Al mismo tiempo que resonaron estos gritos, reuniendo en un sonido los acentos del horror y de la piedad, de la indignacion mas violenta y de la amargura mas profunda, salió por la ventanilla una mano cuyos dedos enredándose en los cabellos del almogavar semejaban las garras de un leon hambriento asidas á una presa fuera de su jaula. La rogiza luz de la hoguera daba una espresion terrible á aquel semblante en que se hundian los hierros de la reja, á aquellos lábios que sin cesar repetian: asesino! asesino! á aquel nervudo brazo que con vigorosos esfuerzos pretendia quebrantar en las piedras de la torre la cabeza de su enemigo.

Fortun hubiera terminado prontamente esta escena: iba á descargar su azcona sobre aquella mano, pero al mismo tiempo oyóse el ruido de llaves y de pasos en la galería, viéronse acercar dos personas, y otro de los almogavares esclamó: el Rey.

Acompañábale el alcaide Nicolas Rovira cuya dureza de corazon estaba en armonía con la aspereza de sus facciones. El Infante de Mallorca soltó su presa para no ver dos semblantes que le horrorizaban mas que el del asesino de su padre. El Rey D. Pedro le arrebatara una corona que habia columbrado suspendida sobre su cuna, el alcaide hasta la esperanza de recobrarla. Aquel hombre parecia el ojo del usurpador clavado siempre en su víctima, que velaba incansable sobre ella y espiaba hasta sus menores movimientos.

Digitized by Google

Venís á complaceros en mis padecimientos? les dijo al verles entrar en su prision. Sobrado triste es mi vida en la soledad, no la amargueis mas con vuestra presencia.

—Sobrino, le dijo el Rey con suave acento, como si aquella palabra no diese un colorido mas negro á su violento proceder.

—¿Y aún osais recordar unos vínculos que con sacrílega mano habeis roto? Sobrino llamais al que teneis aherrojado aquí como el mas vil esclavo, como el mas facineroso de vuestros reinos? La tiranía que usais conmigo revela cuan atroz fué la injusticia que ejercisteis contra mi padre, y ¿os atreveriais á llamarle hermano?

—Tu padre, cuando reconoció sus yerros, encontró mis brazos abiertos para recibirle, y mis lábios no pronunciaron sino palabras de misericordia.

—Pusisteis un poco de miel en el borde del vaso para que lo arrimase á su boca y sorbiese toda la hiel de que estaba lleno. Qué yerros habia cometido? Pretendeis vos que un hijo crea en las calumnias que se forjan para empañar la memoria de su padre? Le rodeasteis con unos muros que se estrechaban cada dia mas, le atraiais como una serpiente que fascina á una avecilla, le llamabais á vuestros brazos de hierro para estrujarle entre ellos. Oh! vos sois cruel y astuto. Le cercásteis de lanzas y de traidores, y escribisteis ya su condenacion en el rostro ledo y cariñoso con que le recibiais. ¿Por qué no rechazarle como enemigo, si enemigo era vuestro; ó acaso os halagaba mas verle humillado que vencido? Aquel momento de debilidad en que confió su suerte al hermano de su esposa, le acarreó tamañas desdichas. Seguramente ahora pisaria el reino que el cielo le habia dado, tal vez ahora os amedrentaria desde su trono.

—Infante, tú deliras con ese trono. Nuestro abuelo el Conquistador no debia tener mas que un heredero, y este soy yo. La imprevision de tu padre remedió la de aquel sabio monarca: despues de haber quebrantado los pactos de la infeudacion era inútil su arrepentimiento...

Digitized by Google

—Arrepentimiento! de qué? De haber sostenido sus derechos? Y no os arrepentís vos de una agresion alevosa? No os arrepentís de haber consumado la obra de la usurpacion?

—Él habia corrido ciegamente al precipicio; si perdió en él su corona la culpa fué suya. Al ménos habia salvado su vida, y yo le restituí todo mi amor de hermano. Lo demas era imposible. La felicidad de un pueblo inmenso, el esplendor de la diadema de Aragon, el engrandecimiento de la cristiandad, la prosperidad misma de los mallorquines me lo impedia. Antes que el hombre es el Rey.

—Decid mas bien la ambicion. Ella tiene mas voz que la sangre.

—Crees tú que haya venido aquí para escuchar reconvenciones y aun injurias? dijo el Rey, en cuyo entrecejo se percibia ya la irritacion de su pecho.

—No, no: habeis venido aquí para cerciorarme del afecto que profesábais á vuestro hermano, replicó el infante con un tono de sarcasmo y amargura. Queréis ver á su asesino?

—Sabe el cielo cuanto ha desgarrado mi corazon aquel desastre, pero murió como un valiente en el campo de batalla. Mis tropas no vieron su espalda como la de tantos advenedizos en quienes vanamente confiaba. Yo mandé que fuese depositado cual convenia al descendiente de cien reyes, yo lloré sobre su sepulcro, y...

—Mandásteis encerrar al hijo en una horrible prision.

—Basta, esclamó D. Pedro irritado. Sus dientes produjeron un leve ruido, y el mango del puñal que traia colgado en la pretina chocó con la hebilla de acero. Aun no hemos domesticado ese cachorro, dijo volviéndose á Rovira que permanecia mudo en aquel diálogo.

El hábito del sufrimiento habia gastado la energía de alma del infante de Mallorca D. Jaime IV, despues que hubo agotado hasta sus lágrimas en tan prolongado encierro. La momentánea exaltacion de sus ideas, producida por la plática de los almogavares, y la improvista llegada del causador de sus desdichas, prestaron á su lenguaje una espresion vigoro-

Digitized by Google

sa y atrevida, en tanto que D. Pedro manifestaba la calma de un mar alterado en lo profundo, y una mansedumbre que no le era natural. Aquellos dos actores habian trocado sus papeles; pero cuando el uno parecia alzar el dique á su represada cólera con una penetrante mirada aterró á su interlocutor. La víctima recordó entónces que se hallaba inerme y maniatada delante de sus sacrificadores.

—Oh! yo no quiero mas que mi libertad. Lo que tiene el mas pobre de los que debian ser mis súbditos. Es tan horroroso pasar años y mas años en tan estrecho sitio! ser tan jóven y no poder ver el mundo! sentirse lleno de vida y sofocarse con ese aire estancado!...

—Y qué uso harás de tu libertad?

—Ah! soy un huérfano, y aun mas desgraciado que ellos. La ambicion me arrebató al padre, el dolor la madre; porque mi madre murió sin duda no de enfermedad sino de pesadumbre. Y yo no estaba á la cabecera de su lecho de muerte! Pero, me queda todavía una hermana. Correré á verla, la abrazaré, y... llorarémos juntos.

—Y despues?

—Oh!

—Mañana podrás obtenerla.

—Qué?... Qué decis? esclamó el infante como deslumbrado por el resplandor improviso de aquella idea de esperanza, que cruzó á manera de luminoso relámpago por la obscuridad de su alma.

—Mañana se reunirá en la catedral un gentío inmenso, acudirán todos los barones y prelados, los nobles y el pueblo, mis hijos y tus deudos, pondrás la mano sobre los santos evangelios, recibirás la sacrosanta hóstia, y me prestarás pleito homenage de fidelidad y sumision. Pedirás en alta voz que el cielo descargue sobre tí todos sus anatemas, que el infierno te persiga con todos sus furores, que la tierra no te preste asilo ni en una mísera cabaña, que la historia grave en tu frente la marca del traidor, si algun dia faltares á tus juramentos.

Digitized by Google

—Oh! no, nunca.... nunca.

—Loco! pues qué querias?

—Queria empuñar una lanza, despertar con mis gritos á la lealtad dormida....

—Insensato! aun conservas quiméricas esperanzas?

—Y morir en la demanda.

—La muerte? ella vendrá á buscarte.

—En esa torre, no. Dejádme morir en el campo como honrado, no aquí como reo.

—Aquí te buscará.

—Pues si ha de venir venga alménos pronto: la espero, dijo D. Jaime con un arranque de sentimiento en que se confundian la resignacion y el despecho.

—No: tardará, vendrá á pasos lentos, y en cada uno te doblará la agonía. Vámonos Nicolas, añadió con un tono decidido. Pues se ha negado á la proteccion de su Rey, queda otra vez á la vigilancia de su carcelero.

Y ambos volvieron las espaldas.

—Tio! Tio! esclamó el desgraciado príncipe que se habia postrado de hinojos á los piés de su opresor, y le abrazaba las rodillas para detenerle. Pero D. Pedro le apartó de sí con un recio empujon, y el alcaide cerró la puerta dejando al infelice medio desvanecido en las tinieblas de la noche.

Al volver de su desmayo arrimóse de nuevo á la ventanilla, y como si esperase descubrir al matador de su padre por los indicios de una mas feroz y repugnante fisonomía, examinaba con tenaces ojos la figura de sus guardadores. Todos le parecian igualmente horribles, igualmente capaces de tan cruel hazaña. Veíales pasearse al resplandor de la hoguera, y veia sus sombras reducirse, crecer, tomar gigantescas proporciones y agitarse en las bóvedas de la galería como una danza de espectros infernales. Uno de ellos empero permanecia sentado en el suelo y con la cabeza puesta entre las manos como si le hubiese rendido el sueño ó la fatiga. Era Fortun que hablando consigo mismo se decia: Héte aquí un descubrimiento inesperado. Despues de tantos

Digitized by Google

años quién diablos habia de presumir que este pobre príncipe viviese aun! Por tan muerto le tenia como á su tatarabuelo el Conquistador. A fe que mas le valiera haber corrido la negra suerte de su padre ya que habia seguido su noble ejemplo. No le han dado á beber la muerte de un trago, y le obligan á saborearla gota á gota. Malas pascuas me dé Dios si yo no prefiriera mil veces quedar tendido al sol en un campo de batalla á pudrirme en la oscuridad de este calabozo. A bien que los cerrojos de una cárcel no son tan duros de quebrantar como la losa de un sepulcro!

II.

Una hermosa quinta se elevaba en las cercanías de Barcelona, cuyo dueño Jaime de San-Clemente habia sido partidario acérrimo del infortunado Rey, que en los campos de Lluchmayor no pudo redimir la corona usurpada ni aun al precio de su sangre y de su vida. Los brazos de este venerable eclesiástico recogieron al Infante herido gravemente en la batalla, y él y una candorosa niña, á quien daba el título de sobrina, cuidaron con el mayor esmero del precioso vástago en que estaban cifradas todas sus esperanzas. Pero muy pronto el enemigo vencedor les arrebató aquel tesoro, y alejándose rápidamente no imprimió ni una huella en su camino: ignorábase por consiguiente la suerte del Príncipe, y el ojo mas perspicaz se perdia en la densa niebla que rodeaba al objeto de sus investigaciones.

Despues de aquella sangrienta derrota, Jaime de San-Clemente habia pasado á Barcelona, como para espiar en el semblante del rey don Pedro el destino de su víctima. Agrupáronse en su alrededor los pocos leales que alimentaban el mismo pensamiento de reedificar un dia el trono que habian visto desplomarse. Pero el real huérfano no parecia; el cielo estaba horriblemente obscuro y no se mostraba en él la rutilante estrella que debia conducirles. San-Clemente les consolaba en su desamparo, respiraba en sus pechos como

Digitized by Google

para sostener y avivar con su soplo el ardor caballeresco que les animaba, y exortábales á tener puesta su esperanza en el supremo Rey, que con la facilidad misma con que separaria las palmas de sus manos unidas, divide las filas de numerosos combatientes para abrir entre ellas un camino á sus escogidos. La lealtad fatigada con la tardanza apoyaba su frente en el pecho de este varon, al modo de un amante que cansado de aguardar y sin ánimo para abandonar el puesto, se reclina en la pared de un templo vecino.

Fortun habia sido el ángel que anunciára la feliz nueva tanto tiempo ardorosamente deseada. Reanimáronse las esperanzas de los leales, y recurrióse luego á la autoridad medianera del Pontífice para que con el escudo de su proteccion cubriese aquel príncipe sin valimiento, y con su voz, eco de la voz divina, quebrantase los cerrojos de su prision. El papa Inocencio VI solicitaba en vano su libertad; D. Pedro oponia á sus instancias que debia comunicar con los prelados y barones de sus reinos un negocio de tamaña trascendencia, pero en su corazon estaba ya decretado el encierro perpétuo del Infante. Este no debia salir sino para la tumba. La sentencia era irrevocable, porque la ambiciosa política de D. Pedro la habia dictado, y su orgullo resentido la autorizaba con profundo sello. La noble entereza con que D. Jaime rechazó la humillante propuesta de su tio, apagó en el pecho de este la última centella de humanidad: desde entónces la cárcel se convirtió en tortura, y el carcelero en verdugo. El Rey mandó construir un aposentillo de hierro para tener por la noche enjaulada su víctima, y entregándola á Rovira no ignoraba que podia confiar en él como Pluton en la ferocidad del Cerbero.

El primer sol del mes de mayo tocaba al término de su carrera. Sus últimos rayos se perdian entre los florecientes rosales de un vergel, parecido á un riquísimo tapiz de cien colores que se despliega á los piés de una reina. Constanza respiraba allí su aromática brisa medio embelesada en sus deliciosos pensamientos. Dos eran los afectos que campea-

Digitized by Google

ban en su corazon, y ni ella misma hubiera decidido cual era el mas fuerte, activo é imperioso. Semejantes á dos avecillas que se arrullan en un nido, ninguno se envanecia de ser el primero, porque el otro no podia ser el segundo: uno empero habia crecido con el tiempo, otro nacido ya grande. Cuando la niña Constanza velaba al hijo de su Rey gravemente herido en el rostro, sentia exaltarse tanto su afecto que el entusiasmo de la lealtad se abalanzaba casi hasta la esfera del amor: cuando la jóven Constanza abrió su pecho á los efluvios de esa pasion vehemente, la imágen de su querido Umberto Desfonollar se colocó respetuosa al lado de aquella que sola desde mucho tiempo llenaba su corazon. Sin duda en su fondo estas dos imágenes murmuraban un misterioso diálogo, cuando lo interrumpió la llegada de San-Clemente, á quien Fortun y Umberto acompañaban.

—Hija mia, dijo el anciano, ya se acerca la noche que ha de traernos la aurora de nuestra felicidad. El cielo ha oido por fin mis votos. Eran tan ardientes...! tan repetidos...! Bendigamos la mano del Todopoderoso que descubre una senda segura por entre los precipicios y malezas que la obstruyen. Noble guerrero, añadió volviéndose á Desfonollar, hé aquí el laurel que te espera.

—Mis sienes dejarán de latir muy presto, ó serán dignas de llevar esta corona.

Constanza en cuyos ojos de fuego y en cuya sonrisa de ángel brillaba la esperanza con todos sus atractivos, recorria de una cariñosa ojeada el bravo continente y gentil apostura del ufano doncel. Umberto, le decia, si volvieses á mi presencia como un cobarde... Oh! no... si murieses en la demanda mis lágrimas regarian tu honrosa tumba, y mis lágrimas...

—Valen bien una vida, esclamó entusiasmado Umberto.

—Serian por tí... y por él.

—Cuerno de Satanás! no tendré yo quien me llore ni haga siquiera un par de muecas, si alguna maza viene á contarme las costillas. Pero no haya miedo. En buenas manos

Digitized by Google

está el pandero. ¿No sabemos todos que allí donde no se acerca el lobo tal vez la zorra mete su hocico? Confianza tengo en Santa María de Valverde, y en nuestro amigo el cerragero, que hemos de dar la vuelta por aquí sanos y salvos, ántes que la luna nos muestre sus cuernos de plata, como diz que los trae en su gorra un caballero portugues.

—Querido Umberto, si la robustez de mis brazos respondiese al valor de mi alma, no os dejaria yo sin compartir los peligros y la gloria de tan generosa empresa. Oh! quién pudiera ser hombre esta noche para ser tu compañero, y muger mañana para ser tu esposa!

—Hija mia, á nosotros nos pertenece orar solamente para que el Señor derrame la copa del desaliento en el corazon de nuestros enemigos.

—Y á nosotros poner pié en el estribo porque es hora de colarnos en la ciudad, dijo Fortun cogiendo del brazo á Umberto, y señalando con el índice de su izquierda dos briosos caballos que en la puerta del jardin ensillados esperaban.

—Dios os bendiga, defensores de la buena causa.

—Amen, respondieron los guerreros arrodillados miéntras el venerable eclesiástico hacia sobre ellos la señal de la cruz. San-Clemente besó tres veces en la boca al paladin, y este imprimió sus lábios en la mano que le habia bendecido.

Pocos momentos despues veianse cubiertos de una nube de polvo dos ginetes á quienes seguian los ojos de Constanza humedecidos con una lágrima de ternura, de fidelidad y de amor.

El Infante de Mallorca desde la entrevista con su tio quedó abismado en un profundo abatimiento. Sin fuerzas para resistir á la tempestad, dejábase llevar de la corriente á manera de la barquilla en que ha naufragado el piloto. La última raiz de la esperanza estaba ya seca en su corazon, y al clavar sus ojos empañados en el cielo parecia decirle: todo está aquí. Sin embargo era muy triste volverlos á la tierra para encontrarse siempre cara á cara con el áspero semblante de Rovira. Esta idea era atroz como un remordi-

Digitized by Google

miento. Esta vision le perseguia incesantemente como á un asesino la fantasma de su víctima: hubiérase dicho que el alcaide era su sombra si un rayo de sol penetrase por las espesas rejas de su prision. Ni la obscuridad de la noche le libraba de semejante martirio. Cuando resonaba á lo léjos el ruido del rastrillo que caia, y el rechinido de las puertas que se cerraban, dejábase el Infante arrastrar á su jaula y acurrucábase en ella para dormir un sueño incierto y penoso; pero poco despues en medio de un silencio aterrador oia los acompasados ronquidos del alcaide, y sentia la impresion horrible que causaria á una oveja descarriada el ahullido de un lobo en la caverna que á entrambos guareciese.

En la mitad de la noche turbaron el sueño de Rovira estraños rumores. Parecióle haber oido las puertas del alcázar que se abrian. Sin su órden, y á tal hora!... El ruido de los pasos aumentaba en la galería, y como que allí se trabase una especie de lucha sorda en que todo el esfuerzo de los vencedores se dirijia á sofocar la respiracion de los vencidos. La idea de traicion asaltó su mente, y jurara haber oido aquella voz. Bastóle un momento para saltar de su lecho, armarse de piés á cabeza, embrazar un escudo, y empuñar su terrible maza. Encaminábase á la puerta de la torre cuando una llave, que no era la que solia colgar de su cinto, penetró en la cerradura, un recio empujon abrió la puerta de par en par, y algunos guerreros desconocidos se precipitaban por ella; pero el delantero quedó tendido en el umbral y los demas retrocedieron espantados.

—En nombre del cielo, y de la justicia de sus derechos, entréganos al Rey de Mallorca, dijo Umberto Desfonollar; pero aquel á quien dirigió sus palabras no contestaba sino blandiendo una maza como si fuera un mimbre.

Embistieron de nuevo los parciales de D. Jaime, pero en vano. La puerta habia cedido para dar lugar á una muralla de hierro.

—Por el alma de mi padre! esclamó Fortun. Está visto: á ese diablo se le antoja almorzar mañana en los infiernos.

Digitized by Google

Pues será bueno arrearle un poco para que llegue pronto á la posada.

Y cogiendo una ballesta cejó algunos pasos y disparóla con toda su fuerza. La saeta dió un silvido y se quebró la punta en la plancha de acero que revestia el escudo.

No todos los que custodiaban al Infante habian concurrido en el trato de abrir las puertas á sus valedores, así es que en aquel momento se distinguia á la débil luz de las estrellas una lucha terrible entre los dos partidos. Veíanse arrastrar por el suelo unos bultos negros, unos mónstruos de cuatro piés y cuatro manos que se retorcian de mil maneras. Los amigos de Fortun se arrojaran sobre sus compañeros que dormian, y abrumándoles con su cuerpo, y ciñéndoles con sus robustos brazos, y comprimiéndoles el pecho con sus pechos, les detenian el aliento para que no articulasen un grito que destruyera sus esperanzas; pero ellos forcejaban para desasirse, y bajo la férrea mano que les aplastaba los lábios, con interrumpidos esfuerzos proferian la palabra ¡socorro!

El alcaide rugia de cólera y empezó á vociferar. Umberto se estremeció con aquellos gritos de alarma cien veces mas formidables que los golpes de su maza. Desesperado avanzó con la espada desnuda, pero ántes de llegar á su enemigo solamente empuñaba la guarnicion. La hoja partida en dos pedazos habia caido á sus piés.

Aquellos momentos eran horriblemente angustiosos. Al sordo estrépito de aquella lucha sombría en que los enemigos se buscaban en la obscuridad, agitándose rabiosamente como sombras de condenados, despertó el infeliz príncipe y reconoció el difícil trance en que se veia. La salvacion ó el patibulo pendian de un hilo que luego luego debia romperse. El mismo pensamiento atarazaba las entrañas de sus leales servidores; y entretanto seguia la voz del alcaide que clamando traicion! sobrepujaba el tumulto de la batalla como un trueno el de la tempestad.

Perder un momento era perderlo todo. Umberto dió un salto de alegría, y cogiendo una enorme piedra rompió la

Digitized by Google

reja de la ventanilla: Fortun, esclamó, acabemos de una vez, adentro. Y dicho esto teniendo apretada la daga con sus dientes, probó á introducirse por la ventanilla para distraer la atencion del feroz alcaide. Adios Constanza, murmuró no dudando que su arrojo debia costarle la vida. Por fortuna suya cuando Rovira advirtió un bulto que asomaba en lo interior de la torre, perdió algun tanto de serenidad temiendo ser acometido á un tiempo de frente y por la espalda. Arrebatado de ira descargó su maza sobre Umberto, pero el golpe resbaló en su casco de acero y únicamente le dejó sin sentidos, le desmenuzó la cimera y le hizo saltar la daga toda bañada en sangre. Fortun y sus amigos aprovecharon aquel movimiento, y precipitándose sobre él le tendieron en tierra. Fortun tenia que vengar los duros tratamientos que recibiera el Infante, y la horrible contusion del bravo Umberto: la cabeza de Rovira, separada del tronco y rodando entre los pies de los vencedores, atestiguaba la apetecida venganza.

—Amigos mios! generosos amigos! esclamaba D. Jaime luego que le hubieron sacado de su aposentillo, y su blanda mano se enlazaba con las duras y callosas de sus salvadores que parecian haberse calzado unas manoplas de hierro cubiertas de orin.

Al mismo tiempo Umberto recobró los sentidos y á media voz esclamó: viva el Rey de Mallorca! viva, repitieron sus compañeros, y todos salieron apresuradamente.

Cuando esto sucedia el Rey D. Pedro se hallaba en Perpiñan, adonde acababa de llegar despues de haber salido de Barcelona y pasado algunos meses en Valencia. Este monarca activo, enérgico, infatigable parecia no tener corte ni residencia fija, y la inquietud de su espíritu se traducia en su contínuo movimiento. Diríase que la naturaleza le habia dotado de un cuerpo de hierro para que fuese digno albergue de un corazon que vencia al hierro mismo en insensibilidad y dureza.

Digitized by Google

III.

Llevada á buen término su generosa cuanto arriesgada empresa, los libertadores del Infante se diseminaron por diferentes puntos, no solo para substraerse con mas facilidad á la persecucion que les amagaba, sino principalmente para no infundir sospechas de la ruta que su príncipe seguia. La multitud y varia direccion de las huellas debia hacer perder la pista al cazador.

Por desusado camino se dirigian tres guerreros montados en sendos bridones á la quinta de San-Clemente. Aguijad, pese á vuestra alma, decia el delantero. No parece sino que aguardais á que se nos eche encima toda la jauria que á estas horas debe ya de estar ladrando en la ciudad. Pues buena hacienda hubiéramos hecho! Asi os vendria á pelo entrar ahora en una danza de espadas como á mí calarme una cogulla y rezar docena y media de responsos al ánima del Cid.

—Fortun, el golpe atroz que ha magullado mi cabeza no ha roto los nervios de mi brazo. Ah! no esperaba yo acompañaros, príncipe mio; pero quedaba con vos un soldado tan fiel como valiente.

—Juro á Dios que á tener tiempo metia mi cabeza entre vuestro casco y la maza de aquel perro, á guisa de cocinero que echa una pierna de venado entre el tajo y la cuchilla. Sobre que ha sido aquello un porrazo descomunal.

—Rovira era membrudo, añadió el príncipe, hubiera volteado la clava de Hércules como si fuese una honda, pero faltábale de humanidad lo que le sobraba de bravura.

—No sé yo si este señor miércoles era hombre de pro, lo que es cierto que ni el mismo Roldan lo encajó mas recio cuando se propuso rebanar de un fendiente las peñas de Roncesvalles.

—Paréceme Fortun que te quedes algo rezagado, dijo Umberto, y si por desgracia nuestros perseguidores tomasen este camino, emboscándote por aquella ladera cu-

Digitized by Google

bririas nuestra retirada con esa estratagema.

—Acertado consejo, vive Dios! esclamó Fortun. Para mí tengo que no valdrá ménos vuestro ingenio que vuestra lanza cuando nuestro buen Rey tremole su estandarte en la primer colina de su querida isla.

Los dos caballeros se adelantaban á todo escape, tuvieron empero que aflojar el paso porque aquella agitacion era demasiado violenta para el príncipe.

—Respiremos un poco, querido Umberto. Acostumbrado á la inmobilidad de una prision me parece cabalgar por la primera vez: y sin embargo en los dias de mi infancia yo solo hubiera domado el potro mas brioso de nuestra caballeriza. Ah! en este momento vuelvo á empezar la vida. Es preciso que vuelva á correr en mis venas la sangre de la juventud, es preciso añudar este dia con aquel tristísimo en que desangrado y moribundo lo perdí todo, todo ménos el corazon. Verdad es que me separa de él un largo periodo cuyos estremos abarca apénas la memoria; pero yo no lo he vivido.

—¿Qué mal nos hacen las nubes tempestuosas aglomeradas á la espalda, cuando el cielo se descubre risueño delante los ojos? Oh! nuestro porvenir es hermoso. Paréceme vislumbrar dos coronas distintas que se balancean sobre nuestras cabezas.

—Por ventura te han usurpado tambien la baronía de tus padres?

—No: mi reino vale mas que un feudo de cien castillos. Es el corazon de una muger.

—Umberto, tus palabras resuenan con el acento de la felicidad. Tú eres amado. ¿No es verdad que no trocarias tu guirnalda de flores por mi diadema de oro?

—Amado! tambien lo sois vos, señor. Si pusierais la mano sobre cien mil corazones los sintierais palpitar por vos. El polvo de Lluchmayor no se ha amasado con la sangre de todos los leales. Tendreis brazos que os sirvan porque no faltan pechos que os adoren.

Digitized by Google

—Sí; cien mil corazones para el Rey, y quizá ni uno solo para Jaime. ¿Y qué me importaria un corazon que no fuese el suyo? Encontrar una perla cuando se busca un diamante...! Escúchame, amigo mio. Tú has abierto las puertas de mi prision como el ángel que libró á san Pedro del poder de Herodes, y mereces algo mas que la benevolencia de un monarca á su privado. Tal vez no tenga mañana en mi compañía sino un escudero, pero ahora tengo un amigo, y respirando á su lado esta deliciosa brisa, que recoge al pasar los aromas de la floresta, siento ensanchárseme el corazon con el recuerdo de las ilusiones que mitigaban el tedio de mi vida. Oh! aquello era un panal que se destilaba gota á gota en una copa de acibar. Yo no habia visto mas que hombres, mis ojos no habian buscado otro semblante que el de los guerreros. ¿Qué valian para mí aquellos séres cuyos brazos no eran bastante fornidos para empuñar una gruesa lanza en defensa de los derechos ultrajados de nuestra dinastía? Mi sangre juvenil solamente ardia para la gloria, el honor clamaba en mis oidos, la ambicion devoraba mi pecho, porque creia que esta ambicion hija de la justicia seria bendecida del cielo, y no lo fué. Mi infelice padre fué saludado con gritos de guerra en vez de aclamaciones, poco importaba; pero la fortuna desamparó al valor, él halló la muerte en vez del trono, y yo..... encontré un pimpollo de hermosísima rosa que desplegaba sus purpúreas hojas en medio de aquella balsa de sangre. Mi querido Umberto, cuando mi pensamiento se fija en aquella criatura celestial, en aquella graciosa niña que lloraba mis infortunios, me olvido de que hay un padre á quien vengar y una corona que debia ceñir mis sienes. Oh! mi tio ha sido bien cruel conmigo! tan cruel como la entumecida ola que arrebata la tabla á que el náufrago se asia. Hubiéseme dejado vivir en una choza al lado de ella! El que es feliz no anhela ser rey. Pero léjos de ella su imágen vino á consolarme. Hablábame al oido con la voz de un ángel, y yo la escuchaba todo el dia, porque sus palabras eran las que apetecia mi corazon.

Digitized by Google

Yo no sé si vive, ni quienes son sus padres, ni cuyo es su amor: hasta su nombre ignoro, pero aquella ilusion endulzaba mi existencia. Cuando las sombras caian y pesaban como una losa sobre mi alma, ella venia á derramar un suave resplandor en mis ensueños. Figurábaseme á veces que yo era un trovador y cantaba al pié de un derruido alcázar, y ella se me aparecia entre las almenas, y luego volaba en forma de mariposa y sacudiendo sus doradas alitas sobre un tomillo me decia que la siguiese, y luego se perdia por una intrincada selva cuyos árboles estaban todos en flor. Otras veces era yo un paladin armado de punta en blanco dirigiéndome á un encantado palacio en que ella estaba encerrada, porque un poderoso baron se habia enamorado de su hermosura, pero fiel á mi cariño ella tremolaba un pañizuelo en sus ventanas para llamarme, y luego salia de allí un gigante horrible, y yo le vencia y el castillo quedaba deshecho en humo miéntras ella estampaba sus besos en mi sudorosa frente. Tambien me aparecia á veces como una vision celestial: sus cabellos destrenzados no eran cabellos sino hilos de oro bruñidos que ensortijados cubrian su desnuda espalda, unas sandálias de escarlata envolvian sus delicados pies, unos rapacejos sembrados de lentejuelas se entrelazaban por sus cándidas piernas como una yedra de oro revuelta en unas columnitas de alabastro, un blanco cendal escondia sus aéreas formas, y sin embargo aquella vision era purísima, semejaba la gloriosa santa Olalla cubierta con su manto de nieve: ella tañia un laud y su divina armonía resonaba en mis oidos.... Oh! por qué despertar entónces? Qué podia hacer en aquella torre, en que mi vista se estrellaba en sus negruzcas paredes, en que no percibia otro rumor que el de mis macilentas pisadas, sino repasar durante el dia las visiones y los sonidos de la noche? Yo retorcia mis brazos y clavados mis ojos en el cielo esclamaba: Dios mio! Dios mio! dos coronas ó ninguna.

Entretanto en el oriente el colorido azul de los cielos tomara un brillo mas hermoso, semejante al de un záfiro

Digitized by Google

que el artífice ha pulido, y la luna que empezaba á mostrarse enhebrando sus nacientes rayos por el ramage de una colina, parecia á lo léjos un arco de plata que el opulento baron dueño de aquellas cacerías colgara en el pino mas erguido de sus bosques. Apeáronse los dos caballeros en el postigo de un jardin, y los brazos de San-Clemente se enlazaron en el cuello del príncipe, como los de un anciano padre que torna ver á su unigénito creido muerto en lejanos paises. La alegría no encontró palabras y rebentó en lágrimas. Las emociones de aquellos momentos absorbian la fruicion, los recuerdos, las esperanzas, y el sentimiento que resultaba de este conjunto no puede referirse sino haciendo sílabas los latidos del corazon. Algunos minutos habian pasado cuando prorumpió el venerable eclesiástico. Bien venido seais mi amado príncipe, mas de doce años há... Desde aquel infausto dia, en que os arrebataron á estos brazos que sostenian vuestra desfallecida cabeza, no he dejado uno solo de rogar al cielo que alargase mi vida hasta disfrutar estos momentos.... Pueda yo ahora desde un lugar mas cercano al solio del Eterno implorar su clemencia para que sea colmada la proteccion que os dispensa.

—Generoso anciano, mis desgracias han sido bien grandes para que yo las olvide, y recordando la hiel que estaba condenado á beber, recordaré tambien la mano que me ha quebrado la copa ántes de apurar sus heces. Sin vuestro paternal cuidado tal vez hubiera perecido, sin vuestro constante afecto tal vez me hubiera secado en una horrible prision. ¿Pudiera olvidar que os debo mi vida y libertad? Y tú, mi noble amigo, ven á mis brazos; aquel golpe que cayó sobre tu cabeza hubiera partido mi corazon si la Providencia no te hubiese salvado. Oh! yo no merecia tamaña fineza. La lealtad no pedia tanto; pero tu heroismo está grabado en mi pecho, y si un dia me siento en mi trono, ó si el viento de la fortuna no me permite arribar á mi tierra natal, Rey ó proscrito, me complaceré en leer la historia de una accion tan noble y generosa.

Digitized by Google

El Infante se habia arrojado á los brazos de Umberto y ceñia su cuello con el entusiasmo de un síncero amigo. Constanza que acudiera á besar la mano de su príncipe, y á congratularse con su amante del feliz éxito de aquella empresa, habíase detenido á sus espaldas para contemplar una escena cuyos interlocutores eran todos los que amaba en este mundo. Parecia aquello un misterioso drama en que se personificaban las varias especies del amor humano, y su corazon se bañaba en la confluencia de dos rios de ternura. Aquel cuadro encantador en que destacaban como principal grupo su rey y su amante abrazados, que el cielo parecia acechar con los ojos de sus estrellas, iluminado por el suave resplandor de la luna, perfumado con el aliento de tantas flores, embellecido con la sonrisa de la naturaleza... Sí, sí, es verdad que hay momentos en que la felicidad es tan pura, que puede dudar uno si está en la tierra ó en el cielo.

Al soltar los brazos de su libertador volvió el Infante los ojos, y vió una muger ricamente ataviada: una larga túnica de seda color de violeta cubria su cuerpo, flotaba en su cabeza un velo trasparente adornado de una pluma blanca, un collar de perlas rodeaba su garganta, zapatos bordados de oro escondian sus piés, y sus torneados brazos, saliendo por entre unas mangas que caian mas abajo de la rodilla, cruzados sobre el pecho sostenian la rozagante cola de su vestidura.

—Oh! es ella!... gritó súbitamente. Querido Umberto, es ella... ella misma!...

—Quién...? Dios mio! Dios mio! esclamó Umberto con equívoco acento.

El Infante retrocedió como asombrado, luego se precipitó hácia Constanza: queria abrazarla, pero se quedó arrodillado á sus piés.

—Príncipe! esclamó la virgen, que no habia salído aun de aquel dulcísimo arrobamiento.

—Oh! sí, es ella, no hay duda, su mismo rostro, su mismo talle, su misma voz; pero cien veces mas hermosa, mas he-

Digitized by Google

chicera, mas melodiosa..... Oh! la copa de la felicidad se ha derramado sobre mi corazon. Umberto, Umberto, si estoy soñando no me disperteis.

San-Clemente estaba absorto con aquel repentino entusiasmo, Constanza nada comprendia, Umberto cruzó lánguidamente sus manos, inclinó la cabeza y con los ojos inmóbiles sobre aquel grupo, hubiera parecido la estátua de la resignacion si no fuese por su armadura de guerrero.

—Levantaos, escelso príncipe, esclamó la doncella, cuyas mejillas coloreadas eran mil veces mas bellas que las rosas que en su derredor florecian. Levantaos, yo debiera hincarme para ofreceros el respetuoso homenage de mi apasionada lealtad, pero permitidme ántes que cuelgue de vuestro cuello esta sagrada reliquia que un devoto peregrino tragera de Ultramar. Este fragmento de la cruz del Redentor es el don mas precioso que me ha legado mi madre, aceptadlo como tributo del entusiasmado afecto que profesa mi corazon á su legítimo Rey, aceptadlo como escudo que el cielo os envia para defenderos en la arriesgada lid que vais á emprender.

Entónces le ciñó una cadena de plata de la cual pendia un relicario engastado en pedrería que el Infante besó con ardor y reverencia. Este beso á un objeto de su culto que le entregaba su amada en medio de las aspiraciones á futuros combates, cifraba todos los pensamientos de aquella época, la religion, el amor y la caballería.

—Díme quién eres, hermosa criatura, esclamó el príncipe. La primera vez que mis ojos se encontraron con los tuyos me deslumbró su resplandor. Yo te adoraba como á un ángel porque te creia tal; pero cuando tus lágrimas cayeron en mi rostro empecé á adorarte como á muger. Oh! yo no habia probado nunca tan halagüeñas sensaciones. Yo no pensaba que se pudiese amar á una muger mas que á su propia madre. Yo no creia que un pensamiento solo pudiese ocupar toda el alma, ni que una vision bastase á embellecer una cárcel horrorosa, ni que un ensueño nos sumergiese en una delicia inmensa.... y todo esto ha sucedido...!

Digitized by Google

Estas palabras caian como otros tantos golpes de maza sobre Umberto, y sin embargo el fiel vasallo diera todavía su sangre y su vida por el mismo que así magullaba su corazon.

Constanza enmudecida tenia sus ojos clavados en tierra. La penetrante mirada del príncipe revelaba una pasion profunda, y la ruborosa vírgen carecia de valor bastante para soportarla. Levantaos, señor, repetia, y sus lábios no hallaban otra frase para continuar.

—Bien estoy así para oir los acentos de tu amor, hermosa mia. No es verdad que tú tambien me amas? que tu corazon responde al mio, y que en este momento lo sientes henchido de la felicidad mas pura?

—Sí, príncipe mio, el gozo que ahora disfruto recompensaria una vida entera de infortunio y de dolor.

—Oir estos dulcísimos acentos y no morir de placer! Pasar de la miseria suma á ese contentamiento inefable! Oh! en cuán corto tiempo he recorrido una distancia infinita!

—Acordaos señor, le dijo acercándose el respetable anciano, que la Providencia os ha destinado un trono y....

—Qué mas trono que el de su corazon? qué mas apetecible imperio que el de su mano?

—Su mano! replicó San-Clemente asombrado, Constanza es una pobre huérfana....

—Tambien mi madre se llamaba Constanza, y ha sido reina de Mallorca. Constanza mia! para qué quiero yo un cetro sino para que tu mano hermosísima lo estienda sobre la cabeza de cien mil vasallos?

—Mi mano señor....

Constanza se interrumpió á si misma. Habia en su corazon una lucha inesplicable. En aquel apurado trance tenia que soltar palabras que lastimasen al príncipe ó atormentasen á su Umberto, y ella hubiera dado su sangre por cualquiera de los dos. Aquel jóven que desde una prision se arrojaba á sus brazos era su rey... y era tan hermoso!.... y habia sido tan desgraciado!... y la amaba tanto!.... podia

Digitized by Google

ella cerrar sus brazos y rechazarle? pero, Umberto! aquel héroe tan bizarro... tan intrépido... tan generoso... á quien ella amaba tanto! Oh! sus dos afectos se habian vuelto gigantescos en aquel punto; mas no reposaban ya como dos hermanos en un lecho, peleaban sí como dos enemigos en el campo: luchaban cual si uno debiera salir vencedor, cual si uno debiera reinar solo en aquel corazon.

—Prosigue, querida Constanza, tu boca es un panal de miel, y no destilará veneno para mí solamente.

—Mi mano, señor, no es mia... es de Umberto.

—De Umberto! esclamó el Infante, levantándose rápidamente como si un trueno hubiese estallado dentro del jardin. Cielos! cielos! ó el colmo de la infelicidad, ó el colmo de la ingratitud! Y luego abalanzándose á Umberto proseguia con acento de amargura. ¿Por qué me has salvado?

—Decid mas bien: porqué no has muerto? y entrambos seríamos felices.

—Generoso amigo, añadió el príncipe, endulzando su voz con un tono de súplica, para tí las esperanzas mas seductoras, para tí los blasones de la victoria, para tí los aplausos de la fama, para tí el brillo de la diadema.... para mí la hermosura de Constanza.

—Sois mi rey, contestó Umberto, así como es vuestra mi cabeza tambien lo es el laurel que debia ceñirla por haberos devuelto la libertad.

—Oh! la historia dirá de tí, sacrificó á su rey la vida, y á su amigo el afecto mas bello de su corazon.

—Príncipe, prorumpió el anciano mostrando en su apostura una gravedad imponente. No os entregueis á vanas ilusiones: vuestra senda es la del trono, y debeis apoyaros en los ausilios que el cielo naturalmente depara. Unida vuestra mano á la de una princesa será mas poderosa y fuerte para recobrar la herencia de vuestro padre. Acordaos que debeis vengarle. ¿Está muda para vos la sangre marcada todavía en las piedras que los labradores de Lluchmayor remueven con el arado, lanzando un gemido de horror y de indignacion?

Digitized by Google

Ademas ¿sabeis quién es Constanza?

El tono singular de esta pregunta infundió una especie de zozobra en el pecho de la hermosa, y en el de sus amartelados caballeros. Qué significaban estas palabras? Por qué tan estraño acento? Despues de una breve pausa el anciano prosiguió: La niña Constanza reposó únicamente en el regazo de su madre. El noble caballero á quien debia su sér no pudo abrazarla... porque era fruto de un amor ilegítimo.

—Dios eterno! esclamaron á la vez Constanza y Umberto cubriéndose el rostro con las manos.

—Oh! el mio es puro: puro como la luz del cielo, puro como el amor de los ángeles, puro como la belleza virginal de su semblante... Ven á mis brazos, desvalida huérfana, yo seré tu apoyo: reclinarás tu divina frente sobre mi inflamado corazon....

—Tened á raya señor los ímpetus de juveniles pasiones, prosiguió el anciano. Mirad ese relicario y en él descubrireis un arcano y un escarmiento. En su reverso está grabado el sello de los reyes de Mallorca... Jaime III fué su padre.

—Hermana mia!.. esclamó el Infante, y sin poderse contener se echó en los brazos abiertos de Constanza, quien como si saliera de un sueño repetia embelesada: Hermano! hermano! qué inesperada felicidad la mia!

La llegada del almogavar interrumpió esta escena. Los rayos del sol naciente doraban la cima de la colina mas elevada, y el Infante recelando la estrema agitacion de su pecho, abandonó á su hermana, y entónces, cual si temiera que el aliento de fuego de su primer afecto empañase la ternura del fraternal cariño, esclamó:

—Fortun, quieres seguirme?

—Hasta los confines del mundo.

—Correrémos peligros.

—Los que me arredren no serán los mios.

—He salido de las garras, pero no de la jurisdiccion de mi enemigo. No hay que perder momento: es preciso salvar las fronteras.

Digitized by Google

—Las salvarémos. Tenemos buenos caballos y brio para rebentarlos. He recorrido toda la montaña, y conozco sus trochas y vericuetos mej or que las rayas de mis manos. Sé andar á la dudosa luz de las estrellas, y de dia...

—Bien sabrá descansar en una choza de paja el que ha dormido en una jaula de hierro. Comerémos el fruto de las selvas, y beberémos el agua de los arroyos.

—Y yo, señor? preguntó Umberto. Negareis á mi lealtad el galardon de participar de vuestras penalidades y de vuestros riesgos?

—Seria aumentarlos en vez de disminuirlos. Disfrazados de labriegos ó de mercaderes, de monges ó de peregrinos, dos hombres infunden ménos sospechas que un número mas crecido. Ademas...

—Y adonde ireis, príncipe mio? esclamó interrumpiéndole el buen eclesiástico. Adonde ireis errante, fugitivo, desamparado de vuestros súbditos... y aun de vuestros amigos.

—A Monpeller.

—A Monpeller? repitió San-Clemente como asustado. No sabeis que D. Pedro se encuentra en el Rosellon?

—Y qué importa? replicó Fortun. Juro á Dios que no es tan fino el sabueso que llegue á descubrirnos por el rastro.

—Vuestra vida...

—Respondo de ella, dijo Fortun. Así mi ángel custodio respondiera de mi alma en el dia de las cuentas.

—Quiero ir á Monpeller, al templo de los minoritas donde está el sepulcro de mi madre: quiero regarlo con mis lágrimas, quiero rogar allí por su eterno descanso.

—Pocos años hace, dijo el venerable anciano, que vuestra hermana la princesa Isabel dió esta misma prueba de su filial ternura; pero ella fué recibida con la solemnidad, con la pompa debida á una reina, y salió de allí para casarse con el marques de Monferrato.

—Y yo entraré desvalido huérfano en medio del silencio y de la oscuridad de la noche; mas yo saldré campeon de mis legítimos derechos para desplegar mi bandera, enristrar mi

Digitized by Google

lanza y ponerme al frente de leal y aguerrida hueste. No anunciará mi llegada el repique de las campanas; pero á mi salida se estremecerá la tierra bajo el férreo casco de mis caballos, y ensordecerá los aires el fragor de los clarines. Aquel dia revestiré la cota de malla, que es la toga viril que á mis once años ya llevaba: aquel dia mi libertad será completa: aquel dia volverá á comenzar mi existencia de príncipe... ó al ménos la de guerrero. El ejemplo de mi padre es mi estímulo, no mi escarmiento. Le vengaré sentándome en el trono, ó cayendo en el campo de batalla. Soy su hijo, quiero ser el heredero de su corona ó el heredero de su tumba.

—Hermano mio! esclamó la ruborosa doncella juntando sus manos, y clavando su mirada en el cielo miéntras dos gruesas perlas resbalaban por sus purpúreas mejillas.

—Constanza! esclamó tambien el Infante cogiendo precipitadamente una de sus manos y deponiendo en ella un tierno beso. Es el primero... y el último. Por qué el destino fatal... por qué la régia cuna..? Adios Constanza! añadió con apagado acento, soltando la mano y volviendo sus ojos arrasados de lágrimas.

Se le habia anudado la garganta, y se le desangraba el corazon como si lo hubiese herido cruel lanzada. ¿Era la evocacion de tristes recuerdos, el dolor de una separacion inmediata, ó era ya el presentimiento de un aciago porvenir y de una muerte prematura? Solo Dios pudiera contestar á esa pregunta.

IV.

Volvió la estacion de los templados, largos y serenos dias. Las perfumadas brisas de mayo resbalaban suavemente sobre la nueva generacion de flores que tapizaba eriales y campiñas, y la estrella del Real huérfano de tal manera parecia cambiada que ni el mas sutil astrólogo la hubiera conocido. Dijérase que brillaba como la luna despues de prolongado eclipse, y no obstante su brillo era como el de artifi-

Digitized by Google

cial y engañosa pedrería. El que seguido de un solo escudero y envuelto en las sombras de la noche atravesaba los dominios del monarca aragones, á guisa de bandido que sabe estar pregonada su cabeza, al cabo de un año entraba en fastuosa corte seguido de brillante cabalgata, victoreado por inmenso gentío, lisongeado por los alardes é invenciones de un júbilo estrepitoso. No iba á tomar la posesion esclusiva de un trono; pero sí á tener la participacion legítima de un tálamo régio. Parecia haber terminado su larga era de angustias y temores para principiar otra no ménos agitada de proyectos y esperanzas.

Con la evasion del Infante aherrojado en su prision de Barcelona habia coincidido la muerte de Luis de Taranto, y su viuda, la nieta y sucesora de Roberto el Sábio, escogió para tercer marido al que no podia ofrecerle mas que la gallardía de su persona, el valor de su brazo y la gloria de su nacimiento. Altiva, caprichosa y egoista prefirió el hijo de Jaime III al hijo del rey de Francia, pudiendo en ella mas los sentimientos de la muger que las consideraciones de la reina. Halló que cuadraba mas á su varonil independencia allanarse á condescender con las aspiraciones de un príncipe desheredado que esponerse á tropezar con las exigencias de un monarca poderoso. En su nuevo enlace no buscó el equilibrio sino el predominio: quiso conservarse reina de hecho, y merced á tal designio el que llevaba una corona tan solo de nombre llegó á ceñirse la sombra de otra corona.

Meses hacia que estaban firmadas las capitulaciones matrimoniales, á que dieron mayor fuerza la subsiguiente aprobacion y el beneplácito del que con el nombre de Urbano V acababa de sentarse en la silla de San Pedro. Tal vez eran duros algunos de sus pactos: tal vez el Infante en su interior lo reconocia; pero, ¿fuera político ni razonable que se mostrara sobrado descontentadizo el que no traia en arras ni siquiera el solar de un triste condado? Era poca fortuna para el príncipe errante y proscrito la de verse favorecido con la mano de la reina de Nápoles, de la que se titulaba conde-

Digitized by Google

sa de Provenza, reina de Jerusalen y de Sicilia? No debia esperar que alcanzaria por el cariño lo que por derecho no se le concedia? No debia lisongearse con la perspectiva de hacer del trono de Nápoles un escalon para subir á su codiciado trono de Mallorca?

Las miras de la política y los afectos del corazon se habian mancomunado para tejer este sagrado vínculo; pero quizas tuvieron en él mas parte el calor de la imaginacion y la embriaguez de los sentidos. El Infante se hallaba en la flor de su edad, rayaba apénas en su quinto lustro, y la fama de su gentileza bastaba para impresionar vivamente á la que contaba con un corazon nada inaccesible á los amorosos devaneos. Ella le vencia en años; pero se gozaba todavia en el esplendor de su hermosura, de una hermosura que se habia hecho célebre en todas las cortes de la cristiandad. Era la Helena de su época: la Maria Stuard italiana, como la apellida un escritor moderno. Al verla por primera vez su desposado sin duda no descubrió en ella el tipo sublime que habia ocupado su fantasía: no era la vaporosa imágen que habia venido á consolarle en su prision de Barcelona, no era la vision celestial que le habia aparecido en los jardines de San-Clemente. Juana de Nápoles no era una segunda Constanza. Faltábale su auréola virginal, faltábale aquel colorido inesplicable, aquel hechizo inmaterial, aquel suave perfume de inocencia, de candor y de pureza que transforma en hermosura de ángel la hermosura de una muger. Era, sí, una beldad magnífica, intachable, completa: una de aquellas beldades que inflaman la sangre y subyugan la razon: que penetran como la punta de una saeta, que fascinan como la mirada de una serpiente, que enloquecen como el zumo de ciertas plantas venenosas. Jaime IV era un Ulises sobrado novel para resistir al encanto de aquella Circe. Al verla delante de sí, al ver que iba á ser dueño de aquel tesoro de humana belleza, sentíase como sumergido entre las olas de un mar fantástico, sentíase como ceñido por el ambiente de una region que participaba del infierno y del paraiso.

Digitized by Google

Iba á celebrarse la ceremonia nupcial y aglomerados á las puertas de la Basílica se estrujaban millares y millares de concurrentes que ardian en deseos de ver la suntuosa comitiva. El rumor y el movimiento de aquella muchedumbre tenian algo de semejanza con las rugientes olas de un mar borrascoso. Un trueno formidable, reiterado una y cien veces, señalaba el tránsito de los regios desposados. Las populares aclamaciones ensordecian á la par que balagaban los oidos de Jaime, que se hallaba tan fuera de sí como si le hubiesen transportado á un planeta desconocido. Cuanto distaba aquel placentero bullicio de la soledad y silencio de su prision en Barcelona!

A formar parte del séquito habia preferido Fortun mezclarse con los espectadores, que cual si estuviesen divididos por grupos, entretejian millares de coloquios departiendo cada cual con sus vecinos. Éralo casualmente nuestro almogavar de una jóven bastante bonita, y encarándose con ella le dijo:

—Vive Dios que la Reina es linda sobre toda lindeza; pero, por lo que uno está viendo, parece que la hermosura es fruta que abunda en esa tierra.

La muchacha á quien no disgustaba un rato de conversacion entreverada de algunos chicoleos, aviváneosele un poco el sonrosado color de sus mejillas, esclamó:

—Y qué rico manto lleva! Apostaria á que nunca ha salido otro mas precioso de los telares de Milan.

—Como si solamente en Milan pudiesen hacerlos, sobrina! añadió otra muger mas entrada en años y no ménos ganosa de dar ripio á la mano, para proseguir lo que ella tomaba ya como preliminares de una declaracion en regla. Este señor estrangero va á pensar que en Nápoles no hay quien fabrique telas esquisitas. Pues si hasta la misma reina entiende perfectamente de labores! No has reparado el cíngulo de seda y oro que rodea su cintura? Cada borla vale una ciudad. Pues yo no estrañaria que fuese obra de sus propias manos.

Digitized by Google

—Y ya se sabe para que sirven los cordones que tejen sus manos, dijo entremetiéndose en la plática un hombre de elevada estatura, que por su voz y su aspecto manifestaba ser húngaro de nacimiento.

—Para qué han de servir sino para ceñir su airoso talle? dijo Fortun.

—O para ceñir el cuello de sus maridos y estrangularlos, que asi le sucedió al primero.

—Y quereis suponer que su esposa misma...

—No diré que fuese el verdugo; pero alménos prestó la soga.

—Por las barbas de mi padre! saltó Fortun, que si tratais de mancillar la honra de la princesa que da su mano al rey de Mallorca, de un puñetazo...

—Si no fueseis estrangero diria que perteneceis á la faccion de los *Reales* que tanta parte tuvo en esa horrible hazaña.

—Los horribles sois vosotros, esclamó la tia, raza maldiciente, que infamais con la calumnia despues de habernos desollado con la rapiña. Qué necesidad teniamos de esa plaga de langostas engordadas con la substancia de nuestro suelo? Habiais venido en son de guerra para tratarnos como á pais conquistado? El rey Andres...

—Lástima de mancebo! morir á los veinte años!

—Era sobrado duro de cabeza.

—Y ella sobrado blanda de corazon.

—El húngaro queria apropiarse el mando.

—Y la napolitana no queria compartirlo.

—La Reina era la Reina, que el otro no era mas que su marido. Si no hubiese sido tan rudo é imperioso, si no hubiese tenido costumbres tan groseras y áulicos tan insolentes, si no se hubiese dejado llevar tan á ciegas por los consejos de fray Roberto...

—Y eran mucho mejores por ventura los que daba á la muger su amiga la de Catania?

—Pobre Felipa! Qué desastrada muerte la suya! No me hableis mal de ella, que fué mi compañera.

Digitized by Google

—Cuando se ganaba la vida jabonando sábanas y camisas. Estaba familiarizada con la espuma, y quiso crecer como ella. Pues ya sabeis ahora adonde paran al fin las lavanderas que llegan á tener privanza con las reinas.

—Tan bárbaros suplicios, y quizás su delito no fué mas que haber querido á su reina en demasía!

—Llamais quererla, enseñarla á dar malos pasos, y en peores caminos?

—Siempre esas villanas imputaciones! Ignorais que el Papa declaró á nuestra reina, inocente de la sangre de su marido?

—Pues si llega á caer en manos del rey de Hungría, juro á Dios que no le valdrán tales declaraciones.

—Ya sé que sois vengativos como tigres. Teneis la sangre y las costumbres de las fieras montaraces, por eso os aborrecemos y no pudimos resignarnos á vuestro yugo.

—Y ha sido mas blando el de los *Reales?* Preguntádselo á las espaldas de la reina, que el de Taranto media á su sabor como si fuesen las de una pobre hilandera.

—Válame Dios! esclamó Fortun, y á qué pais nos ha conducido la suerte! Si será verdad el proverbio de que Nápoles es un paraiso habitado de diablos?

—Por la sangre de San Genaro! esclamaba al mismo tiempo la tia dirigiéndose al húngaro. Vuestra lengua es peor que el filo de un puñal envenenado. Si á la reina se le pudieron achacar algunos deslices...

—Podeis llamar ligeros tropezones á lo que se llama caerse de bruces.

—Si pudo cometer alguna imprudencia, fué porque era niña é inesperta.

—Y ahora que se pasa de niña, tambien se pasa de prudente. Por sobra de esta virtud se casa sin duda con un príncipe mondo y escueto, que no ha traido siquiera ni una docena de pages que le sirvan, ni un ciento de ballesteros que le defiendan.

—Mejor así, y no se nos echará encima una nube de aragoneses, como hizo entónces la de rapaces húngaros que Dios confunda.

Digitized by Google

—Muger, si nuestros modales pasan por incultos no me parece mas cortesano vuestro lenguaje. Pero tanto monta. Lo que yo aconsejaria al novio es que ande con la barba sobre el hombro, que cierre los ojos y el pico, que se entretenga con caballos, banquetes y cacerías, y deje rodar la bola en cuanto se refiera á negocios del Estado.

—Un rey de Nápoles! saltó Fortun con acento de indignacion y de sorpresa.

—Un duque de Calabria, hermano, replicó el húngaro con sorna, así diz que lo rezan los capítulos matrimoniales. Haciendo lo que he dicho podrá ser que viva largos años.

—Largos, podrá ser que lo parezcan; pero de fijo no serán muchos, esclamó un nuevo interlocutor que llevaba el trage de estudiante en ambos derechos. Aunque sea mas ciego que Tobias, y mas callado que San Juan Silenciario, lo que es morir de viejo... *nequaquam.*

—Y por qué? preguntó la sobrina. Es tan arrogante mozo!

—Os han pasado ya el aviso de cuando ha de llegarle su última hora? preguntó Fortun mas que medio amostazado.

—Su hora, no la sé, respondió el estudiante; pero puede sacarse la cuenta por los dedos. La reina Juana ha terminado su séptimo lustro, y como sé que ha de convolar á cuartas nupcias, infiero que ántes de muchos años quedará viuda otra vez. Mi deduccion es lógica á macha martillo. Un cuarto velo supone terceras tocas, y sin difunto no hay tocas ni mongiles. Al morir el rey Luis habia cumplido ya los cuarenta: bien podrá darse por satisfecho su sucesor en el tálamo si llega de su edad al sepulcro!

—Por los huesos de Santa Olalla! y de dónde me saca el señor bachiller esa retahila de dislates?

—Si es lo mas sencillo del mundo. Ni de fama siquiera habeis conocido al astrólogo provenzal, Messer Anselmo? No sabeis que leia en las estrellas como en un libro abierto? No sabeis que nunca han fallado sus vaticinios? Pues preguntándole una vez con quien se casaria la princesa Juana, que era todavía una niña, contestó: *maritábitur cum alio.*

Digitized by Google

—Tendria que ver si hubiese contestado *cum alia!* dijo el húngaro soltando la carcajada.

—Y esto qué significa? preguntó la tia al estudiante.

—Parad la atencion en las letras de *alio*, y veréis como por su órden á cada una le corresponde el nombre de un marido. *Andreas*, *Ludovicus*, *Iacobus*. Quéreis para el porvenir mejor garantía que lo pasado?

—Cosa mas admirable! esclamó aquella, ahora pues...

—Solo falta un nombre que empiece en *O* para que se cumpla de lleno la profecía. Su cuarto marido se llamará seguramente Olfo, ú Olderico, ú Oton. Los horóscopos no mienten cuando se posee bastante ingenio para hacerlos y bastante habilidad para interpretarlos.

—Pero nosotras, gente menuda, no debemos de tener horóscopos. Si los tuviésemos, cuanto me gustara conocer el mio!

—Y qué te gustaria mas, hermosa niña, repuso el estudiante, el anuncio del primer casamiento, ó la prediccion de la tercera viudez?

—Seria un lujo escesivo, dijo la tia sonriéndose. Esto es bueno solamente para las reinas.

—Yo no quisiera mas que saber el nombre de mi futuro, replicó la muchacha, dirigiendo al soslayo una mirada á Fortun que no era del todo mal parecido.

Pero este, cuya respetuosa adhesion al Infante, merced al contínuo trato de un año, se habia convertido en amistosa familiaridad y vehemente afecto, se hallaba mústio, cabizbajo y pensativo. Aquella conversacion habia depositado en su pecho una especie de amargo sedimento. Sus frases tenian algo de lúgubre y de siniestro, y no pocas le habian herido como puntas de alfileres dejándole un escozor indefinible. Afortunadamente cesó la plática interrumpiéndola un estrepitoso clamoreo que se levantó de golpe dentro de la Basílica misma. Eran las populares aclamaciones que respondian á la voz del arzobispo, quien al concluir los solemnes ritos, dada la bendicion nupcial y celebrado el santo sacrificio, prorumpió con el grito de: Viva la reina de Nápoles!

Digitized by Google

Viva el duque de Calabria! Y pueblo y clero, damas y galanes, guerreros cubiertos de trenzada malla, y barones luciendo brocados, joyeles y plumas, todos á una voz repetian: Viva la reina de Nápoles! Viva el duque de Calabria!

Jaime habia permanecido al pié del altar en medio de un continuo deslumbramiento. El fausto, el esplendor, la magnificencia de aquella corte sobrepujaban de mucho á cuanto su imaginacion habia concebido, como quiera que la de Aragon estaba léjos de poder compararse con ella. La pompa que le rodeaba era un homenage digno de la grandeza de Juana, y al mismo tiempo un soberbio pedestal desde cuya altura se veia, alménos en la apariencia, superior á su odiado tio, Pedro el Ceremonioso. Esta repentina adulacion de su fortuna causábale una especie de vértigo del que vino á sacarle súbitamente la distincion oficial que de propósito deliberado espresaba el arzobispo.

Herido Jaime en su vanidad, y aun en su orgullo, apretó convulsivamente la mano de Juana, y acercando los labios á su oido, le dijo:

—Y no rey? Ni el título siquiera?

—Rey de mi corazon y de mi mano, qué os falta para ser dichoso? replicóle ella sonriéndose, y con voz tan cariñosa como baja añadió: No olvideis las capitulaciones.

—Soy rey de Mallorca.

—Tambien soy reina yo de Jerusalen y de Sicilia.

Enmudecido se quedó el augusto consorte comprendiendo la significacion de aquel sarcasmo, que en tal momento se asemejaba al chillido de siniestro pájaro resonando en los voluptuosos jardines de Armida. La deliciosa mirada que lo acompañó no habia bastado para atenuar su efecto. Jaime salió del templo, y no ciñendo la corona de oro que tanto ambicionaba, aunque sí la magnífica guirnalda de rosas que el amor le habia tejido. Mas ay! que la rosa es el símbolo de las dichas fugitivas: pronto se arruga la tersura de sus hojas, pronto se marchita la frescura de sus matices, pronto se pierde en las auras la fragancia de su aroma.

Digitized by Google

V.

Apoyando sus brazos en el antepecho de suntuosa galería, el esposo de la reina de Nápoles parecia absorbido en la contemplacion de un espectáculo que nunca por reiterado es ménos admirable y deleitoso. Estendíase á su vista la tan hermosa como celebrada bahía, vasto espejo de palacios y jardines: con la serenidad de sus olas competia la transparencia del hemisferio, el sol sumergia su disco en los confines del opuesto, cruzaba la cerúlea planicie una temblorosa faja de oro, y el diáfano azul de los cielos se recamaba de fugitivos y brillantes arreboles. La tarde, una de las postreras de agosto, habia sido calurosa, y qué mas grata ocupacion que la de aspirar la frescura de las brisas marítimas embalsamadas con las fragantes emanaciones de los vergeles inmediatos? Jaime empero no fijaba entónces su atencion en el mundo esterior; vueltos los ojos hácia dentro se contemplaba á sí mismo. Repasaba sus tristes y sus prósperos dias, y al melancólico recuerdo de aquellos añadia un vago descontento de los que tan bellos y espléndidos pudieran haberle parecido. Veíase elevado á una altura que tenia algo de maravillosa comparándola con el abismo de donde arrancaba, y sin embargo su satisfaccion era incompleta. Su propia historia se le presentaba con visos de fantástica leyenda: prestábale asunto para una de aquellas trovas á que era tan aficionado, y á pesar del contraste que ofrecian no ya á su imaginacion sino á su memoria, las sombras de lo pasado no hacian resaltar con toda viveza los esplendores de su presente. Faltábale todavía algo que le aparecia en sueños, que traslucia envuelto en los pliegues del porvenir, que estimulaba el ardor de sus incesantes aspiraciones. Partícipe de un trono, objeto de las caricias de una reina hermosísima, rodeado de una pompa vertiginosa, tocábase en el corazon y percibia un sonido como hueco. Jaime no se hallaba á su sabor en el apogeo de su dicha.

Digitized by Google

Aquel dia era el vigésimo quinto aniversario de su nacimiento, y como si le hubiese herido esta campanada del reloj del tiempo, sentia dispertarse de nuevo en su pecho los bélicos instintos de su raza. Sonrojábase interiormente de verse como otro Annibal retenido por las delicias de Capua, y habiendo gemido so la coyunda de hierro casi se atrevia á suspirar bajo el peso de su cadena de rosas. Empezaba á sentirse fatigado de su reposo á la sombra de los mirtos, y echaba ménos la sombra de los laureles. Al cabo de tres meses palidecia algun tanto el brillo de seductoras ilusiones, á las intermitencias del amoroso delirio mezclábanse los esperezos de la ambicion vanamente adormecida, al través del galan mancebo asomaba el heredero de una dinastía de reyes. Jaime se forjaba en su imaginacion el horóscopo de su nacimiento: creia haber venido al mundo espresamente para adornar sus sienes con una diadema y no bastaba á contentarle su luminoso reflejo. La queria propia, la queria á toda costa, y sobre todas queria la de Mallorca. Llevábase la mano á la cabeza, y asaltábale cruel despecho al sentirla desnuda, y hasta desnuda del yelmo que por algun tiempo debia suplir la falta de su corona.

Como si flotase en los aires bañada por la suave luz del crepúsculo vespertino le aparecia ademas la imágen de Constanza, no precisamente el retrato de su hermana, sino el tipo ideal que adoraba en su fantasía. Era la personificacion de la muger embellecida con la triple corona de la juventud, de la virginidad y de la modestia: de la muger cuyo rostro no produce la fascinacion de los sentidos sino el arrobamiento del alma, cuyo cariño no es el precio de perseverantes halagos sino la recompensa inefable del mas depurado culto. Era la forma simbólica de un candor virginal envuelto en una nube de poesía, como un objeto sagrado envuelto en una nube de incienso. Mugeres como esta sí que merecerian un predominio perpétuo y esclusivo, la consagracion de toda una vida, el sacrificio del trono mas opulento. Mas, como habia de ser ni siquiera pálido trasunto de esta vision

Digitized by Google

celeste, Juana que apénas recordaba ya su tiernos abriles, que por tres veces habia ceñido el velo de las desposadas, que presidia en una corte donde el progreso de la civilizacion habia traido, como suele, el progreso de la corrupcion y del libertinage? Era sí una beldad deslumbradora; pero tres meses de consorcio habian dejado entrever que sus cualidades morales distaban mucho de corresponder á la viveza de su telento y á la hermosura de su rostro.

Jaime reconocia esa triste verdad que en cierto modo justificaba su descontento. Quejábase de su adverso destino que le habia burlado con pérfida sonrisa despues de perseguirle con torvo ceño. Juana de Nápoles no era la esposa cortada á medida de su corazon, y sin embargo á la santidad del vínculo indisoluble debia añadirse el lazo del mas vivo agradecimiento. Este lazo le oprimia, porque le humillaba, porque le obligaba á reconocer una inferioridad que mal se avenia con su carácter altivo y pundonoroso. En vez de ser el protector era el protegido: á su esposa debia su presente elevacion y la esperanza de llevar á cabo sus ulteriores designios. Sin ella se veria aun errante proscrito ó desconocido aventurero: sin ella permanecieran del todo eclipsados los esplendores de su alta gerarquía: sin ella quedarian tal vez para siempre invalidados los derechos de su ilustre cuna. Y esta esposa, cuyo donaire y gentileza halagaban su vanidosa complacencia, encerraba un corazon que no era digno de las mas profundas y tiernas simpatías! Así pues para Jaime surgia del manantial mismo de sus prosperidades un pequeño arroyo de amargura: los goces de su fortuna pesaban sobre él como una deuda, y esto enardecia su ambicion siquiera por el deseo de cancelarla.

Revolviendo esas ideas le sorprendió la llegada de su consorte, y por un movimiento no del todo espontáneo ni del todo reflexivo, le salió algunos pasos al encuentro, y besándole la mano con visos de amorosa galantería esclamó:

—Reina mia!

—Duque!

Digitized by Google

—Siempre este maldito nombre! repuso Jaime, espirando la sonrisa de sus labios y anublando su frente repentino ceño. Toda palabra suena como deliciosa melodía al salir de vuestra boca; pero esta mas que la dulzura del requiebro esconde la hiel del sarcasmo. Héla oido tantas veces con su hipócrita acento de irrision en boca de barones y magnates!

—Qué decís?

—Pues qué, no me la echan en cara para recordarme que aquí no soy mas que uno de sus iguales? Cómo si temieran que yo pudiese olvidarlo!

—Iguales, y sois mi preferido? Quién es el osado que pretende colocarse al nivel de su reina? La distancia de mis súbditos á vuestra persona...

—Es menor que la interpuesta entre mi persona y mi esposa. Creeis que para esos orgullosos barones sea yo objeto de envidia? Enfermos estarian sus ojos si les cegara mi brillo, prestado como el de la luna. Las apariencias no les engañan. Ellos poseen feudos y jurisdicciones, y qué ven en mí sino un convidado á vuestra mesa? Ellos son reyes en sus castillos, y por quién me toman á mí sino por un huésped de vuestro palacio?

—Vuestro corazon palpita á la altura del mio.

—Pero mi frente no puede erguirse á la altura de la vuestra.

—Quisiérais compartir mi corona?

—Soy hijo de reyes, y...

—Jaime, por el ardiente cariño que os profeso, por la casta y legítima union que el sacerdote ha bendecido, por los hermosos y serenos dias que á vuestro lado espero, léjos de vos tan peligrosos pensamientos. No deis oidos á la sierpe que os tienta con el cebo del fruto prohibido.

—Prohibido... cómo? dónde?

—En el convenio que firmasteis vos, que ratificó el Pontífice, que conoce la Italia entera. Pensais que el amor solo, sea bastante poderoso para derogarlo? Pocas flechas tiene en su aljava para contrarestar el número de lanzas que se le opondria.

Digitized by Google

—Oposicion harto injusta. Cómo si no cupieran en un mismo trono los que caben en un mismo tálamo!

—Caben, sí; pero la razon de Estado circunscribe límites que el corazon quisiera indefinidos. Sois novel en este pais. Aun no conoceis bien este suelo amasado con sangre de guerras estrangeras y de sediciones intestinas: aun no conoceis la índole de su plebe veleidosa, y de su nobleza turbulenta: aun no conoceis el encono de sus bandos y el satánico orgullo de sus adalides. Para imponerles mi ley es preciso á veces doblegarme á recibir la suya. ¿No veis desde esta galería la cima del Vesubio, que se muestra coronado de blancas nubes y de repente vomita fuego de sus entrañas? Mis deudos, los príncipes de mi familia que tan galantes me circuyen y festejan, mañana serian los primeros en conjurarse contra mí, en conculcar mis legítimos derechos. Ambicion no les falta: no les ofrezcamos el pretesto. Gocemos de la vida al resplandor de las antorchas de Himeneo, que es harto horrible luz la que arrojan las teas de la discordia. Vos amais la poesía: conoceis sin duda á los trovadores de mi hermosa Provenza; pero no tal vez las inspiraciones del Petrarca. Sublime ingenio! Juntos leerémos sus canciones á la sombra de los rosales, las leerémos juntos, como Francesca y Pablo la historia de Lanceloto, y émulo de su gloria imitaréis su estilo. Con qué gusto oiré de vuestros labios una cancion á la dama de vuestros pensamientos!

—Y quereis reducirme á serviros de trovador y de page, ó cuando mas á ser vuestro paladin en un torneo?

—Y tanto desplacer os causaria el serlo?

—Mision mas elevada, bien que ménos deliciosa, me ha confiado el cielo.

—Jaime, la ambicion es mala consejera. Si no os hacen mella mis razones, sirvaos el desdichado Andres de lastimoso ejemplo. Soberbio, antojadizo y testarudo tramó con el Pontífice para obtener su coronacion, y... á qué recordar la horrible tragedia?

—Es verdad: basta la sencilla alusion para amenaza.

Digitized by Google

—Ingrato! hareis que me arrepienta de haberos amado.

—Y de haberme escogido, y de haberme sacado de mi pobreza y abatimiento.

—Mis labios no han proferido tales palabras.

—Pero estaban quizás escritas en vuestro pensamiento. Lo sé: no montan á leve suma mis deudas. Correspondo á vuestro amor con el mio; pero fuera de esto os debo el pan y el asilo, os debo honores y placeres, el oropel del fausto que me circunda, y el ruido de las lisonjas con que me obsequian. Y con todo, ó bien tengo que seros deudor de mayores beneficios, ó presumo que he de retiraros mi agradecimiento. Ingrato me habeis llamado: no lo soy todavía; pero quizás no esté en mi arbitrio dejar de serlo mañana. Yo no pretendo usurparos la mitad del trono de Nápoles: lo que ambiciono es el mio, el de Mallorca.

—Y bien?

—Ayudadme á conquistarlo. Allí no sereis la mera esposa del rey, sereis la reina.

—Es decir, que envie un cartel de desafío al monarca aragones, que declare la guerra á uno de los principes mas poderosos de la tierra. Y ¿no preveis lo que sucederia? Sus huestes saliendo del Rosellon se lanzarian como una inmensa manada de lobos sobre mi hermosa Provenza: sus galeras zarpando de Cerdeña apresarian mis naves, barrerian las costas, entrarian á saco villas y ciudades: su pariente de Sicilia estrechando su alianza con él me arrebataria las Calabrias, y el húngaro feroz batiendo las palmas de contento veria llegada la hora de satisfacer su ambicion y su venganza. Nápoles no aceptaria impasible el gravámen de una lucha injustificada, estéril de resultados, agena á sus intereses y á su engrandecimiento: murmuraria el pueblo, maquinarian los barones, y la faccion de los *Reales* se sublevaria contra vos, causador de tantos desastres y ruinas, y se sublevaria contra mí, que por seguir los impulsos de la muger habria olvidado los deberes de reina. Vos no recobrariais vuestros estados; pero en cambio yo perdiera los mios. Jaime! Jaime! Yo tambien

Digitized by Google

me he visto prófuga, errante, necesitada: tambien he tenido que estudiar en la escuela del infortunio, y por el cielo santo! que no quiero repasar tan duras lecciones.

—Teneis talento de sobra, y defendeis vuestra causa como si hubieseis cursado en las aulas de Pádua ó de Perusa: vuestra causa, que no es y debiera ser la mia! Bajo el manto de una política sagaz encubrís perfectamente vuestra timidez... ó vuestra indiferencia. Hablais de los reyes de Sicilia y de Hungría que pueden dañarnos, por qué no hablais tambien del frances y del castellano que podrian favorecernos?

—Porque basta á los primeros que se les ofrezca la coyuntura que anhelan, y para mover á los otros seria preciso comprar á caro precio sus favores. Jaime, comprendo y aplaudo los juveniles arranques de vuestro pecho: vuestra ambicion es legítima, justos vuestros deseos; pero tratándose de ponerlos en obra no basta atender á la justicia, es preciso tomar consejo de la prudencia.

—Y prevalida de este nombre calculais friamente los obstáculos, y ahogais el generoso impulso de superarlos. Oh! no es justo que participeis de los riesgos de mi empresa cuando ni siquiera os ha tentado el aliciente de su gloria. Yo seré el solo caudillo, el solo responsable, el solo espuesto á los peligros de mi espedicion. Os demandaba ausilios, mas no que hicierais pública ostentacion de vuestra largueza. Secundad mis proyectos sin autorizarlos con vuestro sello. Medios ocultos no han de faltaros para que pueda yo reclutar algunos millares de advenedizos, equipar algunas taridas y galeras, proveerlas de víveres y municiones. Entónces me lanzaré á los mares fiado únicamente en Dios y en mi derecho. En tanto señaladme tres fortalezas, cuyos alcaides sean mis hechuras, donde tremole mi bandera, se alojen mis soldados, y se custodien las armas y bastimentos.

—Y no sabeis que esta concesion me es imposible por un pacto espreso del convenio conyugal?

—Y no sabeis que mi tio el Ceremonioso tenia una daga para rasgar humillantes pergaminos?

Digitized by Google

—Una daga con que se heria la mano sin que su propia sangre borrara lo escrito.

—Y previenen tambien las estipulaciones del consorcio que no podais regalar un puñado de monedas... ó prestarlas siquiera á vuestro marido? Dadme treinta mil florines de oro, y tomaré á sueldo una de esas grandes compañías que devastan la Italia, y se lanzan al tumulto de los combates como si fuese á un banquete de bodas.

—Por esta misma suma vendí la ciudad de Aviñon al Pontífice romano. Triste mengua á que me sometieron los rigores de mi fortuna; mas no he perdido ni el deseo, ni la esperanza de recobrarla. Y ahora cabalmente la ocasion es propicia. A la muerte de Inocencio VI mal podia presumir que su tiara le estuviese reservada el abad de San Víctor, que no cubria su humilde sayal con la púrpura cardenalicia. Pero tal era su anhelo de que el futuro Pontífice restableciera su silla en Roma que no vaciló en decir: que aceptaria gustoso la muerte si le llegaba el dia siguiente de verlo efectuado. Ahora está en su mano realizar sus ardientes votos. Urbano V no olvidará la esclamacion del abad Guillermo, el Papa no desmentirá al monge, y entónces ¿qué necesidad tendrá de Aviñon no siendo su residencia? De qué le serviria un territorio separado de sus dominios? Qué obstáculo ha de oponerse á que me devuelva la ciudad provenzal devolviéndole yo con usura su precio? Aspirais á recobrar la corona de vuestros mayores, pues con ansias mas vivas pretendo yo engastar de nuevo esa joya arrancada á mi propia diadema. Ya veis que el oro lo necesito.

—Pues entónces no sois la fiel esposa que abraza con ardor la causa de su marido, no sois el ausiliar que á mi entender me deparaba el cielo, no sois el misterioso instrumento de su justicia; sois el obstáculo fatal, la rémora que se opone á mis designios. Habeis empezado por divorciar nuestros intereses, de quién será la culpa si llegan á divorciarse nuestros corazones?

—Y he de permitir que os apacenteis de quiméricas es-

Digitized by Google

peranzas para demostraros la fineza de mi cariño?

—Me amais, y no os duelen mi humillacion y mis agravios? Me amais, y por temor de mancharos los dedos no os atreveis á restañar la sangre de mis heridas? Me amais, y pretendeis despojarme de mi último bien, la esperanza? Vos, que debiais alentarla, robustecerla, llevarla á término venturoso! Vos que debiais ser para mí la Providencia encarnada!

—Yo no usurpo á Dios sus atributos, no me elevo á tan altas regiones, no me paseo por los paises imaginarios. Yo vivo á flor de tierra: en esa tierra acariciada por los rayos del sol, perfumada con la fragancia de las flores, cubierta con rica alfombra de variados matices: en esa tierra mansion de placeres, por mas que digan misántropos y devotos. Y tan mal os iba en participar de ellos al lado mio? A qué ese loco empeño de hincaros una espina teniendo rosas donde escoger á manos llenas? Hay por ventura en toda la cristiandad una corte mas opulenta y deliciosa que la nuestra? Donde sean mas fáciles y atractivas las dulzuras de la vida? Donde rayen mas alto los esplendores de la civilizacion? Y por una triste roca, perdida entre las aguas...

—Así me hablais de Mallorca? Desestimais el valor de una perla porque no escede al tamaño de una esmeralda? Ah! vos no conoceis este hermoso pais: yo lo tengo grabado en el corazon. No, nunca podré olvidarlo. Que lo olvidara quisiérais vos, para que libre de la obsesion de este pensamiento os acompañara sonriendo en festines y cacerías! Que lo olvidara, que me resignara á la mengua de verme inicuamente desposeido, con tal que os divirtiera halagando vuestros oidos con amorosas trovas! No, no puede ser. Primero sabré desprenderme de vuestros brazos.

—Y yo sabré reteneros en ellos, que no para prolongar mi solitaria viudez os he dado la mano de esposa.

—Tambien la disteis al húngaro y al de Taranto... y de mi temprana muerte podrá consolaros un nuevo esposo.

—Mil veces ingrato! Y aliento habeis tenido para herirme así en el corazon? Hay otro por ventura á quien haya yo li-

Digitized by Google

bremente escogido? Al desdichado Andres me lo impuso la obediencia, á Luis la tiranía de azarosas complicaciones. Al primero nunca pude amarle, al segundo tuve por fuerza que sufrirle. Y de vos, único objeto de mi ardiente cariño, de vos, que habeis sido, no el ídolo de juveniles caprichos sino la grata ilusion de mi edad madura, de vos! habia yo de esperar frases tan amargas?

—No quereis darme un ejército para desembarcar en mi isla, saltaré en ella solo y envuelto en mi bandera, y entónces... si no me aclama por su rey la lealtad de mis parciales, sucumbiré á la fuerza brutal de mis enemigos. Perderé la vida, pero me sobrevivirá mi gloria.

—Y pensais que os dejaré partir?

—No os pediré permiso, escaparé á uña de caballo.

—Cómo si yo supiera montar solamente en las blancas hacaneas que me regala el pontífice! Tambien suelo oprimir los hijares de fogosos alazanes. A mí no me asustan fatigas ni barrancos, y sabré reconduciros á mi mansion, desleal pero adorado fugitivo.

—Pues qué, soy vuestro prisionero?

—Lo sois, que no es tan sombría cárcel la que brilla tapizada de seda y oro, ni tan duro carcelero el que os reserva los cuidados y caricias de tierna esposa.

Y despues de inclinar levemente su cabeza retiróse la augusta consorte con afectada gravedad, como si abrigase mayor enojo del que realmente sentia. Léjos estaba de presumir que fuese ya densa nube lo que ella conceptuaba ténue y efímera neblina, y mas léjos aun de sospechar que nunca renacerian ya en su conyugal horizonte la serenidad y transparencia que lo habian embellecido.

Brillaban las estrellas en el firmamento, y Jaime al verse á solas en la galería empezó á medirla con desigual y reiterado ahinco. La ténue claridad y el silencio de la noche le ayudaban á concentrarse en sí mismo: sus ideas tomaban un tinte lúgubre en fuerza de su escitacion nerviosa: aquel coloquio habia exaltado gradualmente su fantasía. Y como

Digitized by Google

si fuese con el intento de envenenar la llaga de su corazon, su memoria le hostigaba con el inoportuno recuerdo de la aparicion de D. Pedro en su cárcel de Barcelona. Parecíale al desgraciado príncipe que ambos coloquios estaban ligados por una fatal y misteriosa analogía. Su acaloramiento le habia producido una especie de delirio, y apretando los puños hasta el punto de hincarse las uñas en la palma de la mano, con voz trémula de furor, esclamaba: Con qué estoy preso? Con qué he perdido nuevamente mi libertad, y será preciso recobrarla de nuevo? Preso por una ambicion descastada, y preso por una política mezquiña! Antes la usurpacion, ahora la cobardía! Ayer mi tio, hoy mi esposa! Pues qué, me siento cautivo y no osaré maldecir mi cautiverio? Habrá de faltarme valor para romper mis grillos? Y que sean de oro, qué me importa? Oh! querida isla mia, si llego á estrecharte en mis brazos!

Entró en esto Fortun que por via de saludo le dijo:

—Rey mio!

—Tú solo me das ese título, tú! el único á quien yo permitiera otro mejor, el de amigo.

—Si tal honor puede conquistarse con el afecto...

—Oh! mi buen Fortun, esclamaba Jaime estrechándole convulsivamente la mano. Te acuerdas de cuando cruzábamos selvas y llanuras montados en briosos corceles á guisa de fugitivos? Qué suave es el aura de la libertad! Cómo late á su sabor el pecho que la respira! Y dime, no sentirias un placer inmenso si volvieras á pisar el suelo español?

—Pais muy hermoso es el de Nápoles; pero...

—No tanto, no tanto como el de Mallorca.

—Pensais en alejarme de vuestro lado?

—De mi lado? á tí, único amigo mio? Nunca. Y qué hiciera yo entónces, rey sin vasallos, sin corona, sin..? Pero no es verdad que toda cárcel es odiosa por mas que esté enlosada de mármoles y cubierta de ricos tapices? por mas que la iluminen candelabros de oro y la cerquen floridos jardines? No es verdad que no es el húmedo suelo, ni el tosco mu-

Digitized by Google

ro, ni la estrecha aspillera lo que hace una prision aborrecible? Siempre la prision! Prision en Játiva! prision en Barcelona! prision en Nápoles!... y quizás ántes de tiempo la prision del sepulcro!

Jaime dobló la cabeza sobre su pecho, y cruzando los brazos quedó como sumido en triste y profunda meditacion. Quién le hubiera dicho entónces que todavía le faltaba otra prision en el castillo de Curiel, y que á lo mejor de sus años le encerraria un sepulcro en Soria, tan léjos del iman de sus deseos, tan léjos del sepulcro de sus antepasados!

Digitized by Google

XVII.

LAS DISCIPLINAS.

Quoniam ego in flagella paratus sum:
et dolor meus in conspectu meo semper.
Quoniam iniquitatem meam annuntiabo:
et cogitabo pro pecato meo.
Ps. XXXVII. ℣. 18. 19.

Voy á revelaros una historia muy sencilla, y que ciertamente os impresionaria si la hubieseis oido como yo de la boca misma de uno de sus principales personages. Podré trasladar parte de sus palabras; pero no el tono de su voz, ni el calor de sus espresiones, ni la energía de su profundo sentimiento. Entónces era el corazon que hablaba, ahora es un eco impasible y frio que vuelve unicamente los sonidos.

No achaqueis á vanidad el consignar en estas páginas mi piadosa costumbre de permanecer largo rato en la catedral, despues que se ha derramado por sus puertas el inmenso

Digitized by Google

concurso que en ella hierve al pasar la procesion del juéves santo. Me gusta contemplar á mi sabor aquel sagrado monumento, resplandeciendo en la soledad, y dispertando suavísimas emociones en medio del alto silencio de la noche. Situado en la estremidad opuesta observo con placer el conjunto de simétricas luces que, á causa de la distancia y de la cortedad de mi vista, parecen entretejer las hebras de sus coronas radiantes, asemejándose á una tela de oro tendida á los rayos del sol. Tal vez las ideas propias de aquella hora y de aquel sitio suspenden una lágrima en mis pestañas, y entónces su sombra aparece en cada una de las luces, y la alfombra de llama que cubre la escalinata se me representa como bordada de estraños arabescos que imitan la pomposa rueda de un pavo real. Hermoso es tambien ver colgado en medio de aquella nave el enorme lamparon como un sol arrancado de su órbita ordinaria, las sombras de los arcos y columnas que destacan en los muros de las otras naves, y el todo imponente de aquel vasto edificio que se prolonga y pierde en el fondo obscuro de la capilla mayor. Sentado pues allí en un banco, á guisa de artista delante de su modelo, ó hincado de rodillas como cristiano delante de su Dios, me entrego á una doble contemplacion en que los afectos piadosos y las imágenes poéticas se suceden á porfía sin embarazarse mutuamente, y como que respire una aura deliciosa en que la devocion y la poesia mezclan y confunden sus odoríferos perfumes. Y no creais que haya necesidad de ser muy ascéticos para saborear la dulcedumbre de este recogimiento, pues por poco arraigado que esté en el corazon el sentimiento religioso, por poco que puedan las fuerzas del espíritu traspasar la esfera de los sentidos, como que aquella noche nos lleve de la mano, y nos conduzca á una region misteriosa, donde si Dios no se deja ver, á lo ménos se deja sentir como el calor del sol en un ciego de nacimiento: y donde el hombre siente á Dios, allí hay poesía, porque Dios es la fuente de lo sublime, y en la espansion del alma fluye suavemente el raudal de las inspiraciones. Aquel

Digitized by Google

suntuoso aparato cuya magestad no disminuye por la escasez de espectadores, aquella soledad en que no estorban los pequeños y aislados grupos que sobre el lustroso pavimento como sombras destacan, aquella quietud profunda no turbada por el leve movimiento de rezagados fieles que vienen todavía á orar ó van á buscar su necesario descanso, aquel silencio solo interrumpido por el pausado, monótono y alternativo canto de unos pocos clérigos que recitan la salmodia, todo esto son, por decirlo así, medios poéticos que allanan el camino á ideas de superior naturaleza. Las impresiones atraen los recuerdos: lo presente hace vivir en lo pasado, y aquella decoracion magnífica, mirada al traves de la nube condensada por el aliento sucesivo de todo un pueblo, ya se transforma en el Cenáculo, donde el generoso Amigo da el abrazo de despedida á sus amigos queridos, ya la imaginacion impelida por el afan de la memoria y por la comparacion de las horas, mata de un soplo todas aquellas luces, y vuela al jardin de las Olivas donde el generoso Amigo va á recibir el abrazo de muerte y el beso fatal del amigo traidor.

Con estas ideas traia ocupada la mente hará unos diez años, cuando por casualidad, ó mejor dicho, por distraccion fijé mi vista en un gallardo pero macilento jóven, que medio oculto en la sombra del último confesonario, parecia orar con toda la compuncion de un penitente, el fervor de un cenobita y la calma de un ángel. Cruzadas ambas manos sobre el pecho y algo inclinada sobre el hombro la cabeza, permanecia arrodillado é inmóvil, como si fuese un busto de piedra labrado para personificar el recogimiento. Miéntras le estaba observando sobrecogióme el primer toque de las nueve. Hay esta noche algo de imponente y misterioso en la vibracion repentina de la campana horaria, sobre todo para el que está acostumbrado á oirla precedida siempre por la campana de los cuartos. Enmudecida esta, parece que el tiempo ha cambiado de medida, y como son mas largos los intervalos de silencio, su interrupcion es mas brusca é inesperada: asi es que á pesar de tenerlo sabido aquel golpe suele

Digitized by Google

causarme una impresion indefinible; pero entónces fué mayor el efecto que produjo en la actitud y fisonomía del jóven que yo contemplaba. Sin duda aquel sonido habia vibrado en el fondo de sus entrañas, sin duda seria el eco de otros sonidos que marcaron la hora de grandes felicidades ó de grandes infortunios, pues le estremeció como si la voz del reloj le profetizase una horrible tribulacion. En seguida sacó un objeto que no pude distinguir, lo envolvió cuidadosamente, y ocultándolo en sus manos le prodigaba repetidos besos con suma pasion y enternecimiento. ¿Qué especie de supersticion seria aquella? Yo veia el movimiento de su pecho, la crispacion de sus dedos, el grueso llanto de sus ojos; y vi luego que desfallecido, no pudiendo tenerse de rodillas, tuvo que doblar el cuerpo y hacerlo descansar sobre sus piernas, reclinando en las tablas del confesonario su semblante pálido como el de un cadáver. Lance era este para escitar la curiosidad del hombre mas indiferente, y la compasion del mas egoista. Acudí á socorrerle, y tomándole una mano, conocí que apretaba tambien unas disciplinas cuya humedad me hizo estremecer: creí de pronto que estaban bañadas en sangre; pero no eran sino lágrimas recientes: sangre habia tambien, aunque sus gotas estaban ya secas! Si quedé sorprendido no hay que decirlo: iba á retirar la mano, y el afligido mancebo me contuvo con un ay! doloroso que me traspasó el corazon. Por fin animándole con blandas palabras le saqué fuera de la iglesia, y le conduje al *Mirador* para que el fresco de la noche, la brisa del mar y la hermosa claridad de la luna avivasen sus medio aletargados sentidos.

¿A qué trasladar palabra por palabra nuestro coloquio? Bastará decir que fué el origen de una amistad eterna, y que si publico sus arcanos, es para proporcionar á mi interlocutor un nuevo amigo en cada lector que simpatice con una historia tan parca de novelescos incidentes, como llena de candor, religiosidad y sentimiento. Héla aquí como él me la referia.

Digitized by Google

«Esta noche en que se rememora la prueba mas espléndida del amor divino, fué la noche en que mi corazon se sintió subitamente henchido del amor humano. No vayas á creer profanacion este enlace de ideas, porque el cielo y la tierra tienen cadenas misteriosas que los unen, y feliz el que puede servirse de ellas como de la escala de Jacob para ascender mas fácilmente. Oh! yo habia encontrado una de estas cadenas de valor infinito, y en un momento de delirio con mis propias manos dividí sus eslabones! Educado en el seno de piadosa familia, llegué á los veinte años tan puro é inocente como otros jóvenes llegan á los quince; mis pasiones dormian el sueño de la infancia, y un hábito de piedad las arrullaba, sin saberlo yo, para que no dispertasen. Contento ó resignado seguia la senda que se abria ante mis ojos, y la seguia sin imaginar la posibilidad de otra, ni recelarme del cansancio por su monotonía, ó del fastidio por su soledad y aislamiento. Nuestro porvenir está detras de espesa cortina, y nunca me habia preguntado: ¿qué es lo que habrá detras de la mia? Era esto confianza en Dios ó reprensible descuido? Fuese una ó otra cosa, yo vivia tranquilo, y ahora lloro como el mas desgraciado de los hombres; pero si me fuese dado volver á tal sosiego sin esperanzas de conocer el bien que para siempre y por mi culpa he perdido, preferiria vivir la vida de dolor que arrastro, gemir bajo el peso de los remordimientos que me consumen, atravesar este páramo desierto, sin flores, sin luz, sin horizonte alguno, por solo el consuelo de volver la vista atras, y contemplar la bellísima imágen de felicidad que el cielo me habia deparado, y que el cielo justamente me arrebató.

Dos años cumplen hoy que, disminuida gradualmente la brillante concurrencia que al anochecer inunda las naves de la catedral, me hallaba recostado en una de las columnas inmediatas al monumento, cuando volví los ojos y sorprendido los clavé en una jóven, que al lado de su madre permanecia inmóvil y como sumergida en profunda contemplacion. Muchos son los corazones cuya suerte ha decidido el

Digitized by Google

aspecto súbito de una beldad; pero habia allí algo mas que belleza, y esta era la... ¿Diré de un ángel? Oh! esta comparacion se ha hecho demasiado vulgar, la han desvirtuado y ya nada significa, la han profanado, y no quiero aplicarla á un objeto que tan justamente la merecia. Su compostura y aseo, su trage elegante al par que modesto, sus finísimos cabellos prendidos con tanta gracia como sencillez me hicieron comprender que aquella jóven ni conocia al mundo, ni era del mundo conocida. Quise apartar los ojos; pero aquella vision me tenia encantado: obraba en mí con todo el poder de un magnetismo celestial; destilaba sobre mi corazon un aroma desconocido. Contemplaba aquellas facciones peregrinas en que la delicadeza del contorno se hermanaba tan bien con la suavidad del colorido, y veia en su conjunto un sello radiante de angélica pureza que constituia la hermosura de su hermosura. Fija mi vista sobre ella, y ella de rodillas y con los párpados blandamente caidos, nos parecíamos en algo al bajo relieve de la Anunciacion del famoso Berruguete, hasta que un leve movimiento me hizo cambiar subitamente de postura. Punzábame vivísimo deseo de ver sus ojos, que imaginaba semejantes á los de un serafin, cuando ella de improviso levanta el velo de nieve que los cubria, sus pupilas inmobles se fijan en el santo sepulcro, y un rayo de luz divina reflejando en su azul purísimo viene á iluminar mi espíritu é inflamar mi corazon. Entónces me estremecí, y por un impulso irresistible me arrodillé tambien, no para adorar aquella muger, sino para adorar á Dios que la habia criado tan perfecta, y me la habia allí traido, y hacia rebosar mi pecho de vagas é inefables esperanzas. Como tal vez el pecador vuelve á él cuando en medio de sus fugaces placeres le sorprenden las amenazas del infortunio, así el justo vuela al regazo del sumo Bienhechor cuando ve que le embiste un torrente de felicidad, y se congratula con él, y su alegría misma es ya un tributo de gratitud y un cántico de alabanza. Yo oraba con mas fervor, sentia una compuncion cual nunca la habia esperimentado, prorrumpia en lá-

Digitized by Google

grimas de balsamo, como si aquel incremento de ternura y de piedad fuese una emanacion, un efluvio de mi amor recien nacido. Oh! qué momentos aquellos en que un jóven cuenta por primera vez palpitaciones tan dulces como estrañas, y divisa todo su porvenir al traves de la hermosa llama que se levanta en su corazon! Otros amantes los habrán disfrutado parecidos, pero no iguales. Estos momentos entrañan las semillas de todas las dichas futuras, y las vicisitudes del tiempo no hacen mas que ahogarlas ó ausiliar su germinacion; pero la vida tiene un confin demasiado estrecho, y como el amante no suele abarcar mas que su horizonte, su pensamiento se estrella y se pierde en el sepulcro: no así el mio, que se lanzaba y perdia en la eternidad. Mi fruicion en la tierra iba á ser preludio de mi fruicion en el cielo, mis dichas perecederas é inmortales se me representaban como añudadas con la mística auréola de aquella jóven, que me aparecia visiblemente predestinada, y cuya mano debia de ser tambien prenda segura de eterna salvacion. Estas ideas bullian en mi mente, y pasaba el tiempo sin que apénas percibiera yo su curso, cuando el reloj dió las nueve, y la madre y la hija se levantaron para salir de la iglesia.

Seguílas sin que lo advirtiesen, paso á paso y con el corazon estremecido, á la manera de Pedro cuando seguia á su divino Maestro preso y maniatado, y como Pedro me quedé solo en el umbral al entrar ellas en su casa. No me habia atrevido á hablarlas por el camino, porque mi turbacion inesperta podia venderme, y yo no tenia ánimo bastante para aventurar el tesoro de esperanzas que en mi seno llevaba; pero habia oido en cambio un metal de voz tan tierno como una súplica á la Vírgen, tan delicioso como el tapadillo de un órgano, tan religioso como el toque de la campana que llama á la oracion. Habia sabido tambien que aquella jóven se llamaba Maria, y ya que este nombre no sea privilegio esclusivo de la Reina de los ángeles, me parecia entrever en él algo de simbólico que cifraba la pureza de las formas y la mística hermosura de mi amada. ¡Y verla desaparecer sin

Digitized by Google

haberme atraido ántes una sola mirada suya, por casual, por indiferente que hubiera sido! Si se hubiesen encontrado nuestros ojos ¿quién sabe si se hubieran comprendido nuestros corazones? y sin este primer eslabon ¿como forjar la cadena que debia enlazarlos mutuamente? Y no era probable que una palabra de amor escapada de mis labios la espantase, como á tímida paloma el tiro que retumba en los valles? Ciertamente ella creería que el amor vestia siempre el ropage de mundanas pasiones, y su aparicion improvisa la hubiera turbado, como á María la de un ángel desconocido y cubierto con la túnica de los hombres. Era preciso que yo le enseñase mi corazon ántes de decirle que por ella ardia. Estas reflexiones me aquejaban en la soledad, y como que aquellas paredes tuviesen una fuerza magnética que no dejaba separarme de ellas. Recordaba al Petrarca, que en ocasion tan parecida se enamoró de su Laura, y tuvo que llorar por tantos años su malogrado amor. ¿Lloraré yo tambien sobre la tumba de María?..

En esto ví acercarse un jóven que conocí á la claridad de la luna, observé en su fisonomía algunos rasgos de semejanza con la de mi hermosa desconocida, y no dudé que fuese hermano suyo. Causóme agradable sorpresa este descubrimiento, y confirmó mi sospecha verle entrar en su casa. Entónces me ocurrió un pensamiento, y alborozado fuí á recogerme á la mia.

Anselmo aprendia el dibujo, y resolví luego estudiarlo con el mismo profesor á fin de trabar amistad con aquel, esperando que me franquearia las puertas de su casa ó las puertas de su corazon. Una vez dueño de mi secreto, estaba cierto de que en su bondad no cabia la aspereza de deshauciarme. Ademas, si fallidas mis esperanzas María se negaba á labrar mi dicha en esta vida, á sembrar de flores mi camino á la eternidad, á hacer para mí de este mundo la antecámara del cielo, no me serviria de consolacion y alivio pasar al lienzo con mis manos la imágen que veia luminosa en el fondo obscuro de mi pecho, y tener en mi soledad un retrato por única compañía? No hubiera sido fortuna para mí tener siem-

Digitized by Google

pre á la vista aquel dechado de hermosura para dechado de virtudes? Como lo resolví lo puse en obra, y á las pocas semanas era ya el condiscípulo favorito de Anselmo. Sin hacer del hipócrita, habia procurado manifestar mi índole, mis ideas y costumbres bajo el aspecto mas favorable, y en cuanto podia amoldaba mi carácter á los sentimientos de mi amigo. Despues de algunas horas de estudio salíamos juntos á dar un paseo, entrábamos á rezar en una iglesia, y luego le acompañaba hasta su casa. ¿Cómo espresar mi júbilo cuando él mismo me invitó á subir, y me presentó á su madre y hermana? Parecíame haber atravesado por fin un barranco quebrado por horrendos precipicios y erizado de punzantes espinas, haber vadeado felizmente un rio caudaloso y espumante, haber trepado á la cima de escarpado repecho desde el cual se divisaba una senda florida y el término de mi peregrinacion. Respiraba el ambiente aromático de aquel nuevo edén, y no temia que me engañase astuta serpiente para arrojarme de mansion tan deleitable. Menudeaba mis visitas, y todavía no habia arriesgado una palabra de amor: ocultaba mi fuego, porque aquella cándida hermosura no conocia otra llama sino la del amor divino, y sin embargo yo gozaba una dicha indefinible en aquellas conversaciones en que los ángeles sin degradarse podian alternar con nosotros. Era aquello una especie de beatitud íntima, un éstasis del alma que tenia á raya los sentidos, un torrente de dulzura que se represaba en el corazon. Cada dia admiraba mas el talento de María, porque era igual á su hermosura, y á su hermosura y talento les sobrepujaba solamente su virtud. Cada dia me embelesaban mas su gracejo y su modestia, y mi amor iba creciendo á medida que descubria nuevas perfecciones. Así pasaron dias y mas dias, y sin poder esplicar el cómo, puedo decir que por fin nos habíamos comprendido recíprocamente. María me amaba, me lo habia dicho sin que esta confesion ingénua empañase en lo mas mínimo su pudor virginal, ni avivase con el sonrojo los purísimos colores de su megilla. Oh! y qué dulce era entónces la vida! Yo habia en-

Digitized by Google

contrado una perla preciosa como aquella del Evangelio, y estaba seguro de poseerla. Qué diversiones del siglo podrian contrapesar el suave aroma que se destilaba gota á gota en mi pecho al verme junto á ella, cuando por las noches hacia labor al lado de su cariñosa madre, entretenidos los tres en dulces pláticas ó lecturas religiosas! Algunas veces las acompañaba por solitario paseo, ó al salir de alguna iglesia poco concurrida, porque gustaban de la soledad para sus oraciones como del secreto para sus obras de caridad: les bastaba que su nombre ignorado del mundo estuviese escrito en el libro de la vida. Algunas veces bajábamos al jardin, y regábamos ó cultivábamos unos hermosos cuadros de flores, ó cogiamos las mas bellas para adornar una imágen de la Virgen, que parecia velar junto al lecho inmaculado de María. Algunas veces ella se sentaba al piano, ó me leia algunas poesías místicas, y su voz ó su mano eran dignos intérpretes del contemplativo Leon ó del patético Mozart. Oh! y qué dulce era entónces la vida! Si en el cielo, donde todo amor se resume y termina en Dios, puede haber no obstante diferencias de cariño entre sus respectivos moradores; si hay un ángel y un serafin que particularmente se amen, tal pudiera ser el tipo de nuestros amores. Yo he amado como los ángeles todo espíritu, y he amado como los hombres todo carne, y sé que los transportes de una pasion satisfecha entre los ardores mas vivos de la imaginacion y los halagos mas seductores de los sentidos, no valen una centésima de aquel divino arrobamiento con que al lado de María paladeaba yo los suaves efluvios de su castísimo afecto.

Un dia habiamos leido las palabras que la reina doña Blanca solia dirigir á su hijo san Luis. Era de noche, y sentados en el balcon respirábamos su fresca brisa, perfumada con el aroma de las flores que subia del jardin, mezclándose con la fragancia de unas macetas de albahaca, y la de una enredadera de jazmines que de toldo nos servia. Resbalaban por entre sus hojas los rayos de la luna, que brillaba en un cielo de trasparente azul como los ojos de mi amada. Yo la

Digitized by Google

estaba contemplando como si nunca la hubiese contemplado. En su alta y despejada frente estaba escrito: modestia virginal, candor angélico, amor divino: y yo lo leia claramente y ni siquiera me acordaba de su belleza esterior, yo veia su alma con una vision intuitiva, y hubiera querido volverme todo espíritu para enlazarme á ella con un vínculo indisoluble.

—Luis, me dijo, mas quisiera llorarte difunto que verte en desgracia de Dios.

—Sí, respondí sin comprenderla, estas fueron las espresiones de aquella santa princesa.

—¿Y por qué no han de ser tambien las mias? Por ventura en el pecho de un amante ha de caber ménos fortaleza ó resignacion que en el de una madre?

Esta réplica me desconcertó; conocia yo aquella alma tan sublime como candorosa, y la conocia capaz de heróicos sacrificios. Ella proseguia: Si me ofendieses te perdonaria, si me abandonases te lloraria, si murieses, vestida de luto rogaria sobre tu sepulcro y aguardaria la muerte para reunirme á tí; pero si por un momento perdieses á Dios, me perderias á mí para siempre.

—Cómo! y el arrepentimiento?

—El dolor del arrepentimiento no vuelve el candor de la inocencia.

—El que ha caido puede levantarse y proseguir su camino, el que ha pecado puede ser todavía un santo...

—Pero no un ángel. Todos los atractivos de una viuda jóven y hermosa no valen la diadema de una vírgen.—Yo no sabia qué responderle, porque sus palabras ejercian sobre mí un poder maravilloso, y ademas sentia por primera vez un peso desconocido que me oprimia el corazon. Pasaba sobre mi alma algo de incomprensible que pudiera ser simbolizado por la nube, que cubriendo á la sazon el disco de la luna, interceptaba su benéfica luz. Penetrado de vaga tristeza incliné mi frente, como flor que siente secarse el jugo que la nutria, porque si bien no percibia la amargura de una amenaza desleida en la suavidad de aquellos acentos,

Digitized by Google

esperimentaba con todo la angustia de un presentimiento inescrutable. María no podia verme afligido. Sonrióse dulcemente y me dijo: ¿Porqué estás triste? No sabes que Dios nunca abandona á sus hijos, que solo es el hombre el que suelta la mano de tan buen padre? Oh! tú tienes poca fe! Cuidado que no andarás sobre las aguas. Vamos, ven; sino sirvo para tu consuelo, serviré alménos para distraerte. Y se levantó ligera como paloma que toma el vuelo desde una piedra poco elevada.

Sentóse al piano, y aunque estaba junto á ella, sus preludios no me disipaban aquel acceso de melancolía; entónces abrió al acaso una partitura y me dijo: Vas á cantar conmigo ese duo. María tocaba medianamente, pero cantaba poco; no queria piezas de ópera, ni poseia un estilo brillante; carecia de recursos artísticos, pero lo suplia todo la dulzura de su voz. Ella empezó *Quis est homo qui non fleret*. Era el *stabat* de Pergolessi, esta obra para la cual buscaba el genio las inspiraciones en el fondo del corazon. Era el *duettino* favorito de María, lamento de dos almas y eco doble de misterioso dolor: versículo lleno de languidez y sentimiento, tan sencillo en sus combinaciones armónicas como penetrante por su inefable melodía. Escuchábala tan asombrado y conmovido que por dos veces no acerté á entrar á tiempo. Al fin unimos nuestras voces; pero yo desafinaba como una cuerda rozada, porque tenia mis ojos preñados de lágrimas y mi pecho de sollozos. La letra y la música redoblaban la tristeza de mi alma predispuesta á sus efectos; así es que á poco de haber entrado en el *allegro* desmayaron mis fuerzas, prorumpí en copioso llanto, y no pude continuar. Sobresaltada María dirigióme una mirada llena de ternura y esclamó: Luis! ¿qué es lo que tienes? estás malo?—Oh! la dije, no oyes el chasquido acompasado de estos azotes? No oyes como desgarran las espaldas del mansísimo Redentor? Cómo cupo en pecho humano tan bárbara fiereza? Oh! este espectáculo es demasiado cruel! Dios mio! Dios mio!

Digitized by Google

Otras veces habia meditado este doloroso misterio, otras veces habia oido el *arpegio* que con tanta propiedad imita el caer de aquellos sangrientos golpes, y nunca me habia asaltado terror tan profundo y religioso. ¿Porqué se desvaneció poco á poco esta impresion melancólica al par que saludable? Poco importaba que mermase el raudal de mi alegria, con tal que no se enturbiara el arroyo cristalino de mi amor: ahora no seria mi corazon un cauce estéril cubierto de seca y abrasada arena.

Orgulloso de mi dicha, orgulloso de poseer un tesoro tan espléndido como el corazon de aquella virgen celestial, no cabia en mi de contento; pero en vez de ser como el avaro que se encierra en su gabinete para gozar el deleite de contemplar á solas el oro de que es dueño, empezó á aguijonearme la loca tentacion del vanidoso que cuenta la admiracion del vulgo como aumento de su fortuna. El que nada tiene que envidiar quiere ser envidiado. Mi corazon ascendido á una altura inmensa, en vez de respirar con afan aquel aire purificado de toda exhalacion terrena, y cernerse blandamente al lado del de María, empezó á sentir su propio peso, y plegando con el descuido sus alas, y adormeciéndose en medio de aquel amor sin temores, sin recelos, sin oscilaciones, dió lugar á que vagos y pueriles deseos se apoderasen de mis sentidos para turbar la calma de aquella fruicion bienaventurada. Desde la apacible soledad que nos rodeaba, hasta los puntos infectos de la atmósfera del mundo veia yo una distancia enorme, inmensa, imposible de atravesar, y solamente queria que nos adelantásemos algunos pasos para coger de las flores con que nos brindaba su engañoso camino. María en su inocencia comprendia mejor que yo los peligros que me atrevia á desafiar, y sin que dudase de mi valor, no podia consentir en verme espuesto siquiera á la lucha, porque una herida mia, un solo rasguño la habia de lastimar atrozmente. Por esto se esforzaba en desvanecer mi desatentada ambicion con toda la ternura de su cariño, y resistia á mis lisongeras insinuaciones con toda

Digitized by Google

la energía de su virtud.—¿Qué nos falta? decia. Por qué buscar las diversiones del siglo? Teniendo á Dios siento el cielo en mi alma, poseyendo tu amor pruebo todas las delicias de la tierra: el vaso está lleno, por qué verter en él agua insipida que hiciera derramar licor tan esquisito?—Yo enmudecia entónces, me era imposible contradecir abiertamente; pero en mi interior juzgaba demasiado severos sus principios: me cautivaba la dulzura de su aspecto y me contristaba la fuerza de su elocuencia, sus razones me subyugaban; pero no me convertian, y quedaba en mis entrañas una semilla perniciosa que lentamente se desenvolvia para inficionar mi corazon. Creíame con derecho de exigir un pequeño sacrificio cual prueba de su amor; yo que nada sacrificaba en prueba del mio!

Anselmo el hermano de María era un jóven totalmente entregado á la piedad. La devocion era, por decirlo así, su pasion dominante, y sin tener crímenes que expiar, reproducia en medio del mundo las austeridades de los antiguos anacoretas. Todas las tardes, como llevo dicho, entrábamos á rezar en una iglesia, y á menudo era esta el oratorio de Padres de la Congregacion. Asistiamos al diario ejercicio de la oracion mental, al que en dias señalados seguia una áspera disciplina. Espectador aterrado é inmóvil de aquel combate sangriento entre la carne y el espíritu, me arrinconaba en un ángulo del templo, me agachaba como soldado cobarde, y no osando respirar el aire negro de aquellas bóvedas que en su obscuridad parecian aplastarme, escuchaba silencioso el chasquido incesante de unos azotes que magullaban espaldas inocentes, ora imitando el movimiento de un péndulo al compas de un canto grave y no falto de animacion, ora sucediéndose rápidamente como los golpes de un director de orquesta en una fuga precipitada. Era aquello un ruido atormentador: mis ojos se cerraban como si temiesen ver en las tinieblas, y mis oidos se tendian como para sorprender una queja involuntaria de dolor material; pero estaba rodeado de víctimas sin gemidos, que ofrecian

Digitized by Google

gratuitamente la sangre de sus venas para contrapesar el aroma profano de los placeres del mundo. Era una escena de terrible contraste: aquellos para quienes debia ser ménos temible el fallo de la suprema Justicia, clamaban misericordia! misericordia! y junto á ellos dormian profundamente los reos, ó quizás les recompensaban con el escarnio la suspension de la venganza divina. Yo no me sentia con valor para imitarles; pero admiraba á aquellos hombres humildes y sencillos, que alentados por un recuerdo de la Pasion, arrojaban su sangre en la cara de nuestro siglo para avergonzarle de su molicie, como los mártires se entregaron á la muerte para derrocar el paganismo, y los santos de la edad media á inauditas asperezas para domesticar la barbarie de sus contemporáneos. Tal vez creian satisfacer sus deudas, y pagaban por las de sus hermanos, como el Redentor del humano linage.

Nunca habia empuñado unas disciplinas: testigo ocioso y mudo, padecia en esta escena de la que solo conocia las tinieblas y el ruido, y ansiaba la salida de la luz, que, como la del sol, debia serenar aquella tempestad de sangre; pero desde que al lado de María un presentimiento obscuro vino á turbar el júbilo de mi alma, hasta la idea de semejante maceracion me era un martirio insoportable. Saliame por lo mismo y aguardaba á mi amigo en las afueras de la iglesia. A poca distancia está el teatro: acercábame á la rampa inmediata, y desde allí oia subir un canto tan delicioso, una voz tan hechicera que me atreví en mi interior á compararla con la de María. No tuve ni la prevision ni el ánimo de Ulises, y escuchaba á la encantadora sirena atónito, embelesado, aproximándome cuanto podia; y luego que finalizada el aria estallaba una tempestad de aplausos, palmoteaba yo tambien á mis solas como un demente, y se agitaba todo mi cuerpo como el de un convulso. Esta sensacion de un placer desacostumbrado fué el primer secreto que guardé para mí mismo sin confiarlo á María.

Hostigábanme vivos deseos de escuchar aquella voz desde

Digitized by Google

mas cerca y presenciar un espectáculo no visto. Podia muy bien ser esto un deseo inocente; pero satisfaciéndolo me esponia á disgustar á la que de tan suaves delicias empapaba mi corazon, y ese temor no me contuvo. Abrióseme un mundo desconocido, y entré en él moralmente deslumbrado: á cada momento una nueva impresion, á cada impresion un nuevo hechizo, y cada hechizo debia costarme una lágrima! Oh! estos recuerdos que tanto me acongojan son el reverso de aquellas imágenes que tanto me seducian: soy como una avecilla que cruelmente herida se escapa de las fauces mismas de la serpiente que la fascinaba, y me duele contar uno á uno los síntomas de mi fascinacion. Una actriz llegó á transformar todo mi sér, perturbó mi razon, derrocó mi virtud, y entibió, resfrió y casi estinguió mi purísimo amor. Serafina con su aspecto de ninfa, su talle de sílfide y su voz de maga me arrojó del cielo á la tierra. Era una beldad completa segun el mundo, y hubiera podido servir de tipo ideal para una deidad mitológica, así como María para el de una santa cristiana. Al presentarse en las tablas, me sorprendió como el ángel de las tinieblas cuando aparece disfrazado con su ficticio manto de impalpable luz, y me quedé con mis ojos tan abiertos como mis oidos. Maravillábame la sonoridad de su voz, el lujo de sus modulaciones, la suavidad ó energía del tono, el claro obscuro de la melodía, la voluptuosidad del sentimiento, y ya no comparaba todo esto con el celestial acento de María, porque entónces la tenia olvidada. Las últimas notas de su canto fueron interrumpidas por un coro estrepitoso y universal de bravos y palmadas, entre los cuales descollaban mis aplausos como una voz estentórea en armonioso concierto. Llevado de mi entusiasmo habíame puesto de pié, y en aquel acceso de delirio interpreté á favor mio la mirada de fuego y la sonrisa de orgullo que Serafina á todo el público dirigia. Salí del teatro medio enloquecido. ¿Por qué no comparaba la exaltacion febril de mis ideas, las violentas sacudidas del corazon, el torbellino de fuego que volteara mi alma al aspecto

Digitized by Google

de Serafina, con el tranquilo arrobamiento, el deliquio de felicidad inefable, la blanda inmersion en un lago de leche y miel que produjo en mí la vista de María?

Desde entónces el placer de la ópera iba robando una y otra noche á la fruicion mas pura de platicar dulcemente con María. Mi tentador y mi custodio me brindaban los dos cada uno con su copa de amor y delicias, y yo de cuando en cuando seguía al primero, y dejaba á María que en su soledad lamentaba tal vez mi ausencia. Sí, ahora sé que en mi ausencia lloraba, porque en nuestras conversaciones habia resonado sobradas veces el nombre de Serafina. ¡Y siempre era yo quien lo proferia! Decia á mi amada que debia oir aquella voz, y aprender su brillante estilo para progresar en el canto, y ella me respondia: Cómo! Luis, ¿no te basta lo poco que sé para dispertar religiosas emociones en tu pecho, para arrullarté cuando te aduermas en mi regazo, para consolarte en las tribulaciones que á Dios plazca enviarnos? Oh! yo creia que mi voz sola seria para tí como el harpa de David que tranquilizaba el ánimo agitado de Saúl.—A pesar de estas dulces reconvenciones, persistia en mi loco empeño, alteraba mas y mas el concierto unísono de nuestras voluntades, y abatia mas mi vuelo hácia la tierra, cuando ella seguia con mas firmeza remontándose á una esfera celestial. María incapaz de concebir ignobles celos, porque su amor vedaba el paso á la desconfianza, me sonreia dulcemente, me acariciaba como á un hermano enfermo, me prodigaba la ternura de una madre, porque mi vista la alegraba y queria me alegrase la suya; pero el nombre de Serafina, que en mi ceguedad tantas veces repitiera, fué una flecha emponzoñada que se clavó en su corazon. Lloraba á solas para ocultarme su tristeza, y Dios era su solo confidente: porque Dios ó yo podiamos ser unicamente sus consoladores. Ella lloraba, y yo aplaudia una cantatriz!

El camino del mal se anda rapidamente. Yo conocia á Serafina, visitaba su casa, arrojaba suspiros de fuego en su presencia... yo la habia pedido un amor que ni era su mano

Digitized by Google

ni su corazon. Y ella se habia sonreido! Se negaba á mis instancias; pero ni leve sombra de rubor virginal habia velado su semblante. La esperanza del triunfo me abrasaba, y reia yo convulsamente, como si imitara la risa de Satanás que en sus redes me tenia envuelto.

Anochecia una vez, cuando fuí á su casa creyendo encontrarla sola, y la hallé rodeada de amigos y compañeras que con descompuesta alegría se entregaban á los placeres de la mesa. Invitáronme y aun forzáronme á participar de los relieves de la orgía. Licores esquisitos, variados y numerosos se sucedian sin intermision alguna. No acostumbrado á tales escenas me avergoncé de confesar mi templanza; fuí hipócrita del vicio, y abandonóme allí la razon como en su umbral me habia abandonado la virtud. Me es tan imposible recordar lo que en mi interior acontecia, como lo que á mi vista pasaba; solo sé que Serafina se levantó, pasó á otra pieza, y poco despues vino á mí con un cuaderno de música arrollado en sus manos:

—Caballero, me dijo, esta es la sinfonía que Vd. busca.

—Bien, respondí sin comprenderla.

—Esta noche estudiará Vd. el *adagio* hasta tocarlo perfectamente, no es verdad?

—Estudiaré...

—Vamos, esta noche llegará Vd. al *allegro*.

Y diciendo esto se reia como una loca, y luego con un tono entre profético y burlon añadió:

—Estamos? el *adagio*, despues vendrá el *allegro*.

Yo nada adivinaba, mudo como un estúpido, tenia mis ojos clavados en ella, y ella me miraba tambien con enigmática sonrisa, me hacia guiños misteriosos, y dándome una palmadita en el hombro me despidió.

Hervia la sangre en mi cuerpo como si la calentase un fuego infernal, sentia un vértigo espantoso en mi cabeza, y ebrio, ebrio como estaba, entré en la casa de María. Sola en su aposento la casta paloma no aguardaba seguramente que viniese el dueño de su amor transformado en odioso

Digitized by Google

milano: me presenté á ella con precipitada accion, y si no la asustaron mis torcidos pasos, debieron de asustarla mis desencajados ojos: mis ideas estaban confusas, traia un caos en la mente y una hoguera en el corazon, y arrojándome súbito á sus plantas no sé que espresiones me dictarian Satanás y mi embriaguez, sé tan solo que la arrebaté una mano, y que diciendo: Serafina! Serafina! iba á mancillarla con impuro beso. Sacudió ella la mia como si fuera la de un condenado, y esclamando: Jesus de mi corazon! cayó desvanecida en el sofá.

Azorado por aquel grito me levanté, y sin saber quizas porque lo hacia, abrí una ventana dando así lugar á que una corriente de fresca brisa acariciase el descolorido semblante de María. Aunque tenia apénas conciencia de mí mismo, su repentina palidez me impresionó vivamente como si fuese la de un cadáver. Al mismo tiempo atraida por el grito acudió la criada, y al ver el desmayo de su señorita volvióse luego y vino corriendo con un vaso de agua en una salvilla. Descubrir el agua, abalanzarme al vaso y bebérmelo hasta la última gota fué obra de un momento. No ménos indignada que sorprendida mirábame la criada con el asombro que debió de causarle mi grosería, y yo la miraba tambien sin comprender su asombro; pero aclarándose un poco mis ideas conocí mi desatentado proceder, y murmurando no sé que escusas desapareci inmediatamente. Pocos minutos despues yo dormia en profundo sueño, y María derramaba profundo llanto. Solo ya Dios podia ser su consolador.

La mañana siguiente empecé á reflexionar sobre mis desaciertos: miraba mi corazon, y al verlo tan cambiado le conocia unicamente porque reflejaba aun la imágen de María; pero la reflejaba como un espejo empañado, y ademas divisaba en su fondo otra imágen que atraia demasiado mi atencion. Creia haber substituido solamente el amor de Serafina al amor de la virtud; pero este y el que profesaba á María eran dos afectos gemelos que se nutrian de un mismo jugo y aspiraban un mismo aliento, que enfermaron á la vez y

Digitized by Google

no podian sobrevivirse por mucho tiempo. Corrí á ver á mi ángel para atenuar los efectos de mi última locura, confiando mas en su bondad que en mis disculpas, y al tocar el umbral de su casa creíame aun virtuoso y amante, porque tomaba los recuerdos por el sentimiento. Halléla postrada en su lecho y abrasada de calentura: los padecimientos de su corazon habian rebosado por todo su cuerpo. Al verme se conturbó, como si apareciese en mi rostro la fealdad misteriosa de un alma en pecado: ocultó el suyo entre las almohadas, y exhaló un gemido que hubiera traspasado un pecho de bronce. Un momento que su madre nos dejó solos volvióse á mí esclamando:

—Luis! Luis, qué has hecho? Por qué has mancillado un corazon que era mio? Dónde está tu inocencia?

—Oh! le dije, no creas á tus ojos... estaba desposeido de mi razon... todavía soy inocente..

—Delante de Dios?

—María!

—Ya no te es posible ocultarme la verdad, esta verdad cruel que me ha secado todas las flores de la tierra. Todo lo sé: toma y lee.

Y sacándolo de entre las sábanas, puso en mis manos un cuaderno de música, y me enseñó un papelito, pegado con oblea junto al adagio de una sinfonía, en el cual estaban recientemente escritos esos versos.

Rondaba á las doce
la calle desierta,
y empuja la puerta
osado el galan.
A su idolo bello
encuentra que vela,
y el premio que anhela
sus brazos le dan.

Y el cuaderno lo habia traido yo á su casa y olvidado en mi turbacion, y el billete era letra de muger, letra igual á una firma de Serafina que se veia en la portada.

Digitized by Google

Confundido, aterrado como si un rayo hubiese caido á mis plantas, cubríme la cara con ambas manos, é inclinándola cuanto pude, esclamé: Perdon! Perdon!

—Sí, pídelo á Dios, que rogaré yo tambien para que te lo conceda.

—Y el tuyo?

—El mio?... va unido al de Dios. Vuelve, Luis, vuelve al camino de la virtud, y ya que nos despedimos para siempre en este mundo, nos encontrarémos dichosos en el umbral de la eternidad.

—Qué me anuncias? Serias tú mas inflexible que Dios mismo?

—Dios no cerró las puertas del cielo á Adan penitente; pero sí las de su primer paraiso. Y yo he perdido para siempre este paraiso de delicias que mi imaginacion habia creado! Y tú has cubierto de lodo esta imágen de felicidad que en mis sueños me sonreia! Cuán halagüeñas eran mis esperanzas, y han desaparecido con tu inocencia! Y he de enterrar ese tesoro de amor que en mi pecho guardaba? Oh! en esta vida solo me restan dos dias hermosos, tranquilos y solemnes, el de mi sacrificio y el de mi muerte... Cúmplase la voluntad de mi Dios.

Diciendo esto, una lluvia de lágrimas inundaba sus mejillas: yo estaba afligido tambien, aunque mi dolor no era tan intenso, tan profundo, tan religioso cual debiera serlo. No conocia entónces la altura de mi caida, no sentia todo el peso de mi oprobio. Mi ángel malo me hablaba al oido, y me hablaba de Serafina, y yo releia con mi imaginacion aquel billete con que una muger me despedia y otra se entregaba á mis impúdicos deseos; y en aquella hora de tinieblas mi corazon seducido por el apetito, como el pueblo de Israel por los fariseos, esclamó en su horrible silencio: Viva Serafina, y muera María. Eso no obstante quise replicar, y amontonaba palabras y palabras, disculpas, increpaciones, protestas, lamentos, falsedades: resortes mezquinos para doblar la resolucion de María. Convertido en amante vulgar,

Digitized by Google

se me habia trascordado hasta el lenguaje de mi primitivo amor; y ella callaba, y la ternura de su mirada era un sarcasmo insufrible de mi infidelidad, y su entereza y resignacion reconvenciones acerbas de mi criminal flaqueza.

Desde aquel dia fueron perdidos todos mis afanes para ver á María. Siempre que por ella preguntaba á su madre ó hermano, me respondian que queria estar sola en su aposento. Yo examinaba su gesto, sus miradas, el tono de su voz para inferir si algo sabrian de mis desmanes, y nada traslucia: ignorábanlos sin duda; pero mostrábanse tristes y desabridos conmigo, y la madre lloraba algunas veces. Su reserva y la conducta de María me traian inquieto, irritado, furioso, y para vengarme corria á buscar el olvido al lado de Serafina, como si en tal parage pudiese residir mi felicidad, ó pudiese yo con aquel olvido sanear la pérdida enorme que mi alma esperimentaba. Una tarde me presenté á Anselmo, y con aire altanero esclamé: ¿Dónde está María? quiero verla, es mi futura esposa. Miróme él con sonrisa de compasion que tomé por ironía, y repuso: Su futuro es Jesucristo, mañana mismo toma el velo en el convento de capuchinas. No respondí, porque habia perdido la palabra: volvíle bruscamente las espaldas, y no diré salí, con desatentada furia huí de aquella casa.

Atravesaba calles y mas calles, iba sin saber adonde, y no comprendia lo que en mi corazon pasaba. Creia haber apartado de mi camino un obstáculo invencible, creia haber sacudido una pesada cadena, y me daba el parabien, y queria reirme, y lloraba lágrimas de hiel. Sentia una necesidad irresistible de movimiento, y vagaba rapidamente por los parages mas desiertos de la ciudad, como si un torbellino me arrastrase, ó pesara sobre mí el anatema del judío errante; pero sentia tambien una necesidad mayor, y era la de hablar á María, y daba vueltas y mas vueltas á mi imaginacion para encontrar un medio conducente. A una hora muy avanzada de la noche, molido de cansancio, me encontré debajo del balcon de su aposento, permaneci largo rato, y

Digitized by Google

cuando vi iluminados sus cristales, empecé á silvar de una manera muy estraña, como varias veces lo hiciera delante de María. Á mi tercer silvido abriéronse las puertas, y ella apareció: nunca tan hermosa, nunca tan aérea, nunca tan celestial. Bañábanla con todo su esplendor los rayos de la luna, añadiéndole un encanto indefinible, y reverberando en una lágrima que corria por su pálida mejilla. María juntó sus manos, entrelazó sus dedos, y fijando sus ojos sobre mí, esclamó tiernamente: Luis! adios: y luego levantándolos al cielo, y señalándomelo con el índice de su diestra, añadió: allí te espero. Y desapareció como una vision bienaventurada, y las puertas del balcon se cerraron sobre mí como la losa de un sepulcro. Yo me habia puesto de rodillas sobre una piedra, y no sé cuanto tiempo perseveré en tal postura; solo sé que á la mañana siguiente encontré mi lecho empapado de acerbo llanto.

María inmolaba los recuerdos de su amor purísimo en las aras del inmaculado Cordero, y yo inmolaba tambien los mios en las aras de un ídolo mancillado, esperando de dia en dia que su activo fuego los consumiese enteramente. Para abreviar este plazo abandoné los amigos virtuosos, las prácticas de piedad, las meditaciones religiosas; porque toda idea celestial, toda idea de virtud traia á mi memoria la de María, y yo luchaba para olvidarla, y por desgracia algo conseguia. Algunas tardes como que una mano invisible me arrastrase á la iglesia de capuchinas, y allí en aquella soledad, sin saludar siquiera á Dios, me sentaba en un banco, figurábame aquellos silenciosos corredores, aquellas celdas estrechas, aquel áspero yermo incrustado en una ciudad bulliciosa y regalada, y preguntábame: dónde estará ahora María? en qué labor se ocupa? qué libro lee? debe de acordarse de mí como yo de ella? Y pasaban horas y horas; mas de repente salia yo de mi arrobamiento, despertaba de aquella especie de sonambulismo, y como tales ideas me daban pavor, echaba á correr, y tomaba por refugio la casa de Serafina: y allí me esforzaba tanto en aturdirme, era tan descompasada mi ale-

Digitized by Google

gría, que mis compañeros, libertinos de corazon, libertinos á sangre fria, hasta envidiaban mi suerte. Pero aquellos éstasis de amor y angustia no eran ya mas que las últimas llamaradas de una lámpara moribunda.

Llegó el juéves santo: mi corazon apénas reconocia ya al primer aniversario de su amor, y este dia se deslizaba sin que me conmoviese la doble solemnidad de que para mi estará siempre revestido. No tanto por devocion como llevado de la costumbre fuí por la tarde á visitar los Sagrarios, y habiendo entrado casualmente en la iglesia de capuchinas cuando ya solo ardian dos velas en el tenebrario, aguardé por mero pasatiempo una funcion terrible que debia influir poderosamente en mi destino. Sin duda la Providencia me retenia allí, á pesar de mi anterior repugnancia, de mis obscuros presentimientos, de mi horror misterioso á la idea de una flagelacion voluntaria. Concluido en el coro el rezo propio de aquella tarde empezó de nuevo con lenta monotonía el salmo *Miserere*, no acompañado del arpa de David, sino del rechinante son de unos instrumentos de martirio, cuyas repetidas vibraciones desgarraban materialmente las carnes de vírgenes delicadas, y herian mas bien que los oidos el corazon de los circunstantes. El mio cubierto de una túnica de hielo se estremecia tambien; pero sus lánguidas convulsiones no rompian la corteza de indiferencia que limitaba su accion. Sentia en lo mas profundo una especie de escozor, de inquietud, de vaga ansiedad, un no sé qué indescifrable, y como si pretendiese apresurar el fin de aquella escena, cogí el manúbrio de una enorme carraca que tenia á mi lado un muchacho, dije á otros que volteasen las suyas, y sin respeto al sagrado Monumento, ni miedo al escándalo de los fieles, se reprodujo súbitamente el simbólico ruido de las *tinieblas*, sobresaliendo en medio de aquella breve y estrepitosa algazara mi peculiar silvido. No bien hubo cesado aquella esplosion, cuando oí mas distinta la voz de María que trémula, desentonada y congojosa descollaba en la lúgubre salmódia, y al mismo tiempo advertí que los golpes de

Digitized by Google

unas disciplinas se iban acelerando con espantosa fuerza y rapidez: pocos versículos despues un gemido apagó aquella voz, suspendió aquellos golpes, y como que estraños murmullos interrumpiesen el canto y detuviesen los brazos de sus compañeras. Algo de misterioso habia sucedido, y sali de la iglesia sin traslucir aquel arcano. Triste ceguedad la mia! Habíase derramado sangre, y era la sangre de mi nueva redencion, y por no haberme salpicado los ojos, no me habia vuelto la vista como á Longinos se la volvió la de Jesucristo.

Transcurrieron dos semanas, y acababa de recibir cita de Serafina para una cena espléndida y bulliciosa, cuando un recado de la abadesa me llamó al convento de capuchinas. Perdiame en estravagantes conjeturas que se transformaron en vaga zozobra, veia en aquel recado un enigma tan angustioso como obscuro, y mi imaginacion recorria una série de calamidades sin sospechar nunca la verdadera: la habria rechazado por imposible. Bajó la abadesa al locutorio, y al fúnebre tañido de las campanas la nueva fatal cayó de lleno y de una vez sobre mi corazon. La buena madre lloraba á su hija predilecta, me referia una á una sus virtudes... yo ni lloraba, ni oia... estaba petrificado. La fervorosa novicia, acometida el juéves santo de un largo desmayo, primer síntoma de su enfermedad mortal, revelara en parte á la abadesa los indecibles sufrimientos de una lucha acerba, incesante, abrumadora; pero impotente para hacerla cejar ni un ápice, ni arrepentirse un momento de su resolucion. En sus últimas horas le habia rogado encarecidamente me entregase sus disciplinas como legado piadoso, durmiéndose despues tranquila y risueña en el ósculo del Señor. ¿Quién tan endurecido dejara de responder á tan afectuoso llamamiento á la virtud? Volé á la iglesia, y un torrente de gracia fluia en mi alma, á la par que un torrente de lágrimas salia por mis ojos. Mi amor y mi devocion eran dos afectos gemelos que habian muerto cuasi juntos, y juntos resucitaron... pero ante el cadáver de María.

Digitized by Google

Oh! estas disciplinas son algo mas que la dádiva de un amante; son la reliquia de una santa, el recuerdo de un sacrificio heróico, la prenda de un amor celestial: son mi verdadera riqueza, mi único tesoro. A ellas debo mi conversion, les debo mis dulces lágrimas de amor y arrepentimiento, les debo mis esperanzas de salud eterna. Quién me reconvendrá por entregarme á los rigores de la penitencia? María inocente me aguarda en el término del camino. Si mi carne desfallece, la vista de la sangre que bañó estas disciplinas basta para darme el aliento que necesito. He perdido las flores del amor, y deseo conservar estos abrojos, y vivir largamente para espiar largamente un crímen que me arrebató la mayor felicidad de la tierra.»

Así concluyó el desgraciado mancebo. Si esa historia no ha podido interesaros, no lo achaqueis á su índole especial, culpad mas bien á su segundo historiador que no habrá tenido arte bastante para contarla. No juzgueis inverosímiles sus personages por seros desconocidos, ni dudeis de la verdad de sus sentimientos por la estrañeza de su carácter. No se niega la existencia de un manantial por no haber gustado sus aguas.

FIN.

Digitized by Google

Indice.

		Páginas.
I.	*Nuñez el malo*	1
II.	*Tántalo*	7
III.	*El valle de los sauces.*	13
IV.	*El valle de los cipreses*	19
V.	*Aprensiones y casualidades*	24
VI.	*Desastre de Felanitx*	39
VII.	*La trapa de Andraitx*	47
VIII.	*La cruz del olivo*	68
IX.	*La pluma acusadora*	75
X.	*Una agalla de ciprés*	146
XI.	*El carbonero de la ermita*	169
XII.	*Un lecho de espinas*	198
XIII.	*La tarde del Córpus en 182....*	211
XIV.	*Morir sonriendo*	225
XV.	*El camino del cielo*	241
XVI.	*El Infante de Mallorca*	313
XVII.	*Las disciplinas*	361

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Biblioteca Ateneu Barcelonès
1006203327

Digitized by Google

Digitized by Google